Una pareja. Un pasado. Un millón de futuros.

Tuyo y tuyo y tuyo



JOSIE LLOYD

EMLYN REES

«Viajes en el tiempo, buena música y nostalgia por los noventa... Una lectura inolvidable. ¡Me ha encantado!»

—Laurie Gilmore, autora de *Café con aroma a calabaza*

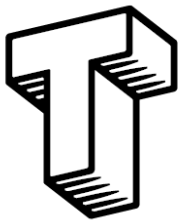
TÚ
Y
YO
Y
TÚ
Y
YO
Y
TÚ
Y
YO

Tuyo y tuyo y tuyo



JOSIE LLOYD EMLYN REES

Traducción de Ana Isabel Domínguez Palomo
y Mª del Mar Rodríguez Barrena



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *You & Me and You & Me and You & Me*
Editor original: Harvill, un sello de Penguin Random House
Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo y Mª del Mar Rodríguez Barrena

1.ª edición: abril 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2026 *by* Josie Lloyd y Emlyn Rees
All Rights Reserved
© de la traducción 2026 *by* Ana Isabel Domínguez Palomo y Mª del Mar Rodríguez Barrena
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 979-13-87899-74-5

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para nuestras hijas, Tallulah, Roxie y Minty,
que nos han enseñado lo valioso que es el tiempo.

«Si estuvieras en tu lecho de muerte y pudieras revivir un día de tu vida, quizá un día en el que te enamoraste, verías todas las cosas al parecer banales que hiciste y llorarías por lo precioso que fue todo».

Alexander Payne, director y guionista

«Si es posible viajar al pasado, debería ser posible cambiar las cosas, pero al hacerlo se crearía una línea temporal alternativa. En vez de crear una paradoja que rompa el universo, se crearía un segundo universo con una historia diferente».

Barak Shoshany, físico teórico y compositor

«Siempre fuimos tú y yo, siempre y para siempre».

«You & Me Song», The Wannadies

Este libro también trata de la magia de la música, así que aquí tienes una lista de reproducción de Spotify para acompañarlo:

https://open.spotify.com/playlist/0rbrInGMWczHH5ZrIoRo8u





1

Jules - «Seaside»

—Listo —digo mientras toco el timbre para avisar de que el plato está listo, tras lo cual limpio una manchita de emulsión de albahaca de uno de mis *risottos* y coloco en su sitio con unas pinzas las microverduras cultivadas en el huerto del restaurante. El apuesto camarero levanta el plato para llevarlo a la mesa.

—Jules, sal. Quieren verte —me dice con una sonrisa.

Me vuelvo para mirar a la brigada que tengo en la cocina. De las parrillas asciende un humo delicioso, los cuchillos relampaguean y no paran de cantar comandas. Pueden arreglárselas sin mí un momento.

Mientras sigo al camarero para salir por la puerta, veo que el sol se está poniendo sobre la mágica panorámica del puente Golden Gate, bañando el restaurante con una luz etérea y cálida. Saludo a los comensales que están sentados a las mesas blancas de la terraza, la mayoría de los cuales lleva un año en lista de espera. Me saludan estrechándome las manos, pero yo rechazo sus felicitaciones con humildad. A ver, que solo soy yo…, haciendo lo que yo hago.

Una vez en la zona del reservado, me hundo en los cómodos cojines de estampado batik junto a mis socios, un par de famosos

actores de Hollywood, mientras extiendo un brazo con la copa para que me sirvan el zinfandel de Paso Robles imprescindible de esta temporada. Han venido para convencerme de que recree mi alquimia culinaria en otro lugar; pero, de verdad, no, no puedo. ¿No han leído el artículo de la revista *Time* sobre cómo he conseguido conciliar mi vida laboral y familiar?

Charlamos un rato y, mientras las estrellas centellean, les aconsejo que no se vayan. Nos hemos convertido en el sitio de moda nocturno. Más tarde, cuando llega el DJ, oigo las familiares notas del tango «Mi confesión», de Gotan Project, que sale a todo volumen por los altavoces. De repente, llega Adam y se me acelera el corazón al verlo cruzar el restaurante con su elegante traje marfil de Tom Ford. Mi Adam. Me tiende la mano y la acepto, sintiendo una embriagadora y emocionante conexión cuando nos tocamos. Me hace girar por la pequeña pista de baile, me inclina sobre su brazo y luego me pega a su cuerpo firme, acariciándome la cara mientras me mira fijamente a los ojos con una pasión tan intensa que me deja sin aliento. Con los labios a un suspiro de los míos, me mete de forma sensual una rodilla entre los muslos…

Aunque… Un momento. No, es mejor que no haga eso…, porque necesito con urgencia, pero mucho, mucho…

¿Qué mierd...?

Mmm…

¡Uf! ¡No me fastidies!

Cierro con fuerza los ojos contra la penetrante luz del día que se extiende a los lados de las raídas cortinas de nuestro dormitorio e intento con desesperación volver a dormirme, pero no lo consigo. Mi sueño se ha desvanecido. Y necesito hacer pis ya.

Bostezo y me quito los tapones para los oídos, mientras el graznido

de las gaviotas compite con los ronquidos de Adam (el Adam real, no el Adam del sueño que bailaba el tango) que está dormido a mi lado. Saco las piernas de la cama y, de forma inconsciente, pero con cierto aire victorioso, él me arrebata mi parte del edredón y se envuelve por completo, cubriéndose el peludo abdomen.

Una vez en el cuarto de baño, descubro que ha dejado la tapa del inodoro levantada, como de costumbre, y enciendo la poco favorecedora luz del espejo.

¡Joder! Parezco Shrek.

La mascarilla facial hidratante de aguacate y vinagre de sidra de manzana debería haberse «absorbido durante la noche y parecer invisible». En cambio, parece que me haya caído de bruces en la sección de salsas del bufet de una boda.

Lavarla no mejora demasiado la situación. En vez de tener menos arrugas, parece que tengo más. Teniendo en cuenta que hace un minuto estaba viviendo mi mejor vida en un sueño, me siento como si me hubieran dado una bofetada más en la cara.

¡Maravilloso! Al cuerno lo de parecer más joven. Lo de prepararme para la fiesta.

Darius, el mejor amigo de Adam, organiza hoy una fiesta de «piscina, diversión y barbacoa amenizada por un DJ» para celebrar su regreso de Estados Unidos, donde ha vendido su empresa de videojuegos por la friolera de cincuenta millones de dólares. Acaba de comprarse una enorme mansión con vistas a todo Brighton, que sin duda llenará con el tipo de gente guapa y estupenda que siempre veo en su muro de Instagram; el tipo de gente a la que este viejo espejo mágico me dice que no pertenezco.

Por supuesto que estoy deseando volver a estar con Darius, como Adam. No lo hemos visto desde su última visita fugaz hace un par

de años. Desde entonces, ha desarrollado ese mismo halo reluciente y multivitamínico, típico de los que tienen mucho dinero, el que también lucen sus amigos de Insta. ¿Y si se horroriza al encontrarnos demasiado provincianos? ¿Y si eso es lo único que somos para él ahora? ¿Gente de su pasado?

«Para. Todo irá bien». Es Darius. Tengo que dejar las ridiculeces.

Abro la crema hidratante de lujo que Ngozi me regaló en su última visita a una tienda libre de impuestos del aeropuerto y, sin querer, se me cae al suelo la tapita protectora de plástico que cubre el producto. Suelto una palabrota, porque siempre me pasa lo mismo, y recojo con un dedo la costosa sustancia del suelo de linóleo descolorido para untármela en la cara. Asqueroso, lo sé, pero recordemos la regla de los tres segundos y tal.

Mientras me unto la crema, miro la brillante portada del suplemento del periódico del domingo pasado, que está junto al lavabo. «SI NO APROVECHAS, LO PIERDES», reza el dudoso titular. La mujer de la portada, una autoproclamada «sexperta», lleva un top ajustado que destaca la envidiable turgencia de sus pechos. Sospecho que la han maquillado con aerógrafo, aunque reconozco ese brillo ufano de las personas sexualmente satisfechas que yo tenía antes.

El artículo trata de la importancia del «sexo de mantenimiento de la relación», y advierte de las nefastas consecuencias de que las mujeres de mi edad no sean espontáneas y no se lo monten. Como si preocuparme por mi casa no fuera suficiente, al parecer también tengo que «esforzarme» para mantenerme tonificada…, ya sabes… ¡Ahí abajo!

Sin embargo, los viernes y los sábados preparo cenas para fiestas privadas en las zonas más elegantes de la ciudad, si tengo suerte.

Los días entre semana pasan volando y la mayoría de las noches después de cenar (siempre cocino yo), acabamos vegetando en nuestros sofás separados del salón. Yo soñando con un masaje en los pies mientras disfruto en secreto del alijo de Maltesers que tengo escondido detrás de un cojín, y él cambiando sin parar entre los diversos canales de suscripción que los niños insisten en que son su derecho de nacimiento, antes de detenerse en alguna rara película biográfica de un cantante de *rock* o en otro documental muy de hombres, como *Secretos de los neandertales*, su preferido últimamente.

Casi siempre me despierto cuando suena la música del noticiero *News at Ten*, momento en el que me voy a la cama y dejo a Adam murmurando sobre todo lo malo y triste que sucede en el mundo.

Lo que significa que si debemos practicar el «sexo de mantenimiento de la relación» (o cualquier otro tipo de sexo), tendrá que ser por la mañana.

En fin…, supongo que… eso es ahora.

Vuelvo al dormitorio, paso por delante de los calcetines sucios y la camiseta de Adam, que están cerca del cesto de la ropa sucia, y me siento en mi lado de la cama.

—¿Lo hacemos? —le pregunto con naturalidad. Sé que solo finge estar dormido.

Mi marido desde hace casi veinticinco años me mira como si fuera una asistente de cabina que acaba de preguntarle si quiere pasar a clase preferente. Con bebidas de cortesía.

—Claro que sí —responde después de un breve silencio para comprobar que hablo en serio.

Comenzamos la antes excitante y divertida, pero ahora más bien rutinaria, tarea de desnudarnos. No nos besamos. Ni hablamos. Ni nos reímos. No como lo hacíamos antes, cuando nos lanzábamos el

uno sobre el otro. Siempre estábamos haciéndolo. Tanto, que parecía que estar entre las sábanas era nuestra verdadera vida y que todo lo demás era solo una distracción.

Ahora mismo, sin embargo, no estamos por la labor de crear un «ambiente apropiado», otra cosa que recomendaba el artículo. Ambos sabemos cómo poner en marcha el asunto en piloto automático, y no tardo en buscar a tientas el lubricante en el cajón de la mesita de noche, intentando que no me importe que su barriga me aplaste el diafragma. O que su barba a veces me provoque picores.

Aun así, unos minutos después, el momento que estamos creando hace que mi cuerpo recuerde lo que se supone que debe hacer. Todo lo cual me deja pensando: «¡Fíjate! ¡He instigado de forma espontánea sexo de mantenimiento un sábado por la mañana!». Sin embargo, mi mente empieza a divagar justo después y pienso en el *catering* de mañana para el ayuntamiento. ¿Y si preparo unas tartas de lima para el postre? De hecho, es una gran idea.

«No. Estás echando un polvo —me recuerdo—. Concéntrate. Inventa una fantasía. No divagues».

Mis fantasías sexuales se basan en gran medida en las comedias románticas de los ochenta y, a estas alturas, ya están un poco desgastadas, pero desempolvo mentalmente una escena en una fiesta en la piscina al estilo retro de Hollywood. El ambiente es sórdido y hay un doble de Tom Cruise en su época de *Top Gun* que se me acerca con una diminuta toalla de mano blanca.

«Sí, señor, por fin…». Estoy entrando en calor y…, sí, siento un… «¡Oh, sí!», un gustirrinín muy, muy…

—¡Mamá! —El grito de Nelly que se oye desde la planta baja revienta mi burbuja erótica.

—No le hagas caso —dice Adam al tiempo que me entierra la cara

en el cuello.

Bien. No soy la única que está disfrutando. Sin embargo, cuando seguimos a lo nuestro al cabo de unos segundos, Adam se queda paralizado, porque la puerta del dormitorio se abre de golpe.

Miro por encima de su hombro y veo a nuestra hija, de casi veinticuatro años, horrorizada en la puerta al vernos uno encima del otro, debajo del edredón.

—¡Por Dios! —exclama, tapándose los ojos con las mangas de su albornoz rosa.

—¿¡Qué quieres!? —grito al tiempo que agarro el edredón para taparnos bien con él.

—Ha vuelto a hacerlo. Lo de robot de limpieza. —Está de espaldas a nosotros, pero no ha salido del dormitorio, como si su necesidad siguiera siendo mayor que la nuestra, sin importar lo que estemos haciendo.

—¡Voy corriendo! —gime Adam, que abre los ojos de par en par y me mira espantado al caer en la cuenta del verbo que acaba de usar.

—Vamos ahora mismo a ayudar —me apresuro a añadir—. Ahora mismo.

Nelly suelta un grito asqueado y sale corriendo escaleras abajo, agitando su coleta rizada.

—¡Por el amor de Dios! —murmuro mientras salgo de debajo de Adam y me pongo la bata de algodón.

La canción «Seaside», de The Kooks, se escucha en la habitación de Liam cuando paso por delante a la carrera y también percibo el olor rancio de la asquerosa marihuana que fuma, aunque Adam y yo estamos hartos de repetirle todas las razones por las que debería dejarlo. Por regla general, es un ser nocturno, de ahí que me sorprenda que esté despierto a estas horas. ¿O es que se ha pasado

otra vez toda la noche despierto?

Encuentro a Nelly en la puerta de la cocina, con la nariz enterrada en una manga del albornoz.

—¡Esto es una mierda! —exclama y da un respingo cuando paso a su lado—. Nunca mejor dicho.

Liam, que tiene veintiún años, está despierto de verdad. Solo lleva los calzoncillos y una camiseta negra de manga corta y está en cuclillas en una silla de la cocina agarrado a una taza de café, mientras Groucho Guarx, nuestro collie blanco y negro, ya mayor y que sufre a menudo de incontinencia, me mira con una expresión culpable en sus ojos marrones, temblando junto a la puerta trasera.

—No encontramos el mando a distancia —dice Liam, que señala con la cabeza a Mop Bot, el nuevo robot aspirador, que sigue esparciendo alegremente sobre las baldosas de la cocina una de las cacas más grandes que Groucho ha echado en su vida.

Atravieso la cocina a grandes zancadas y levanto el dichoso robot.

—¡Mamá! Qué asco —grita Nelly.

Golpeo el botón de la parte superior de Mop Bot hasta que por fin muere en mis brazos y lo tiro al suelo, presa de las arcadas por el olor.

En el momento de silencio que sigue, Liam resopla, incapaz de contener la risa.

—No tiene gracia —digo, mirándolo a él y a sus piernas pálidas y delgadas, llenas de tatuajes.

Odio que se haya hecho eso en este último año, pero no estoy en situación de criticarlo. Yo misma me hice un tatuaje estando borracha en mi desastrosa juventud, para mi eterna vergüenza. La caricatura de una rata en la parte posterior de un hombro en honor a mi novio de entonces, Mickey Ratty. Así que, por lo menos, casi nunca lo veo.

Liam se baja de la silla todavía riéndose y atraviesa la cocina saltando y bailando de baldosa en baldosa hasta llegar al pasillo, como si estuviera jugando al Twister.

—¡Oye, esto es mío! —exclama Nelly, tirándole del bajo de la camiseta—. ¡Qué cerdo, apesta a humo!

Liam la esquiva y retrocede con la taza de café en la mano mientras ella lo persigue, como si todavía fueran niños, justo cuando Adam llega, vestido con los pantalones del pijama y la camiseta descolorida del *Nevermind* de Nirvana. Se pega a la pared mientras Liam y Nelly pasan dando tumbos, gritando e insultándose.

Examino despacio los restos que Mop Bot ha dejado a su paso. El suelo de la cocina parece una obra de Jackson Pollock si alguna vez tuvo un periodo marrón.

—De todas formas, no quería este trasto.

Adam levanta las manos, como si estuviera ahuyentando a un oso.

—Solo intentaba ayudar —me asegura.

Necesito todo mi autocontrol para no gritarle que el robot no ayuda. Que él no me ayuda. Que nunca lo ha hecho. Ninguno lo hace. O nunca lo suficiente.

Por eso convoqué una reunión familiar el mes pasado y señalé que, ya que Liam había dejado la universidad y Nelly trabajaba desde casa, y ya que ambos eran técnicamente adultos, podían empezar a ayudar en casa. Sin embargo, mis palabras cayeron en saco roto, hasta que Nelly se dio cuenta de mi «tono agresivo» mientras Liam, que nunca pierde la oportunidad de apoyar a su hermana en una discusión familiar, añadió que «los estaba atacando». A esas alturas, Nelly me acusó de estar menopáusica de una forma tan condescendiente que, la verdad, me entraron ganas de clavarles a todos un tenedor.

Adam decidió que la mejor solución era comprarme un robot aspirador para mi cumpleaños.

Sí. Ya ves. ¡Qué suerte la mía!

Adam atraviesa la cocina por las baldosas limpias, deja salir a Groucho al jardín trasero desde el lavadero y empieza a agitar la puerta para que el olor se vaya. Me mira mientras saco la fregona del armario.

—¿No quieres dejar eso y tal vez…? —Me sonríe esperanzado y mira hacia arriba.

No me puedo creer lo que estoy oyendo.

—No, Adam —le digo—. Creo que el momento ha pasado.



Tardo una eternidad en fregar el suelo mientras Adam saca a Groucho Guarx para dar una vuelta en los jardines de St. Ann's Well Gardens por si le da otro apretón.

Cuando termino, examino la cocina con sus antiguos muebles verdes de los que Adam se niega a deshacerse por su valor «sentimental». Da la impresión de que intenta mantener la cocina de sus padres como cuando todavía vivían en esta casa, como una especie de mausoleo de su infancia. El otro día incluso tuvo el descaro de decir que todo es tan antiguo en esta casa que se ha vuelto a poner de moda, pero no me lo creo. Parece lo que es: una porquería.

En el lavadero, huelo tímidamente mi vestido original de Missoni de los años setenta, que está tendido. Después de lavarlo, no huele mucho a humedad. Y menos mal, porque no puedo permitirme nada nuevo para la fiesta, así que cuando Nelly me sugirió recurrir a lo *vintage*, subí al desván y encontré este viejo amigo que compré en

Camden Market allá por los noventa. Espero que quede estiloso y elegante.

Cuando Adam vuelve, Groucho atraviesa el suelo mojado de la cocina con las patas llenas de barro, y yo resoplo.

—No olvides que dijiste que llevarías todo esto al contenedor —le recuerdo, mientras él camina hacia el cobertizo, señalando las cajas apiladas junto a la puerta trasera, que contienen un montón de trastos del desván. El primer lote de muchos, espero. El desván está lleno hasta los topes, pero si lo vaciáramos, podríamos convertirlo en un estudio para Nelly. Sería una forma de sacarla del comedor, donde trabaja en la actualidad.

Lo veo levantar la tapa de una caja y siento el impulso de darle un manotazo para apartarlo. ¿Por qué nunca puede hacer lo que le pido?

—¿Ese es mi traje de novio? —Parece consternado.

—Está destrozado. La fauna del desván se ha cebado con él —respondo a la defensiva.

Rebusca y saca mi velo de novia, lleno de excrementos de ratón, y mi precioso vestido de seda, que las polillas han convertido en encaje.

—¡Madre mía! ¿No se puede salvar nada?

—Está todo destrozado. Llévatelo. No lo quiero aquí. Fuera todo.

Pone cara de sufrimiento y se acerca como un inspector de aduanas a la siguiente caja. Debajo de la tapa hay un juego de *backgammon* bastante ajado.

—Pero antes nos encantaba jugar —dice.

—Nos encantaba. Hace veinte años. Porque ese es el tiempo que lleva en el desván.

—Mejor lo donamos, ¿de acuerdo?

«¡Madre mía! Ya empezamos». Lo veo fruncir el ceño cuando ve lo que hay debajo. Un revoltijo de figuritas rotas de *Star Wars* de su infancia. Me muerdo el labio inferior, y el fantasma de la Espectacular Pelea de 2014 asoma de repente.

Salvo por el aumento de nuestros roces de un tiempo a esta parte (en fin, «roces» a lo mejor es un eufemismo), a lo largo de los años nos hemos llevado bastante bien, así en general. Ninguno de los dos tiene un temperamento particularmente volátil, y preferimos el tipo de enfrentamiento que ofrecen los enfurruñamientos silenciosos y los insultos mezquinos. Sin embargo, de vez en cuando nos enfadamos lo suficiente como para que uno de los dos estalle.

El violento destino de la colección de figuritas de *Star Wars* de Adam provocó una explosión considerable.

Miro las caras polvorientas y los miembros parcialmente derretidos de los supervivientes.

—A lo mejor algún niño las quiere —sugiero.

—No. ¡Me las regaló mi padre! —exclama, como si fuera un crío pequeño y yo acabara de intentar arrebatarle algo en la puerta del colegio. No, él tampoco se ha olvidado de la Espectacular Pelea de 2014.

Suelta la caja en el suelo con mucho cuidado, dejando claro que se la llevará a otra parte, pero que no piensa donarla, y luego abre la siguiente.

Levanta un montón de mis viejos diarios.

—¿En serio? ¿Quieres tirar todas nuestras cosas viejas?

—El pasado es un país extranjero. ¿No es así el dicho?

De todos modos, ¿qué sentido tiene conservar todas esas tonterías? No me apetece que Nelly o Liam los lean si los encuentran por casualidad. O Adam. Hay muchas cosas sobre él en ellos.

Suspiro mientras sigue revisando la caja.

—Ni hablar. Las cintas de música no. —Parece horrorizado.

Me pongo a su lado y miro el revoltijo de cintas de casete y CD que grabábamos nosotros mismos, hasta que se estropeó su último portátil con grabadora de CD unos años antes del confinamiento.

Levanta una de las cintas de casete y le quita el polvo, para echarle un vistazo a los antiguos nombres de las canciones, escritos con su letra inclinada. En el lomo de la carátula, pone con boli azul descolorido: *Para Juliet 1989*.

—Pero te encantan «Ride on Time» y «Eternal Flame».

La acusación… o, mejor dicho, la traición que detecto en su voz me hace estallar de ira. Lo único que quiero es despejar un poco el espacio, poner orden. ¡No para de acaparar cosas, joder! Me resulta agobiante.

—Es tecnología antigua, Adam. Tíralas. —Le quito la cinta y vuelvo a dejarla en la caja—. O, no sé…, recréalas haciendo listas en Spotify si es necesario.

Sin embargo, me mira como si le hubiera tirado la caja a la cabeza.



2

Adam - «Strangers»

Miro los pósteres y las viejas portadas de vinilo pegadas en cada centímetro de pared disponible en el dormitorio de Liam, con la frase «recréalas haciendo listas en Spotify» todavía resonándome en los oídos, pero, luego, me obligo a concentrarme de nuevo en Liam, que me está fulminando con la mirada desde la cama, y me asalta el mismo pánico por lo mucho que nos hemos distanciado.

Se me daba bien al principio. Lo de ser padre. Que sí, que no puedo hacer crecer a los niños dentro de mí, ni parirlos, ni amamantarlos como Jules. Pero, después de eso, me encantaba poner mi granito de arena para criar a mis pequeños Tamagotchis de carne y hueso y hacerlo bien. Cambiar los pañales durante los turnos de *Teletubbies* de los sábados por la mañana, con los ojos enrojecidos. Triturar el brócoli y dárselo haciendo el avión.

Y seguí haciéndolo bien. Durante los años de Hama Beads, Bop It, Heelys, Minecraft, Beyblade, *micro scooting*, acampadas del AMPA, Pokémon y fiestas piratas.

Cuanto más crecían los niños, más pensaba que solo tendría que ir pasando de nivel, como en un juego de ordenador. Adquiriendo nuevas habilidades y equipo de avatar. Hasta que fui como

Superpapá. Y no solo yo, nosotros. Los Hole. Pensé que seríamos como los Increíbles. O los Guardianes de la Galaxia. Que, pasara lo que pasase, siempre estaríamos juntos y triunfaríamos al final.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz de una puta vez? —masculla Liam, de nuevo en su cama, en ese pozo de sudor que es su dormitorio con las persianas bajadas y la lámpara de lava encendida, como si ese fuera su plan para el resto del día.

Como adulto ofendido, una parte de mí quiere responderle. Como su padre, quiero decirle que está castigado sin salir o que no habrá más Xbox, en la vida. Pero tiene veintiún años. Es demasiado mayor para que yo esté dándole la lata y repitiéndole que redacte su currículum y así poder dárselo a mi colega Zack, que trabaja en un banco y que estará en la fiesta de Darius más tarde, y que podría (solo podría) darle a Liam cierta experiencia laboral antes de que vuelva a la universidad para repetir sus exámenes de contabilidad a finales de año.

—No hace falta que digas palabrotas —le digo. Es patético, y también hipócrita, porque bien sabe Dios que yo suelto muchísimas, pero como me ponga muy serio, vamos a tener otra discusión.

—¿Que no hace falta? —me suelta al tiempo que agarra la almohada por detrás de la cabeza como si estuviera pensando en tirármela—. A veces, es la única forma de que escuches lo que tengo que decirte.

Me muerdo el labio y respiro hondo mientras contemplo el desorden de su ropa tirada por el suelo, que es lo que parece usar como armario.

—¿Y qué es? —le pregunto.

—Que quiero que me dejen en paz.

¡Qué bien! Lo que me está diciendo es que no quiere hacer nada.

Salvo, quizá, salir y emborracharse de nuevo esta noche, como hizo anoche, y endeudarse todavía más.

—No quiero hacer el papel de malo… —le digo.

—Pues no lo hagas.

—Pero no puedes pasarte todo el día en la cama y luego estar toda la noche fuera.

—No estaba «fuera». Estaba en casa de Max.

Como si hubiera diferencia. Max y él eran grandes compañeros de pequeños, pero ahora Max también ha dejado la universidad, y parecen estar siendo un lastre el uno para el otro.

—Y ¿qué hacías?

—Pues ya sabes, pincharnos heroína y meternos *crack*.

—No tiene gracia.

—¿Por qué? ¿Porque te preocupa que pueda ser verdad?

—No —respondo entre dientes. Aunque sí me preocupa, no tanto que Liam experimente con drogas duras, sino más bien que lleve el mismo estilo de vida que llevaba en la universidad, lo que hizo que nos avisaran de que había dejado de ir a clase, y luego el propio Liam admitió que se había gastado todo el dinero del curso en menos de diez semanas.

—Solo estábamos pasando el rato —dice.

—¿Jugando al *Dragon Age*? —Es mi intento de bromear, de hacer las paces, porque cuando era pequeño, jugábamos a los juegos de rol tradicionales al estilo de *Dragones y mazmorras,* antes de que le diera por el *Fortnite* y el *Call of Duty*, o por juegos de tiradores mucho más serios como los que hace ahora mi mejor amigo, Darius.

—No. Tocando el bajo —contesta.

Durante un segundo, creo haberlo oído mal. Incluso desvío la mirada un segundo a un rincón de su dormitorio, donde tenía sus

dos guitarras acústicas y la eléctrica, antes de que las convirtiera en un amasijo de astillas y cuerdas a los once años, una semana después de que le dieran el alta en el hospital.

—He estado tocando el viejo bajo de Max —dice, como si me leyera la mente.

—En fin, supongo que está bien tener una afición.

—Es lo que quiero hacer de nuevo. —Le relampaguean los ojos, y ese brillo es una especie de desafío.

«¿De nuevo?». No puede decirlo en serio. ¿Como si estuviera «destinado» a ello? Esa fue la palabra exacta que usábamos los dos en otro tiempo, sin ironía, sobre el hecho de que tocase. Una tonta palabra artúrica, pero Liam tenía un talento tan extraordinario que parecía verdad.

—Pero no lo entiendo —digo mientras intento no mirarle la mano izquierda.

—Max y yo vamos a montar un grupo —me dice—. Yo al bajo y él como vocalista.

«¡No!», grito en mi fuero interno. Porque además de sufrir un daño motor severo, Liam perdió dos dedos en el accidente. Lo que quiere decir que, sea lo que sea lo que está planeando ahora, solo le provocará más sufrimiento, y bien sabe Dios que ya ha tenido bastante.

—Pero ¿qué me dices de volver a la universidad para terminar tus estudios?

Silencio.

—Me prometiste que lo intentarías de nuevo.

Como si no me oyera.

—Y ya sabes lo bueno que es ese curso —le insisto, levantando la voz—, y lo buenas que serán tus perspectivas de trabajo…

—Nunca he querido estudiar contabilidad —protesta con los dientes apretados, sacando la barbilla—. Eso siempre ha sido cosa tuya.

Toda la maraña de sentimientos que me abrumó después de su accidente empieza a reconcomerme de nuevo por dentro.

—Sabes que solo intento ayudarte.

—Ya…

Solo que no termina la frase. No le hace falta. Ya puedo oír el resto como si me lo estuviera gritando a la cara: «Pero no lo haces».



Encuentro a Jules en la cocina, escuchando «Strangers», de Ed Harcourt, mientras escribe las tarjetas del menú para el bufet que va a organizar mañana para el evento del ayuntamiento.

—Ese puesto de trabajo que Zack podría conseguirle a Liam…, pues se niega incluso a solicitarlo —le digo—. Y no va a volver a la universidad. Dice que Max y él van a crear un grupo de música.

—Lo sé. —Clava sus relucientes ojos azules en los míos—. Te he oído gritar desde aquí abajo. Por eso he subido la música.

—No estaba gritando —replico antes de darme cuenta de que me ha calado, porque ahora sí lo estoy haciendo—. Solo intentaba que me escuchara —mascullo—. Que escuche la voz del sentido común.

—¿Tan malo es que lo intente?

No me puedo creer que me lo esté preguntando. Que apoye esta idea tan desquiciada.

—Sí, sí que lo es. Porque… Porque no va a llegar a ninguna parte.

—¿Por qué?

—Porque nunca va a ser tan bueno como era. —Es la verdad—. Y odiará eso y la gente se limitará a…

—¿Qué? —Cruza los brazos por delante del pecho.

—Ya sabes a lo que me refiero. Ya sabes cómo es la gente. Como cuando jugaba al críquet en el colegio. Se burlaban constantemente.

—Pero, aun así, llegó al segundo equipo, ¿no? Les demostró que se equivocaban.

—Esto es distinto.

—¿En qué sentido?

—Estamos hablando de la industria de la música. Que se come a sus dichosos hijos con patatas. —Los dos lo sabemos por los pocos amigos que tenemos de cuando estábamos en ese mundo.

—Pero siempre ha sido su sueño —replica.

—Ya, a ver, que los sueños no son el mundo real. Además, ¿es verdad? ¿Siempre ha sido su sueño? —le pregunto—. Porque, que yo sepa, lleva diez años sin hablar de crear música nueva.

No, no desde el día que oí a Max gritar en el jardín con Liam. No desde que salí corriendo para encontrarme a mi niño ensangrentado e inconsciente, con la mano atrapada y destrozada por el cable de la polea.

—La gente tiene derecho a cambiar de opinión —dice Jules.

Y ahí está. Esa expresión con los dientes apretados. Como la de mi hijo. Ah, sí, no cabe duda de que ha heredado la testarudez suprema de ella.

Me mira fijamente como si todo el asunto fuera culpa mía. O, quizá, así es como lo ve ella, porque si yo no hubiera instalado la tirolina en el viejo laurel, nuestro hijo nunca se habría hecho daño.

Yo.

Algo en lo que he pensado todos los días desde entonces.

Solo que, ahora, cada vez que intento mejorar su vida, él me aparta.

—Muy bien. Pues encárgate tú. De él —le digo.

Me doy media vuelta deprisa, para que no vea lo cabreado que estoy, atravieso el jardín hasta el enorme cobertizo que mi padre construyó en los setenta para usarlo de taller y enciendo los fluorescentes del techo antes de cerrar la combada puerta de madera de golpe, encerrándome.

Me meto entre las abarrotadas estanterías, a rebosar de manuales de videojuegos y novelas de ciencia ficción, y tiro al suelo *Game Design & the Pixelated Brain*, de P. Bill Howarth, y *Matadero Cinco*, de Kurt Vonnegut. Enciendo el reproductor Bang & Olufsen de madera de mi padre, de los años sesenta, que el manitas de mi amigo Doodles ha restaurado, y pongo a todo volumen «My Generation», de los Who.

Me siento mejor casi de inmediato. Aislado. No solo de Liam, sino también de Jules, porque cada vez es más frecuente que no conectemos. Incluso el polvo…, bueno, el polvo interruptus de esta mañana no ha conseguido que dejemos de lanzarnos a otra discusión.

¿Qué le ha pasado a la razón? ¿A ser amables sin más?

Cierro los ojos. Inhalo, exhalo. Siento que el corazón empieza a latirme más despacio.

Les echo un vistazo a las dos cajas que metí antes en el cobertizo en vez de llevarlas al contenedor, saco mi estropeada colección de figuritas de *Star Wars* y las coloco en fila sobre el viejo torno de mi padre, como si fueran una cola estrambótica y futurista esperando el autobús. Recuerdo todos los cumpleaños y todas las Navidades que recibí cada una de ellas. En plan de que lo tengo grabado todo en la cabeza. En cada recuerdo, mi padre está sonriendo.

Meto la mano de nuevo en la caja y saco un par de cintas de casete.

La misma cinta de *Para Juliet* del 89 que saqué antes y *Fiesta en el piso* del 98. No puedo creerme que Jules quisiera tirarlas. Una parte de mí sigue emocionándose por la nostalgia de estas cintas, porque me encanta la música, como si fuera algo que mi esencia necesita para funcionar como es debido. Y también era lo nuestro, algo de Jules y mío. Así fue como criamos a nuestros hijos. Como los Von Trapp, pero con batería. Algo que desapareció después de lo que le pasó a Liam. Hasta que nuestra forma de entender la vida, cantando y tocando música, fue muriendo a medida que cada uno se iba retirando a sus dispositivos personales y a sus espacios personales.

Durante un segundo, con la brillante luz matinal colándose a través de las ventanas cubiertas por la enredadera, *Para Juliet* casi me parece que reluce en mis manos. Pero, aunque pudiera encontrar la forma de poner la cinta, sigo demasiado cabreado con Jules como para darle semejante tributo. Quería tirarla. Que viene a ser lo mismo que querer tirarnos a nosotros, ¿no? Todo lo que fuimos. Lo que nos ha traído hasta aquí. La banda sonora de nuestra vida.

La vuelvo a meter en la caja y pongo a Roger Daltrey al 9 de volumen.

Me quedo en pantalones cortos y me subo a la chirriante bicicleta estática de mi padre. Es solo el sexto día de mi nueva rutina, pero juro que ya me resulta más fácil.

Pienso en Darius y en su fiesta mientras pedaleo, llevándome al límite. Su cara está por toda la vieja pizarra de fotos que acumula polvo en la pared. Fotos de él aquí, en la «cueva de Aladino» de mi padre los fines de semana. Mi padre enseñándonos a construir pistolas de juguete y cometas de niños. Y siempre con ese serrín (o «purpurina masculina», como siempre lo llamaba mi madre) en el pelo de mi padre. Después Darius y yo jugando al *Super Mario* y al

Sonic de adolescentes y aprendiendo a programar y diseñar nuestros primeros juegos rudimentarios, después de que mi padre empezara a frecuentar más los pubs y las casas de apuestas de Western Road.

Veinticinco años después, Darius y yo incluso convertimos esto en una oficina durante un tiempo. Algunas de las ideas que se nos ocurrieron siguen clavadas en la pizarra. Incluido el prototipo del logotipo de Totally Sirius Games, la empresa que él acabó dirigiendo solo cuando se mudó a Estados Unidos hace ocho años.

¡Por Dios! A estas alturas, me parece imposible que fuéramos casi como dos gotas de agua.

Después de diez minutos, estoy hecho polvo. Me peso en la vieja báscula analógica de mis padres. Medio kilo. Unos miserables quinientos gramos. Es lo único que he perdido en seis días de castigo. Fulmino con la mirada la caja de *pizza* de Pronto in Tavola de anoche que hay en la papelera, encima del envoltorio de pollo a la parrilla de Kambi del miércoles. Me quito los pantalones cortos sudados, con la esperanza de que eso le quite otros quinientos gramos. Y una mierda. Aunque ¿quizá me he tonificado un poco? Me vuelvo hacia el espejo borroso de la pared.

Craso error. El cuerpo, con operación biquini completada, que albergaba la esperanza de que hiciera su aparición antes de la fiesta de bienvenida de Darius brilla por su total ausencia. En cambio, aquí está mi yo de siempre. Con una barriga un poco abultada, como si me hubiera tragado el reposacabezas de un coche.

«Koala». Meredith, mi compañera de trabajo, me puso ese tierno apodo. A cuenta de mi barba y de que empieza a teñirse de gris, dice. Pero, sin duda, también es por mi cuerpo fondón. Me la imagino durante un segundo, sonriéndome desde donde está sentada entre Doodles y yo en el desordenado despacho del sótano en Quark

Studios, con sus montones de guiones de juegos de rol para móviles y rasgos de personajes pegados a la pared.

Sin duda, este momento le resultaría gracioso mientras me viera sudar hasta casi morir, porque cree que me siento seguro en mi cuerpo. Pero no dejo de preguntarme si se dará cuenta de mi nuevo, más estilizado y más fuerte yo en el caso de que alguna vez aparezca.

—Toc, toc —dice una voz con un fuerte acento de Manchester.

¡Mierda! Doodles. Ha llegado temprano. Casi me caigo de culo en mi intento por agarrar los pantalones cortos del banco de trabajo para taparme mientras la puerta del cobertizo se abre con un crujido y Big D aparece en el hueco, con sandalias de cuero, un peto vaquero con cobras y una camiseta de Frankie Knuckles desteñida.

—¡Por lo más sagrado! ¿Se puede saber qué herejía y disolución es esta? —Sonríe y me mira desde su atalaya de metro noventa mientras se quita las gafas de sol de espejo Wayfarer.

—¡Vete a la mierda! —replico y me apresuro a ponerme los pantalones cortos—. Solo estaba…

—¿Qué? ¿Empezando tu colonia nudista en solitario? No, no me lo digas, anoche hubo luna llena y te acabas de despertar desnudo después de zamparte varios rebaños de corderitos en el páramo.

—Solo me estaba pesando, ¿de acuerdo? —mascullo.

—Claro, claro. Porque, a ver, todos nos pesamos desnudos en un cobertizo. —Pasa a mi lado con una sonrisa socarrona, con la rala melena rubia y los ojos enrojecidos por la marihuana que siempre lo hacían parecer el hermano pequeño fumado de Gandalf el Gris, y saca dos latas frías de cerveza Stella del frigorífico.

»Toma. —Me lanza una—. Frótatela en la frente. Puede que te ayude a calmar tu dignidad.

Le quita la funda al televisor y se sienta en el sofá que tiene el hueco del trasero ya esculpido. Para cuando termino de vestirme, tiene puestos los auriculares, ha quitado la parte trasera de uno de los mandos y está muy ocupado ajustando sus componentes electrónicos con un destornillador.

—Para que no sigas desviándote a la derecha al apuntar —me explica antes de devolvérmelo y encender la tele.

Doodles y yo jugamos juntos casi todos los sábados. Solo un par de horas, a menos que Jules trabaje, en cuyo caso, a veces, es todo el día. Es algo que hemos estado haciendo de vez en cuando desde que nos hicimos amigos cuando teníamos unos veinte años, pero más a menudo ahora que no estoy tan ocupado con los niños.

Hoy toca el *Baldur's Gate 3*. Nos hemos unido a un grupo de compañeros *berserkers*, guerreros druidas medio elfos, clérigos y ladrones para dar palizas por el mundo ficticio de los Reinos Olvidados. Un montón de tonterías, por supuesto. Pero tonterías divertidas. De las que te permiten dejar atrás todos tus problemas.

—¡Adam! —grita Jules desde algún lugar del exterior una hora más tarde, rompiendo el hechizo.

—Parece que alguien tiene problemas —canturrea Doodles antes de cortar el chat en línea con un grupo de veinteañeros que nos han estado preguntando por trucos para un par de juegos de la vieja escuela de los noventa que les gustan mucho.

—¡Adam! —Jules grita más fuerte—. El coche. Lo prometiste.

Se refiere al viejo Škoda de mi madre. Le prometí que le cambiaría las bujías. Bujías que todavía no he pedido por internet.

—¡Que sí, que sí! —le digo también a gritos—. Ya voy. ¡Por el amor de Dios! —termino en voz baja.

—¿Va todo bien? —me pregunta Doodles.

—¿Cómo?

—Entre vosotros dos.

Jules y yo somos pareja desde antes de que nos conociera. Seguramente, seamos como un mueble para él.

—¿Qué? Ah, sí. A ver, ya sabes, cosas de matrimonios —le digo, restándole importancia mientras me encojo de hombros.

Él se encoge también. Como es soltero, no tiene ni idea.



Aunque he estado rezando para que lloviera y se cancelara todo lo relacionado con la piscina en la «fiesta de piscina», dos horas más tarde el sol sigue más ardiente que un pollo al *vindaloo* desde un despejado cielo azul, mientras nuestro Uber nos deja en frente de las puertas eléctricas de la mansión de estilo neoclásico que Darius pagó en efectivo en Tongdean Avenue, la calle más cara de la ciudad.

—¡Hola, hola, A-Hole y Jules! ¡Ya puede empezar la fiesta oficialmente! —exclama Darius, con una sonrisa deslumbrante, mientras contesta al videoportero para dejarnos entrar.

—Vamos, que sigue siendo gracioso. Siempre lo será —dice Jules al tiempo que me da un apretón reconfortante en la mano, el mismo que me daba mi padre si perdía uno de mis juguetes cuando era pequeño.

«A-Hole». El apodo inevitable que me ha perseguido toda la vida. Porque mis padres no fueron conscientes de que mi inicial y mi apellido acabarían formando la palabra que en Estados Unidos usaban para «imbécil».

—Sí, pero, por lo menos, yo nací siendo un imbécil y no elegí casarme con uno —replico como de costumbre y me doy cuenta de que lleva puesto un vestido de hace un montón de años y de que le

queda estupendo, pero que ya es demasiado tarde para decírselo.

Otro apretón en la mano. Esta vez de mi parte. Código Morse de casados para dejar atrás nuestra discusión de antes. En cuanto pasamos por delante de un reluciente Ferrari rojo aparcado en el camino de piedra, aparece Darius en la entrada de su casa, con los brazos extendidos y ataviado con un bañador de diseño, una camisa blanca de lino y unas Havaianas negras.

Por un segundo, se me encoge el corazón y me pregunto qué pintas tendré en comparación, con mis viejos pantalones cortos y mi camiseta zarrapastrosa. Sobre todo porque Darius Angelopoulos, dotado de una belleza griega natural, tiene ahora un cuerpo a la altura del de un héroe griego.

Sin embargo, luego me abraza.

—Joder, me alegro de verte, Ads. —Sonríe. Y, de repente, solo es Darius, mi mejor amigo de siempre.

Sonrío al verlo abrazar a Jules, al ver que todavía se recorre con los dedos, y una expresión incómoda, las viejas marcas de acné y esa otra cicatriz, más profunda, en la barbilla, de cuando se cayó de la BMX en el 85 y se golpeó la cara y las pelotas con una papelera.

—Sigo sin creerme que hayas organizado una fiesta solo dos días después de volver a casa —dice Jules mientras Darius nos conduce al interior y pasa por delante de lo que parece una sala de cine privada, con cajas de mudanzas sin abrir apiladas contra la pared del fondo.

—A ver, ya me conoces. Detesto perder el tiempo. —Sonríe—. Además, he tenido ayuda —admite y señala con la cabeza a una muchacha superalta y que parece supersegura de sí misma, de pelo rojo brillante, que está dirigiendo a una falange de camareros cargados con bandejas de canapés para llevarlas de la cocina al jardín—. Anastasija, mi asistente personal —dice—. Ha venido antes

de tiempo para prepararlo todo.

Darius se hace con dos copas de champán y nos invita a salir. ¡Uf! Debe de haber ya casi cien personas deambulando por el cuidado césped con vistas a la ciudad y al mar azul.

—Bueno, ¿ya estás de los nervios por haber dejado atrás toda tu vida? —le pregunta Jules.

—La verdad es que no. Mucho menos ahora, que la demencia de mi madre ha empeorado tanto. —Me da unas palmaditas afectuosas en la espalda. Durante los últimos años desde que le diagnosticaron la enfermedad, he estado interesándome por el estado de Eleni cada dos meses o así y transmitiendo la información. Veo en los ojos de Darius la misma expresión triste que tenía en el colegio después de que muriese su padre. Los dos sabemos que el final se acerca—. Claro que el dinero ayuda a que todo sea mucho más fácil —bromea.

La fortuna con la que ha dejado Estados Unidos. Cuya mitad podría ser mía si me hubiera ido para trabajar con él después de que se nos ocurriese la idea para Totally Sirius en mi cobertizo hace tantos años. Algo que todos los presentes saben. Y eso ¿en qué me convierte? ¿En el Darius que no llegó a ser? ¿En un fracasado? ¿En un tonto?

Siento que se me encoge el estómago.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras me mira entrecerrando esos ojos oscuros.

—Sí, claro. —O, por lo menos, debería estarlo, ¿no? Porque está claro que ya es demasiado tarde como para cambiar el pasado—. Me alegro por ti —digo en voz alta—. Y es estupendo tenerte en casa.

Mientras Jules y él se ponen a hablar con un par de colegas estadounidenses que van a quedarse el fin de semana, yo me lanzo a la fiesta. Está tocando un grupo homenaje a Buena Vista Social Club

y en el aire flotan las carcajadas, las conversaciones y el humo de la barbacoa.

Un par de horas más tarde, la gente empieza a meterse en la piscina. Busco una tumbona lo más lejos posible de la acción acuática y me pongo a hablar con algunos viejos amigos mientras me bebo un par de cervezas. Jules se pone el bañador y el pareo, y me dice que me dé un chapuzón, pero me quedo donde estoy como una lapa en marea alta. No pienso quitarme la camiseta ni loco.

—¡Vaya, hola, jefe! —exclamó Meredith, que aparece a mi lado y se pasa una mano por la melena rubia que le llega hasta los hombros. Lleva un vestido de tirantes de algodón verde que le cubre el biquini húmedo que lleva debajo y, por un segundo, siento una descarga de adrenalina y no sé adónde mirar—. ¿Te gusta estar codeándote con la flor y nata? —pregunta.

Cohibido, me tapo bien la barriga con la camiseta.

—¿Eso es lo que estoy haciendo?

—¡Pues claro! Estás aquí en tu papel de venerado experto de la vieja escuela y mejor amigo de nuestro anfitrión —se burla—. Pero, para el resto de nosotros, simples mortales, aunque esto no sea exactamente la Gamescom, seguramente sea la reunión donde podamos ver reunidos a más jefazos de Silicon Valley y otros imbéciles selectos de la industria en todo el año.

Sillycon, así se refiere a las tres calles de Brighton donde tienen su sede la mayoría de las empresas tecnológicas de la ciudad. Una de nuestras bromas internas. Darius, o Anastasija, por lo menos, ha invitado hoy a un montón de ellos y a todos sus viejos amigos, ya que está deseando reencontrarse con todo el sector ahora que ha vuelto.

—Mmm… —replico mientras miro algunas de las otras caras que

reconozco de nuestras empresas rivales de la ciudad—. Quizá yo también debería charlar con ellos, porque mi carrera en Quark no va precisamente viento en popa, ¿verdad? —Algo que me va preocupando más a medida que me hago mayor. O, tal vez, sea solo el trabajo que he terminado haciendo. Los juegos de rol para móviles basados en programas de telerrealidad no eran mi objetivo cuando me incorporé, pero es el rumbo que ha tomado la empresa en los últimos cinco años—. Y hablando de imbéciles… —Señalo con la cabeza en dirección a nuestro director general, y fundador de Quark Studios, Todd Landerson, arrodillado delante de un barril de vodka mientras bebe directamente de la boquilla.

—¿Crees que así fue como consiguió el trabajo? —pregunta Meredith.

—¡Venga ya! —Me echo a reír—. Tú no eres de las que dicen esas cosas.

—¿Tú crees? —Sonríe.

Mientras se sienta a mi lado, me aparto un poco para dejarle espacio.

—¿Sauvignon blanc? —le pregunto, señalando su copa con la cabeza.

—¿Una jarra de Dark Star IPA? —replica, mirando mi vaso.

Nuestras bebidas estivales preferidas. Y también sé que prefiere el cabernet sauvignon en invierno, y patatas fritas con sal y vinagre todo el año. La clase de detalles cruciales en un pub que solo conozco de dos o tres mujeres.

No tengo claro cuándo empezó, lo de volver a casa andando después de las copas los viernes por la noche, pero es algo que cada vez estamos haciendo más. Sin decir nada. Sin que los demás se den cuenta. Claro que tampoco hay nada de lo que darse cuenta. Es que

desde que Meredith se mudó de piso, se puede decir que volvemos a casa por el mismo camino y hay muchas cosas del trabajo de las que hablar. Aunque, la verdad sea dicha, hemos estado hablando cada vez menos del trabajo en los últimos meses.

—¡Oye, Meredith! —grita una voz.

Los dos nos volvemos para ver a cuatro musculitos jugando un partido improvisado de voleibol en la pista de tenis que tenemos por debajo. Torsos bronceados. Abdominales que brillan al sol.

—¡Klaus! —exclama ella—. ¡Te veo estupendo, corazón!

—¡Me siento bien! —replica el más musculoso de todos al tiempo que se coloca las gafas de sol en la cabeza.

—¿Sigue en pie lo del entrenamiento del miércoles?

—Claro. —Le lanza un beso—. Tú y yo vamos directamente a lo más alto de la liga.

Ahora lo reconozco. Uno de los nuevos directores de cuentas del trabajo. Diez años más joven que yo.

—¡Ah! Así que ese es tu don Perfecto —digo mientras Meredith se vuelve hacia mí. Otra broma, porque no ha tenido pareja desde que se mudó de Londres hace tres años y dice que no encuentra a nadie decente. Aunque yo siempre le digo que esto es Brighton y que pone el listón demasiado alto.

—Mmm —murmura ella mientras se lo piensa—. Supongo. Pero solo cuando jugamos al voleibol.

—¿Tu compañero entonces?

—De juego, sí.

—Parece simpático.

—Bueno, lo es, pero… no es muy listo… —Hace una imitación del *Terminator* de Arnold Schwarzenegger, que me arranca una carcajada —. A ver, que sí —sigue—, está bueno. Es mi tipo. Pero los hombres

como él son siempre superarrogantes. Prefiero a alguien con un poco más de sentido del humor. Alguien con quien tomarse una cerveza y bromear. —Me da un puñetazo juguetón en el brazo.

Está tonteando, pero no hay peligro, porque salta a la vista que, físicamente, no soy su tipo.

Se queda mirando a Todd, que ahora está charlando con Doodles, radiante como alguien sacado de un anuncio de pasta de dientes.

—Bueno, ¿de qué crees que va todo esto? —me pregunta.

No necesito preguntarle a qué se refiere. Está hablando de la reunión de toda la empresa que Todd ha convocado para el lunes, algo que no ha pasado ni una sola vez en todos los años que llevo en ella. Y, normalmente, detesto que mis compañeros me traten como a alguien mayor y, por tanto, más sabio. Un poco injusto por mi parte, dado que le doblo la edad a la mayoría, pero el año pasado, cuando Todd reservó nuestra fiesta de Navidad en el club Horizon, en la playa, me preguntaron dos veces en la cola si era un conductor de Uber y, una vez dentro, si era el fontanero al que habían llamado para desatascar los desagües. No es algo que se olvide fácilmente.

Claro que, por lo menos, con Meredith solo me llevo unos cuantos años. El problema es que estoy desfasado por completo. Rechacé mi única oportunidad de ser director hace años para poder ayudarle más a Jules con los niños. Después del accidente de Liam.

—Quizá deberíamos preguntarle a él —dice, señalando a Darius, que está chapoteando en la piscina—. Siempre has dicho que él tiene todas las respuestas, ¿verdad? San Fran Disco, mitad simpático DJ, mitad héroe tecnológico. —Esboza una sonrisa socarrona.

—Sí. —Le devuelvo la sonrisa, aunque me siento un poco culpable por el tonto apodo que le he puesto a mi viejo amigo a sus espaldas.

—¡Madre mía! Pero ¿con quién está el don Sirius el Arrogante? —

pregunta Meredith—. Porque parece que se están divirtiendo.

—¡Ah, esa es Jules! —contesto, cuando veo que es ella.

—¿Tu Jules?

—Ajá.

Se hace un silencio incómodo mientras los vemos reír y pelearse por un disco con los colores del arcoíris que no deja de salir del agua. Jules, siempre competitiva, y Darius, igual de competitivo, se niegan a dejar ganar al otro.

En ese momento, Jules me ve y me hace señas para que me acerque, pero yo hago como que no me he dado cuenta.

—También son viejos amigos —le explico.

Intento concentrarme en Meredith, pero sigo oyendo la risa de Jules. En cierto modo, hace mucho que no la oigo. ¿Qué le está diciendo Darius que la hace reír tanto?

No vuelvo a ver a Jules hasta más tarde, cuando empieza a oscurecer, la música se corta y Darius sube al pequeño escenario con un micrófono en las manos.

—Bueeeeeno… ¿Sabéis qué? Es la hora del karaoke —anuncia con una sonrisa de presentador, iluminado por la luz de un foco.

Entre la multitud, veo a Jules buscándome.

Sin embargo, conozco a Darius demasiado bien. Sé perfectamente a quién va a llamar primero, y no me atrevo a hacerlo. A subir al escenario. A su lado. Aquí, en su increíble casa nueva. Delante de todas las personas a las que conozco.

Agarro otra copa y vuelvo a adentrarme en las sombras, mientras ese foco brillante y feo me ilumina.



3

Jules - «Islands in the Stream»

Debería haber sabido que Darius organizaría un karaoke. Le encantan las actuaciones.

—Un aplauso para Adam y Jules —grita por el micrófono, apuntándome con un dedo—. Os toca.

—No, no, no —rehúso, consciente de que debo de estar sudada de bailar.

Sin embargo, Darius insiste y, a regañadientes, dejo que me suba al escenario, donde tengo que entrecerrar los ojos por el resplandor de las luces.

—¿Dónde estás, A-Hole? —pregunta, escudriñando al público.

Me muevo, incómoda, consciente de que Adam detestará que su ridículo apodo se haga público de esta manera. Sobre todo, delante de sus compañeros de trabajo.

¿Se puede saber dónde está? Casi no lo he visto desde que estuvo charlando antes con la tal Meredith de su oficina. Doodles nos presentó, pero no hablamos mucho. Por supuesto, Adam ya la había mencionado antes, pero es mucho más guapa y atlética de lo que esperaba. Tampoco es que importe. Porque Adam… En fin, es Adam.

Darius pulsa un botón en la consola que tiene al lado y suenan las

primeras notas de la cursilada esa de Dolly Parton y Kenny Rogers. Adam y yo siempre la cantábamos como nuestro irónico dúo de karaoke cuando empezamos a salir. Me sorprende que Darius se acuerde.

Adam no puede dejarme colgada con «Islands in the Stream», ¿verdad?

Parece que sí, porque ahora lo veo, detrás de la multitud. No se mueve, ni siquiera cuando nuestras miradas se cruzan.

«¡Vamos!», articulo con los labios. Sin embargo, él niega con la cabeza. ¿Se puede saber qué le pasa? Sé que se siente inseguro cantando, pero ¿de verdad me va a dejar sola aquí arriba?

—Ahí estás —dice Darius, que lo ve en ese momento—. Vamos, colega. ¿Te acuerdas de los viejos días de karaoke en el pub Lion & Lobster? En serio, os aseguro que estos dos eran los amos.

Adam niega de nuevo con la cabeza y, cuando la letra empieza a pasar por la pantalla a mis pies, Darius pone cara de «tú te lo pierdes», desengancha el micrófono del soporte y empieza a cantar a pleno pulmón y muy mal, pero fatal.

Busco a Adam con los ojos, desesperada por que venga a rescatarme, pero ya no lo veo y, de repente, me toca cantar a mí. Me tiembla la voz por los nervios y bajo la mirada a la pantalla, apartándola de los penetrantes ojos verdes de Darius. Aunque me sé de memoria esta canción sobre navegar a otro mundo y confiar el uno en el otro, me parece mal cantarle la letra a él.

Mientras el público aplaude y grita, me recuerdo a mí misma que solo nos estamos divirtiendo y miro todas esas caras de nuestro pasado. ¡Ay, por Dios! ¿Ese de ahí es Mickey Ratty? El imbécil de mi primer novio. Todavía con coleta, aunque ahora tiene el pelo gris y estropajoso, como… una rata muerta. El tatuaje de mi hombro me

parece de repente una quemadura. A Adam no le hará gracia verlo. Aunque dice que no le importa mi pequeño «ratuaje», como lo llama, sé que, en el fondo, lo detesta.

Justo entonces veo a Ngozi abriéndose paso entre la multitud hacia el frente, donde se detiene, me sonríe y me hace un gesto con el pulgar hacia arriba. Me siento aliviada, le devuelvo la sonrisa y, para la última estrofa, ya estoy en mi salsa.

Cuando termina la canción, Darius me agarra de la mano y me invita a hacer una reverencia con él como si estuviéramos en el escenario de Wembley. Bajo de un salto y siento que me tiemblan las piernas, mientras Ngozi me rodea con los brazos, tras lo cual nos alejamos hacia un lado de la pista de baile mientras Darius sube a otra víctima al escenario.

—¿Os apetece beber algo? —nos pregunta uno de los camareros al pasar a nuestro lado con una bandeja de bebidas.

—Necesito agua —contesto mientras me hago con un vaso y Ngozi elige un cóctel.

—¿Puedes traernos dos vasos de tu mejor tequila? —añade Ngozi, con ese tono encantador pero autoritario que consigue que la mayoría de la gente se desviva por cumplir sus órdenes.

Intercambiamos una mirada mientras empieza a sonar en el escenario una desafinada interpretación de «Rehab», de Amy Winehouse, y luego nos reímos.

—Me preocupaba que no fueras a venir —le digo a Ngozi mientras el camarero se aleja y nos sentamos juntas en un banco cercano.

Aunque esté en lo más alto de su carrera como abogada de empresa y gane un pastizal, su trabajo es implacable y acaba de llegar de Ginebra. Claro que tampoco se le nota. Han pasado tres años desde que se divorció de Geoff, y está claro que la libertad de

movimientos le sienta bien. Lleva un vestido azul ceñido y muy sexi, y unos botines con tachuelas. Se ha peinado apartándose el pelo de ese rostro impecable, y se le ven ya canas en algunos puntos, pero sigue tan elegante y fresca como cuando la conocí en el instituto.

—Ha sido llegar allí y volverme. ¡Oye! Qué alegría ver que conservas tan bien este trapo viejo —dice al tiempo que le da un tironcito a mi vestido.

—Lo sé, ¿verdad? *Vintage* total.

—Estabas muy guapa ahí arriba.

Su cumplido me conmueve.

—Darius ha pensado en todo. Ha instalado hasta duchas con buenos secadores para después de la piscina —digo, sacudiéndome el pelo, para que vea que he usado uno.

Ngozi mira a Darius, que sigue en el escenario.

—Ya veo que sigue tan arrogante como siempre.

Nunca le ha impresionado nuestro anfitrión.

—¿Y? ¿Qué tal el viaje? ¿Alguna SG? —le pregunto, y ella se ríe. Ese es nuestro código para «salchicha germana», una referencia a la única vez que se acostó con alguien en un viaje de trabajo.

—No. Ni un trocito.

El camarero vuelve con nuestros chupitos y nos los ofrece haciendo una floritura con la bandeja. Ngozi y yo brindamos, nos bebemos los tequilas y ponemos la misma cara de asco y alegría que ponemos siempre.

—¡Muy bien! Que empiece la fiesta —dice, y me levanta.

Nos unimos a la multitud y nos sumamos a las canciones del karaoke y, en ese momento, aparece Doodles. Lleva el torso desnudo debajo de una horrorosa chaqueta de pelo sintético y unos vaqueros rotos con el nombre «Aphex Twin» en una pernera. Nos echa los

brazos por los hombros y se apoya en nosotras.

—Amigas mías —dice—. Os veo… —Nos mira sonriendo, pero salta a la vista que está demasiado borracho como para decidir exactamente qué aspecto tenemos—. Es el turno de un servidor. No os mováis de aquí.

Al cabo de un momento, se oye el siseo de una ráfaga de hielo seco en el escenario y Darius presenta a Doodles como si fuera el cabeza de cartel de la fiesta de inauguración de la temporada en Ibiza. Con los auriculares puestos, Doodles asiente desde detrás de la mesa de mezclas y comienza su actuación. Ngozi levanta los brazos con los primeros acordes de su canción preferida, «Yes Sir, I Can Boogie», de Baccara, y mueve las caderas al ritmo de la música. Siempre ha llamado la atención allá por donde va y no tarda en acabar rodeada por otras personas, mientras la fiesta se anima de verdad. Sin embargo, sigo sin ver ni rastro de Adam.

Me alejo de la pista de baile hacia la mansión, donde lo veo en el atrio acristalado del fondo. Se ha cambiado tres veces antes de salir de casa y, al final, ha optado por su camiseta naranja de la gira Out of Time de R.E.M., así que sé que es él, incluso desde lejos. Está corriendo alrededor de la mesa de *ping-pong* con un grupo de cuarentones, que van lanzándose las raquetas a los extremos para que todos puedan golpear la pelota por turnos. Según me acerco, los oigo reír y jadear por el esfuerzo.

—¿Por qué te escabulles?

—¡Por Dios, qué susto me has dado! —exclamo, dirigiéndome a Darius, cuyo caro perfume me ha envuelto de repente—. Estaba buscando a Adam. —Señalo hacia el atrio.

—Parece un pez gigante dando vueltas en la pecera —comenta Darius.

Mientras intento formular una réplica a lo que ha dicho, porque ha sido un poco cruel, uno de los compañeros de juego de Adam se alabanza sobre él y acaban cayéndose de culo al suelo, provocando un coro de carcajadas y abucheos.

—Y pensar que casi fue mi socio… —añade Darius con deje conspirador. Como si mi silencio fuera la admisión de que me parece bien que se ría de Adam a sus espaldas—. ¿Nunca se ha arrepentido? —me pregunta—. Ya sabes, de no haberse arriesgado.

Me sorprende que se haya lanzado a preguntar algo tan personal, pero caigo en la cuenta de que no tengo ni la más remota idea de lo que siente Adam en realidad. Por no haber ido a San Francisco. Por haber rechazado la propuesta de Darius de convertirse en socios. Es un tema del que no hablamos… ¡Del que no podemos hablar! Ninguno de los dos se atreve a abrir esa caja de Pandora en particular, llena de resentimiento y recriminación.

Sin embargo, no pienso darle a Darius lo que está claro que busca: la confirmación de que Adam metió la pata. Porque él también podría haber tenido todo esto. Aunque eso es lo que ambos estamos pensando. ¿Cómo no vamos a pensarlo, cuando toda esta fiesta ha sido un gigantesco «¡Mira qué grande la tengo!»?

—¿Y tú? —insiste.

—Yo no pienso en eso —miento. ¿He conseguido fingir indiferencia? Por favor, Señor, que lo haya conseguido…

—La vida habría sido diferente, no podemos negarlo —dice, con un suspiro triste—. Los tres juntos en ese mundo feliz. ¿Quién sabe cómo habrían ido las cosas?

¿A qué se refiere? ¿A quién? ¿A Adam y a mí? ¿O a él y yo? Porque esa también es una posibilidad. La posibilidad, por desquiciada que sea, de que también está hablando de nosotros.

De repente, siento que se acerca ese tema del que nunca hablamos. La conversación específica que tuvimos hace ocho años, antes de que se fuera, y que ninguno de los dos ha reconocido o mencionado desde entonces. Bueno, no fue una gran conversación, pero todavía me parece un secreto. ¡Porque lo es! Un secreto que he enterrado, diciéndome que era una tontería y, al mismo tiempo, demasiado impactante como para admitirlo incluso ante mí misma.

Mi mente se llena con el recuerdo de Darius secándome con ternura las lágrimas de rabia y decepción, y diciéndome que todavía podemos irnos a San Francisco. Los niños y yo. ¡Pero no con Adam, sino con él! Y yo sosteniéndole la mirada, con las lágrimas detenidas por la sorpresa al escuchar su proposición. Durante esa décima de segundo, acercó su cara a la mía…

Y yo me aparté, nerviosa, conmocionada. Sorprendidísima de que traicionara a su mejor amigo y todavía más sorprendida de que la tentación me hubiera disparado el pulso durante un instante, hasta que volví a aterrizar, presa de la culpa.

Nunca se lo he contado a Adam. Nunca le he dicho lo cerca que estuvimos Darius y yo de besarnos.

—Es una pena que no hayas conocido a ninguna mujer —digo al tiempo que aparto el recuerdo—. ¿O sí lo has hecho? —le pregunto, imaginándome a la despampanante Anastasija, su asistente personal, y recordando cómo lo miraba durante el karaoke.

—¡Uf, he conocido a muchas! —me asegura, recuperando la sonrisa pícara, una vez roto el hechizo que había tejido entre nosotros—. Pero no a la adecuada. *C'est la vie*, ¿no? Quizá algún día. —Se encoge de hombros, pensativo, mientras arrastra un mocasín por el suelo—. Ya sabes que siempre os he envidiado en secreto. Lo que tenéis. Los niños. El uno al otro. A ver, que habéis tenido mucha

suerte, ¿verdad? Lo tenéis todo, Jules. Todo lo que de verdad importa.

Admitir que nos tiene envidia me deja de piedra un instante porque, en fin, solo hay que mirar la mansión que se ha comprado.

Me resulta tan inesperado que, por un momento, me planteo confesárselo todo: que, en realidad, no me siento afortunada en absoluto; que estoy muy lejos de tenerlo todo; que me siento inútil e invisible; que Adam y yo apenas conectamos ya; y que cada vez me hundo más en el arrepentimiento.

—Nada es perfecto —replico—. Nunca lo ha sido.

—¿A qué te refieres?

—A mi carrera profesional, por ejemplo. Está más o menos en un callejón sin salida. Tuve algunas oportunidades, pero… —Dejo la frase en el aire.

Me sorprende haber sido tan sincera. Al fin y al cabo, llevo mucho tiempo intentando que nadie descubra la verdadera situación financiera de Jules's Kitchen, sobre todo Adam. Siempre me ha apoyado para que me dedique a la gastronomía, hasta el punto de que dejó un poco de lado sus propias ambiciones profesionales y se puso a trabajar a tiempo parcial cuando yo me hice autónoma y empezaron a contratarme para preparar cenas privadas en la época en la que los niños iban al colegio. Por aquel entonces, fue él quien asumió la mayor parte de la crianza de nuestros hijos, y lo hizo fenomenal; pero, luego, llegó la recesión y, en algún momento, se decidió que él debía volver a ser el principal sostén de la familia, como si ya hubiera acabado mi turno. Desde que volví a empezar después del confinamiento, las cosas han ido de mal en peor. He tenido que bajar los precios para evitar que mis clientes habituales se fueran a la competencia, aun cuando el coste de todos los

ingredientes se ha disparado. Y aunque le prometí a Adam que cumpliría su regla de oro de pagar la totalidad de los gastos mensuales de las tarjetas de crédito, la verdad es que hace tiempo que he recurrido a pagar el importe mínimo de mi tarjeta de empresa y, a estas alturas, la bola de nieve es enorme.

—Pero, Jules, eres la mejor —dice Darius, como si fuera un hecho —. Y sueñas a lo grande, como tiene que ser.

—No —lo contradigo, rechazando sus halagos—. Tú has sido el mejor siempre. Mira todo esto. —Extiendo los brazos.

Él inclina la cabeza con timidez.

—De acuerdo, así que tu empresa de *catering* no acaba de despegar. ¿Cómo lo arreglamos? —me pregunta. Como si fuera un rompecabezas que resolver. Su voz tiene un deje tierno y preocupado, y me siento aliviada de haber vuelto a terreno seguro.

«Somos amigos», me recuerdo. Viejos amigos. Los mismos de siempre, salvo por ese pequeño lapsus.

—No sé. Me encantaría probar otra cosa. Siempre he querido tener un restaurante *pop-up*. Con estilo. Extravagante. ¿Me entiendes?

—Pues debes hacerlo —dice con decisión.

Y, ese momento, lo siento. El despertar de mi antigua confianza. Como si volviera a latir.

Sin embargo, antes de que pueda decir algo más, Doodles lo llama por el micrófono para que vuelva al escenario, y veo que Adam se acerca a nosotros por el sendero.

—Iré a verte —me dice Darius—. Y lo hablaremos. —Me señala y luego a Adam, que ya está aquí al lado—. Tengo que irme —añade —. Mi deber de DJ me reclama. —Y se marcha, caminando hacia atrás, apuntándonos con los dedos índices como si fuera Kiefer Sutherland o Emilio Estévez en alguna película protagonizada por

los Brat Pack, aquella panda de mocosos de los ochenta.

—¿De qué vais a hablar? —me pregunta Adam, bastante borracho.

—¡Madre mía! ¿Qué has bebido?

—Estoy bien. Oye, ¿bailamos?

¡Vaya! ¿Ahora sí tiene ganas de marcha? ¿Ya se le ha pasado el ataque de timidez o lo que fuera que le pasó cuando empezó el karaoke? Me rodea con un brazo, y me encojo de hombros, porque no quiero que se me eche encima como si fuéramos estudiantes otra vez. No cuando acaba de defraudarme.

Además, sigo conmocionada por lo franca que ha sido mi conversación con Darius y por lo bien que me ha sentado sentir que alguien me escucha. Necesito tiempo para procesar lo que acaba de pasar. Para ver si debo sentirme tan culpable como me siento.

—Creo que deberíamos irnos a casa. Estoy cansada —le digo a Adam. Pienso en el madrugón y en todo lo que tengo que organizar para el evento de mañana del ayuntamiento.

—Despedida a la francesa —replica, dándose unos golpecitos en la nariz—. Buena idea.

Es como dejar atrás Narnia. Al salir de la propiedad a la acera, tiemblo como si nos hubieran escupido de vuelta al mundo real. Saco del bolso el chal de cachemira, que solo está un poco apolillado, y me envuelvo con él. Al otro lado del alto muro de ladrillo, se oye la música y se ven los coloridos haces de luz que ascienden hasta las estrellas.

Pese a la flota de taxis que nos han prometido para dentro de una hora, no hay ninguno en la calle y tampoco hay Uber disponibles, así que no nos queda más remedio que caminar los tres kilómetros que

nos separan de casa.

Supongo que no es tan malo, porque el aire nocturno parece despejar a Adam, aunque empiezo a cojear. La tira de las cuñas que me compré antes del confinamiento me ha hecho una rozadura que me está matando. Adam se ofrece a prestarme sus calcetines, así que nos sentamos en el bordillo mientras él se los quita y yo me los pongo. Una vieja costumbre nuestra. Estoy ridícula, pero ¿a quién le importa?

No hay nadie y la noche es cálida. Las farolas proyectan un resplandor amarillo sobre la carretera. Un búho ulula y, más adelante, un zorro se detiene y nos mira de arriba abajo con desdén.

—¿Por qué no has querido cantar conmigo? —le pregunto—. Darius canta mucho peor de lo que lo haces tú.

—No parecía que me necesitaras.

Lo miro de reojo. ¿Está celoso? No, se ha limitado a constatar un hecho.

—Sí, en fin, pues tú te lo has perdido. —Me muerdo la lengua para no decir más. Fustigarlo no servirá de nada—. Así en general, la fiesta ha estado bien, ¿verdad? Y ha invitado a todo el mundo.

Y empezamos a bromear sobre la escandalosa opulencia de todo el asunto y sobre cómo se las ha apañado Darius para desenterrar a la antigua pandilla y dejar a más de uno ojiplático con su absurdo despliegue de riqueza. No dice nada de Mickey Ratty, aunque pronto pasamos a los cotilleos de nuestros compañeros de clase, a algunos de los cuales hacía años que no veíamos. La lista de quién ha dejado a quién por quién es como la página de Wikipedia de un culebrón especialmente hortera.

—¿Qué pasa con Meredith? —le pregunto.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te gusta o qué? —bromeo.

—¿Qué? ¡No! Es solo una compañera de trabajo. ¿En serio? —añade, como si yo pudiera estar diciéndolo de verdad. Como si fuera el tipo de hombre que va por ahí enamorándose de sus compañeras de trabajo.

Nos acercamos a la cervecería Alehouse Dyke, situada en lo alto de la cuesta, al lado del aparcamiento de Tesco y, sin previo aviso, me empuja con suavidad contra la pared.

—Te besé aquí una vez, ¿te acuerdas? —dice, con el aliento un poco agrio por la cerveza.

—Sí, cuando éramos unos críos —replico mientras intento zafarme. Hay gente en el supermercado—. No lo hagas. Van a vernos.

—Que miren —dice Adam, que me aparta el pelo de la cara.

Hay una pausa y luego me besa. No está a la altura de los largos besos con lengua de nuestros años de noviazgo, pero con las caras tan cerca, parece un momento de conexión y, de algún modo, mucho más real que lo que intentamos esta mañana en la cama.

Nos separamos y bajamos hacia Seven Dials, charlando de nuevo sobre la fiesta. Tomamos de forma automática el atajo por Crocodile Walk, entre el instituto y los campos de juego, con los conocidos árboles proyectando largas sombras sobre el campo de fútbol iluminado por la luna, en el que Nelly jugaba con el equipo femenino, mientras Adam y yo la animábamos a grito pelado desde la banda.

—¿Eres feliz? —me pregunta de repente.

—¿Cómo? ¿Ahora mismo?

—¿Aunque no tengamos el mejor coche ni la casa más grande?

Ajá. Darius le ha tocado la fibra sensible.

—Por supuesto —respondo, esperando que no capte el temblor de mi voz. ¿Por qué ha sacado esta conversación? ¿Ha adivinado que no lo soy o que no soy tan feliz como podría serlo? ¿O (y ahora sí que estoy nerviosa) él también siente lo mismo? Sobre mí.

—Pero si pudieras cambiar algo, ¿qué cambiarías? Sé sincera —insiste.

Me mira con esa cara de «dímelo, puedo soportarlo», cuando los dos sabemos a ciencia cierta que no puede. Pero bueno…, que le den. No es el único que ha bebido.

—Últimamente, he estado pensando que a partir de ahora las cosas pueden ir cuesta abajo. No solo por nosotros, sino por la edad que tenemos. En fin, que podemos acabar haciendo la misma vieja rutina, una y otra vez, hasta que muramos.

Se detiene. Me mira fijamente. Casi oigo cómo pasan a nuestro lado las plantas rodadoras.

—Pero tenemos lo que la mayoría de la gente quiere —dice al cabo de un momento—. Una familia y… —Sin embargo, la larga lista de cosas en la que estaba pensando parece agotarse.

—¿Qué pasará cuando se vayan los niños?

—Si es que se van…

Hay una pausa en la que ambos reconocemos que eso es cierto.

—Algún día se irán —decido—. Y entonces, ¿qué? ¿Lo has pensado?

—Supongo que he estado demasiado ocupado. Tratando con el aquí y el ahora.

Claro que eso no es cierto, ¿verdad? No se ocupa del aquí y el ahora. De repente, me molesta que sea tan poco consciente de sí mismo. Veo que se arrepiente de haberme hecho la pregunta.

—Antes hablábamos de la idea de hacer algo juntos. ¿Te acuerdas?

—le digo.

—¿Como qué?

Me arriesgo, con la conversación con Darius fresca en la memoria.

—¿Como mi idea del restaurante *pop-up*?

—¡Madre mía, otra vez con eso! —exclama, frotándose la cabeza—. Creía que ya habíamos zanjado el tema.

—Lo habrás zanjado tú en todo caso.

—Y con razón. Es un proyecto demasiado caro y, de todos modos, no tienes una plataforma desde la que promocionarlo.

Lo siento como una bofetada. Sabe que me muevo con inseguridad en las redes sociales y que no se me da muy bien promocionarme a mí misma. Sin embargo, lo peor es la sensación de que estábamos a punto de hablar de verdad e incluso, me atrevería a decir, de ser sinceros el uno con el otro, y él ha ido y me ha cerrado la boca.

Precisamente por eso no hablamos de estas cosas, recuerdo demasiado tarde.

Porque cuando lo intentamos, esto es lo que él hace.

Aprieto el paso y lo adelanto, enfadada.

—Me limito a ser práctico —dice cuando me alcanza.

—No, estás echando un jarro de agua fría sobre otra de mis ideas.

—Solo estoy señalando los problemas empresariales con los que te puedes encontrar. Se llama «anticiparse» —replica.

—¡Uf, vete a la mierda, Adam! Como si tuvieras alguna idea de lo que es una empresa.

—¿Qué se supone que significa eso?

Aprieto los dientes. ¡A la mierda! ¿Por qué no decirlo? Tampoco es que él se esté conteniendo.

—Bueno, si de verdad quieres que te conteste, allá voy. Ser bueno en los negocios significa arriesgarse. Podríamos haber hecho mucho

más con nuestras vidas si hubieras estado dispuesto a arriesgarte. Solo una vez. —Oigo el eco de mi voz en la oscuridad.

—Eso es injusto —protesta.

—¿Ni siquiera te molesta que Darius esté ahí arriba presumiendo de todo el dinero que tiene, cuando la mitad podría haber sido tuya?

¡Tachán! Ahí está. El tema que siempre eludimos, pero que nunca nos abandona.

A la luz de la farola, veo la expresión furiosa de Adam.

—Podría haber sido al revés —dice con la voz entrecortada—. Podría haberlo perdido todo. Y, en ese caso, nosotros también lo habríamos perdido todo.

Como le pasó a su padre. No lo digo, pero eso es lo que lo aterroriza.

—Pero Darius no lo perdió todo, ¿verdad? —le suelto—. Él se arriesgó y tú… nos obligaste a seguir aquí y a quedarnos anclados.

Caminamos hacia casa a grandes zancadas, y los metros entre nosotros van aumentando como si hubiéramos tomado distintos caminos al llegar a un cruce.

Siento lágrimas de rabia temblando en mi pecho.

—¿Y qué pasa con lo de Australia? —le pregunto, ya en racha, porque si vamos a discutir, mejor que lo hagamos por todo.

—¿Me acusas a mí de estar anclado en el pasado cuando eso pasó hace veinte años?

—Lo teníamos todo organizado, Adam. Los niños iban a estar atendidos. Yo iba a tener el trabajo de mis sueños.

—Mis padres murieron, Jules. Tenía que ocuparme de eso. De ellos. De la casa. De las deudas. ¡Tenía que ocuparme de todo, joder!

—Podríamos habernos ido después de que lo hicieras.

—Para entonces había conseguido un trabajo nuevo.

Necesitábamos el dinero.

—Sí, pero ¿y yo? Acabé anclada en casa. Durante no sé cuántos años ya.

—¡Tú lo quisiste así! —protesta—. Para criar a los niños. Lo acordamos así. ¡Estuviste de acuerdo! Y yo te ayudé después, ¿no? Cuando crecieron.

—¡Ah, mira, muchas gracias! —exclamo, con la voz rebosante de sarcasmo—. Por ser un hombre tan galante. Por anteponer las necesidades de una mujer.

—No es culpa mía que tu empresa no funcionara. Y, para que lo sepas, trabajar a tiempo parcial me ha costado la oportunidad de un buen ascenso.

—¡Ah! Así que ahora eso también es culpa mía, ¿no? —Seguimos caminando sumidos en el silencio, mientras el resentimiento crepita en el aire. Hemos llegado a nuestra destartalada calle sin salida y nos acercamos a casa, más destartalada todavía y situada al final. Me avergüenzo de mí misma porque sé que no está tan mal. Tenemos un techo decente sobre nuestras cabezas y hemos conseguido mantener al lobo feroz alejado de la puerta—. Podríamos estar en Australia, Adam. Eso es lo único que digo. Podríamos haber tenido otra vida.

—Sí. La que tú querías. No la que quería yo —replica con amargura.

—Pues, en aquel entonces, parecías muy entusiasmado —le recuerdo.

—No lo habría estado si hubiera sabido hasta qué punto iba a joderlo todo.

Me detengo junto a la puerta, asombrada de que haya dicho eso en voz alta.

—Es verdad —insiste, apretando los dientes—. Si no hubiéramos

ido al aeropuerto aquel día, mis padres todavía estarían vivos. —Le brillan los ojos.

—¡Ah! ¿También es culpa mía que murieran? Porque yo era la que quería que nos fuésemos. ¡Guau! —Se me entrecorta la voz—. ¡Guau! —repito, sin aliento.

—Yo… Yo no he dicho eso. —Sabe que se ha pasado de la raya.

—Acabas de hacerlo. —Subo furiosa por el sendero de entrada, pero me las apaño para engancharme en el largo brote del rosal. Mientras tiro del vestido, las espinas se enganchan y rasgan la tela. Las lágrimas me ciegan cuando llego a la puerta. Rebusco en el bolso las llaves, pero me tiemblan las manos. Cuando abro la puerta, Groucho Guarx gruñe, asustado. Miro hacia atrás, hacia la verja, donde se perfila la silueta de Adam—. ¿Crees que me apunté voluntaria a quedarme anclada aquí, viviendo en la casa de mierda de tus padres? Pues no —mascullo—. ¿Y sabes lo que cambiaría de ti, de nosotros, de todo esto, si pudiera?

Silencio. Adam no habla.

—Lo cambiaría todo —sigo, mascullando las palabras, que saben tan amargas y viles como sé que son.

Sin embargo, antes de pensármelo mejor y cambiar de opinión, entro en casa y cierro dando un portazo con todas mis fuerzas.



4

Adam - «Don't You Want Me»

Me quedo plantado un segundo, mirando boquiabierto la puerta que mi mujer desde hace casi un cuarto de siglo me acaba de cerrar en las narices.

Quiero gritar. Quiero gritarle a Jules, pero no solo a ella. También a mí mismo. No debería haberlo hecho, no debería haberle lanzado a mis padres como una dichosa granada de mano. No debería haberle dicho lo que siento, lo que siempre he sentido. Que fue culpa nuestra que murieran.

Pero es que todavía puedo oírla. La voz de la tía Megan al teléfono, justo después de aterrizar en Hong Kong en la primera etapa de nuestro viaje a Australia. Contándome que mis padres habían muerto en un accidente de tráfico menos de veinte minutos después de dejarnos en el aeropuerto de Gatwick. Un trayecto que nunca habrían hecho de no ser porque decidimos emigrar, darle una oportunidad a Australia.

Sin embargo…, ¿trasladarle ese dolor a Jules? No es justo. Me apresuro a buscar en el bolsillo las llaves. Para disculparme. Pero luego me detengo. Porque ¿qué le pasa? ¿A qué ha venido toda esa mierda que acaba de soltar? Todo ese odio por el que está claro que

no tiene intención de disculparse. Me ha echado en cara que me acobardé y no rompí el trato con Darius y ha soltado que todo lo que hemos construido podría no significar nada en cuanto los niños se vayan de casa.

Sí, «anclado». Esa es la palabra que Furiosa acaba de usar. Como si yo fuera una especie de ancla humana que le impide navegar por el brillante y ancho mar de la vida. Pues que le den. Donde sea que estemos ahora, hemos llegado juntos hasta aquí. Somos una sociedad. O, por lo menos, antes lo éramos.

—Y que te den a ti también, Groucho Guarx —mascullo mientras fulmino con la mirada al traidorcillo canino que se asoma a través de las cortinas del salón—. Ya es tarde para poner cara de no haber roto un plato. Después de gruñirme, de ponerte de su lado. Te has hecho la cama pulgosa y ahora te puedes acostar en ella, ¡joder! Se acabaron las Pringles. Se acabaron las Skips con sabor a gambas.

Entro a trompicones en el cobertizo, enciendo los parpadeantes fluorescentes y cierro de un portazo. Busco la media botella de *whisky* que me quedó de la Navidad y empiezo a beber directamente de la botella. Un trago, dos, tres. Después veo mi reflejo en el espejo.



¡Por Dios! Soy igualito que mi padre. Tendré más o menos la misma edad que él cuando empezó a hacer esto. A beber como un cosaco. Primero, porque mi madre enfermó y, luego, por las deudas de juego que contrajo. Deudas que me endosó al morir. Junto con una hipoteca enorme que todavía estamos pagando con mucho trabajo. Por eso rechacé ir a Australia y, luego, a San Francisco. Para protegernos. Para evitar jugarme todo nuestro futuro. ¿Cómo iba a saber que Totally Sirius acabaría siendo un éxito, joder? ¿Cómo iba a

saber que sería una decisión de la que me arrepentiría toda la vida?

Otro trago.

Me abalanzo hacia el logotipo de Totally Sirius que está en el tablón de corcho y lo rompo por la mitad y lo vuelvo a romper. El dedo anular empieza a escocerme, a sangrar. ¡Mierda! Seguro que me lo he enganchado en la chincheta en la que estaba sujeta el logotipo.

Furioso, impotente, me quito de un tirón la alianza y, luego…, la tiro y veo que rebota contra la polvorienta pantalla de un Atari antes de rebotar de nuevo en la bota de plástico medio derretida de Luke Skywalker y perderse de vista.

Como si hasta la Fuerza estuviera implicada.

Me arrepiento enseguida. Es como si me pasara algo en el dedo. Como si estuviera demasiado ligero. La marca circular que se me ha formado en la piel a lo largo de los últimos veinticinco años ya me está picando.

Me apresuro a encender la linterna del teléfono, me arrodillo y empiezo a buscar por el polvoriento suelo. Nada. Me entra el pánico. Pero, entonces, la veo. Dentro de la caja de cintas de casete y de CD que Jules me dijo que tirase. Bien colocadita encima.

Menos mal.

La recupero y me la pongo de nuevo a toda prisa. Luego veo de nuevo la cinta de *Para Juliet*. La del 89. El año que la conocí.

Y, justo a su lado, descubro que está mi antiguo radiocasete Sony, con sus dos pletinas autoreverse. Rebusco un poco y lo enchufo a una alargadera con cuidado de no meter un pie en un agujero del suelo, que está lleno de agujeros de carcoma.

No espero que el radiocasete siga funcionando, pero, ¡milagro!, lo hace con un leve zumbido y el parpadeo de las lucecitas rojas y

verdes del ecualizador. Saco la cinta TDK D60 de su caja y la meto en la pletina.

Y, luego, «dum-dum-de-dum-dum-dum-dum-de-dum».

Suenan los palpitantes primeros acordes de sintetizador de «Don't You Want Me», de Human League. Un éxito del 81, pero grabado aquí como tema de apertura, porque había vuelto a ponerse de moda en las discotecas *indie* de Brighton en el 89.

De inmediato, puedo sentir los graves irradiando desde los viejos y polvorientos altavoces, agitando esta desquiciada mezcla de emociones en mi interior, dejándome ansioso y feliz y nostálgico a la vez… y, de repente, tan joven de nuevo que me entran ganas de llorar, ¡joder!

Porque, en aquel entonces, lo teníamos todo, ¿verdad? Jules y yo. Lo teníamos todo por delante. No habíamos destrozado nada.

Es como si ahora pudiera sentir que la música me corre por las venas, como si, de alguna manera, me estuviera recargando el alma, mientras las lágrimas por la pérdida y algo que se parece a la nostalgia por el hogar me mojan la cara.

No puedo apartar la mirada de los ejes gemelos de la cinta mientras siguen dando vueltas, devolviéndome la mirada como unos ojos hipnóticos, girando y girando… girando y girando y girando…

Luego, me sobresalto al oír un trueno ensordecedor y un fogonazo deslumbrante que inunda el trozo de cielo oscuro enmarcado por la ventana del cobertizo… y siento que todo mi universo se estremece…

Y antes de darme cuenta (¿¡Qué cojones!?), empiezo a girar y girar y girar, cada vez más deprisa, como si me fuera a romper. En una espantosa vorágine de luces de colores y ráfagas de viento, mientras

el dichoso Phil Oakey sigue cantando «Don’t you want me?» una y otra vez…

Al final, mientras grito, me retuerzo e intento luchar en vano contra la marea, el menguante ojo negro de este tornado caleidoscópico me succiona.



Oscuridad. El silencio. Nada, de hecho.

No puedo moverme, como si hubiera un monstruo de diez toneladas sentado sobre mi espalda. ¡Mierda! ¿Me ha alcanzado un rayo? ¿Estoy paralizado? ¿Me ha dado un ictus o algo así?

Piensa. Recuerda. El cobertizo. Estaba en el cobertizo. Borracho. Escuchando esa vieja cinta con los ejes girando y girando y girando hasta que…, ¡BUUUM!, se oyó un trueno en el exterior.

Intento moverme de nuevo. Sin suerte todavía.

Después, un ruido. Un pitido agudo. ¿Como una alarma? ¿O alguna máquina de hospital? ¿Estoy en el pabellón de las personas en coma?

¡No, por favor! Por favor, eso no.

Luego, de repente, siento algo. Sí, aquí, los dedos a mi lado. Los dedos de los pies, que tenso y destenso. Solo que, de alguna manera, no lo hago yo. Yo no estoy al mando.

Claro que eso no es lo único que puedo sentir, porque la sensación de hormigueo entre las piernas es inconfundible y no va a desaparecer pronto. ¡Por el amor de Dios! ¿Estoy empalmado? ¿Se puede saber cómo es posible que haya conseguido tener una erección con todo lo que está pasando ahora mismo?

Claro que eso, por lo menos, significa que no estoy paralizado, ¿verdad? Entonces, ¿qué? ¿Estoy sedado? ¿Drogado?

Bueno, tampoco siento eso. Ni siquiera estoy resacoso. No como debería sentirme después de todo ese *whisky* de garrafón que me he bebido. De hecho, me siento más bien «limpio». Inmaculado. Fresco. Casi como nuevo de fábrica.

Más movimiento: mi boca abriéndose. De nuevo, no como si lo hiciera yo, sino como si, de alguna manera, se abriera sola. Para bostezar, un bostezo tan grande que casi es un gemido. Pero mi voz es muy rara. Demasiado aguda, demasiado aflautada. Demasiado parecida a Justin Bieber o a David Beckham, cuando, después de haber fumado hasta los treinta, me parezco más a Tom Jones o a Johnny Cash.

Después, de repente, a toda velocidad, se me agolpan los pensamientos. Pero no son mis pensamientos. Son los de otra persona, como una voz que oigo en mi cabeza que dice: «¡Vamos, arriba! Es sábado… Hoy es el día…».

Sin embargo, también tengo mis propios pensamientos. Que no compiten con esos. Más bien coexisten, como si pudiera oír los dos sin más.

Luego llega un movimiento amplio. Me pongo de costado o, mejor dicho, mi cuerpo lo hace, porque yo no lo controlo. Aprieto y relajo los ojos antes de abrirlos, y la brillante luz entra a raudales.

No sé muy bien qué espero ver. ¿El radiocasete? ¿El techo del cobertizo? O, después de la desquiciada e intensa visión del estruendoso huracán, quizá espere ver la beatífica cara de Dios.

En realidad, lo que veo es un suelo lleno de calzoncillos sucios de Garfield y de Mario Bros; calcetines de rayas y estampados de cachemira; camisetas de los Smiths y los Go-Betweens; pantalones chinos arrugados y vaqueros Army Surplus… Como… como si hubiera explotado un mercadillo entero en la habitación.

Después, mi cuerpo se levanta de la cama y empieza a agarrar cosas sin orden aparente para ponérselas. Como un espantapájaros que se viste. Luego, deprisa (con sentimiento de culpa, porque siento culpa de alguna manera), recojo el resto de la ropa y la meto en un armario, y sé, de alguna manera, que la saqué toda la noche anterior para probármela en un intento por ver qué quedaba mejor.

«La limpieza te acerca a la divinidad». Me doy cuenta de que mis ojos se desvían hacia esas palabras, bordadas en un tapiz enmarcado que hay en la pared.

Claro, como el que mi madre me hizo cuando era pequeño. Y ahora me doy cuenta de que estoy en la habitación de un niño. ¿La de Nelly? ¿La de Liam? No. Ni muertos tendrían ese póster Athena de una tenista rubia rascándose el trasero en la parte interior de la puerta del armario.

¡Madre del amor hermo…!

¡Por Dios! De repente, sé de quién es el dormitorio. El mío. Pero no el mío de ahora. El mío de entonces. De cuando era pequeño.

Lo que quiere decir que… ¡Mierda, mierda, mierda! A lo mejor sí estoy en coma. O he sufrido un ataque de pánico. ¿O estoy alucinando todo el asunto? Claro que ¿por qué me parece tan real? En plan que no solo lo estoy viendo, sino que lo estoy experimentando. En plan de que siento la pegajosa frialdad de la repugnante gomina que quienquiera que esté dirigiendo este cuerpo se está poniendo en mi/nuestro pelo. Y siento la repentina y gélida ráfaga del desodorante para adolescentes en las axilas mientras se extiende su apestoso olor a Pepe Le Pew por el dormitorio.

Más raro todavía es que también soy capaz de reconocer que una parte extraña de mí, de esto, de verdad cree que el olor es sofisticado y lo bastante sexi como para que pueda ayudarlo a echar un polvo

algún día.

Sin embargo, es mi reflejo lo que zanja el tema, mientras quienquiera que esté ahora al mando nos dirige sin remisión hacia el baño adjunto (sí, el dichoso baño diminuto que mi padre me construyó cuando era adolescente) y se para justo delante del espejo para mirar.

A mí mismo.

Aunque no es el yo de ahora, el de mediana edad. No, es mi yo adolescente, el yo que fui en otra época, que ahora está admirando con orgullo no solo su flaco y terso perfil izquierdo, sino también su flaco y terso perfil derecho. Después, pasa a colocarse bien el frondoso pelo unas veinte veces antes de cepillarse los dientes, echarse un buen chorreón de Gold Spot en la lengua, reventarse una espinilla de la frente y pensar, para mis adentros: «Muy bien».

«Muy bien». Sí, de nuevo oigo ese pensamiento alto y claro. Como si no solo estuviera atrapado en su cuerpo (viendo todo lo que él ve, sintiendo todo lo que él siente), sino que también estoy escuchando a hurtadillas todo lo que piensa.

—¡Hola, Juliet! —dice en voz alta e intenta sonreír y, mientras lo dice, noto algo en su estómago. Nervioso—. Hola, Juliet —prueba de nuevo, sin la sonrisa en esta ocasión—. ¿Cómo te ha ido la semana?

—Ads —dice una voz masculina desde la planta baja—, ¿estás despierto?

Ads. ¡Joder! Así era como me llamaba mi padre. El único además de Jules y de Darius que me ha llamado así, de hecho.

—Sí, papá… —le contesto… bueno, él, mi yo más joven o lo que sea, le contesta.

—Pues baja a comer algo. Nos vamos dentro de veinte minutos.

Mientras se calza un par de destrozadas All Stars blancas, el Joven

Adam extiende un brazo hacia el cajón de su mesa. En busca de la cajetilla de Marlboro Lights que ha escondido. No solo puedo leerle los pensamientos, sino también sentir su adicción.

Sin embargo, cuando su mano casi los tiene, una parte de mí, el verdadero yo, el Adam del siglo XXI, piensa: «No». Porque no los quiero. No quiero ni tocarlos. He leído el espantoso libro de Allen Carr para dejar de fumar demasiadas veces como para pasar por esa puta mierda otra vez.

Y (¡joder!), de alguna manera, mi resistencia parece surtir efecto, porque lo siento por primera vez: me impongo a él. A su mano. Sus dedos se están negando a agarrar la cajetilla.

El Adam adolescente intenta reimponerse. Casi como si me sintiera dentro de él por primera vez. Pero, entonces, ese fugaz presentimiento desaparece. Se da media vuelta, olvidándose del tabaco, pensando ya en el desayuno. Como si, en algún nivel subconsciente, hubiera aceptado mi intrusión. Como si no necesitase luchar contra ella o rechazarla, porque, de algún modo, ya somos el mismo.

Luego nos vamos, con él al mando de nuevo y yo como pasajero, mientras busca una cinta de casete en la mesa. ¡No, qué va! No una cinta cualquiera. La cinta. Para Juliet. La misma que estaba escuchando en el cobertizo antes de despertar aquí.

Aunque la cinta no solo es importante para mí, también lo es para él. Lo noto. Se ha estado dejando la piel en ella para regalársela a Juliet.

Para Juliet, que (¡claro!) es como la llamaba antes de conocerla de verdad. Su Juliet es mi Jules.

Yo (él, el Joven Adam) salgo al rellano y me siento en la barandilla para deslizarme por ella. Es un subidón. Una maravilla. Y me

encanta. Su cuerpo se siente cargado de energía, como si pudiera correr ciento cincuenta kilómetros ahora mismo si quisiera. Como si pudiera hacerlo dos veces.

Solo cuando llegamos al final de la escalera me quedo paralizado. O, más bien, es mi cabeza. Se bloquea.

«Mamá». Mi madre, que murió hace veinte años en un accidente de coche. Mi madre se vuelve hacia mí desde donde se ha estado mirando, encorvada, en el triste espejo del pasillo.

Chasquea la lengua y fulmina con la mirada a esta versión más joven de mi persona, que sigue con una mano en la barandilla.

—Ya no tienes diez años, Adam —le dice. Con los ojos opacos. Así estaba siempre cuando el dolor se volvía demasiado fuerte y acababa hasta arriba de pastillas—. Y ya sabes lo que pasa cuando la gente se cae.

Lo sabe. Yo lo sé. Eso es lo que le pasó a mi madre. Se lesionó la columna al caerse mientras bailaba con mi padre, cuando yo tenía diez años. La última vez que hizo algo tan «imprudente» (la palabra que ella usaba).

—Lo siento. —Y la rapidez con la que (este Joven Adam) lo dice me recuerda a todas las veces que tuve que decirlo yo. Por las reglas de mi madre, impuestas después de su caída. No corras, no hagas ruido, recoge tus cosas, sé agradecido, no protestes, no llores…

—¿Qué? —pregunta mientras se recoge el crespo pelo negro en un moño—. Ni que hubieras visto a un fantasma.

Y, ¡uf!, me doy cuenta de que me he impuesto al Joven Adam de nuevo. Quizá por la sorpresa de verla. Y, sin renunciar al control, me acerco a ella y la abrazo. Con fuerza. No debería ser posible, pero la siento muy viva. El aroma olvidado de su perfume me inunda las fosas nasales.

Sin embargo, Adam ya la está soltando. Se está apartando y reafirmándose. Un poco alucinado por lo que acaba de hacer, pero tampoco se lo ha tomado a mal. Su madre casi ha sonreído, ¿no? Casi se le ha escapado una carcajada. Como si su madre, la de antes del accidente, que él está convencido de que sigue en algún lugar de su interior, casi consiguiera asomar la cara.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta ella.

—Nada, es que… —Adam no sabe por qué acaba de abrazarla.

—Me gustaría que vinieras a la iglesia —dice, con los oscuros ojos vidriosos.

Otra de sus frases recurrentes. Una frase que usaba todos los domingos desde que dejé de acompañarla a los dieciséis años, aunque yo sabía que ella quería que fuera. Aunque sabía que la iglesia era lo único que la aliviaba.

—No puedo. Voy a ayudar a papá.

Aprieta los labios. Que forman una línea delgada. Como si hubiera elegido entre los dos. Que era justo lo que había hecho. Pero ya no soportaba el silencio sofocante del camino de ida y vuelta a St. Marks. El trato que le daban los integrantes de la congregación. Como si necesitase su compasión.

—El miércoles pasado estuve hablando con Gareth Thompson, después de la clase de estudio de la Biblia —dice—. Trabaja para una de las grandes aseguradoras en Londres y dice que alguien como tú, tan bueno con los números, debería estudiar matemáticas en la universidad.

—Me interesa más la informática.

—Pero eso es una afición.

Una afición. ¡Joder, justo lo que yo le dije a Liam! ¿Una evasión que aprendí de ella?

—Los bancos también usan ordenadores —replica Adam. Y ahora lo recuerdo, recuerdo toda la conversación.

—Sí, pero si quieres una profesión seria…

«Los ordenadores son serios», piensa él. De la misma manera que yo pensé una vez: «Incluso, sobre todo, los juegos de ordenador».

Sin embargo, sabe que es inútil intentar decírselo. Y tampoco es capaz de confesarle que ya se ha matriculado en informática en la universidad…, algo a lo que ella se referirá repetidamente a lo largo de los años como «uno de tus mayores errores», incluso después de que se inventara internet. El otro es Jules, sospechará él a juzgar por cómo su madre la mirará siempre, como si fuera demasiado presumida, demasiado frívola, no todo lo buena que debería ser…

—¿Dónde está? —pregunta Adam para cambiar de tema a toda prisa.

Se refiere a mi padre.

—¿Dónde crees tú?

En el cobertizo. Donde siempre está, por lo menos, siempre que ella anda cerca, piensa Adam. Porque su matrimonio ya no se parece en nada a las fotos de los dos bailando juntos cuando eran jóvenes, antes de que ella se lesionara. En aquel entonces, los dos parecían tan unidos como si fueran uno solo y como si estuvieran hechos de absoluta felicidad.

Se va sin despedirse, y Adam se dirige a la cocina mientras se dice que no es ella, que son las pastillas. Sin embargo, por mucho que ahora me acuerde de todas estas locuras con las que crecí, también me maravillo de Adam mientras se zampa un bol de Rice Krispies del tamaño de una piscina y dos Pop-Tarts de fresa escarchada, y me deja con la sensación de que su esmalte (el nuestro) se le desprende de los dientes en señal de protesta y con las ganas de que vuelva

corriendo a su dormitorio para lavárselos de nuevo. Algo que ni se le pasa por la cabeza.

En cambio, enciende la radio y cambia la emisora parroquial por «Like a Prayer», de Madonna en Radio 1.

Reparo en el resto de la cocina y veo que algunas cosas siguen igual. Como los armarios laminados de color verde lima que construyó mi padre y que llevo veinte años impidiéndole a Jules que tire. Pero también hay un montón de porquerías de los ochenta que había olvidado que teníamos. Botellas de leche de cristal vacías junto a una yogurtera, y un SodaStream y un televisor Philips del tamaño de un tanque con una antena aérea encima.

—Muy bien, muchacho —dice mi padre, que entra con unos vaqueros manchados de pintura y una camiseta de Motörhead, antes de darle unas palmaditas a Adam en la espalda.

Durante un momento, yo también me quedo mirándolo. Lo veo muy vivo. Igual que a ella. Aunque sé que él y mi madre murieron en el mismo accidente.

—Vamos. Será mejor que nos pongamos en marcha —dice— o llegaremos tarde.

Un ramalazo de emoción estalla dentro de Adam. Dentro de nosotros. De repente, veo a su Juliet, mi Jules, de adolescente. ¡Joder! Eso es lo que vamos a ver ahora, ¿no? Sí, porque es octubre de 1989, como dice aquí en la portada del *Racing Post* que mi padre ha bajado de lo alto del armario donde lo esconde de mi madre. Lo que significa que hoy vamos a seguir arreglando el Hotel Peregrine.

Adam lo sigue hasta la entrada y allí está. El viejo minibús de papá. Un viejo autobús escolar del que borró el nombre del colegio junto con un par de letras más, por lo que ahora dice «COOL US» en el lateral.

Y éramos geniales, ¿verdad? Claro que lo éramos. Mi padre y yo. En este recuerdo o sueño o lo que narices sea. O, por lo menos, eso es lo que sentimos Adam y yo cuando abre de un tirón la oxidada puerta del minibús y aspira el familiar olor a Golden Virginia, a barniz y a pintura que llega desde el timbal de ollas y pinceles de la parte trasera, antes de pulsar el *play* en el reproductor de cintas del salpicadero y que los dos se pongan a dar berridos al ritmo de «Good Times Bad Times», de Led Zep, en perfecta sincronía.

Arranca el minibús con una mano en el volante, sin cinturón de seguridad y con un chirrido de protesta de los neumáticos, y sale a la carretera marcha atrás, esquivando con pericia el muro bajo del jardín por escasos centímetros, antes de acelerar calle abajo, dejando una bocanada de humo negro a nuestro paso. Pero, aunque Adam y él se sonríen mientras continúan su dúo, otra parte de mí se siente mal. Como si debiera advertirle de que este es su puto ataúd. No tiene ni idea de que este es el mismo minibús en el que mi madre y él morirán cuando vuelvan de dejarnos en el aeropuerto.

Aunque esto no es real. Nada de esto lo es, porque es imposible que lo sea, ¿verdad?

El trayecto hasta la ciudad transcurre como un borrón, con papá llamando a Ladbrokes para hacer un par de apuestas rápidas en la carrera de caballos de Kempton («Una apuestilla de nada») y conmigo alucinando dentro del Joven Adam, mirando atónito todos los flamantes Audi Quattro y Ford Sierra que circulan por la carretera, junto con los anuncios tan sexistas que resulta increíble de las vallas publicitarias de las cámaras Polaroid, las Reebok ERS y el *aftershave* Drakkar Noir. Todo ello con el hervidero de los pensamientos de Adam de fondo: deberes que tiene que hacer, ideas para un juego en el que ha estado trabajando con Darius, pero, sobre

todo, pensamientos sobre Juliet, sus ojos, su pelo y la vez que estuvo a puntito de hacerla reír…

Luego, las mariposas que él siente, que yo empiezo a sentir también. Como si todo mi cuerpo estuviera hecho de ellas, como si fuera a salir volando. ¿Cómo será ver a Jules joven otra vez? Aunque esto no sea real.

Mi padre aparca al final de Regency Square, con vistas al mar agitado. Pero mira, allí donde debería estar la torre de observación i360 alzándose en el brillante cielo azul, no hay nada. Como si hubieran retocado la imagen con Photoshop. Y lo que es todavía más extraño, el muelle oeste, que vi arder en 2003 hasta que solo quedó la estructura, sigue asomándose al mar en todo su antiguo esplendor victoriano.

Adam y mi padre sacan su equipo de pintura de la parte trasera del minibús y se dirigen al Peregrine por la entrada de servicio del sótano. Enseguida, Adam se ofrece a ir a la cocina para ver si puede preparar unas tazas de té, pero, en realidad, lo hace porque sabe que es allí donde ella va a trabajar hoy.

El *shock* de verla me golpea como un cubo de agua helada. Su Juliet. Por la puerta de la cocina. Diecisiete años, vestida de camarera, con el pelo largo y rubio recogido. Está retirando los platos sucios en el comedor. Todavía tan joven que me parece ridículo. Todavía una adolescente. Como él.

Al verlo, ella se da media vuelta, radiante a la luz de la mañana, y sonríe. Y, ¡por Dios!, lo que experimenta. Como si estuviera oyendo un coro de ángeles en la cabeza. Con una orquesta de cine. En Dolby Stereo. A todo trapo.

«Bueno, salúdala —pienso—. Tal como has ensayado delante del espejo».

La última pareja de huéspedes del *bed and breakfast* acaban de terminar su desayuno y se dirigen a la puerta, aunque no hay ni rastro de la dueña, Rose O'Grady. Esta es su oportunidad, y lo sabe.

Solo están ellos dos. Es el destino.

Sin embargo, todo eso de «Hola, Juliet. ¿Qué tal te ha ido la semana?» se le va de la cabeza. En cambio, se limita a mirarla. O, mejor dicho, a comérsela con los ojos. Sus piernas. Luego su trasero. Luego… En fin, todo. A ver, ¡joder!, ¿no queda claro que lo va a pescar?

—¿Necesitas algo, Adam? —pregunta ella, con esos brillantes ojos azules clavados en él de repente.

—Pues… estaba buscando a la señora O'Grady —miente.

Claro, porque eso era lo que mirabas, so pervertido…

—Mi padre esperaba poder tomarse una taza de té —se apresura a continuar.

—¡Ah, eso puedo hacerlo yo! —replica ella, que se acerca a una mesa en la que descansa una tetera de acero.

Luego, por fin surge el valor, que crece en el interior de Adam, junto con su miedo casi absoluto de que ella está a punto de mandarlo a tomar viento fresco.

—Esto… te he traído una cosa —dice él. Y lo siento. Siento que se mete la mano en el bolsillo para tocar la cinta—. A ver, porque dijiste que perdiste toda tu música cuando te mudaste de piso con tu madre.

—¿Eso te dije?

Esas tres palabras hacen que la ansiedad de Adam se dispare. Por si lo entendió mal. Por si no se enteró. Por si se está poniendo en ridículo. «¡Mierda! —piensa—, y ahora ¿qué se supone que tengo que hacer?». Porque ya ha sacado la cinta y ella la ha visto en su

mano.

—A ver, como Human League, creo que dijiste —consigue balbucear.

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Y sí, me encantan, ¡joder! —dice ella.

El alivio lo consume.

—En fin, pues toma. Es… Bueno, viene a ser como un recopilatorio, y también tiene cosas más modernas de este año…

Todas las canciones que ha seleccionado con tanto mimo y ordenado mientras pensaba en ella, todas las que yo recordaba haber grabado…

—¡Anda! Gracias, Adam. Es muy… ¿tierno? —dice ella.

Sin embargo, la última palabra la pronuncia como si fuera una pregunta. ¿Como si él se estuviera comportando de forma rara? ¿Lo está haciendo?, se pregunta, presa del pánico. Aunque esa palabra, «tierno», le deja la mente dando volteretas. ¿A qué clase de ternura se refiere? ¿En plan bien o en plan ñoño?

—Ah, ¿sabes qué? —sigue ella—. Rose va a tardar en volver. Así que, mira, a la mierda, vamos a ponerla.

Se la quita de la mano y cambia la sosa música de ascensor de Richard Clayderman que la señora O'Grady siempre tiene puesta para meter la cinta. Cuando se vuelve hacia Adam, empieza a sonreír de oreja a oreja, justo cuando suenan los primeros acordes de «Don't You Want Me».

Luego, empieza a pasar de verdad, están hablando, y es todo lo que él esperaba… Mientras Human League da paso a Neneh Cherry, a Young MC, luego a Transvision Vamp… Y hablan del instituto antes de cotillear sobre amigos comunes, de hablar de dónde quieren ir a la universidad y, sobre todo, de los países del mundo que les gustaría visitar.

En ese momento, se abre la enorme puerta roja del comedor y entra un muchacho. Casi me encojo, aunque no tengo un cuerpo capaz de hacerlo, porque lo reconozco al mismo tiempo que Adam. Mickey Ratty. El del mierdoso «ratuaje» de Jules. A ver, que basta con ver al imbécil, enfundado en un ancho chándal blanco de nailon, con las pintas de un bebé más grande de la cuenta en pañales. Y pensar que una vez creí que era más genial que yo solo porque era dos años mayor y conducía un Subaru XT negro con rayas doradas en los laterales como si fuera un coche de carreras.

—Me gusta esta canción —dice mientras hace como que baila el «Eternal Flames», de Bangels, como si fuera una porquería, que no lo es, cruzando la habitación entre las mesas hasta donde está Juliet.

Sí, ya. No reconocería una buena canción aunque le diera una patada en el trasero.

Se queda mirando la caja de la cinta.

—Adam la ha hecho para mí —le explica ella—. Un recopilatorio.

—Aaah—dice él—. Qué tierno.

Ajá, y es con el sentido de «ñoño» en esta ocasión. A Adam no le cuesta entenderlo.

—Mientras no le hagas ojitos… —le advierte Ratty.

—Pues… No. Claro que no —replica Adam. O más bien, lo tartamudea. Es que lo dice tartamudeando.

—Bien. Porque ya está fichada, ¿a que sí, nena? —dice Ratty mientras le da la musculosa y ancha espalda a Adam y besa a Jules en toda la boca. Luego, agarra un trozo de beicon ya frío de un plato sucio, lo mete entre dos tostadas también frías y le da un bocado enorme, como un perro que arrancase la carne de un hueso.

—No seas asqueroso —dice Juliet, pero se está riendo.

—Necesita salsa HP, nena —replica él mientras echa a andar hacia

la puerta de la cocina.

Al ver que Adam lo sigue con la mirada, Jules se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Qué? —pregunta ella—. ¿No te gusta?

—No, está bien —miente Adam. Pero, luego, antes de que pueda detenerme, vuelvo a imponerme sobre él—. Es solo que tiene el peor nombre de la historia, nada más —le hago decir a Adam—. Mickey Ratty. Como si fuera un Mickey Mouse sucio. Y, a ver, imagínate que sigues saliendo con él y algún día te emborrachas tanto que acabas con una rata de dibujos animados tatuada en un hombro para toda la eternidad.

Se echa a reír.

—Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Por qué iba alguien a ser tan tonto como para hacer eso?

—Te llevarías una sorpresa.

Se miran fijamente durante un segundo.

—Pero, vamos, que tampoco es que tú tengas un nombre mucho mejor, ¿verdad, A-Hole? —dice luego, con un brillo descarado en los ojos.

Porque claro que ella ya se ha dado cuenta de ese detalle.

—¿A-Hole? —suelta Ratty con una carcajada mientras entra de nuevo, con esos labios carnosos pringados de salsa—. ¿De verdad te llamas así? ¿Tu nombre significa «imbécil»? —Lo deletrea, por si a alguien todavía se le escapa.

—Bueno, por lo menos, yo no tengo cara de culo —obligo a Adam a decirle.

—¿Qué has dicho? —masculla Ratty y se le cae lo que le queda de sándwich de beicon por la pechera blanca.

—¿Y sabes por qué eso se llama «cola»? —hago que Adam le

pregunte al tiempo que señala la cabeza de Ratty—. Porque cuando la levantas, vas a encontrarte un culo debajo.

A esas alturas y con cara de estar a punto de estallar, Ratty se abalanza sobre él.

Sin embargo, aunque intento que Adam lo aparte de un empujón, es como si me estuviera desvaneciendo.

Con el rabillo del ojo (o con el rabillo del ojo de Adam, por lo menos), veo el reloj de la pared. Faltan pocos segundos para las diez. Casi una hora exacta desde que me desperté en este cuerpo.

En cuanto el minutero se une a la aguja de las horas para señalar al norte, siento que esa horrible vorágine de luces parpadeantes me envuelve de nuevo… y me arranca del cuerpo de Adam… dejándolos a Ratty y a él enzarzados en una pelea mientras Jules intenta separarlos… y sin que ninguno de ellos se dé cuenta del tornado que me succiona y me aleja de allí…



5

Jules - «Groove Is in the Heart»

«Putos pájaros».

Gimo y la luz penetra en mi resaca mientras los graznidos de las gaviotas suenan como alarmas de coche frente a la ventana de nuestro dormitorio. Me duele la cabeza cuando me doy media vuelta y extiendo el brazo hacia Adam, pero choco con un edredón liso y sin dobleces, y abro los ojos de golpe.

—¡Jooooooooooooooooooooooooooder! —exclamo, cruzando los brazos sobre la cabeza, mientras el camino de vuelta a casa y las cosas que nos dijimos anoche vuelven a mi memoria a todo color.

Me incorporo y me doy cuenta de que todavía llevo los calcetines de Adam. Mi precioso vestido yace arrugado en el suelo, donde lo lancé de una patada. Aunque no lo hubiera estropeado el rosal, sé que no volveré a ponérmelo. No ahora que está maldito después de nuestra horrible pelea.

¿Y si se enteran los niños? ¡Por Dios! No lo soportaría. Ya tienen bastante con lo que lidiar como para vernos así. Siempre he querido que nuestro hogar fuera un sitio seguro para ellos, sin importar lo que el mundo exterior pudiera echarles encima.

¿Dónde está Adam? ¿Volvió a la fiesta? Recuerdo que cerré de un

portazo, sin importarme adonde se fuera, y que me eché a llorar hasta quedarme dormida.

Levanto el móvil para ver si tengo alguna llamada perdida suya, pero no hay ninguna. Mi salvapantallas dice que son las diez y media. No. Debería estar ya en el hotel de Rose y haberlo recogido todo para llevarlo al local del evento.

—¡Mierda, mierda, mierda! —murmuro mientras doy saltitos y me pongo los pantalones de lino anchos, un top de tirantes y mi vieja camiseta manchada de Agnes B.

Una vez abajo, Groucho Guarx me saluda efusivamente y lo dejo salir por la puerta trasera. El salón está vacío. No veo a Adam en el sofá, ¿dónde está? Me detengo junto al fregadero de la cocina y veo una luz encendida en el cobertizo.

¡Ah! Pues claro. Ha pasado la noche allí, ¿verdad? Haciéndose el interesante en vez de entrar y disculparse. No puedo creer la mierda que me ha estado ocultando todos estos años. Me pica la nariz por la aparición de más lágrimas.

Pues muy bien. Que siga enfurruñado. Ya me ocuparé de él más tarde.

Sin embargo, después de buscar por toda la casa, me doy cuenta de que tiene las llaves del puto coche.

Salgo al jardín y respiro hondo mientras me acerco al cobertizo. No sé cómo están las cosas. Tengo la impresión de que ha sucedido un cataclismo. Tal vez Adam se sienta tan alterado como yo. Tal vez esté dispuesto a hablar. Tal vez, solo tal vez, podamos reírnos, darnos un abrazo, culpar a los cócteles. Aunque lo dudo.

Otro suspiro y abro la puerta.

Adam está sentado en la butaca de cuero rasgado de su padre, mirando fijamente una vieja cinta de casete que tiene en la mano,

embelesado. Levanta la cabeza cuando me ve, como alguien que se acabara de quedar dormido en un tren. Todavía lleva la ropa de anoche y tiene los ojos enrojecidos, como si no hubiera pegado ojo.

Nos miramos en silencio un rato, luego se levanta de un salto y se abalanza sobre mí. Huelo su olor a *whisky* y veo la botella vacía.

¡Qué bien! Sigue borracho.

—Las llaves del coche —le suelto, porque me doy cuenta de que no tiene intención de disculparse.

—No, escucha —me dice al tiempo que me da un golpecito en un hombro, como si quisiera comprobar que soy real—, tengo que decirte una cosa.

¡Madre mía, allá vamos! ¿Se fue a algún bar con Doodles del que acaba de volver? ¿Ha perdido la cartera? ¿¡Las llaves!?

—Sobre mi sueño —sigue—. Bueno, si es que fue un sueño, porque digo yo que lo habrá sido, aunque lo del relámpago… Da igual, Jules, en serio, que me pareció muy real, como si de verdad estuviera…

—Déjate de tonterías, Adam. Llego tarde al trabajo.

—Pero mis padres estaban allí y yo estaba en mi cuerpo, en mi cuerpo de cuando era joven. Y tú… estabas trabajando de camarera en el Peregrine y…

Olisqueo el aire con recelo.

—¿Has estado fumando la maría de Doodles? —le pregunto con los ojos entrecerrados.

—No, pero sobre lo que pasó…

—Dame las putas llaves ya —digo, alzando la voz.

—Pero, pero…

Las veo en el brazo del sofá que usan para jugar y me lanzo a por ellas, tras lo cual vuelvo corriendo a la puerta.

—Pero nada —le digo, fulminándolo con la mirada—. Ponte las pilas y dúchate antes de que los niños o alguien te vea en este estado.



De camino al Hotel Peregrine sigo manteniendo discusiones imaginarias mientras conduzco nuestro viejo y malhumorado Škoda, que otra vez ha estado a punto de no arrancar, y giro en Regency Square para aparcar, dejando a la mitad el tema «High and Dry», de Radiohead, en la radio.

Salgo del coche y, al respirar hondo, la brisa marina se mezcla con el familiar olor a pescado y patatas fritas del restaurante Regency de la esquina, y veo pasar a los turistas cargados con tablas de *paddle* hinchables, neveras y colchonetas hacia la playa de guijarros, como nosotros hacíamos cuando los niños eran pequeños. No recuerdo la última vez que fuimos a la playa solo por diversión.

A lo lejos, el muelle de Brighton destaca sobre el mar brillante como un recorte de cartón, con su faro de rayas rojas, blancas y azules, el tobogán acuático y la montaña rusa, sin duda ya abarrotados con adolescentes gritones. Más cerca, la torre de observación i360 se eleva hacia el cielo, y detrás se asoma el viejo y quemado muelle oeste, como un esqueleto familiar, un fantasma del pasado de Brighton, pero ninguna de esas vistas consigue animarme hoy. Me vuelvo hacia las columnas descascarilladas del pórtico del Peregrine y entro.

Conozco a Rose, la dueña, desde que tenía diecisiete años y empecé a trabajar de camarera aquí los sábados. Aquí fue donde conocí a Adam, que solía ayudar a su padre con las reparaciones, pero las mejoras temporales que hicieron entonces hace tiempo que desaparecieron. Hoy en día, está en un estado lamentable y las

reservas son cada vez más escasas, ya que los visitantes más exigentes de Brighton prefieren gastarse el dinero en el lujoso Hotel Artist Residence, al otro lado de la plaza, o en el Hotel Grand, en la acera de enfrente.

Sin embargo, el Peregrine tuvo una vez un comedor, con cortinas rojas que enmarcaban las magníficas vistas al mar y papel pintado de terciopelo en relieve. El chef servía arenques y desayunos ingleses completos y, más tarde, pescado y almejas en platos con monogramas y bordes dorados para cenar. Sin embargo, hoy en día Rose no puede permitirse el personal y no le interesan las complicaciones de tener un restaurante, pese a mis protestas de que se está perdiendo una buena fuente de ingresos.

A lo largo de los años, su pequeña cocina se ha convertido para mí en una especie de hogar lejos del hogar, ya que Rose, muy amablemente, me permite utilizarla para preparar mis encargos de *catering*. No ha cambiado en décadas y sigue teniendo el suelo de linóleo brillante y desgastado, los grandes armarios metálicos y los dos frigoríficos de gran capacidad, uno de los cuales es mío. Lo abro para sacar las bandejas metálicas llenas de comida para el evento de hoy.

Todavía no me puedo creer que algún idiota del ayuntamiento haya programado una jornada de convivencia un domingo. Sin embargo, tampoco me habría fastidiado tanto si ese mismo imbécil hubiera sido capaz de reservar en el hipódromo donde se suponía que se iba a celebrar. Así que ahora los pobres desgraciados, a los que les habían prometido una mañana de paseo en coches eléctricos, tienen que ir a la oficina y pasarse el día haciendo ridículos juegos de rol.

A principios de semana, me hacía ilusión este trabajo, aunque

apenas le saco beneficio, porque sabía que los sándwiches de huevo y las quiches de salmón que voy a servir serían lo mejor del día para los participantes, pero, en este momento, lo último que me apetece es ser civilizada. Y ya no digo amable.

Rose entra en la cocina con una preciosa bata de estampado indio, aunque un tanto ajada, y la trenza gris que le llega a la cintura echada sobre un hombro. Tiene casi setenta años y, como mi madre se ha mudado al norte de Gales y mi pobre padre murió de un ataque al corazón cuando yo era pequeña, se ha convertido en una madre de alquiler para mí, además de en una buena amiga.

Lleva una taza de té en la mano y me doy cuenta de que mi cuerpo vacío y resacoso necesita cafeína con desesperación.

—¿Qué tal la fiesta? —me pregunta.

—Nos fuimos temprano.

Frunce el ceño al oír mi tono y me mira a la cara, y suspiro. Nunca puedo ocultarle nada.

—Adam y yo hemos discutido.

—Mmm… —murmura y tuerce el gesto como si dijese: «Se veía venir».

Sabe que los últimos meses han sido difíciles desde que Nelly volvió a casa. En mi opinión, debería haber aguantado en su trabajo de *marketing* en Londres, en la empresa de sostenibilidad para la que trabajaba, pese al ridículo sueldo. Pero Adam, incapaz de soportar que su princesita fuera infeliz, la animó a buscar otro trabajo y, antes de que me diera cuenta, estaba de vuelta en casa, quejándose de la velocidad de la conexión wifi y tratándome como si fuera su asistente personal.

Según tengo entendido, su nuevo trabajo consiste en ser la sirvienta del imbécil de su jefe, que no para de criticarla y de hacerla

llorar. Aunque está al otro lado del Atlántico, parece saber si se toma un descanso para ir al baño. Sin embargo, Adam piensa que su ética de trabajo es «genial». Algo que dijo a propósito delante de Liam la semana pasada, añadiendo innecesariamente que era estupendo ver a una persona de su edad siendo «tan ambiciosa».

Rose se llevó la peor parte de aquello.

—No ha sido por los niños. Fue por otras cosas. Discutimos sobre nosotros. Y, la verdad, ahora mismo no sé cómo estamos.

—¡Vamos, déjate de tonterías! —exclama Rose, como si yo estuviera loca—. Estáis hechos el uno para el otro. Está escrito en las estrellas.

Dudo de las predicciones astrológicas de Rose, sobre todo porque sus caballos han quedado los últimos en el Grand National tres años seguidos. Mira mi cara de escepticismo.

—¿Qué ha pasado?

—Todo empezó porque Adam me preguntó si era feliz y le dije que creía que estábamos anclados. Porque es verdad. Últimamente, parece como si viviéramos en la peli esa de *Atrapado en el tiempo*, pero sin romanticismo.

Rose esboza una sonrisa tierna, se acerca y me pone las manos en los hombros.

—Siempre hay baches en el camino, pero mira lo que habéis conseguido. Adam y tú. Toda una vida juntos. No es moco de pavo.

Resoplo, con las lágrimas a punto de brotar.

—Supongo.

—Ten cuidado con lo que deseas, señorita —me advierte, mirándome a los ojos—. La felicidad consiste en aprender a querer lo que ya tienes.

Es una de sus frases preferidas. Juro que debe de tenerla en una

camiseta.

—Lo digo en serio. La búsqueda de la perfección es una tontería. —Y esa la tiene en otra—. Es de los buenos, tu Adam —sigue—. Todo se arreglará. —Me roza la mejilla en plan cariñoso con el extremo de su trenza—. Ya lo verás.

Casi siempre tiene razón, pero esta vez no estoy tan segura.



En el anodino edificio de oficinas del ayuntamiento, coloco la mesa del almuerzo en el salón de actos gris y, cuando Eva llega, se quita la chaqueta de cuero para ayudarme. Tiene las mejillas sonrosadas, el pelo corto y oscuro, y los ojos castaños, y siempre está tan alegre que me anima al instante. Es una antigua compañera de Nelly del colegio, y eran muy amigas, sobre todo cuando ganaron plazas para ir a Kenia en el viaje que organizaron en sexto, una aventura que pensé que sería la primera de muchas para mi hija, pero que resultó ser la última. Eva ha trabajado conmigo de vez en cuando durante los últimos cuatro años para ayudar a pagarse los estudios, y hoy la he contratado para que me eche una mano con este almuerzo. Tampoco es que haga falta. Como era de esperar, la mitad de la gente no se ha presentado. Los que sí han venido picotean la comida con cara de pena.

—¡Madre mía! Ya no me falta nada para estar allí —me dice Eva. Ha estado ahorrando para un viaje a Costa Rica, donde trabajará con una organización benéfica en la construcción de una escuela. Saca el móvil y me enseña las fotos de la página web del proyecto—. Mira ese perezoso. ¿A qué es una ricura?

—¿Le has dicho a Nelly que vas a ir? —le pregunto mientras le devuelvo el teléfono—. Siempre decía que quería viajar más.

—Pero ahora es una ejecutiva de postín.

Hago una mueca.

—No es un trabajo tan glamuroso, en serio.

—Siempre está muy ocupada. La he invitado varias veces a salir, pero… —Se encoge de hombros.

—¿Te importaría hacerme un favor?

—Lo que quieras.

—¿Puedes intentarlo una vez más? Invítala a salir. Cuéntale lo que vas a hacer. Sé que es lo que necesita.

—Cody organiza una fiesta con DJ en el Windmill el miércoles. ¿Puedo invitarla?

—Sería increíble. Pero prométeme que no le dirás que te lo he pedido yo. —Detesto hacer esto y pedirle a Eva que guarde un secreto, pero Nelly está tan irascible conmigo de un tiempo a esta parte que no me ha dejado otra opción—. Es mejor que te vayas —le digo a Eva al tiempo que saco la cartera y le pago la jornada completa. Es una especie de soborno—. Estoy muy celosa de que te vayas a Costa Rica —añado mientras ella se aleja—. Si pudiera subirme a ese avión contigo, lo haría. —Ella se ríe como si yo estuviera bromeando, pero ahora mismo no es así.

En cuanto se va, miro el móvil. No estoy segura de lo que espero, pero no tengo ningún mensaje de Adam. Lo que sí tengo es uno de correo electrónico sobre mi último impago de la tarjeta de crédito, y me veo obligada a controlar la creciente sensación de pánico de que todo va cuesta abajo y sin frenos.

¿Se puede saber cómo voy a salir de este lío? Obviamente, iba a decírselo a Adam. Solo estaba esperando el momento oportuno. Pero ahora parece que no puedo hablar con mi marido. De nada. Tal vez no podré hacerlo nunca más. La promesa de la inevitable

conversación que debemos mantener sobre lo ocurrido anoche se cierne sobre mí como un nubarrón de tormenta.



De vuelta en casa, la música retumba en la habitación de Liam («Deceptacon», de Le Tigre, un disco al que se aficionó gracias a mí) mientras Nelly compite con una canción mucho más suave («Gipsy Hill», de Liza Lo) en el comedor. Me pregunto si se enfadará si le pido que saque a Groucho Guarx a dar un paseo, porque Adam y yo vamos a necesitar mucha intimidad si de verdad vamos a tener «la charla». Además de paredes con metro y medio de insonorización.

—¿Dónde está papá? —le pregunto.

Ella se encoge de hombros.

—Fue a la librería Waterstones y volvió con un montón de libros, pero salvo por eso, se ha pasado el día navegando por internet.

—¿Libros? —repito, confundida.

—Estaba un poco raro.

Recuerdo cómo estaba esta mañana. Con los ojos vidriosos y la mirada perdida. Así que no estaba borracho ni colocado, porque seguramente a estas alturas ya se le habría pasado el efecto.

Echo a andar hacia la puerta trasera. Mientras lo hago, noto que estoy sudorosa y me huelo la camiseta, tras lo cual me la quito y la dejo en el montón de la ropa sucia. Me coloco bien el top de tirantes que llevo y me recojo el pelo en un moño que me sujeto con un lápiz del bote. Luego, tomo aire y me dirijo al cobertizo.

En todo caso, Adam parece todavía más trastornado que esta mañana. Hay libros abiertos por todo el sofá y un montón de papeles escritos de su puño y letra.

—Siéntate —me dice, señalando la butaca de cuero preferida de su

padre. No me pregunta qué tal el día, ni se disculpa. Cero arrepentimiento. Como si en su aparente locura me hubiera confundido con Groucho Guarx.

—Adam, tenemos que hablar —le digo, todavía de pie—. Lo de anoche fue horrible y… Y creo que tenemos que ir al psicólogo. —¡Ay, Dios! Esto es mucho más difícil de lo que pensaba—. O a terapia de pareja.

—¿A terapia? —se burla, como si le hubiera pedido que se apuntara a una escuela de payasos.

—Necesitamos ayuda, Adam. Está claro que tienes problemas conmigo desde hace años y, bueno, a lo mejor… —Respiro de forma entrecortada—. A lo mejor lo de anoche tenía que pasar. Siendo sinceros, las cosas no han ido bien desde hace tiempo.

Duele decirlo. Admitir que algo se ha roto.

Sin embargo, él no parece asimilarlo.

—¿No recuerdas cómo éramos antes? —insisto.

—¡Sí! —Me señala como si fuera un profesor y yo una alumna que acaba de hacer una observación excelente—. ¡Por Dios! Sí, Jules. Era asombroso. Estaba enamoradísimo de ti. Y tú…

—Adam, estoy hablando en serio.

—Yo también. Verás, lo que te dije antes, mi sueño que no era un sueño… La verdad, cuanto más leo sobre el tema, más creo que lo que pasó en realidad fue que viajé al pasado de alguna manera y…

—¡Me importa una mierda tu sueño!

No me está haciendo ni caso, ¿verdad? De hecho, parece que se ha vuelto loco por completo y, de repente, el deseo de que me escuche se convierte en otra cosa. ¿Está sufriendo una crisis psicótica?

—Adam. —Me llevo las manos a la cabeza y me la aprieto, desconcertada. Me doy media vuelta y vuelvo a mirarlo, pero tiene

los ojos desorbitados.

—¡Eso es! —Se abalanza sobre mí, me hace girar y me aparta el top para rozarme la piel de un hombro con las uñas.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Me aparto con brusquedad.

—Tu tatuaje —susurra.

—¿Qué tatuaje?

—Tu puto «ratuaje». El que te hiciste para impresionar al imbécil de Mickey Ratty cuando salías con él.

—¿De qué estás hablando?

—De Mickey Ratty —insiste—. El rey del puto chándal de nailon.

—Sí, sé quién es. —Así que Adam sí que lo vio anoche en casa de Darius, ¿no? ¿Eso es lo que ha desencadenado esta crisis? ¿Esta especie de ataque de celos tan raro?

Sin embargo, Adam no ha terminado.

—Tenías un tatuaje de una mierdosa rata de dibujos animados —insiste—. En el hombro derecho. Ahí. —Me clava un dedo en el hombro, dos veces.

—¡Ay!

—Pero ahora… Ahora no está. Por lo que te dije cuando volví al pasado. Te dije lo ridículo que parecería. —Se queda con la boca abierta, incrédulo.

—Adam…, nunca me he hecho un tatuaje —le digo.

—Bueno, no. Ahora no. ¡No en este futuro! No en esta nueva realidad que supongo que acabo de crear. Debo de haberte impedido que te lo hagas. ¡Joder! —Sonríe. ¡Tiene el descaro de sonreír!—. En serio. De verdad. ¿No entiendes lo que significa esto?

«¿Que te has vuelto loco de remate?», pienso.

—No —consigo decir en voz alta.

—Pues significa que viajé en el tiempo de verdad… hasta mi cuerpo de adolescente. Viajé a 1989. Pero, gracias a Dios, no cambié nada más —dice—. Y sé que no lo he hecho —añade, casi como si lo estuviera comprobando—, porque todo lo demás —Me mira detenidamente de arriba abajo, antes de echarle un vistazo al cobertizo— sigue como estaba.

Ya. ¡Al cuerno con esto! No aguanto más. Está claro que necesito conseguirle ayuda médica antes de que la cosa empeore.

—¡Ah, pues… muy bien! —replico con el mismo tono de «hora de tomarnos un descanso» que solía emplear en las fiestas infantiles cuando a los niños se les ocurría alguna idea descabellada, como untar gelatina en la pared—. Creo que debería volver cuando estés… —Empiezo a alejarme de él hacia la puerta, preguntándome si tengo el número de urgencias del médico en el móvil.

Sin embargo, antes de que pueda llegar, él pasa a la carrera a mi lado, gira la llave en la cerradura y se la mete en el bolsillo.

¿Se puede saber de qué va? El corazón empieza a latirme con fuerza por un motivo totalmente distinto. Estoy encerrada en un cobertizo con mi marido, que empieza a asustarme.

—Adam. Dame la llave —digo, extendiendo la mano e intentando parecer racional.

—Lo haré. Si le das una oportunidad.

—¿A qué?

—A volver.

—¿Adónde?

—Al pasado.

—Por favor, Adam. Déjalo ya. ¿No ves que esto es una locura?

—Pero es que ese es el tema. Que no es una locura.

Se abalanza sobre los papeles del sofá, que ahora veo que son un

montón de artículos al parecer aleatorios que ha impreso de internet. Hay un montón de palabras marcadas con un círculo y pasajes subrayados. Abundan los signos de exclamación.

—Porque mira. Viajar en el tiempo es teóricamente posible al cien por cien a través de cuerdas cósmicas, agujeros de gusano y máquinas, como esta de aquí. El motor Alcubierre, que es un motor de curvatura, una genialidad, que podría usar una nave espacial para viajar, según parece, más rápido que la luz al contraer el espacio en sí mismo.

¡Madre del amor hermoso! ¿Qué se supone que debo hacer?

Levanta otro papel y me lo ofrece con las dos manos, con expresión reverente, como si fuera la Sábana Santa de Turín, y me lo acerca todavía más, como si me interesara leer esa letra tan pequeña e incomprensible.

—O a lo mejor no es un simple viaje en el tiempo —dice, rascándose la barba—. A lo mejor se trata del multiverso.

—¿El multiverso?

—Sí. Sí, ya sabes. Como en *Todo a la vez en todas partes*.

—¿Qué?

—Esa película durante la que te quedaste dormida.

Tiene razón. Me quedé dormida. Seguramente por eso no me acuerdo de qué iba. Pero no ha terminado.

—Porque una vez que aceptas la posibilidad… o, mejor dicho, la probabilidad de que el multiverso sea real…

—Que no lo hago —señalo.

—Sí, pero si lo hicieras… Cuando lo hagas, verás que la existencia de un número infinito de universos, de posibilidades, también significa teóricamente la posibilidad de que existan un número infinito de líneas temporales. Para nosotros, o para quien sea, tal vez

incluso teniendo lugar simultáneamente todo el tiempo.

—Sí, pero no estamos hablando teóricamente, ¿verdad, Adam? Estamos hablando de mi necesidad de salir de este dichoso cobertizo en esta realidad ahora mismo.

Clava los ojos en su antiguo radiocasete.

—Pero, por supuesto, para que viajar en el tiempo o en el multiverso fuera posible a efectos prácticos, necesitarías una máquina, una máquina del tiempo, o algún tipo de máquina puente que abra un portal a cada universo paralelo, y la energía para alimentarla… Ya sabes, como un DeLorean y un condensador de fluzo —dice, señalando con la cabeza la antigua carátula del DVD de *Regreso al futuro* que está abierta en el suelo delante de la tele, junto a una copia de *Una cuestión de tiempo*.

¡Por Dios! ¿Podré escaparme por la ventana? Tal vez esa sea mi mejor opción.

—Sin embargo, nosotros solo tenemos esto —dice, moviendo la cabeza con asombro sin dejar de mirar el antiguo radiocasete Sony.

—¡Oye, oye, oye! —lo interrumpo por fin—. ¿Cómo que «nosotros»?

—Bueno, más bien tú, en realidad. O, por lo menos, tú ahora —se corrige con alegría—. Porque yo ya he vuelto y sé que es verdad. Sobre todo por lo de tu tatuaje. Pero además, ahora tienes que ir tú, porque yo quiero quedarme esta vez para ver qué pasa con tu cuerpo aquí. ¿Se desvanecerá? ¿O pasará algo más? Ya sabes, después de que desaparezcas en el tornado.

¿En el tornado? Pero ¿¡qué cojones!? ¿Ahora cree que soy Dorothy a punto de que me arrastren para ver al Mago de Oz?

—Y, luego, está la incógnita de que si yo estoy aquí cuando pongas la cinta, eso significa que viajaremos los dos al pasado o si solo es

posible que viaje uno cada vez.

—Adam —digo con la mirada clavada en las llaves que tiene en el bolsillo—, te lo advierto por última vez. Déjame salir de aquí. Ahora mismo. O gritaré.

Sin embargo, se limita a asentir con la cabeza, como si se lo esperara. Levanta las manos en señal de rendición.

—Tú sígueme la corriente. Es lo único que te pido —suplica—. ¿Qué daño te va a hacer un minuto más? En serio, no tienes que hacer nada. Ponte aquí, o siéntate en la butaca si quieres, y pon una cinta en el radiocasete.

—¿Y ya está?

—Ya está.

—¿Y luego podré irme?

—Y luego podrás irte. O ingresarme en un hospital psiquiátrico. Lo que te dé la gana.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—¡Venga ya! —exclama—. Siempre me estás diciendo que no pruebo cosas nuevas. Bueno, pues lo único que te pido es que pruebes una cosita nueva por mí.

Una cosita nueva que es una completa locura.

—Muy bien —le digo. Sin inflexión en la voz. No quiero que piense que me estoy tomando en serio esta ridiculez.

Da un pequeño respingo por la emoción e incluso me da unas palmaditas en la espalda. Sin embargo, luego empieza a parlotear de nuevo, como un guía turístico enloquecido, contándome todo lo que voy a sentir con esto que sé que no va a ocurrir.

Me planto delante del viejo radiocasete. En el punto exacto donde quiere que esté.

Lo veo parpadear mientras mira la cinta que tiene en las manos y

frota la carátula, que parece un poco derretida y deformada. Acto seguido, me la ofrece. Pongo los ojos en blanco, me siento en la butaca al lado del radiocasete, introduzco la cinta en la pletina y pulso el *play*.

Durante una fracción de segundo, siento una repentina aprensión. Como si algo estuviera a punto de suceder de verdad. Como si todas estas tonterías fueran a funcionar.

Claro que, por supuesto, no funciona. En cambio, el viejo radiocasete hace un ruido extraño, como si estuviera haciendo gárgaras, una especie de chirrido, mientras la cinta se desenrolla.

Sin embargo, Adam insiste.

—Mmm… Sí que me lo preguntaba… —dice mientras saca la cinta para examinar con detenimiento la maraña negra antes de sacar otra cinta de la caja, esa con el título *¡Mueve el esqueleto! 1993.* Con mi letra. ¡Madre mía! Ojalá no se la hubiera dado nunca. Me la ofrece con los ojos brillantes, se frota la barba y mueve las cejas, como si fuera un mago a punto de hacer desaparecer un conejo en la chistera —. Buena suerte —me dice, antes de hacerme otro gesto con la cabeza para que ponga la cinta.

—Qué ridiculez —empiezo a decir mientras pulso el *play* y empiezan a sonar los primeros acordes de «Groove Is in the Heart», de Deee-Lite…



«¿¡QUÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉ!?». De repente, es como si un huracán me azotara el pelo alrededor de la cara con tanta violencia que me hace daño. El suelo del cobertizo desaparece. Veo luces de colores parpadeantes por todas partes. Cada vez más rápido. Intento gritar, pero lo único que oigo es un rugido infernal y ensordecedor hasta

que…

¡BUUUUM!

Música.

«Dum dum-dum-dum-dum-dum, dum de-dum-de-dum-dum-de». ¡Por Dios santo! Es «Groove Is in the Heart», de Deee-Lite, que sigue retumbando en mi cerebro.

«¿Se puede saber qué es esto?», pienso.

Mis fosas nasales se estremecen por la peste a hielo seco y a sudor rancio. Al abrir los ojos, no veo el cobertizo como esperaba, sino unas manos que se agitan delante de mí y reconozco un anillo de serpiente en un dedo índice. ¡Es mío! Me encantaba ese anillo. Mi madre y yo lo compramos en un viaje a Blackpool cuando cumplí los dieciocho. Antes… ¡de ahora! Antes de 1993.

¡1993!

Sin embargo, de repente lo sé con absoluta certeza. Esta soy yo de verdad. Mi yo de 1993.

¡Estoy en mí! En mi cabeza. En mi cuerpo.

¡Madre mía! ¿Cómo funciona esto? Es justo como Adam dijo. ¡Parece completamente real!

Empiezo a buscarlo para decírselo. Otra locura, ¿verdad? Sin embargo, hay demasiados cuerpos bailando en medio. Vuelvo a mirarme las manos. Mis viejas manos. O, mejor dicho, mis manos jóvenes. No hay manchas de la edad, ni quemaduras sufridas en la cocina, solo el sello borroso del Zap.

Por supuesto. Estoy en el Club Zap. En la playa. Mi antigua guarida. Reconozco los techos bajos, las paredes goteantes, la peste a sudor. El conocido tufo del tabaco y de los pedos. Y justo a mi lado está Ngozi.

¡Ay, Dios! ¡También es muy joven!

Lleva un top escotado que se ata por delante, el pelo recogido y una falda de cuero cortísima. Se ha pintado los ojos con gruesas líneas de delineador dorado y me mira con su cara de bailarina, mientras levanta los brazos, queriendo que la imite. Somos uña y carne desde aquella excursión en la primera semana de instituto para ver el musical *Starlight Express* en el West End, aunque nosotras nos fuimos al cine a ver *Withnail y yo*, que era mucho mejor.

Es como si lo observara todo desde fuera. Como si estuviese en la serie *Peep Show* de la tele. O en *Cómo ser John Malkovich*. Percibo recuerdos que mi yo real, mi yo del futuro, ha olvidado. Pero, incluso mientras lo noto, puedo afirmar que no son solo recuerdos, son sus pensamientos. Los pensamientos reales de mi yo joven.

Esto… es… ¡una locura!

Puedo leer su mente. En ella, reina Adam y la idea de que llegará en cualquier momento.

«Voy a hacerlo. Esta es la noche. Pero, primero, le daré la cinta».

Eso es lo que está pensando. Noto un bulto en el bolsillo trasero de sus vaqueros. La cinta que ha grabado.

¡Mierda!

La misma que acabo de poner en el radiocasete. Ni siquiera necesito verla para saberlo.

Jules está desesperada por encontrar un momento tranquilo para darle la cinta a Adam. A solas. Porque lo que hay entre ellos ha ido creciendo desde que ella volvió de su curso de hostelería en Londres y entró en el Basketmakers Arms hace tres semanas y se dio cuenta de que Adam había pasado de ser un muchacho a ser un hombre. Un hombre que está cañón, además.

De repente, Ngozi le da un codazo a Jules. Señala la puerta con la cabeza y se me encoge el estómago… o, más bien, se le encoge a

Jules.

Allí, allí…

«¡Ha llegado! ¡Adam ha llegado!».

Ngozi sonríe. Lo sabe todo sobre mi enamoramiento.

Los ojos de Adam se clavan en los míos y levanta una mano a modo de saludo. Lleva la muñeca llena de pulseras de cuero.

Míralo. Delgado, pero atlético, con una camisa holgada desabrochada y ¡mira qué vaqueros tan llamativos! Doc Martens negras. Esa sonrisa de niño y ese mentón cincelado. Tan parecido al de Liam. Solo que Liam todavía no existe, ¿verdad? ¡Guau!

«Mi Adam».

Sus pensamientos. Los de mi yo joven. Y míos. Solo que él no es mío, ¿verdad?

Es suyo.

Atraviesan la multitud el uno en dirección al otro. Adam está con alguien. ¡Joder! ¿De verdad ese es el joven Darius? Había olvidado por completo lo idiota que era.

—¿Dónde has estado? —grita cuando se encuentran. Ella, mi yo joven. Es muy confiada. Muy escandalosa.

Adam mira a Darius, y Jules ve la mirada que pasa entre ellos y sabe que han estado jugando. Ambos están obsesionados. No es que le importe, porque, por lo menos, Adam está aquí ahora. Por su forma de mirarla, está claro que no quiere estar en ningún otro lugar.

—¡Vamos! —grita él, que señala la barra al otro lado de la multitud de cuerpos que bailan, y Jules se ríe y lo sigue dando brincos, antes de hacerle un gesto con la cabeza a Darius para que los siga.

Es muy ágil. Me siento muy ágil. Con mucha energía. ¡Por Dios, me siento increíble! Dispuesta a todo.

Pedimos unas cervezas y nos mezclamos con la gente. Darius está

mirando el escote de Ngozi. Acaba de anunciar que lleva pastillas de éxtasis en el Wonderbra, pero Jules no está interesada. Tan pronto como Adam termina la pinta, sabe que es ahora o nunca.

—¡Ven conmigo! —grita y no tarda en tomar la mano delgada y sudorosa de Adam para subir corriendo la escalera y dejar atrás la máquina de tabaco, justo cuando alguien le da un golpe.

Veo mi reflejo en un espejo oscuro y, ¡ay, madre!, estoy estupenda. Estos vaqueros de tiro bajo son muy favorecedores. Tengo el abdomen liso y desnudo debajo de un top corto.

Quiero parar. Acariciarme. Maravillarme. Pero no hay tiempo.

Atravesamos la puerta metálica de la salida hacia la oscuridad de la noche, y todavía hay gente haciendo cola para entrar. Bajamos la pendiente de hormigón que lleva a la playa.

Se nos condensa la respiración, y el aire frío del mar nos refresca la piel de inmediato.

—Vamos —le dice Jules a Adam, tirando de él hacia delante. Ahora que puedo oírla bien, me doy cuenta de lo distinta que es su voz de la mía. Es ligera y está cargada de promesas. Seguramente porque no se ha pasado media vida regañando a su marido y a sus hijos.

Corren por la playa hasta donde las olas rompen contra las piedras, formando una línea plateada, mientras la luna se eleva sobre el mar, iluminando el abandonado muelle oeste (que ni siquiera se quemará hasta dentro de diez años) de manera que parece un tétrico y enorme decorado de *Scooby-Doo*.

Mis oídos, los oídos de Jules, parecen atronados por el volumen de la música en la discoteca.

Sin embargo, Adam todavía tiene ganas de más música y sigue avanzando por la playa hasta que llegan a una zona vallada delante del pub Fortune of War, donde está tocando un grupo. Ambos se ríen

y reconocen de inmediato la canción. «All the Daze», un tema del nuevo grupo local del que todo el mundo habla, Troubadours d'Amour.

—¡Mierda! —exclama Adam—, no sabía que tocaban hoy. Si no, podríamos haber venido.

Porque a ella, a la joven Jules, también le encanta este grupo. Él le regaló su CD. Durante un minuto, bailan en la playa como si fueran los únicos en el mundo, y no puedo evitarlo, casi me desmayo. Porque esta canción es mi canción y la de Adam. La que bailaremos en nuestra boda dentro de seis años.

Todavía puedo oír sus pensamientos: lleva años deseando este momento, es ahora o nunca. Pero el riesgo… ¡Uf! ¿Y si él no siente lo mismo?

Sin embargo y pese a todo, es valiente. Una valentía que, me doy cuenta, yo he perdido por el camino. Se acerca a él y planta los pies sobre las piedras del suelo con seguridad. Se miran a los ojos.

¡Joder! Este es el comienzo… ¡de lo nuestro! Está sucediendo aquí mismo, nuestro futuro está estallando, floreciendo, en este mismo momento.

—Tengo una cosa para ti —dice ella mientras se lleva una mano al bolsillo para sacar la cinta de casete. Se la da y sonríe, observando su cara—. He pensado que te debía una —explica, satisfecha por la sonrisa que él le regala de repente—. Puede que no te gusten todas —le advierte.

—No, claro que me gustarán —le asegura Adam.

Ella sabe que lo dice en serio, aunque ni siquiera haya leído toda la lista de canciones. Porque confía en ella.

Sus miradas se cruzan y no puedo respirar mientras el momento se alarga, y luego sus caras, ¡nuestras caras!, se acercan y sus labios se

posan en los míos, y yo alucino con cada segundo de este mágico primer beso.

El corazón de Jules está a punto de estallar cuando por fin se separan.

—¡Guau! —exclama.

Porque, claro que sí, ¡guau! Es como si fuéramos las dos últimas piezas de un rompecabezas y ahora todo tuviera sentido.

—Llevo mucho tiempo preguntándome si te gustaba —confiesa él.

—¿En serio?

—Es que no me atrevía a dar el paso. No quería destrozar nuestra amistad.

«¡Ay, Dios! Qué serio parece. Está para comérselo».

—No te preocupes. Siempre seremos amigos —le dice ella, tomándole la cara entre las manos—. Te lo prometo. Pase lo que pase.

Quiero llorar porque percibo su optimismo, su confianza absoluta en el mundo. ¡En él!

—¿Qué es esto? —bromea ella, frotándole la barbilla barbuda—. ¿No te afeitas últimamente?

—Iba a ponerme en plan George Michael.

Ella hace una mueca con los labios.

—¿Qué? —pregunta él, con algo parecido al pánico en los ojos.

—No, no, nada, en serio —responde ella.

Sin embargo, sí le pasa algo. Y no está siendo sincera.

Porque siempre me ha disgustado su barba. ¡Siempre! No por su aspecto. Es más por lo que molesta. Por lo que raspa. Y no solo en la boca.

Aunque la joven Jules no quiere arruinar el momento. Va a dejarlo pasar.

Sin embargo, antes de que me dé cuenta, soy yo quien se aparta justo cuando estamos a punto de besarnos de nuevo. Y soy yo quien de alguna manera abre la boca y convierte mis pensamientos en palabras con su lengua.

—Es que nunca me han gustado las barbas —la obligo a decir.

Adam la mira, atónito. Y ella también se siente aturdida por las palabras que acaban de salir de su boca. Pero no está enfadada. Ni molesta. Más bien se siente aliviada por haber tenido el valor de haberle dicho esa verdad a la cara.

—¿En serio?

—Sí. Sí, lo siento. De verdad —responde. Ella sola, sin mi ayuda—. Es solo porque raspa.

—De acuerdo. ¿Hay algo más que te gustaría cambiar de mí? —pregunta él con una sonrisa.

—No. Nada. —Ella se ríe, como si fuera una pregunta tonta—. Por lo menos, todavía no —bromea, agarrándolo del pelo.

«Ay, ese pelo tan precioso y abundante».

—Mejor no nos preocupemos por eso ahora —dice ella, que lo acerca, y es como si se fundieran. Y, mientras las gaviotas graznan, ella lo besa como si su vida dependiera de ello.

Luego, cuando por fin se separan, ríen de pura alegría. Se toman de la mano y caminan hacia el lugar donde sigue tocando el grupo. Se abren paso entre la multitud y, mientras él la abraza por detrás, ella desea que este momento no acabe nunca.



6

Adam - «The Passenger»

Jules está guapísima sentada en la butaca, mientras la suave luz rosada que entra por la ventana del cobertizo le ilumina ese triángulo de pecas rojizas en la mejilla derecha al tiempo que acentúa el detalle de esas arruguitas alrededor de los ojos que hacen que tenga el aspecto de estar siempre a punto de sonreír.

Por supuesto, verla con los ojos vidriosos como si fuera un muerto viviente arruina bastante el efecto. Le da un aire mucho más parecido a la niña de *El exorcista*.

Le tomo el pulso por enésima vez cuando la última canción de esta cinta de casete Memorex 60 («Keep on Movin», de Soul II Soul) llega a su fin.

¿Habrá funcionado? ¿Habrá vuelto?

Cuando la cinta se detiene con un clic, se le empiezan a despejar los ojos y gime, desorientada, mirando a su alrededor.

—¡Madre del amor hermoso, Adam! —chilla y se abalanza sobre mí para echarme los brazos al cuello y estrecharme con fuerza—. ¡Joder, que es verdad!

Me siento aliviado. No estoy loco. Funciona de verdad.

—Que he retrocedido en el tiempo, ¡joder! —dice con una

carcajada, mirándome a los ojos, con la frente pegada a la mía.

—Lo sé. —El corazón me late con fuerza, emocionado por el hecho de que ella también lo haya experimentado.

—He retrocedido en el tiempo y tienes razón en todo, ¡joder!

—Lo sé. —Y lo único que tengo más seguro es que pagaría una fortuna por hacerme una camiseta con esa frase y poder ponérmela durante lo que me queda de vida.

Se aparta de mí en busca de una botella de agua y empieza a bebérsela de un trago. Le doy la espalda y pulso el botón para expulsar la cinta del radiocasete. Cuando la saco, veo que ya tiene el mismo aspecto deformado y medio derretido que la primera que puse y estoy seguro de que se desenrollará igual si intento ponerla otra vez.

—Parece que solo se pueden usar una vez, como si fuera una especie de regla —digo en voz alta. Pero ¿una regla hecha por quién? ¿Hecha por qué? Solo de pensarlo siento un escalofrío en la espalda.

Es existencial de cojones.

—Esto es una locura, Adam. Rarísimo —dice, de pie detrás de mí —. ¿Qué aspecto tenía cuando me fui?

—Parecías una zombi.

—¿Y te quedaste aquí sin más? ¿A ti no te arrastró otro tornado ensordecedor?

—No, es como si solo funcionara para quien pone la cinta.

Otra regla.

—La verdad es que me he sentido tal como dijiste que me sentiría —se apresura a decir, paseándose de un lado para otro a mi espalda mientras yo examino nuestra máquina del tiempo para ver si le encuentro algo raro de verdad—, como si estuviera dentro de mi propia cabeza, o de mi cabeza de joven, da igual. Como ir de paquete

en una moto. Y es increíble todo, ¿no? —Se está frotando la frente—. Porque he tenido la sensación de que estaba allí de verdad. En el Zap, contigo, y con Darius y Ngozi. Luego, delante del concierto de los Troubs, ¿te acuerdas? Cuando te di esa misma cinta, la noche que nos besamos por primera vez.

Me da la vuelta y se dispone a besarme. Pero su sonrisa titubea, y se aparta mientras ladea la cabeza, como si nunca me hubiera visto.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Tu barba…

—¿Qué barba? —digo. Puede que acabara durmiendo en el cobertizo anoche, pero esta mañana me he afeitado como hago todas las mañanas. Me miro en el espejo y veo un ligero asomo de barba, lo que sale en un día, pero nada más.

—Antes tenías barba —me asegura mientras me toca la cara con incredulidad.

—A ver, pues claro. —Pienso en la época a la que se refiere, a cuando estuve una temporada con una especie de barba de varios días—. Pero eso fue hace más de treinta años —comento.

—No, hace una hora —replica sin parpadear—. Tenías barba hace una hora, Adam. Aquí en este mismo cobertizo. Tenías una barba tupida antes de que metiera la cinta en el radiocasete y la pusiera en marcha. La has tenido desde que eras estudiante.

¿Qué está diciendo?

—Estás de broma —digo.

—¿Te parece que estoy bromeando?

No, no lo parece.

—Pero ¿cómo va a tener el menor sent…? —protesto.

Sin embargo, de repente, entiendo por dónde va. Es como su tatuaje, ¿no? Igual que conseguí que desapareciera al viajar al

pasado y decirle que se arrepentiría. Y que ella no se acordara de tener uno porque nunca se lo había hecho. Lo más raro de todo es que yo también tengo ahora estos raros recuerdos «nuevos» en los que nunca ha tenido un tatuaje, junto con los viejos recuerdos en los que siempre lo ha tenido. Como si ahora ambas historias existieran en mi cabeza a la vez de alguna manera.

—¡Madre mía, Jules! —exclamo—. ¿Qué has hecho?

—Nada, no he hecho nada —contesta—. Pero puede que haya dicho algo —admite—. En la playa, después de salir del Zap, puede que haya hecho que ella (mi yo joven) le dejara caer a tu yo joven que…

—¿Qué?

Levanta las manos.

—¡Que no me gustan las barbas, largas o cortas, que nunca me han gustado! ¡Que siempre me han dado repelús! —Se vuelve hacia el tablón de corcho y agarra una de mis viejas fotos, de cuando tenía veintitantos—. Y mira —susurra—, también ha desaparecido de aquí. Estás bien afeitado. Y aquí y aquí también —se apresura a continuar mientras señala varias fotos mías de las siguientes décadas.

—¡Madre mía! —exclamo mientras una desquiciada posibilidad se abre paso en mi mente, antes de buscar una página de la búsqueda que imprimí antes—. Escucha esto, es una cita de un gurú, un físico teórico o no sé qué, Barak Shoshany. Mira, en este artículo de la BBC dice: «Si viajar al pasado es posible, debería ser posible cambiar cosas…, pero hacer eso creará una línea temporal alternativa. En vez de crear una paradoja que acabe con el universo, crearías un segundo universo con una historia distinta».

—¡Mierda! —exclama Jules.

—Pero bien grande.

—Y ¿crees que eso es lo que hemos hecho? Que hemos creado un nuevo…

—Puede que dos veces —la interrumpo con la vista clavada en el radiocasete—. Porque ¿y si no es solo una máquina del tiempo, Jules? ¿Y si es una máquina del multiverso? ¿Y si las dos veces que hemos viajado al pasado y cambiado algo, hemos provocado que se creen universos paralelos nuevos, como dice el Barak Shoshany este? Unos universos casi idénticos al antiguo, pero no del todo.

Se me seca la boca. Porque, la verdad, todo el concepto es tan desquiciado que tengo la sensación de que me estoy apretando el cerebro con ambas manos.

—Como el que tú creaste en el que no tengo un tatuaje —dice.

—Exacto. Y solo yo recordaba el universo anterior en el que sí lo tenías, porque, cuando viajé de vuelta a la nueva línea temporal futura que había creado, de algún modo traje conmigo los recuerdos de ese universo anterior, incluso cuando mi conciencia se mezcló con este nuevo yo.

—Y ¿luego yo he creado otro universo nuevo, en el que estamos ahora, en el que no tienes barba?

—Eso mismo. Y solo tú recuerdas el universo anterior en el que la tenía. Porque en este universo yo nunca la he tenido desde que me la afeité después de ir al Zap aquella noche.

—Pero ¿todo lo demás que pasó entre que te dije que no me gustaban las barbas y ahora es igual que en los universos anteriores? ¿Como cuando fuimos a la fiesta de Darius, nos peleamos y tú descubriste la máquina del tiempo?

—Correcto. A menos que… —Se me ocurre otra cosa increíble.

—¿Qué?

—A menos que hayamos cambiado algo más —termino—. Sin querer. Algo de lo que ninguno de los dos nos hemos dado cuenta todavía. ¡Ay, madre! —Miro el DVD de *Regreso al futuro* que he visto esta mañana como parte de mi investigación e imagino la icónica escena en la que Marty McFly y sus hermanos empiezan a desaparecer de la foto Polaroid que lleva enganchada en su guitarra.

—Nelly —dice Jules, con pánico en la voz—. Nuestra hija se llama Nelly.

—Nació el 2 de octubre de 2000 —digo yo.

—Y se llama así por Nelly Furtado, que lanzó su primer *single*, «I'm Like a Bird», el mes anterior.

—Y Liam —añado—. Nuestro hijo.

—Que nació el 20 de abril de 2003…

—Y se llama así por Liam Gallagher, que lanzó «Songbird» en febrero de ese año, el primer sencillo de Oasis que había escrito él mismo.

Gracias a Dios, los dos nos apresuramos a asentir con la cabeza. Lo que quiere decir que todo coincide.

Ambos tenemos estos mismos recuerdos de ellos.

—Pero ¿y si hemos cambiado algo más de ellos debido a otra cosa que dijimos o que hicimos entonces, algo que nos hizo criarlos de alguna otra manera?

Busco la llave a toda prisa y la meto a tientas en la cerradura del cobertizo.

—¡Voy a ver a Liam! —grito, corriendo por el sendero del jardín.

—¡Y yo a Nelly! —grita Jules, corriendo detrás.

Al pasar por delante de la puerta abierta del comedor, en el interior de la casa, veo a nuestra hija paseándose de un lado para otro mientras habla por teléfono. Todo en ella coincide con lo que

recuerdo de ella.

Subo la escalera y entro en la habitación de Liam.

—¿Qué cojones haces? —suelta, sentado en la cama en ropa interior, mientras rasguea un Fender Duff, el mismo bajo que me dijo que Max le iba a prestar, con «The Passenger», de Iggy Pop sonando en el altavoz. Lo que significa que todo va bien, ¿no? Creo que su personalidad también está bien—. ¿Es que no te ha dicho nadie que hay que llamar a la puerta? —me pregunta.

Resentido. Se cree con todo el derecho del mundo. Todo en orden. Liam en todo su esplendor. Incluso las heridas de su mano izquierda parecen iguales. Lo que, sin duda, hace que sea mi Liam, ¿verdad? Solo que… ¡Mierda! Jules ha sido la que ha creado esta línea temporal, ¿no? Esta línea temporal nueva en la que nunca he tenido barba y tampoco tengo recuerdos de haberla tenido, aunque en mi línea temporal original, al parecer, sí la tenía. Entonces, ¿se puede saber cómo voy a estar seguro de que este Liam es el mismo Liam de la última línea temporal que Jules dejó? No puedo saberlo. Solo Jules se daría cuenta de los cambios que se han producido entre su viaje en el tiempo a 1993 y su regreso aquí.

Bajo corriendo la escalera y casi me tropiezo con Jules cuando sube y se lo explico todo. Luego se vuelve al comedor para comprobar de nuevo cómo está Nelly antes de subir corriendo a ver también a Liam.

—Creo que los dos están bien —jadea por fin, sin aliento, cuando se reúne otra vez conmigo en el pasillo—. Ambos están tal cual los recordaba de nuestra última línea temporal.

—Menos mal.

Va corriendo a la cocina, cierra la puerta cuando entramos y abre una botella de vino blanco. Yo sigo hiperventilando. No puedo

controlarlo. Porque se me acaba de ocurrir otro pensamiento horrible. Porque no solo los niños podrían haber cambiado, ¿verdad? Cualquiera de nosotros podría haberlo hecho también. Solo que podemos haber cambiado de alguna manera que el otro todavía no ha notado o señalado. Y no solo en el aspecto físico, sino también psicológicamente.

—No pasa nada —dice Jules al tiempo que me ofrece una copa de vino y me ve bebérmela de un trago—. Están bien. Estamos bien.

—Pero ¿lo estamos de verdad? ¿Lo estoy yo? —pregunto.

—En fin, sí… salvo por la barba.

—Pero ¿nada más? ¿No he cambiado en nada más? —insisto—. ¿Estás segura?

—En nada —me confirma—. A menos que sea tan sutil que ni me dé cuenta y, seguramente, ni importe. Y cuando volviste de 1989, recuerdo muy bien que me dijiste que, salvo por mi tatuaje, todo lo demás estaba igual.

—Lo que quiere decir que solo ha cambiado el tatuaje y la barba de nuestra línea temporal original —decimos a la par.

—Y todo lo demás, hasta que descubrí la dichosa máquina del tiempo y tú también la probaste después, ¿eso también está igual?

—Sí. —Sonríe.

Es como una ola que rompe sobre nosotros: el alivio. O, por lo menos, durante un segundo.

—Pero, al mismo tiempo —digo—, esto quiere decir que nosotros no somos los mismos. No somos el mismo Adam y la misma Jules que empezaron esta rara aventura en nuestra línea temporal original.

—¡Mierda! —Me mira con cara rara—. Tienes razón. —Se da media vuelta despacio y se mira en el espejo—. ¿Y ellos? Jules, la del tatuaje, y Adam, el de la barba. ¿Dónde están ahora?

—Supongo que en universos anteriores —aventuro—. Como si hubiera versiones de nosotros mismos que han viajado al pasado, pero no han cambiado nada y han regresado a sus líneas temporales originales, para vivir sus vidas sin más.

Suena bien. Y reconfortante.

Con suerte, también será verdad.

—Pero ¿aparte de no ser ellos, seguimos siendo más o menos nosotros? —pregunta Jules.

—Bueno, sí. O casi —le contesto y, la verdad, ¿es para tanto que no seamos exactamente iguales? Porque leí en alguna parte que todas las células de nuestro cuerpo mueren y se reemplazan constantemente. Lo que significa que nuestros cuerpos no contienen ni un solo átomo con el que nacimos. Así que lo que somos, ¿no es algo un poco flexible y no inmutable?

—Muy bien. —Asiente con la cabeza—. Pero, sea como sea, vamos a tener que confiar en lo que el otro vea y en su sinceridad a partir de ahora, ¿no?, si vamos a hacerlo de nuevo…

—¿De nuevo? —No puedo contener el pánico de mi voz. Acabamos de perder los nervios por los niños, y por nosotros, ahora mismo, así que ¿cómo puede estar pensando en acercarse de nuevo a ese radiocasete?

Sin embargo, no me presta atención.

—Por eso tenemos que hacer un pacto —dice—. Para no cambiar nada del pasado. Para no crear nuevas líneas temporales alternativas. Para que, cada vez que volvamos, sea exactamente el mismo universo. Este en el que estamos ahora mismo. En el que tú, yo y los niños y todo lo demás está igual. Pero si cambiamos algo por accidente y luego nos damos cuenta de que hay algo distinto, por pequeño que sea el detalle, tenemos que decírnoslos, ¿de

acuerdo?

Me tiende la mano…, como si fuera un trato.

Sin embargo, antes de poder contestar, antes de decirle que el riesgo es demasiado elevado y que todavía no tenemos ni idea de cómo funciona todo este asunto, oímos a Liam gritar:

—Oye, papá, el tío Dar acaba de llegar montado en un Ferrari rojo increíble.

Jules y yo corremos hacia la ventana del salón justo a tiempo para ver a Darius bajarse de su flamante carroza roja, vestido con una americana de lino y un sombrero panamá blanco. Como el hombre del dichoso anuncio de la marca Del Monte. Sin embargo, tiene una expresión nostálgica en la cara mientras echa un vistazo a su alrededor, sin duda recordando cuánto tiempo pasaba aquí de pequeño.

—¿Qué hace aquí? —le pregunto a Jules entre dientes. Aunque no estoy cabreado por verlo a él. Estaría cabreado ahora mismo aunque el papa en persona viniera de visita, porque Jules y yo tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos.

—¡Mierda! Ni me acordaba.

—¿Lo invitaste?

—Es más en plan que dijo que a lo mejor se pasaba —responde.

Nos miramos a los ojos, los dos presas del pánico. Más allá del increíble viaje por el multiverso, la imagen que vamos a darle no puede ser más típica de una pareja de clase media desprevenida. La casa es una pocilga.

—Distráelo —dice mientras me empuja hacia la puerta al tiempo que quita un puñado de bragas y de calcetines que se estaban secando en un radiador—. ¡Por Dios! No puede ver este desastre.

Me apresuro para interceptar a Darius, y él extiende los brazos a

ambos lados del cuerpo.

—Colega —dice. Con ese ligero acento estadounidense—. No te vi irte anoche.

Tengo un nudo en la garganta.

—Esto… Es que… Bueno… —tartamudeo, porque, a ver, Jules y yo acabamos de descubrir una máquina del tiempo entre multiversos en el cobertizo, ¿y él quiere hablar de su fiesta?—. Pues… es que no te esperábamos —digo en un intento por conseguirle a Jules algo de tiempo—. Acompáñame un momento. Estaba… terminando algo en el jardín…

Lo conduzco a través de la puerta lateral hacia el jardín trasero y lo veo examinar el césped descuidado con las manos metidas en los bolsillos, como un árbitro de críquet decepcionado, antes de que se le iluminen los ojos.

—¡Ah, el viejo cobertizo! —exclama con una sonrisa, como si no se hubiera dado cuenta de que Groucho Guarx estaba temblando mientras cagaba en mitad del jardín.

Cuando me sigue al interior, veo que se le nublan los ojos de verdad mientras pasa los dedos de manicura perfecta por el respaldo del viejo sofá donde jugábamos e incluso levanta la cinta quemada de *¡Mueve el esqueleto! 1993* que dejé en el banco de trabajo de mi padre. Tengo que hacer un grandísimo esfuerzo para no arrancársela de las manos.

Se queda mirando una foto enmarcada en la pared en la que estamos él, Jules, los niños y yo en una manta de pícnic delante de un escenario soleado en el Love Supreme Festival, al que solíamos ir todos juntos todos los años antes de que él se fuera. Jules lleva puesta la sudadera de De La Soul con un estrambótico estampado de margaritas que le compré en el puesto de *merchandising* después de

que lo diéramos todo bailando al ritmo de «The Magic Number».

—Me gusta —dice sin dejar de sonreír—. Pero llévame con tu jefa.

Incapaz de distraerlo más tiempo, lo conduzco de vuelta muy despacio por el jardín para entrar por la puerta trasera silbando con fuerza a fin de avisar a Jules, y después lo hago pasar junto a un montón de ropa limpia que todavía hay que doblar en el lavadero para llegar a la cocina, donde ella cierra el lavavajillas lleno con un golpe de cadera justo a tiempo.

—Y ahí está, la reina del karaoke —dice Darius, que se acerca a ella y la abraza. Justo entonces entra Nelly, colocándose un mechón de pelo detrás de una oreja—. ¡Venga ya! —exclama Darius—. Estás incluso mayor que antes. —También la abraza—. Bueno, supongo que ya te has graduado en la universidad, ¿no? ¿Era Edimburgo? ¿Sociología?

—Economía.

—Mejor me lo pones. Pero ¿sigues viviendo en casa de tus padres?

—Estoy trabajando en casa de mis padres —lo corrige—. Y ahorrando para comprarme un piso propio. En Londres, me niego a que me roben con un alquiler compartiendo piso con un montón de desconocidos como antes.

—Estupendo. Y ¿a qué te dedicas?

Ella le habla de su trabajo de *marketing* y los dos empiezan a analizar los pros y los contras de la economía híbrida actual. Luego, Nelly le pregunta por su trabajo y por la vuelta a casa, y él le dice que tiene nuevas oficinas en la ciudad y seguro que queda algo libre, que, por supuesto, estaría encantado que cualquiera de nuestros hijos usara gratis.

—¡Guau, qué buena idea! —exclama Jules, sin duda pensando en nuestro comedor y en lo bonito que sería recuperarlo de forma

permanente.

—¡Ah! Y si necesitas un mentor, aquí me tienes —añade.

Lo que hace que Nelly lo miré como si fuera Papá Noel que acabara de llegar por la chimenea envuelto en una nube de hollín.

—No sabía que ya tenías oficinas aquí —digo.

—Pues sí, y tengo más noticias, colega. Pero mejor las dejamos para después —me dice, guiñando un ojo.

En ese momento, le toca a Liam presenciar la munificencia de Darius, después de bajar la escalera con unas deportivas que se ha atado para variar y con unos vaqueros limpios y una camisa de verdad.

—Veo que por fin te has comprado el Ferrari, tío Dar —bromea, con la misma naturalidad que demostraba en su compañía de niño, aunque no ha visto mucho a Darius en los últimos diez años—. ¿Hay alguna posibilidad de que demos una vueltecita?

—Claro. ¿Por qué no, joder?

Siento una punzada de celos. No solo por el Ferrari, sino por cómo lo mira Liam. Pero, luego, mi mente vuela de nuevo al cobertizo. A lo que acaba de pasar. A que mi mundo entero se ha sacudido.

—¿Qué hay de cena? —pregunta Nelly.

—¿De cena? —Darius finge escandalizarse—. ¡Madre mía! Supongo que ya es hora. ¿Queréis que me vaya?

—No, no —dice Jules—, nos encantaría que te quedaras. Pero tardará como media hora —añade mientras me mira con incomodidad, con una cara que dice: «¡Mierda! Pero ¿¡tenemos comida!?».

—Bueno, pues vamos allá —le dice Darius a Liam—. Hora del Ferrari.

Mientras los dos salen, bromeando como viejos amigos, el resto

salimos a la entrada como la dichosa familia Walton para despedirlos, con una fanfarria de cortinas descorriéndose en las casas de los vecinos.

—¡Uf, qué carismático es! —exclama Nelly mientras el Ferrari se incorpora a la carretera con un rugido—. Y está muy bien para su edad, ¿a que sí, mamá? ¿De verdad estabais en el mismo curso en el colegio, papá? Porque no te vendría mal un poco de lo que sea que esté tomando —continúa al tiempo que me clava un dedo en la barriga con tiento.

¡Qué descaro!

Me vuelvo hacia Jules, avergonzado, pero ni siquiera está mirando. Está observando el Ferrari, que desaparece a toda velocidad.

—Solo es Darius —dice ella…, pero si es para sí misma o para mí, no lo sé, antes de entrar corriendo en casa.

Luego, volvemos a caer en el pánico más absoluto. Sin tiempo para ir a comprar, Jules abre el congelador y me grita que recoja las cosas y pase la aspiradora por el pasillo y el salón. Nelly incluso cede el dominio de su negocio, temporalmente al menos, y retira sus documentos de la mesa del comedor antes de sacar la mejor cubertería y la mejor vajilla.

Una agotadora media hora después, nos sentamos a cenar con Darius un chili con gambas y lima, y unos *tagliatelle* que Jules se las ha ingeniado para preparar al mismo tiempo que conseguía ponerse unos elegantes pantalones cargo y una camiseta roja limpia, con el pelo recogido en un moño y brillo labial.

—¡Por Dios, qué bueno está! —dice Darius—. Esto me convence cada vez más de lo de tu restaurante *pop-up*, Jules. Supongo que ya la apoyas, ¿no, Ads?

—Pues… Esto… —No solo me está mirando Darius, también lo

hace Jules. No estoy seguro de cómo se ha enterado de su idea. Algo más de lo que debieron de hablar anoche antes de que nos peleáramos.

—Estoy encantado de ayudar como sea —dice—. Económicamente o de cualquier otra manera.

En ese momento, me doy cuenta. Me pongo de uñas. Porque no le corresponde a él aparecer montado a lomos de su corcel para reorganizarnos la vida, ¿verdad? Claro que no se detiene con Jules. El siguiente es Liam. Le saca enseguida lo mucho que detestaba sus estudios y lo mucho que yo quiero que vuelva a la universidad, pero que él preferiría formar un grupo de música.

Por supuesto, espero que Darius me apoye. Porque es un adulto y también un empresario, que ha trabajado con ahínco toda la vida. Lo que quiere decir que Liam y él no tienen nada en común.

—Supongo que, a veces, a los padres les cuesta que sus hijos vuelen —es lo que dice al final, mientras asiente con la cabeza para congratularse por esa frase tan sabia sacada de una tarjeta de felicitación ñoña—. Pero si no te apasiona algo, no tiene sentido hacerlo, porque, en el futuro, acabarás dejándolo.

—Pero es que es eso —insiste Liam—. Me apasiona el grupo. —Le da unos golpecitos a su copa de vino con el meñique de la mano izquierda, algo de lo que Darius también se da cuenta.

—A veces, tener obstáculos en el camino, como los has tenido tú, es lo que te da el empujón.

—Exacto. —Liam me fulmina con la mirada, como para decirme: «¿Lo ves? El tío Dar lo entiende. ¿Por qué tú no?».

—En ese caso, a lo mejor tu padre y tú tenéis que sentaros a hablar —dice Darius, que me señala con un gesto generoso de la cabeza, invitándome a entrar en su recién formado círculo de confianza—.

Para encontrar un punto de encuentro o algo.

Me bebo toda la copa de vino de un trago para no explotar. Sé que Darius solo intenta ayudar, pero debería saber que no tiene que entrometerse. ¡Joder, que estaba allí! El día del accidente de Liam. Nos acompañó en el hospital y nos estuvo llevando cafés durante la primera noche. Sabe lo espantoso que fue y todo el tiempo que tardó Liam en recuperar la confianza en sí mismo. ¿Y ahora lo está preparando para otra caída?

—¡Ah! —suspira Darius, sin darse cuenta de mi estado de ánimo, y me pasa el brazo por los hombros para darme un apretón fraternal —. ¡Por Dios! Qué bien sienta volver a estar aquí con vosotros. Me encanta que no haya cambiado nada. De verdad, es como si estuviera congelado en el tiempo.

¡Ja! Si él supiera… No puedo contenerme y miro a Jules con los ojos como platos.

Sin embargo, Darius tampoco se da cuenta. Ya está cambiando de tema, diciéndole a Liam que lo incluirá en la lista de probadores beta de un nuevo videojuego que parece horrible y violento, llamado *Zombi pHUK* (lo del «pH» es porque sangran ácido y lo de «UK» porque está ambientado aquí), nos dice, con el mismo entusiasmo revolucionario con el que Einstein seguramente pronunció por primera vez: «E = mc2».

—Aunque es posible que no vaya contigo, ¿a que no, Ads? —añade antes guiñar un ojo y decirle a Liam—: A tu padre siempre le han gustado más los juegos más flojos. Uno de los motivos por los que nunca nos habría ido bien trabajando juntos, con eso de que el *GTA* y el *Fortnite* llevan liderando el mercado los últimos diez años.

Los niños se miran con una expresión que, de alguna manera, Jules esquiva. Los dos saben que podríamos habernos mudado a San

Francisco y, sin duda, también me guardan rencor por eso. Muchas gracias, Darius, por sacar el tema.

—Pues no sé qué decirte —replico—. Sigue habiendo mercado para los juegos retro y sus jugadores. Hay una buena comunidad *online*.

—Gente mayor, colega. No donde está lo gordo.

Otra palmadita en la espalda, pero se equivoca. Uno de los equipos con los que Doodles y yo jugamos en línea incluso nos ha creado un subforo en Reddit llamado «Cincuentones Molones», donde contestamos a las preguntas de jugadores milenials y de la generación Z que buscan consejos sobre juegos de la vieja escuela. Sin embargo, eso es insignificante para Darius, así que no lo menciono. Además, quiero que la conversación termine.

Tengo una máquina del tiempo. ¡Una máquina del tiempo, por el amor de Dios! ¡Tengo una máquina del tiempo en mi cobertizo! Al mirar a Jules, sé que está pensando lo mismo.

Empieza a decir que mañana tiene que trabajar. Después de un café hecho deprisa y corriendo, acompaño a Darius a la entrada, solos los dos, para meterlo en su coche lo más rápido posible y volver a entrar para hablar con Jules sobre cómo todo nuestro mundo se ha puesto patas arriba.

—Bueno… En fin… Lo de la noticia que he mencionado antes… —dice para ganar tiempo mientras se apoya en la puerta abierta del Ferrari.

—Ajá. —Asiento con la cabeza, aunque casi no recuerdo el contexto de lo que fuera que dijese.

—Es sobre Quark Studios —dice—. He comprado la empresa.

Tardo un segundo en asimilarlo. Me imagino a Todd sonriendo como un gato de Cheshire en la fiesta de anoche.

—Te lo habría dicho antes —sigue— y de verdad que quería hacerlo, pero ya sabes cómo son los abogados. De hecho, en cierto modo, fue idea tuya. ¿Recuerdas hace unos meses, cuando hablamos por Zoom y me contaste lo estupendo que era Quark?

Cuando intentaba darme importancia delante de él, mejor dicho, a mí y a mi patética e insignificante vida… Siento que se me aprieta el culo y que se me revuelve el estómago.

—¿Y qué piensas hacer con la empresa? —pregunto, pensando ya en Meredith, en Doodles y en el resto de mi departamento. Y, claro, en mí. Porque, ¡mierda! En esta industria en pañales, yo ya soy prácticamente un dinosaurio. ¿Y si su idea es desmantelar Quark y, de repente, sobro? ¿Cómo voy a pagar la hipoteca? ¿¡Cómo vamos a sobrevivir!?

—En fin —dice Darius—, voy a designar un equipo directivo, así que eso dependerá de ellos. Para empezar, no quiero ser demasiado intervencionista. Hay un par de empresas locales más que también espero adquirir. Luego ya veremos lo que tenemos e, incluso, puede que intentemos repetir todo el pelotazo de Sirius…

Otra apuesta, en otras palabras, pero ahora yo solo soy otra de las fichitas de plástico que amontona delante de su ruleta.

—Pero no te preocupes, ¿de acuerdo? —sigue—. Yo te cubro las espaldas.

Claro, porque si llega a suceder lo peor, seguro que me va a lanzar un salvavidas, ¿no? Claro que sí. Por lo menos, me queda eso.

Me guiña un ojo, igual que hizo con Liam mientras le recordaba que dejé pasar una fortuna. Un gesto que me dice que él está al mando.

Menos de treinta segundos después de que Darius se vaya, Jules y yo estamos en la cocina discutiendo la bomba que acaba de soltar.

Será mucho mejor jefe que Todd, cree Jules, y puede que, incluso, reconduzca mi carrera. Pero ¿y si no? No puedo dejar de pensar en eso mientras me arrastra escaleras arriba hasta nuestro dormitorio. ¿Se puede saber qué voy a hacer entonces?

—Oye, no puedes hacer nada al respecto. Así que olvídate del tema por ahora —me dice mientras nos sentamos en los pies de la cama.

—Pero…

—Nada de peros —replica—. ¡Tú y yo acabamos de viajar en el tiempo!

Está sonriendo. Yo también lo hago, porque tiene razón. Nada de eso (lo de Quark Studios, lo de Totally Sirius, lo del puto *Zombi pHUK*, lo de toda mi dichosa industria) tiene importancia al lado de esto.

Porque esto (nuestro portal al multiverso, al cambio de cuerpos temporal, llámalo como quieras), esto no solo te cambia la vida, sino que cambia el mundo.

Y es nuestro.

Miro nuestros reflejos en el espejo del armario.

—Bueno, todas esas cintas, puede que incluso los CD, ¿crees que también podemos usarlas para viajar en el tiempo? —pregunta Jules.

—Es posible. —Aunque el hecho de que lo esté considerando siquiera me acojona—. ¿No crees que sería mejor si se lo contáramos a alguien?

—¿A quién?

—No sé. Al gobierno. O puede que a algún profesor de Oxford. Quienquiera que se haya quedado con el trabajo de Stephen

Hawkings. Seguramente cualquiera valdría para empezar.

—Bueno, y vas a llamarlos, ¿a que sí? ¿O les vas a mandar un mensaje de WhatsApp?

—A ver, ¿por qué no? Seguro que es uno de los mayores inventos científicos de todos los tiempos. O del tiempo a secas —bromeo.

—Ya, en serio, ¿cómo conseguiremos que nos hagan caso siquiera? —me pregunta—. Ya no digo que nos crean.

—Se lo demostraremos. Les demostraremos cómo funciona. —De la misma manera que hice con ella.

—Si llega a funcionar con ellos… —replica.

—¿Qué quieres decir con eso?

Frunce el ceño.

—Es que he estado pensando en lo…, a ver, en lo personal que parece todo esto. Son cintas que nos hicimos el uno al otro, con amor, y con todas esas canciones que significaban tanto para nosotros y que nos evocan recuerdos intensos… A ver, ¿de verdad crees que si alguien más escuchara, que la…? Ya sé que no dejas de hablar de ciencia, pero sígueme la corriente un rato, ¿sí? ¿De verdad crees que la magia también funcionaría con ellos?

Magia. ¡Uf! Pero ¿qué sé yo? Sobre la vida, sobre el universo o sobre cualquier otra cosa. A ver, que los niños vuelven a llevar Crocs, por el amor de Dios.

—No lo sé —acabo diciendo—, y no tengo forma de saberlo, a menos que le demos una oportunidad a otra persona.

—Cosa que no vamos a hacer —replica con los ojos brillantes—. O no vamos a hacerlo hasta que sepamos más. No, por ahora, creo que la primera y la segunda regla del Club de la Máquina del Tiempo del Multiverso Secreto tiene que ser que no hablemos del Club de la Máquina del Tiempo del Multiverso Secreto. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza.

—Estupendo. —Sonríe—. Bueno, ¿y cuándo vamos a repetirlo?

La emoción en su voz es inconfundible. El brillo de sus ojos. El entusiasmo. Por la aventura. Por el viaje. ¡Madre del amor hermoso, es Australia de nuevo…!

—¿En serio? ¿Incluso sabiendo lo peligroso que podría ser, joder?

—Que sí, que lo entiendo. Podríamos volver a meter la pata sin querer, como con el tatuaje y la barba. La barba que prefiero que no tengas —bromea al tiempo que me acaricia una mejilla suave—. O podríamos meter la pata todavía más, o incluso a propósito. Como, por ejemplo, volver y asesinar a algún dictador malvado —sugiere —, pero liberando a cambio vete tú a saber qué en su lugar. O como hacer trampas con los números de la lotería o algo así, porque sería como robarle a otra persona. Pero no vamos a hacerlo, ¿verdad?

—Bueno, no, claro que no.

—Claro, porque no somos imbéciles y vamos a ser muy cuidadosos. Así que no se van a crear nuevas líneas temporales alternativas y, por tanto, no habrá nuevos universos, ¿de acuerdo? —dice—. Solo vamos a dar un paseo. Y luego volveremos a nuestro universo puro.

—Como si fuéramos turistas —sugiero—. Que viajan en el tiempo. —Solo que seremos unos turistas que también toman notas, pienso. Turistas que intentan averiguar qué hace funcionar todo esto.

—Eso mismo.

Sin embargo, todavía me suena una alarma en la cabeza. Una que me dice que no deberíamos hacerlo. No puedo dejar de recordar el pánico que nos asaltó por los niños. Pero, tal vez, Jules tenga razón. Quizá podamos explorar siendo responsables.

—Y, vete tú a saber —digo—, cuando tengamos más claro cómo

funciona todo, quizá descubramos que no es peligroso en absoluto. Como si el universo, o el multiverso, o lo que sea, tuviera alguna ley incorporada que no nos dejara estropearlo —añado, porque también he leído sobre eso. Que Dios no juega a los dados. O lo que sea que dijo Einstein.

—Como si esto fuera solo un regalo —añade Jules.

Mmm…

—Pero ¿de quién? —pregunto.

—No lo sé. De Dios. Del universo. De los extraterrestres. ¿Importa?

Lo pienso durante un segundo, todas las posibilidades propias de *Expediente X*.

—No, supongo que no —contesto.

—Bueno, y ¿cuándo vamos a repetirlo? —pregunta mientras se vuelve hacia mí y me da un apretón en las manos—. ¿Qué te parece que sea la próxima vez que los niños salgan de casa?



7

Jules - «Alright»

Es martes por la mañana y estoy haciendo el último largo en Sea Lanes, la piscina exterior climatizada de cincuenta metros cerca del edificio Marine Parade.

—¡Guau! Tranquila —dice Ngozi cuando llego al final—. Ibas a toda velocidad.

Asiento con la cabeza, sin aliento.

—Lo necesitaba —jadeo mientras me quito las gafas.

—¿Va todo bien? ¿Sigues preocupada por Adam?

—Ajá —miento, aunque no estoy pensando en Adam en absoluto o, por lo menos, no en el contexto de lo que le dije antes en el vestuario, sobre la semana de mierda que está teniendo con las consecuencias de que Todd haya soltado la noticia sobre la venta de la empresa. Adam ha tenido que ir animando a todos los integrantes de su departamento, que querían saber lo que él sabía, que era nada, y querían tranquilidad, algo que, por lo menos él, podía darles, prometiéndoles que Darius es de fiar.

—Todo irá bien —me tranquiliza Ngozi—. Las grandes noticias siempre tardan un poco en digerirse.

«¡No me digas!», pienso. Como la locura existencial que supone

que hace treinta y nueve horas y quince minutos, yo (¡Madre mía, que todavía no lo concibo!) viajara en el tiempo hasta 1993. Quiero decir, esto tiene que ser la ida de olla más grande de todas las idas de olla, ¿verdad?

Todo es diferente.

Y, al mismo tiempo, todo es completamente normal.

¡Y real, porque Adam sigue sin barba! Me pasé ayer toda la tarde mirándolo sin parar, y esta mañana me dio hasta morbo verlo afeitarse. Es que hasta me puso un poco cachonda.

De todas formas, me estoy acostumbrando. Algo raro. Como si mis recuerdos del Adam real (del Adam original, el Adam con la barba llena de migas) fueran cada vez menos dominantes. Aunque sé que era así, ahora también es cierto que no lo es. Como si mis recuerdos suyos de aquella antigua línea temporal ahora se mecieran alegremente con mis nuevos recuerdos suyos en este nuevo universo. Es como tener los mismos pantalones en azul y en negro.

—Estoy deseando ir a la sauna —dice Ngozi.

Ha reservado en Luna Wave, en la playa, para que nos demos un capricho.

—Yo también —replico con una sonrisa, pero me parece que estoy actuando, porque le estoy ocultando algo tan enorme. Ni siquiera ella, que normalmente me lee el pensamiento, ha sido capaz de adivinar el secreto más grande y más alucinante de mi vida. Y no puedo decírselo. Ni hablar. Es mi secreto y el de Adam. Solo nuestro.

Mientras caminamos sobre los guijarros desde la piscina hasta la casita de la sauna, empiezo a tranquilizarme. Ngozi no ha notado nada raro, y pronto empezamos a hablar de la fiesta de Darius.

—Te estuve buscando al final —dice.

—Nos fuimos temprano.

Sonríe.

—Sí, sí. La parejita quería estar a solas.

Ojalá. No poder hablar de la máquina del tiempo hace que me concentre de nuevo en Adam y en mí. Porque, sí, todavía estoy procesando lo que nos dijimos.

—Adam estaba borracho —replico—. Discutimos de camino a casa. Nos dijimos unas cuantas verdades bastante feas.

—¡Ay, por Dios! La sinceridad del alcohol —dice—. Esa es la peor. No echo de menos aquella época en lo más mínimo.

Muchas veces, me asombro al pensar en lo rápido que se alejó de Geoff. Nunca fueron la pareja más apasionada, es cierto, pero ella le dio la patada en cuanto sus mellizos, Isa e Isaac, fueron a la universidad. Le dijo que había terminado con «ese asunto de la relación convencional» y que había llegado el momento de pasar página. Me sorprende que hayan conseguido conservar la amistad.

Abre la puerta de la sauna y descubrimos que está vacía, algo raro. Las saunas de playa están de moda en Brighton. Se hace con el cazo y echa agua sobre las brasas del rincón, tras lo cual se levanta una nube de vapor abrasador. Se sienta en el banco más alto, encantada con el calor, mirando a través del ventanal hacia el mar y el pálido horizonte en la distancia.

—Y, bueno, ¿cómo están las cosas ahora? —me pregunta, preocupada de verdad.

—Estamos bien. Hemos hecho las paces… Pero, sin tener en cuenta lo que está pasando en su trabajo, los dos seguimos alterados —contesto, algo bastante cierto, porque el descubrimiento de nuestra máquina del tiempo no ha borrado los recuerdos de aquella discusión.

Guardamos silencio un momento en el caluroso ambiente.

—¿Alguna vez…? No sé…

—¿El qué? —me anima ella.

—¿Alguna vez te ha pasado algo que no te esperabas en absoluto y te ha dejado muerta?

Abre un ojo.

—¿Qué ha pasado?

—¡Nada! —suelto—. Es que he estado haciendo una… inmersión profunda en el pasado para intentar resolver algunas cosas. ¿Te acuerdas de la noche que Adam y yo nos enrollamos? En el Club Zap. Estabas allí. Llevabas pastillas de éxtasis en el Wonderbra.

—¿Ah, sí? —Se ríe a carcajadas—. ¿En serio? ¿De verdad te acuerdas de ese detalle? Podrían inhabilitarme por eso —añade y no está bromeando.

—Fue increíble. Ojalá pudiera recuperar cómo éramos en aquella época…

—¿Quieres volver a los veinte años? ¿Estás loca o qué? Era una mierda. Estábamos tiesos de dinero, ¿recuerdas? Todo el mundo tenía los dientes torcidos y olía a sudor.

—Ya.

—¡Ay, madre! —exclama—. Creo que estás pasando por la crisis de la mediana edad. —Menea la cabeza, se acomoda y cierra los ojos—. No te preocupes, cariño. Se te pasará.

Yo no estoy tan segura.

Y no se me pasa. De camino a casa, sigo pensando en Adam, en el Club Zap y en aquel beso increíble, y en lo diferente que es nuestra vida ahora.

Una vez en la cocina, casi pongo Radio 4, pero me quedo con Heart

Radio, que primero pone «Things Can Only Get Better», de D:Ream, y luego «Oh Carolina», de Shaggy. Ambos éxitos del 93.

—¿Mmm…? —murmura Nelly, que aparece y me encuentra bailando. Parece consternada—. ¿Qué haces?

—Bailar —contesto, pero no me paro—. ¿Por qué?

—Bueno, en primer lugar, porque tu forma de moverte podría tildarse de apropiación cultural y, en segundo lugar, porque se supone que vas a llevarme en coche.

Me detengo de repente y recuerdo lo que me dijo antes. Que Darius ha cumplido su oferta de darle un espacio de trabajo. Pero no cualquier espacio de trabajo, sino en las oficinas de Quark Studios, donde Adam dice que Darius y su gente ya se han instalado en las dos plantas superiores.

—Te lo digo de verdad, mamá, tienes el cerebro como un colador.

—¿Qué ha dicho papá? —Le dije que le preguntara si eso le parecía bien, porque asegura que hay bastante gente en el trabajo que ya ve a Darius como el enemigo.

—Algo de que a la gente puede parecerle un poco raro, pero que lo haga de todos modos. Que es mi vida. —Sonríe, como si no pudiera estar más de acuerdo.

Me empuja al pasillo y me señala las dos grandes cajas de cartón que ya ha empaquetado. Cuando abro la puerta principal, interrumpo al cartero, que está a punto de meter en el buzón un sobre marrón dirigido a mí.

Lo abro y saco la carta que hay dentro. Es un último requerimiento para que ponga al día los pagos de la tarjeta de crédito. La cifra en rojo resalta en la página blanca. Menos mal que Adam no tiene acceso a la tarjeta de crédito de mi empresa o ahora mismo estaría cagado.

—¿Qué pasa? —me pregunta Nelly.

—Nada —contesto mientras doblo el papel y me lo guardo en el bolsillo trasero de los vaqueros, sintiendo cómo me late el corazón. No puedo decírselo, ni a ella ni a nadie. No puedo decírselo. No con el trabajo de Adam en el aire. Aunque Darius le haya asegurado que no tendrá ningún problema—. Echaremos de menos tenerte cerca —le aseguro al pasar a su lado con una de las cajas para llevarla al coche, que abro.

—Sí, claro —replica con sarcasmo mientras mete las cajas en el maletero.

—Pero reconocerás que tendrás más vida social que estando en casa.

—Si he aceptado es, en realidad, por la conexión a internet.

—Sí, pero espero que también conozcas gente nueva. Sal a la hora del almuerzo. Que te dé el sol —le sugiero, mientras fuerzo la llave en el contacto tres veces antes de que el coche arranque por fin con una especie de estertor. ¡Joder con Adam! Más le vale haber pedido las bujías.

—¿Puedes dejar de decirme cómo vivir mi vida?

—Yo no…

—Mira. No sé cuántas veces tengo que decírtelo, pero estoy trabajando mucho porque quiero ahorrar. Para mudarme a mi propia casa. Para no quedarme… anclada aquí.

«Como tú». No lo dice, pero esas palabras flotan en el aire. Me ruborizo al recordar que usé con Adam el mismo verbo, «anclados», durante la discusión.

—Pero, a veces, si te pasas todo el tiempo mirando al futuro, también puedes quedarte anclada —señalo.

—Mamá. Déjalo, ¿quieres?

Su tono cortante me hace daño. Igual que su falta de respeto. También me frustra mi incapacidad para transmitirle que estoy orgullosa de que sea tan trabajadora. Siempre ha sido diligente. Es que me gustaría que…, no sé, que se relajara un poco.

—Qué raro —dice al cabo de un rato—. Eva me ha mandado un mensaje.

—¿Ah, sí? —replico mientras intento parecer despreocupada—. ¿Qué dice?

—Que ha quedado mañana por la noche con unos amigos para tomarse algo.

—Parece divertido.

Nelly hace un mohín.

—Me apuesto lo que quieras a que se lo has dicho tú.

—No, yo no he dicho nada —le aseguro, esforzándome por no ponerme colorada—. Siempre está diciendo que le encantaría verte.

Nelly no se lo cree.

—¿En serio?

Y, de repente, el dique que llevo dentro se rompe y me desbordo.

—¡Por el amor de Dios, Nelly! Sal y diviértete un poco por una vez. A ver, ¿te das cuenta de la suerte que tienes de ser joven? ¿De no tener preocupaciones ni responsabilidades reales? ¿De tener por delante todo un futuro lleno de relaciones nuevas? ¿De tener un cuerpo que te permite beber, hacer lo que te dé la gana y pasar la noche en vela porque por la mañana seguirás pareciendo una supermodelo?

Porque así me sentí yo cuando volví. Así de maravilloso fue.

Nelly me mira, sorprendida.

—Tranquila, abuela. No te enfades.

«Abuela». Estoy a punto de devolvérsela, pero me muerdo la

lengua al final. Ya no soy la jovenzuela de 1993. ¡Soy vieja!

Nelly pone los ojos en blanco y empieza a teclear en el móvil. Espero que le diga que sí a Eva.



Cuando llegamos a las oficinas de Quark Studios, la recepcionista está hablando por un teléfono muy elegante como si estuviera en *The Apprentice.*

—El señor Angelopoulos dice que suba directamente a la octava planta —le dice a Nelly.

—¿Puedo acompañarla? —pregunto, porque solo he estado en el sótano de este edificio y quiero ver las plantas superiores.

—Claro.

El ascensor nos lleva a un elegante espacio diáfano. Una pelirroja alta con los ojos delineados y un traje pantalón azul eléctrico, a la que reconozco de la fiesta de Darius, se acerca a nosotros.

—Hola, Nelly, ¿verdad? —dice con acento californiano y una sonrisa elegante y profesional—. Bienvenida. Soy Anastasija, la asistente de Darius. Esta es tu mesa.

La mesa de Nelly está en el rincón más alejado, junto a la ventana. Tiene vistas al pintoresco y hortera Brighton Pavilion y a las callejuelas de The Lanes, con sus *boutiques* modernas y sus cafeterías. Me mira con expresión severa, como si me estuviera pasando de la raya cuando abro la boca para comentar que me encanta.

—Ya estáis aquí —dice Darius, acercándose a nosotras desde uno de los despachos con pared de cristal. Abraza a Nelly y luego a mí, besándome en las mejillas. Lleva unos vaqueros de marca de azul oscuro, una camiseta blanca deslumbrante y una elegante americana negra—. Ven a ver mi despacho —me dice.

Nelly no me da las gracias, ni siquiera me mira, y la dejo junto a su mesa con Anastasija para que se «acomode a bordo». Sigo a Darius por el inmenso espacio, con su suelo de moqueta gris, experimentando el mismo dolor por su rechazo que sentí cuando la dejé el primer día en el colegio, porque fue la única niña que no le dijo adiós a su madre con la mano.

Como era de esperar, el despacho de Darius es grande, está emplazado en una esquina del edificio y es ostentoso, de esos que se ven en las series de televisión como *Succession*, con sofás bajos de cuero, una mesita de diseño y plantas que parecen tan sanas que deben de ser falsas. Salvo que, al apretar con disimulo una de las hojas carnosas, descubro que no lo son.

Jugueteo con las llaves del Škoda en la mano, sintiéndome mal vestida con mis vaqueros viejos y mi sudadera con capucha.

Darius se sienta en uno de los sofás y señala el de enfrente.

—Siéntate —me invita—. Vamos. Solo un momento.

Me siento en el brazo del sofá mientras recuerdo el excesivo contacto visual que mantuvimos en la fiesta.

—Así que te gustó tanto que compraste la empresa —digo, parafraseando el anuncio de Victor Kiam mientras miro a mi alrededor.

—Sí, parece un buen negocio. O, en fin, ya veremos…

A saber lo que significa eso.

—¿No ibas a dejarlo todo en manos de tu equipo directivo? ¿No fue eso lo que me dijo Adam?

—Sí, pero de todas formas quiero estar en el meollo del asunto. Además, el trabajo es lo que me excita —se ríe—. Pero tú conoces esa sensación. Siempre te ha apasionado lo que haces. A ver, que se me había olvidado la facilidad con la que puedes preparar algo delicioso

como ese plato de pasta del domingo. Así de fácil. —Se besa las yemas de los dedos—. Bueno —dice, dando una palmada—, pues ya que he sacado el tema, la próxima semana vienen unos franceses. Inversores —añade—. Quieren que cenemos mientras discutimos cómo podríamos trabajar todos juntos, y sugerí que lo hiciéramos aquí. Ahí al lado hay una cocina y un comedor increíbles. —Señala una puerta.

—No me digas —replico, todavía confusa porque no entiendo qué tiene que ver esto conmigo.

—Y me imaginé que tú serías perfecta. Ya sabes, para organizar el evento. Puedes explicarles el menú brevemente y ese tipo de cosas.

—¿Yo?

—Sí, haré que valga la pena. El dinero no será ningún problema —replica.

¿Suficiente para poder pagar la cantidad que le adeudo al banco por la tarjeta de crédito? No puedo evitar pensar en eso mientras él habla.

—Sin embargo, querrán alta cocina. Sé que puedes hacer cualquier cosa, pero creo que les impresionaría si sirviéramos algo francés de verdad. Ya me entiendes, para demostrarles que estamos en la misma onda. Puedes hacerlo, ¿verdad? —me pregunta.

Trago saliva, sintiéndome ya como pez fuera del agua, pero parece tan entusiasmado, tan satisfecho de sí mismo, que me descubro murmurando:

—Claro. Sí.

—Estupendo. —Sonríe mientras se pone en pie, y caigo en la cuenta de que mi pequeño encuentro con él ha terminado. Me pone una mano en un hombro y me guía hacia la puerta—. Sé que no me decepcionarás.

El miércoles por la noche es el primer «momento a solas» que Adam y yo tenemos sin los niños. Liam mordió el anzuelo (y las entradas que Adam compró en un sitio de reventa) y esta noche va con Max al concierto de Town of Cats, un grupo de Brighton, en el Hope & Ruin. Nelly se está secando el pelo, lista para comerse una hamburguesa con Eva en el Salt Shed, frente a Brighton Dome, antes de ir a bailar al Windmill. Yo estoy en la cocina, disimulando y fingiendo estar preocupada mientras miro el reloj y deseo que se vaya para que podamos volver a hacer «lo nuestro».

En cuanto Nelly se va, Adam aparece en la cocina, claramente impaciente. Se ha duchado y se ha puesto sus mejores vaqueros y su camiseta Ben Sherman de manga corta. Y, sí, lo entiendo, porque esto parece un poco como una cita romántica, aunque nuestro glamuroso destino sea el cobertizo.

Saco una botella de vino del frigorífico y unas copas, porque estoy segura de que hasta los viajes en el tiempo se hacen mejor con el *chardonnay* a mitad de precio de Tesco's Finest. Me he pasado toda la tarde intentando descifrar qué cintas corresponden a qué meses y a qué días a partir de las pistas de mi diario y haciendo una lista, ya que Adam cree que cada nueva cinta que ponemos nos envía al día que nos las regalamos el uno al otro. O, por lo menos, así es como parecen que funcionaron las dos primeras.

Corremos por el sendero del jardín a la luz del atardecer con la sensación de estar haciendo algo ilícito. Emocionante. Como en los viejos tiempos. Adam y yo contra el mundo. O, tal vez, «mundos» sería más exacto si nuestra teoría es correcta. Adam y yo contra el multiverso. Cuando llega a la puerta del cobertizo y me pregunta si estoy lista, veo de nuevo, aunque solo sea un segundo, al muchacho

de ojos brillantes de 1993 que desde entonces se perdió dentro de un hombre.

Nunca he soportado el cobertizo. Adam ha dejado claro que es su guarida, llena a reventar de cosas que no tira. Sin embargo, ahora que alberga «la máquina del tiempo», ha adquirido una perspectiva diferente. En cierto modo, me parece un lugar sagrado y ridículo a la vez. Como la TARDIS de *Doctor Who*.

Groucho Guarx nos mira extrañado y ladea la cabeza cuando le digo que se calle y que espere fuera. Cierro la puerta del cobertizo y echo el pestillo.

Mientras Adam abre el vino, le enseño la lista que he hecho, detallando las posibles fechas de las cintas y los CD, y quiero chillar por la emoción. Esto ya me está poniendo los pelos de punta.

—Podríamos volver a hacerlo —sugiero—. Ya sabes, grabar cintas. Bueno, o compartir listas de reproducción. Lo echo de menos.

—Yo también.

Me mira, me encojo de hombros y sonrío disculpándome.

—De acuerdo. Sé que te dije que las tiraras, pero ahora mismo te agradezco muchísimo que no me hicieras caso.

Levanta una ceja al oír mis disculpas.

—Menos mal que nunca tiro nada, ¿verdad? —replica, y los dos nos reímos.

—Bueno, al lío. ¿Quién va primero?

Adam mueve las cejas.

—En fin, es evidente que queremos hacerlo los dos, así que vamos a echarlo a suertes. Me parece lo justo, ¿no crees?

Asiento con la cabeza, sonriendo. La simple idea me embriaga. Saca una moneda de cincuenta peniques del bote del viejo banco de trabajo de su padre y pido cara antes de que la lance. La cara de la

difunta reina Isabel II brilla cuando me la enseña en el dorso de la mano. La buena de Lilibet. Aplaudo, encantada.

—Estupendo. Entonces…, ¿qué fecha? —pregunto, rebuscando en la caja—. ¿Qué tal *Mayo-nesa 1995*? He encontrado una mención en mi diario de cuando te la regalé. —Abro la carátula de la cinta y me acerco al radiocasete.

—Espera —dice Adam.

—¿Qué?

—Mira, es una TDK de noventa minutos.

—¿Y qué? Cuanto más espacio para mis grandes canciones, mejor, ¿no?

—Es que no sé…

—¿Qué quieres decir?

—Pues que cuando volviste al 93, estuviste allí exactamente sesenta minutos. Lo sé porque lo cronometré. Y esa era la duración de la cinta. Cuando yo volví al 89, también era una cinta de sesenta minutos y calculo que tardé una hora en volver.

—Así que esto significa que podría quedarme una hora y media —deduzco.

—Tiene sentido. Bueno, tanto como lo tiene todo esto —replica.

—¿Y sigues creyendo que me llevará al día que te la regalé? Que, en este caso, fue… —Abro mi diario y le muestro la mención que he encontrado— el domingo 21 de mayo.

—Sí, pero puede que esto funcione incluso de forma más precisa. En mi caso, el Joven Adam te entregó la primera cinta en el Hotel Peregrine cuando llevaba allí media hora o así.

—Lo mismo me pasó a mí —me apresuro a confirmar—. Llegué una media hora antes de darle la cinta del 93 y luego me quedé quizá otra media hora contigo en la playa en el concierto de los Troubs,

antes de que el tornado ese me arrastrara de nuevo.

—Lo que significa que deberías llegar unos tres cuartos de hora antes de que me des la cinta.

—Y volver cuarenta y cinco minutos después.

—Muy bien. —Señala con la cabeza la pletina abierta de la máquina del tiempo—. Pero recuerda nuestra promesa. No puedes cambiar nada. Nada de nada.

—Lo sé. —Levanto la cabeza y le doy un beso fugaz, desesperada por ponerme en marcha. Pongo la cinta y pulso el *play.*

Le sonrío a Adam mientras los acordes de piano de «Alright», de Supergrass, resuenan en el cobertizo y, durante un segundo, creo que no pasa nada, pero luego el suelo desaparece y grito cuando el tornado me arrastra.



Oscuridad.

Luego una tenue luz cálida.

Estoy en la cocina. En nuestra vieja cocina. En nuestro primer piso. ¡Ay, Dios! Esto es increíble.

Ha funcionado y estoy de vuelta y estoy bailando.

Quiero decir, ¡ella está bailando! Mi yo joven, mientras suena la canción de Supergrass. Mis caderas, ¡sus caderas!, se mueven al conocido ritmo de la guitarra, aunque para ella esta canción es nueva y refrescante. Ha comprado hace poco *I Should Coco*, el álbum debut de Supergrass, hace solo tres días en Across the Tracks, en Gloucester Road, y recuerda algo de repente.

La canción suena en la radio de la cocina, que tiene el dial cubierto con una capa de harina, porque ella (mi yo joven) siempre escucha la radio cuando está horneando.

Sonríe porque ayer mismo la grabó en una nueva cinta que va a regalarle hoy a Adam. La misma que acabo de poner en el viejo radiocasete Sony.

Mi corazón también está a punto de estallar. Porque cada vez que escucho esta canción, me transporta a un recuerdo que no puedo comprender, que es algo que sucede a menudo con la música. El estribillo siempre me evoca una nostalgia intangible del pasado, y me doy cuenta de que es esto. Este momento, aquí y ahora.

Mi yo joven canta con Gaz Coombes sobre sentirse bien. Luego baila durante la parte instrumental, y su cuerpo sigue siendo muy ágil, ¡no le duele nada! Se le abre la fina bata de seda, y veo que no lleva nada debajo. Le miro (me miro) esas tetas turgentes mientras baila al compás de la música con una despreocupación que me encanta.

Escucho sus pensamientos y lo contenta que está de que sea domingo por la mañana y de que Adam y ella vivan juntos. Ambos han conseguido un nuevo trabajo, él de desarrollador de juegos y ella de cocinera en la cafetería Band Stand, así que han podido permitirse dejar las casas de sus padres y mudarse a este pisito de un solo dormitorio en la última planta en Seven Dials, con vistas a los tejados del resto de Brighton.

Veo que sus manos se dirigen a la cafetera metálica para desenroscarla y luego llenarla de café molido. Y recuerdo que años antes de que Adam me regalara aquella cafetera Nespresso, esta hacía un café estupendo y fue una de las primeras cosas que compramos juntos cuando nos mudamos. Le encanta que ahora tengan sus cosas, las de los dos. Estos primeros ladrillos de su nueva vida juntos.

—Ads, ¿dónde has puesto las cerillas? —pregunta.

Su voz es alegre, pero, claro, es que se siente (me siento) fenomenal. Echa un vistazo a la mesa donde dejaron el tablero de *backgammon* después de jugar anoche, y ve dos copas de vino vacías, una botella de tinto también vacía, un cenicero lleno y, a su lado, una caja de cerillas. Sin embargo y aunque se acostaron tarde, se da cuenta de que han dormido nueve horas.

Nueve horas seguidas.

¿¡Cuándo fue la última vez que dormí nueve horas!? Sin que Adam se levante a orinar, o me dé un calambre, o tenga que apartar el edredón a patadas por culpa de otro sofoco.

Enciende un quemador y da un respingo al ver la llama, tras lo cual se concentra en la ensalada que va a preparar para el pícnic. Levanta un brazo para hacerse con el enorme cuaderno negro de la estantería, que le sobró de su curso de diseño gastronómico en la universidad. Lo ha llenado de recetas y bocetos. Comemos con los ojos, eso es lo que piensa. Quiere que cualquiera que pruebe sus platos lo haga con todos los sentidos. Así será cuando algún día los prepare en su propio restaurante.

Mientras escucho sus pensamientos, me quedo boquiabierta al ver lo segura y ambiciosa que es. Las ganas que tiene de viajar para probar la comida de otros lugares. Sabe que el mundo está ahí fuera. Esperándolos.

—¿Huele a café? —pregunta Adam con voz somnolienta, y a ella le da un vuelco el corazón. Está despierto.

Corre al dormitorio. Ya no me acordaba del edredón naranja ni de la sábana morada con el estampado de rosas. Adam está debajo y ella, ágil como una gata, salta a la cama y se sienta a horcajadas sobre él.

¡Ay, Dios! ¿Mis rodillas podían hacer eso?

—Levántate —dice—. Vamos al parque, ¿no te acuerdas?

Así despeinado está muy sexi. Lleva las patillas largas y un corte de pelo de estilo retro que parece que le hubieran puesto una peluca de Lego en la cabeza. Ahora recuerdo que fue ella quien le cortó el flequillo hace un mes, la primera noche que pasaron aquí en el piso, la noche que ella se cortó la melena como la llevaba Justine Frischmann, de Elastica.

Liam, quería que se pareciera a Liam de Oasis. Y ahora tenemos un Liam propio.

—Vuelve a la cama —protesta él a modo de broma, porque es un vago, pero también porque no le gusta tanto salir como a ella. Si lo dejara a su aire, se pasaría las veinticuatro horas del día jugando con la videoconsola, aunque poco a poco ella está acabando con sus malos hábitos. Él es su proyecto en curso.

—No, aire fresco, aire fresco, aire fresco —replica ella entre risas, aplastándolo, mientras se inclina hacia su lado de la cama para hacerse con las píldoras anticonceptivas y tomarse una.

Adam se ríe cuando ella vuelve a aplastarlo a propósito.

—De acuerdo, de acuerdo. Quítate —gime—. Me estoy meando.

Observo sus lánguidos movimientos. Está muy cómodo en su piel. Y me doy cuenta de que mi yo joven da por sentado que sus nalgas prietas y sus bíceps musculosos son algo para siempre, como los contornos del David de Miguel Ángel. No tiene ni idea de que en el horizonte la espera pacientemente un cuerpo de hombre de mediana edad fondón. Igual que a él lo espera mi cuerpo flácido. Sin embargo, en este momento, se excita al verlo.

Contiene el impulso y se viste con rapidez, sacando del armario su vestido de verano azul oscuro con lunas y soles amarillos. Un armario en el que no hay nada que le quede mal. Lo combinará,

como hace de un tiempo a esta parte, con sus Doc Martens y su sombrero negro trilby.

Mira de reojo con disimulo a Adam, que está orinando en el cuarto de baño contiguo, tras lo cual se vuelve hacia el lavabo a por el cepillo de dientes. Una repentina irritación crece en su interior. Otra vez se ha dejado la tapa del inodoro levantada.

Sé que no debería. Adam y yo nos hemos prometido que solo seremos pasajeros, pero no puedo evitarlo. La Jules de 1995 necesita cortar esto de raíz ahora mismo para evitar encontrarse en el futuro, siempre que entra en el cuarto de baño, el borde de la taza de porcelana pringado de meados y el asiento levantado.

—¡Eh! Baja el asiento del váter —le digo. Sí, soy yo quien habla. Aunque las palabras salgan de su boca.

¡Guau!

Me doy cuenta de la sorpresa y de la repentina confianza de mi yo joven ahora que las palabras han salido.

—¿Qué? —me pregunta él, mirándome.

—Ya lo has oído. —Ella lo mira fijamente, y cualquier sentimiento de culpa que yo pudiera haber sentido se evapora. Porque es ella quien acaba de decir eso. Vuelve a tener el control.

Adam baja el asiento del inodoro y se lava las manos. En el dormitorio, mira la ropa que ha dejado tirada por el suelo. Levanta los calcetines, los huele y arruga la nariz, tras lo cual los arroja al cesto de mimbre de la ropa sucia emplazado en un rincón, aunque caen al suelo.

La siento observando de nuevo, fingiendo que no le importa, pero, en realidad, le importa mucho. Mientras sigue en estado de *shock* por la orden que acaba de darle, el diablillo que habita en mí la obliga a decir:

—Puedes hacerlo mejor.

La obligo a recoger los calcetines y a tirárselos de nuevo.

«¿Sabes lo que te digo, Adam? ¡A la mierda con el pacto! Esto es por tu propio bien», pienso.

Él la mira sorprendido mientras yo sigo imponiéndome, de modo que Jules abre la tapa del cesto de la ropa sucia y agita el brazo para animarlo a lanzar los calcetines.

—¡Canasta! —exclama ella (o, mejor dicho, exclamo yo) cuando él acierta con el primero. Y cuando mete el segundo—: ¡Canasta! Los pantalones son dos puntos —añado, y aplaudo al ver que también encesta.

«Ya está, ¿has visto qué fácil?», pienso para que quede grabado en el cerebro de mi yo joven. Puedes conseguir que un hombre haga cualquier cosa, siempre y cuando le digas que es deporte.

La Jules joven se alegra de haber tachado dos cosas importantes de su lista de tareas pendientes. El asiento del inodoro y la ropa sucia. No está mal para una mañana de trabajo.

Él la abraza y la pega a su cuerpo.

—Hoy estás muy mandona. Me pone.

Sin embargo, ella sigue resistiéndose a sus insinuaciones y, diez minutos más tarde, la ensalada está preparada en el tarro vacío de helado de Wall's y, con las cervezas en la mochila, se dirigen a Stanmer Park en su Escarabajo color crema, que tiene la pintura desconchada.

¡Oh, nuestro fabuloso coche!

—¡Tachán! —exclama Jules, agitando la cinta en dirección a Adam —. La terminé ayer.

Él sonríe, encantado, se inclina y la besa. Pone la cinta en el radiocasete y bajan las ventanillas, sin importarles que la gente los

mire mientras cantan a gritos la canción de Supergrass y luego «I'll Be There for You», de esa comedia nueva que están poniendo en Canal 4 sobre un grupo de neoyorquinos de aspecto impecable, aunque Jules no tiene ni idea de que sus hijos seguirán viendo reposiciones dentro de casi treinta años. Luego, nuestra canción favorita de Dolly, «Islands in the Stream», y recuerdo la fiesta de Darius y que Adam se negó a cantar conmigo. Esta Jules, sin embargo, está segura de que siempre la cantará con ella, aunque desafine.

Adam aparca en el verde arcén de Stanmer House y escuchan algunas canciones más en la cinta mientras se besuquean. No paran de besarse. Como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Y lo tienen.

—Aire fresco —se recuerda Jules, que acaba saliendo del coche para respirar un poco.

El parque está en plena floración de mayo, con el suelo inundado de campanillas azules. Suben por el serpenteante sendero tomados de la mano. Los pájaros cantan en las copas de los árboles. Es perfecto.

Jules extiende la manta que ha traído, pero antes de que pueda colocarla bien, Adam le tiende una emboscada, tumbándose encima de ella.

¡Joder! Se me había olvidado lo que se siente al tener la libido por las nubes. Sin embargo, lo más chocante de todo es que a ninguno de los dos parece importarle la posibilidad de que los descubran. Su necesidad es mayor.

—Fuera, fuera… —susurra él entre jadeos, tirándole de las bragas por debajo del vestido, y ella se ríe.

La siento deseando tenerlo dentro, ayudándolo a penetrarla, pero también capto cierta preocupación. ¿Será capaz de correrse o no? No

es algo garantizado. De hecho, es frustrante que a veces pueda y a veces no.

¡Puedo ayudarla con eso!

—Espera, espera, espera —susurra ella entre besos, y noto su sorpresa al oír que su boca acaba de dar esa orden. Normalmente es incapaz de dar instrucciones—. Dame la mano —la hago decir y guío la mano de Adam entre sus muslos—. Más despacio —digo—. Más arriba, a la izquierda. No, a mi izquierda —le hago aclarar, al tiempo que guío los dedos de Adam para que tracen un círculo lento mientras sigue penetrándola y moviéndose en su interior. A ver, que puede que esta no sea la forma más romántica de darle instrucciones. A lo mejor no es lo que aconsejaría la doctora Ruth, pero *tempus fugit* y tal… No sé cuánto tiempo nos queda.

Percibo el hormigueo del placer en todos sus sentidos. Esto es maravilloso. Eso es lo que piensa ella, pero yo lo pienso también.

Tardé años en saber cómo debía pedirle esto, pero fíjate, aquí está frotándose contra Adam, cuyos dedos se mueven rítmicamente (¡Oh, sí, sí, sí, mi Adam aprende rápido!), excitándola, excitándola, excitándola, excitándola…

«¡Ay, Dios, esto es increíble!».

¿Eso lo he pensado yo o ha sido ella?

Porque Jules se ha hecho con las riendas del momento, dejándome disfrutar literalmente del momento…

—Sigue —susurra—. ¡Así, sí, sí! —grita, espantando a los pájaros de los árboles.



Regreso al cobertizo con un grito ahogado, como si alguien me hubiera echado hielo por la espalda. Tengo el pulso acelerado y me

arden las mejillas. Es increíble que me hayan devuelto al presente cuando estaba en medio de un orgasmo tan descomunal.

Me levanto de un salto de la butaca. Me tiemblan las rodillas.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Adam.

Me lleno la copa de vino y bebo un buen trago. No me entra en la cabeza que haya estado allí. Hace solo unos segundos.

—Era… Era domingo. Estábamos dando un paseo. En Stanmer Park —murmuro.

—De acuerdo —dice—. Lo que anotaste en el diario. ¿Y no has cambiado nada?

—Qué va —miento mientras bebo otro sorbo de vino—. Nada de nada. Me he comportado como una simple pasajera. Tal como acordamos. Y esto… Todo parece estar igual —digo.

Él asiente con la cabeza, satisfecho al parecer.

—Bueno, ¿y qué tal el polvo?

Su pregunta me sorprende tanto que espurreo el sorbo de vino de vuelta a la copa.

—¿El qué?

—Pues lo que dice aquí… —Levanta mi diario, como un predicador que amenazara a un pecador con la Biblia. Como acostumbraba a hacerle su madre cuando lo descubría mintiendo de niño, según me dijo una vez—. «Lo hicimos en el bosque» —lee—. «Y tuve un orgasmo increíble, por primera vez, gracias a este truco nuevo tan fantástico que se me acaba de ocurrir».

Sin embargo, yo no he escrito eso. No en mi viejo diario, en mi antigua línea temporal. ¿Ese «truco nuevo tan fantástico»? ¡Madre del amor hermoso! He sido yo, ahora mismo, en su cabeza.

—¿Por primera vez? —me pregunta con deje acusador—. ¿Antes fingías o qué?

—¡Qué va! —respondo, burlándome de su indignado orgullo masculino—. Es que hasta entonces no siempre me corría, nada más.

—¿No siempre? —Parece descompuesto.

—Era difícil.

Todavía más descompuesto.

—Es que a veces podía y a veces no… —intento explicarme.

—¿Y en ese momento?

—De acuerdo, está bien —respondo, levantando un poco la voz porque va a acabar descubriéndolo, ¿no?—. En ese momento, ese día en concreto, me enseñé a mí misma un truquillo… Bueno, te lo enseñé a ti en realidad —digo, moviendo los dedos y observando el rubor que le cubre las mejillas—. Un truquillo que no habríamos aprendido hasta dentro de unos años.

—¡Ay, Dios! —exclama Adam—. Así que esa eras tú. ¡La de ahora! ¿Fuiste tú quien me enseñó a tocarte así en el bosque?

Porque, por supuesto, se acuerda de eso. Porque para el Adam de… (¡Mierda!) de este nuevo universo alternativo que acabo de crear, fui yo quien le enseñó ese truco aquel día.

—¿Y qué pasa? ¿Es para tanto? —pregunto.

—Sí. Sí, lo es. Porque, ¡joder!, Jules. Bueno, para empezar, acabas de mentirme —responde disgustado al tiempo que arroja el diario al sofá—. Teníamos un trato. Me prometiste…

—¡Deja de ser tan exagerado!

—Es que no solo es que me hayas mentido —añade—. O que te hayas acostado con él —me suelta.

—¡Contigo!

—No, con él. Con el Adam de veintitrés años.

¡Por Dios! No me puedo creer que esté celoso porque haya echado un polvo con él.

—No, fue ella —le recuerdo—. Mi yo más joven. Yo solo estaba allí también.

—Pero al imponerte otra vez de forma deliberada a tu yo más joven, has creado otra nueva línea temporal. ¡Esta! Lo que significa que este yo, el yo de esta línea temporal, no es el mismo Adam que dejaste en tu última línea temporal cuando volviste a 1995.

Lo miro fijamente. Lo miro de verdad. Como nunca he mirado a nadie en mi vida. Cuánticamente hablando, tiene razón, el que tengo delante es un Adam distinto, pero solo a nivel microscópico, ¿verdad? Como cuando me deshice de su barba. Lo que ha pasado ahora es que mejoró en el sexo un poco antes de lo que lo habría hecho.

—¡Pero sigues siendo tú! —lo tranquilizo.

—Bueno, sí. Tal vez. —Aunque es obvio, solo por su expresión, que le está costando hacerse a la idea—. O, por lo menos, eso espero. A ver, ¿me juras que no has cambiado nada más? ¿Me lo juras de verdad?

—Sí. Te lo juro una vez, dos, tres o cuatro si quieres. A ver, de acuerdo, que siento haberte mentido. Pero, salvo por eso, lo único que he hecho en todo caso es mejorar un poco nuestras vidas.

Bueno, mejorarlas muchísimo, de hecho. Es extraño, pero ahora tengo más «recuerdos nuevos» de muchos polvos increíbles de aquellos primeros años después del pícnic. Y esa vida sexual nos ha beneficiado a ambos desde entonces.

—Y te prometo, te lo prometo una vez, dos, tres y cuatro, que no volveré a hacerlo —le digo, porque sigue enfurruñado y no quiero que esto nos arruine la noche.

Al final, asiente con la cabeza, pero me mira con recelo, como si esta fuera mi última oportunidad.

—Y ahora, ¿qué? —añado mientras me golpeo los muslos con los puños como si fuera un redoble de tambor, para aligerar el ambiente —. ¿La cinta de nuestra boda? Menudo día. Uno de los mejores —le digo, mirándolo a los ojos, sintiendo cada palabra. Porque, ¡uf! (me informa un nuevo recuerdo), ¡menudo polvo echamos aquella noche! Mucho mejor que el original.

—No, tengo muy buenos recuerdos de ese día. No quiero… arriesgarme a cambiarlos, a estropearlos…

Al imponerse. Como acabo de hacer yo. Eso es lo que quiere decir. Que él no piensa hacerlo, porque es mejor que yo.

—Esta —dice y elige una cinta con el título *Fiesta en el piso 1998*—. Parece divertida. Otra de noventa minutos también. No es que recuerde esta fiesta en concreto —añade—. A ver, organizamos tantas en aquella época que se han fundido en una.

—Sí, claro —me río.

Porque ¿cómo podríamos olvidar esa fiesta? ¡Es imposible!

Saca la cinta de la carátula de plástico y la mete en el radiocasete. Luego se sienta en la butaca y me dice:

—Hasta dentro de hora y media.

Cuando pulsa el *play*, suena «Save Tonight», de Eagle-Eye Cherry.

—¡Oooh, esta me encanta! —exclamo mientras me siento en el borde del banco. Sin embargo, veo que los ojos de Adam ya están vidriosos—. ¡Qué fuerte! —añado, inclinándome para mirarlo más de cerca—. ¡Increíble!



8

Adam - «The Rockafeller Skank»

Esta vez el aterrizaje es más suave, menos brusco. Un planeador que desciende suavemente sobre la pista desde un cielo azul despejado en vez de un caza que se lanza hacia el asfalto desde una tormenta.

También ayuda que Adam, que ahora tiene veintiséis años, esté despierto. Aunque lo cierto es que mi cerebro (o mi mente, porque mi propio cerebro físico está décadas por delante, en el futuro) parece haberse adaptado. Como si con dos viajes en el tiempo ya tuviera mi insignia de viajero frecuente. Mi insignia de crononauta. Como se quiera llamar.

Y menos mal, porque Adam está en una misión para poner las cosas en orden antes de que todos los demás aparezcan a las ocho de la tarde para la fiesta, al igual que estaban Wayne y Garth en la que todavía es su película favorita de los años noventa.

Lo primero que tiene que hacer es limpiar el cuarto de baño, como le prometió a Jules. Pero, antes, se ha escapado a tomar unas cervezas con su nuevo amigo del trabajo, Doodles, así que su primer acto de «limpieza» es mear con la precisión y la presión de una manguera de incendios en el fondo del inodoro, como solo puede hacerlo un hombre joven que nunca ha oído la frase «próstata del

tamaño de un pomelo».

¡Joder! Ya sé de dónde saca Liam su actitud descuidada hacia la higiene.

De mí.

El Joven Adam baja la tapa del inodoro y se pone a echar agua alrededor del lavabo y a quitar marcas de pasta de dientes con las uñas. Porque, claro, ¿para qué usar productos de limpieza si puedes usar tu propio cuerpo?

Que Adam esté achispado significa que yo también lo estoy, pero lo más raro es que otra parte de mí está sobria. Como si fuera la mosca de Schrödinger o algo así.

Mientras tararea el omnipresente himno de la Copa Mundial de Fútbol de este año de los Lightning Seeds, «3 Lions 98», que ha empezado a sonar en la radio, Adam se mira en el espejo: un aspecto calcado a Operación Tormenta del Desierto, como mínimo, que consiste en un corte al rape, unas Timberland marrón claro, vaqueros caqui oscuros y una camisa militar color arena sin remeter. Todo compensado por una camiseta de *South Park* que anunciaba las Bolas de Chocolate Saladas de Chef.

—Sí, sí, porque estás guapísimo —se burla Jules, asomándose al reflejo mientras lo besa en la nuca.

Su Jules. Tan joven que me explota la cabeza. Pero, sí, el sentimiento es mutuo. Porque, en fin, a Adam le basta con verla para que le dé un vuelco el corazón. Como si, de alguna manera, se fijase en ella por primera vez. Incluso después de haber pasado ya, ¿cuánto?, tres años desde que se mudaron a ese pisito juntos.

Sin embargo, aunque no recuerdo la última vez que miré a mi Jules de esta manera y, desde luego, me gusta tener mi propio espacio en el cobertizo, este Adam todavía se deleita sintiéndose como si fueran

una tripulación de dos en un barquito en medio de su propio mar privado. Algo que salta a la vista que es mutuo, porque aunque ambos tienen mejores trabajos ahora, ella como *sous chef* en el Grand y él trabajando en BeJewel Games como diseñador narrativo júnior, no han hablado de mudarse ni una sola vez.

—¿Qué? —pregunta ella, que se pasa las manos por el pelo cortado a capas a lo Liv Tyler.

—Nada. Solo que… estás perfecta —contesta él al tiempo que recorre con la mirada su vestido azul aciano antes de darle un beso ardiente.

Jules se aparta con una sonrisa.

—Ni hablar. Ahora no tenemos tiempo para eso. —Le planta en las manos una botella de lejía y una escobilla de baño antes de pintarse el rabillo de los ojos a toda prisa—. Te juro que cada vez es más grande —dice, mirando hacia arriba.

Se refiere a la grieta del falso techo que (¡Joder, ahora me acuerdo!) está destinada a caerse esta misma noche, dejando perdidos de escayola a Dave Scragg y Joy Chen, que estarán en mitad de un polvete.

Me tienta imponerme. Salvarlos de la inminente humillación. Pero me contengo justo a tiempo. Por nuestra regla. Pero también porque, a ver, Dave y Joy, ¿a quién se le ocurre, eh?

Una vez limpio el cuarto de baño, el Joven Adam le abre la puerta al Joven Doodles (una bola de pelo incluso mayor por aquel entonces), que se apresura a entrar y empieza a montar sus platos para pinchar discos. Adam se dirige a la cocina para ayudar. Abre una bolsa de Doritos, otra de Wotsits y otra de Pickle Onion Monster Munch para echarlas en un *wok*, que deja en equilibrio sobre el brazo del sofá del salón.

—Adam, ¿qué cojones? —pregunta Jules al ver el *wok*, y el plato fuerte de Adam, un bol de cereales con salsa de tomate Heinz, justo en el centro de la mesa de cristal del televisor—. ¿Eso es kétchup?

—Sí, para mojar —le explica.

Solo entonces se da cuenta de que ella y su compañera de cocina, Sabita, han estado colocando sus propios platos en la mesa de la cocina: mix de frutos secos con especias, hummus de remolacha, albóndigas de pollo con pesto y ensalada de mango al curri con endivias.

—¿Ves? —le dice—. Mejor.

Asiente con la cabeza, mudo. Como un hombre primitivo al que le presentan la rueda.

¡Madre del amor hermoso! ¿De verdad estaba tan verde? ¿Por qué estaba Jules con él? Claro que ¿soy ahora más sofisticado? De hecho, ¡mierda!, ¿cuándo fue la última vez que organizamos una fiesta? ¿Cuando Jules cumplió los cuarenta? Hace unos diez años. ¡Uf! ¿De verdad ha pasado tanto tiempo?

Adam, que se bate en retirada, se planta junto a la puerta del piso mientras un constante chorreo de invitados empieza a llegar: los suyos, frikis de los ordenadores; los de ella, gente que estudia arte y cocineros.

—Sigo sin poder creerme que vayas a hacerlo —le dice Darius diez minutos más tarde, por encima de la música *house* que sale de donde Doodles está encorvado sobre sus platos.

Darius lleva las mismas gafas de montura metálica, los vaqueros MOR, una camiseta blanca y las pesadas Reebok con rayas en los lados que siempre se ponía por aquella época, con la pinta de alguien que hubieran teletransportado desde los años ochenta y que preferiría estar en una reunión para hablar de programación.

«¿A qué te refieres?», quiero preguntarle. Pero luego me doy cuenta. Porque, de repente, parpadea con luces de neón en la mente de Adam. El anillo que tiene en el bolsillo. Y, claro, por eso mi Jules se estaba riendo en el cobertizo cuando dijo: «Sí, claro», con lo de que yo me había olvidado de esta fiesta. Porque esta es la noche que le pido que se case conmigo. Es esa fiesta. Es esta.

Solo que, ahora mismo, a la única persona a la que Adam le ha confiado su plan es su mejor amigo.

—Y ¿sigues estando seguro? —pregunta Darius, pero como si no estuviera seguro al cien por cien de que Adam deba seguir adelante con esto.

—Totalmente —contesta Adam. Aunque tiene el estómago encogido por los nervios por la idea de que Jules diga que no, piensa pedírselo mañana en la playa, donde se besaron por primera vez, y solo lleva el anillo encima para mantenerlo a salvo.

—Sí, a ver, ¿qué sé yo? —Darius sonríe—. Sigo viviendo con mi madre.

Adam sabe que su mejor amigo se está rebajando a propósito, pero, aun así, se siente mal por él, porque Darius ni ha estado cerca de conocer a su propia Jules. De hecho, nunca ha salido con nadie durante más de un mes.

—¿Hay alguien aquí a quien quieras que…, bueno, que te presente? —le pregunta Adam.

Darius pone los ojos en blanco y mira hacia la Joven Ngozi, vestida muy a la moda, que está ajustando un viejo proyector de fotos Kodak que lanza imágenes aleatorias sobre la pared, pero ella ni repara en Darius, tampoco en nadie más. Y ahora yo sé por qué. Porque ya está teniendo una aventura con Geoff, un banquero ricachón, en Londres. Una aventura que se convertirá en algo serio

con el tiempo, porque Ngozi siempre parece salirse con la suya.

—Me parece que no soy lo bastante genial —dice.

—Solo es ropa —replica Adam—. Y cortes de pelo.

—Eso lo puedes decir tú. Jules te lo ha enseñado todo.

«Te lo ha enseñado». A Adam no se le escapa la elección de palabras de su amigo. Como si su vida ahí con Jules solo fuera un código que Darius todavía no ha descifrado. Como si solo hubiera sido Jules quien hubiera convertido a Adam en lo que es ahora. Pero ¿y si es verdad? No puedo quitármelo de la cabeza. Y al estar aquí de vuelta, es imposible no darme cuenta de que ella tiene una vena mucho más hippie que yo. A ver, pero mírala. Ahora está dando una clase maestra conjunta en la cocina sobre cómo liar un porro y está haciendo que todos se rían. Otra cosa que supongo que se me había olvidado.

—Tú ve a saludarla —le dice Adam a su amigo mientras señala a Sabita con la cabeza, que acaba de reunirse con Ngozi—. Venga, que eres listo, gracioso y guapo.

Sin embargo, algo sigue frenándolo.

—Haznos un favor, ¿quieres? —acaba por preguntarle Adam a Doodles unos minutos después, en cuanto Darius se aleja hacia el pasillo para hablar con James Peters y Ru Savage, otros dos frikis con los que jugaban a *Dragones y mazmorras* en el instituto.

—¿Cuál? —Doodles se aparta la larga melena a lo Foo Fighters a un lado.

—¿Puedes enseñarle a Darius?

—¿El qué? ¿Esto? —Doodles apura su Hooch de limón y mira sus platos—. Pero es un… A ver, no te ofendas, colega, porque sé que sois uña y carne, pero es un perdedor. A ver, que ni siquiera sabe lo que es el *acid techno*.

—¡Ah, claro! —miente Adam, aunque tampoco tiene ni idea—. A ver, ¿no lo sabe todo el mundo? —Le sostiene la mirada a Doodles. Con seguridad en sí mismo. Tiene que hacerlo. Por su amigo.

—Muy bien —accede Doodles al final—, pero luego, cuando la gente esté más borracha.

Durante los siguientes veinte minutos, sigue llegando gente, hasta que el ambiente se vuelve electrizante y la fiesta es tan buena como yo esperaba. Pronto, me gusta tanto como a Adam, saboreando cada trago de Bacardi Breezer de fresa y cada calada de su canuto, y surfeando la ola de que él se sienta tan joven, con toda la vida por delante, sin hipoteca, sin responsabilidades… y sin nada que hacer esta noche salvo tomar de la mano a Jules y bailar…

¡Ah, y salvo por lo que se avecina, claro! Por lo que va a pedirle. Solo que, a lo mejor, ni siquiera estoy aquí para presenciar ese momento, porque ¿cuánto tiempo ha pasado ya?

Después, obtengo la respuesta. Casi la mitad.

—Mira, te he hecho una nueva cinta —dice Jules, que señala hacia la repisa, donde está. *Fiesta en el piso 1998*—. Pero es un poco demasiado carca para que la use Doodles esta noche.

—¡Qué bien! —exclama Adam, que la agarra y mira los títulos de las canciones—. Tienes algunas bailonas. La pondremos un rato —dice con una sonrisa antes de besarla, y de darse cuenta de que Darius vuelve a estar solo. Se acerca a él—. Oye, Doodles quiere que lo sustituyas un rato —le grita a Darius al oído.

—¿Cómo?

—Que vayas a pinchar. Y no finjas que no quieres. Te he visto mirando.

Es verdad, porque como con cualquier cosa un poco tecnológica, la mirada de Darius no ha dejado de desviarse hacia los platos de DJ

como una bola metálica hacia un imán. Vamos, que no va a dejar que se escabulla, porque sabe que es su forma de darle una oportunidad de sentir que tiene esa cualidad de chico interesante que cree que le falta.

—Pero no puedo…

—Más bien es que no quieres. Puedes hacer lo que quieras, Darius. Eres un puto genio, ¿recuerdas? Un cociente intelectual más alto que el sol. Venga. Inténtalo. ¿Qué hay de malo en arriesgarse un poco?

Durante un segundo, Adam sucumbe al pánico por la idea de que lo ha presionado demasiado. Pero, a continuación, Doodles y Darius están encorvados juntos sobre los platos… y, luego, diez minutos más tarde, Darius se ha puesto un par de auriculares en la cabeza, con las gafas medio empañadas, y ya parece… En fin, no como si ese fuera su sitio, todavía no, pero tampoco como pez fuera del agua, mientras todos empiezan a corear «The Rockafeller Skank», de Fatboy Slim.

Darius…, que pinchará la música en nuestra boda dentro de un año, donde también será mi padrino, tocando «All the Daze», de los Troubadours d'Amour como nuestra primera canción…

Adam se alegra muchísimo de verlo así…, pero yo, yo siento un aguijonazo de amargura creciendo en mi interior, porque fui yo quien lo lanzó, ¿no? Yo lancé a Darius Angelopoulos al mundo, a la fortuna y a la fama, y no obtuve nada a cambio.

Sin embargo, luego Jules y Adam están bailando como si no pudieran parar, y yo también me dejo arrastrar, disfrutando de cada valioso segundo mientras el tiempo vuela. Hasta que, de repente, Jules tira de Adam para alejarlo, para llevárselo a la azotea del piso en busca de aire fresco, mientras, más abajo, suena a todo trapo una mezcla de «Gettin' Jiggy Wit It», de Will Smith, y Adam no puede

contener la sonrisa al pensar que, seguramente, sea Darius quien la ha puesto.

Aunque, de repente, dejo de sonreír. Yo, porque, de repente, me doy cuenta de lo que va a suceder a continuación.

—¿Buena fiesta? —pregunta ella.

—La mejor. No quiero que se acabe nunca. No quiero… —Se muerde la lengua.

—¿Qué?

«Valiente. Sé valiente», se está diciendo…, porque el anillo lo está llamando como si fuera el dichoso Bilbo Bolsón.

—No quiero que lo nuestro acabe nunca —consigue decir al final —, porque te… te…

«¡Vamos, hazlo!», pienso.

—¿Qué…? —Jules ha clavado los ojos azules en los suyos.

—Te quiero —dice Adam.

—En fin, pues menos mal —replica ella con una carcajada—. Porque yo también te quiero.

—No, no me refiero solo a las palabras —dice, porque por supuesto ya se las han dicho muchas veces—. Ni siquiera al sentimiento que las acompaña. Sino más a… todo lo que las puede acompañar… El futuro que quiero pasar contigo. —Y, ahora que ha encontrado las palabras, no puede parar—. Y todo esto… —sigue con una sonrisa al tiempo que extiende los brazos para abarcar todo el cielo estrellado—, todo lo que este enorme mundo puede ofrecernos. Quiero que lo compartamos. Que viajemos. Y que vivamos en sitios increíbles. Y que llevemos vidas increíbles.

—¡Yo también! —chilla Jules—. ¡Como hice en París! —Y es como si Adam hubiera descorchado una botella, porque ella tampoco puede dejar de sonreír.

—Pues hagamos que pase —dice él. Una declaración borracha—. Pase lo que pase.

A estas alturas, se ríe a carcajadas. Porque está colocado. Y ella también lo está, por el porro de maría y por la vida misma.

Sin embargo, yo no me río. Porque fui yo, fui yo quien le metió a Jules la idea de mudarnos al extranjero.

Lo que quiere decir que fue culpa mía que mis padres nos llevaran al aeropuerto de Gatwick aquel día. Fui yo el responsable de que tuvieran el accidente…

Aunque, antes de que pueda pensar siquiera en cambiar lo que él acababa de decir, Adam se mete la mano en el bolsillo, con los nervios subiendo y bajando como un yoyó, como si estuviera a punto de vomitar. Y, ¡uf!, ahí viene… Está hincando una rodilla en el suelo mientras intenta abrir la cajita con manos torpes hasta que por fin levanta la tapa; momento en el que le entra el pánico por si el anillo no es lo bastante grande o lo bastante caro como para demostrar lo comprometido que está con ella, con esta mujer a la que quiere con toda el alma…

Ella sonríe de oreja a oreja en cuanto ve el anillo.

—Jules, ¿quieres casar…? —empieza él.

—¡Sí, sí, sí, sí! —contesta ella, interrumpiéndolo, y se arrodilla delante de él. Después de que él le deslice el anillo por el dedo, Jules lo levanta hacia las estrellas.

Luego, se están besando y no piensan parar. Como si fueran el oxígeno del otro.

Hasta que… ¡BUUUUUM! Es como si una bomba estallara bajo sus pies. «¿Qué cojones?», piensa Adam.

Claro que yo ya lo sé.

Se levanta de un salto y corre hacia la escalera que baja por el

hueco hasta el pasillo de abajo, y oigo el ruido cada vez más ensordecedor.

Y cuando los gritos comienzan y todos se agolpan junto a la puerta del baño para mirar a los pobres Dave y Joy, que intentan ponerse la ropa como pueden, medio enterrados por los trozos de falso techo de escayola, veo el cercano reloj de la torre de la iglesia de Saint Nicholas y veo que ya llevo aquí hora y media… Y, antes de que pueda mirar de nuevo a Jules durante un preciado segundo, el vertiginoso tornado caleidoscópico me arrastra de nuevo…



Me despierto en el cobertizo, parpadeando por la luz, y veo a Jules sosteniéndome las manos. Mi Jules. No la Jules de veintiséis años de 1998 a la que Adam acaba de pedirle que se case con él y con la que dijo que quería irse a vivir al extranjero. No la Jules que intentaba comerme la cara bajo aquel cielo estrellado.

Un beso que todavía saboreo…, solo que ahora miro a mi Jules. La miro como el Joven Adam miraba a su Jules en el cuarto de baño: maravillado y sorprendido.

Y es a mi Jules a la que quiero besar. A la mujer con la que llevo veinticinco años casado, la que me deja sin aliento de nuevo. Me apresuro a inclinarme hacia delante para hacerlo. Con ternura.

Sin embargo, luego ya no es solo mirarla, es desearla, y lo veo también en sus ojos… Ella también lo siente. Acto seguido, lo estamos haciendo. Nos estamos arrancando la ropa el uno al otro y montándonoslo a lo bestia, en plan animal.

Me da igual si está pensando en el yo de antes o en el yo de ahora. O si este es el yo que aprendió el truquito sexual o es una nueva versión de mí que todavía no comprendo. Porque son todos uno.

Somos uno. Hasta que nos dejamos caer de nuevo en el polvoriento suelo del cobertizo, estremeciéndonos.

—¡Guau! —jadea al tiempo que levanta una mano para chocar los cinco…, porque semejante polvo merece que choquemos los cinco.

—¡Guau! Ya te digo. —Miro hacia el bolsillo de mis vaqueros. Y ¿en qué pienso? ¿En el anillo que Adam tenía en el bolsillo de sus pantalones en el 98? No. Tengo mono de su tabaco. Como si ese anhelo me hubiera seguido de alguna manera hasta aquí.

Esa necesidad.

—Bueno, ¿a qué ha venido esto? —pregunta Jules.

—Ha sido por ti.

—¿Por mí? —Entrecierra los ojos—. ¿Por mi yo de ahora? ¿O la de entonces?

—Por las dos —contesto, porque ¿para qué mentir? Ya lo ha adivinado. Pero, en vez de decirme que soy un hipócrita, sonríe—. ¿Qué? —le pregunto.

—Enredarnos de esta manera…, sumergirnos en este estado cachondo interdimensional, es un pelín raro, ¿no? Pero en plan buenísimo, me refiero —se apresura a añadir al tiempo que me toma de una mano.

Eso no se puede negar.

—Es como… —Le beso el anillo de compromiso—. Es como estar de vuelta allí contigo, al principio de nuestra relación, es como… —Titubeo, porque quiero dar con las palabras correctas—. Es como que ha despertado todos los sentimientos dentro de mí. Sentimientos que debieron acabar enterrados con el paso de los años.

—Por toda la mierda.

—¿La mierda?

—Ya sabes —contesta—, el sinfín de cosas de hacerse mayor, de ser

padres, de estar casados, que hacen que no tengas ganas de hacerlo. Que hacen que te olvides del motivo por el que nos juntamos.

—Claro. Solo que, ahora, todo ese asombro de la primera etapa parece haber despertado de golpe. —Aunque, en todo caso, es quedarme muy corto. Porque ahora solo quiero abrazarla. Abrazarla y que me abrace. Y no soltarnos nunca.

—Pues a lo mejor de esto va el asunto —dice.

—¿A qué te refieres?

—Pues que, a lo mejor, todo esto del viaje en el tiempo a través del multiverso no es solo para revivir el pasado. A lo mejor, es para que usemos esas experiencias para arreglar el presente…

Dicho de una manera que indica que quedan más cosas por arreglar.

—Es posible. Pero siempre que solo vayamos a aprender del pasado —le recuerdo—. No a volver para cambiar cosas aquí solo porque podemos hacerlo.

—Y tú no lo has hecho, ¿no? —me pregunta ella.

—Pues no. Sigues siendo la misma. —Me miro en el espejo—. Y yo sigo siendo el mismo. —Pero, incluso mientras digo eso, se me pasa por la cabeza que tampoco estamos necesariamente en la misma línea temporal, ¿verdad? Porque el haberme metido en la cabeza de mi yo más joven mientras besaba a Jules en el 98 nos ha llevado a acostarnos esta noche. Si estamos en pelotas ahora mismo solo es por eso. Lo que quiere decir que el futuro de esta línea temporal ya se ha visto afectado, porque a saber cómo nos afectará esto a partir de ahora.

Me fijo de nuevo en el brillo de sus ojos, pero ¿y si no solo es por mí, sino por nuestros yos de antes? ¿Y si solo es por querer volver de nuevo? ¿Por el subidón de estar enganchados?

En ese momento, alguien llama a la puerta del cobertizo y empieza a sacudir el pomo, y menos mal que está cerrada con llave, porque se oye la voz de Liam al otro lado, pidiendo que lo dejemos entrar porque se ha olvidado las llaves de la casa, mientras Jules y yo empezamos a vestirnos a toda prisa.



Viernes por la tarde, a las cuatro en punto, firmo la entrada en la recepción del elegante club privado Soho House, donde flota un olor almizcleño, que abrió hace unos años en el paseo marítimo.

Me siento cada vez más cohibido a medida que voy subiendo la escalera. He llegado directo desde el trabajo y llevo puestas unas deportivas Nike viejas y polvorientas, unos vaqueros cortados y una camiseta manchada de café con la leyenda «Desmelenado con Aperol Spritz».

Sin embargo, Darius se limita a sonreír cuando me hace señas para que me acerque a la terraza soleada con vistas al mar.

—Ads, me alegro de verte. Búscate un taburete. ¿Qué te apetece? —Pide un par de cervezas—. Bueno, ¿qué te parece? —me pregunta al tiempo que gira un iPad hacia mí.

Es un nuevo logotipo para Quark Studios, con la palabra «Quark» alineada verticalmente sobre una «S» impresa detrás. Todo en forma de lo que parece un cohete espacial. O quizá un polo. O incluso un pene.

—¡Ah, no entiendo mucho de esto! —replico.

—No, supongo que no —conviene.

Muy irónico. Teniendo en cuenta que fui yo quien inventó el nombre de la dichosa empresa con la que acaba de ganar millones. Pero me lo callo. Porque mi equipo me ha encargado algo mucho

más importante.

—Pero hablando de trabajo… —digo—. ¿Sabes algo de… del rumbo futuro, con respecto al mantenimiento de la fuerza laboral? —consigo decir.

—¡Guau! Eso sí que es lenguaje corporativo. —Darius sonríe—. Y pensar que me han dicho que hace mucho que le diste la espalda a la oportunidad de ascender por esa resbaladiza loma.

Alguien ha debido de contarle que rechacé el ascenso cuando decidí rebajar el ritmo para ayudar con los niños.

—Estaba pensando en el resto de mi equipo —digo—. En Doodles, claro. Pero también en Kylie, Greg, Meredith y los demás.

—¡Ah, sí! Meredith Peterson. Me han dicho que es prometedora. De hecho, está trabajando en un informe para el equipo directivo.

Es la primera noticia que tengo.

—Pero dejemos el tema del trabajo —dice—. Estoy seguro de que se encargarán de todos y, como ya te dije, yo te cubro las espaldas. —Sonríe—. Como tú me cubriste a mí las mías cuando éramos más jóvenes. —Me da un golpecito juguetón en un brazo—. Incluyéndome siempre en las cosas divertidas.

Seguro que no se refiere a lo de pinchar música en aquella fiesta, ¿verdad? Imposible, porque ¿cómo iba a recordarlo él, aunque yo lleve toda la semana sin poder sacármelo de la cabeza? De la misma manera que no puedo sacarme de la cabeza a Jules desnuda en el cobertizo. Ya lo hemos hecho tres veces desde entonces. Otra cosa que ha empezado de golpe otra vez, al parecer.

—Pero eras mi mejor amigo —replico—. ¿A quién iba a incluir si no?

«Eras». ¡Vayaaa! No sé muy bien de dónde ha salido eso. Demasiado tarde ya para corregirlo y un desliz demasiado evidente

para que se le haya pasado por alto a alguien tan listo como Darius. Aunque puede que él también lo piense después de tantos años separados…

—Cierto —conviene—. A veces, las viejas amistades son lo más poderoso que tenemos.

Suelto una risilla.

—Parece una frase sacada de uno de esos viejos libros de autoayuda que leías antes.

—Que sigo leyendo. De hecho, le he dado a Nelly uno nuevo esta mañana en el trabajo. *La suerte es un río, vayamos a pescar*, de Giles Wheatley.

Me doy por enterado.

—¡Ah, sí! Gracias. De nuevo —digo—. Por darle ese espacio de oficina.

—Tampoco es que necesite que yo la aliente. —Sonríe con más ganas—. Es muy trabajadora. Impresionante. Me recuerda a mí mismo cuando se me metía algo entre ceja y ceja.

—Sí, pero todavía es joven. —Me veo protestando—. Tampoco es que sea bueno mostrarse demasiado ambicioso a esa edad, ¿no? —¡Joder!, en cuanto las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de que estoy citando lo que me dijo Jules cuando discutimos por Liam la semana pasada. Pero ¿de verdad quiero que mi hija se obsesione tanto por un tema como Darius? Porque, aunque haya amasado mucho dinero, también se ha perdido un montón de cosas.

—Puede que eso te funcione a ti, Adam —dice—, pero ella es distinta. Tiene fuego de verdad.

¿Lo que quiere decir que yo no?

—Sí, pero la vida no solo consiste en tener ambición —insisto—. Ni en ganar ni en… —Me veo mirándole el Rolex, que debe de costar

por lo menos veinte mil— tener cosas…

—Pues claro que no. Pero reconocerás que unas de las ventajas de ganar es que, a veces, puedes pasártelo mejor.

Me doy cuenta de que tiene otro asomo de sonrisa en las comisuras de los labios.

—¿A qué te refieres?

—Los Troubadours d'Amour —dice, exagerando el falso acento francés.

—¿Cómo dices?

—Ya sabes, nuestro grupo preferido.

«Nuestro». Se refiere al suyo y al mío, pero, en realidad, es el de Jules y el mío. Que hemos visto diez veces y cuyo batería conozco lo bastante bien como para tomarme algo con él de vez en cuando si está en el Lion & Lobster.

—¿Qué pasa con el grupo?

Se mete una mano en el bolsillo de la camisa y saca tres brillantes entradas de las antiguas que agita delante de mí.

—Van a tocar en la ciudad dentro de unos meses. La primera actuación de su última gira de reunión. Como parte de un festival o algo.

—Lo sé —digo.

—He conseguido entradas. Para ti, para mí y para Jules.

—Pero… Pero es nuestro aniversario de bodas —protesto. No es algo a lo que le daría mucha importancia normalmente, teniendo en cuenta que nunca le hemos dado ninguna. Pero este es distinto. Es el vigesimoquinto. Sobre todo, por lo muerta que estaba la cosa entre nosotros… En fin, antes del cobertizo.

—¡Ah, claro! —Le cambia la cara, pero solo durante un segundo—. Se lo consulté a Jules esta mañana y me ha dado el visto bueno —

añade.

Mmm. Algo que ella no se ha molestado en decirme.

—Claro, ya, es que… ya he comprado entradas —le explico—. Para Jules y para mí. Es una sorpresa.

Hace una mueca.

—¡Joder, qué mal, lo último que quiero es cabrearte! —Chasquea la lengua—. Dicho esto, estas entradas son para la zona VIP especial e incluyen acceso al *backstage*, ¿ves? —Las agita más cerca de mi cara —. Pero olvídalo, tienes razón, solo son cosas. —«Cosas», pronunciado con desdén, de la misma manera que yo he pronunciado la palabra antes—. Siempre se las puedo dar a otra persona.

Lo que me deja sintiéndome mal después de todas las molestias que se ha tomado. Sí, rechazarlas sería totalmente infantil, ¿no?

—No —le digo—. Vamos a hacerlo. Los tres. Iremos juntos. Sí. Será estupendo.

—Muy bien, menos mal. —Parece aliviado de verdad—. Así que algunas cosas pueden ser buenas. —Sonríe.

Me doy cuenta de lo que ha hecho demasiado tarde. De que ha retorcido lo que he dicho para quedar por encima de mí.

¿O me equivoco?

A las seis en punto, Doodles ha quitado el panel trasero del radiocasete Sony y está examinando el cableado, mientras suena «True», de Spandau Ballet, en Radio X en mi teléfono. Es la primera vez que consigo que se acerque desde que descubrimos la máquina del tiempo.

Estoy en ascuas, ansioso por ver qué encuentra. Porque el Gran D

tiene que encontrar algo sí o sí, ¿verdad? Algo diferente sobre esta máquina. Algo técnico que pueda explicar cómo está pasando esto, algo más allá de la «magia», en palabras de Jules.

—Pues te voy a ser sincero, Adman —dice al cabo de un rato mientras se rasca la raja del culo con el destornillador—. Lo único raro de esta antigualla es que siga funcionando.

—¿Estás seguro? ¿Al cien por cien? ¿De verdad que no tiene nada de raro?

—Sí. Es lo que te he dicho. Sony estaba haciendo música para las masas con modelos como este. Lo que no quiere decir que no vayas a recibir ofertas —se apresura a añadir.

Se refiere a cuando lo ponga a la venta en eBay. La mentira que le he contado para que viniese a echarle un vistazo antes de ir al pub a reunirnos con el resto de nuestro equipo para las habituales copas de fin de semana, aunque, en esta ocasión no va a ser tan habitual, claro, porque acaban de vender la empresa para la que todos trabajamos.

—Muy bien. —Me obligo a sonreír, pero es casi imposible ocultar la decepción en mi voz.

—Aunque no creo que debas venderlo —dice mientras se sacude el polvo de su sudadera preferida de LCD Soundsystem.

—¿No?

—Bueno, está en buenísimas condiciones, ¿por qué vas a hacerlo? A ver, que te encantan todas estas cosas viejas, ¿no? —Señala con la cabeza las estanterías de vinilos y la caja llena de cintas de casete y de CD.

—Sí, supongo.

Me llaman por teléfono. El nombre de Meredith aparece en la pantalla, provocándome la misma punzada de conexión que sentí en la fiesta de Darius. Esa punzada que antes solo le pertenecía a Jules.

—Contesto fuera —digo.

—Sí, claro, lo que tú digas, colega —replica Doodles, que ya está atornillando la placa trasera del radiocasete.

Salgo a la luz del sol y me alejo deprisa del cobertizo, para que no me pueda oír, antes de echar un vistazo hacia la ventana del salón, donde veo a Jules y a los niños riéndose de algo que ponen en la tele.

—Hola —contesto con voz titubeante, porque Meredith y yo no hablamos mucho por teléfono.

—Bueno, ¿vais a venir al pub o qué? —me pregunta.

—Esto… Claro —contesto.

—Bien, porque te necesitan, Adam. Todos te necesitamos. Todos estamos todavía un poco perdidos, un poco conmocionados.

Siento que se me hincha un poco el pecho al oír eso. Que tal vez no soy solo su jefe, sino algo más. Y no solo para ellos, también para ella. Pero, luego, veo de nuevo a Jules en la casa y siento ese aguijonazo de culpa. Aunque, en realidad, no estoy haciendo nada malo, ¿verdad? Pero si es así, ¿por qué me parece que está tan mal?

Claro que, luego, el corazón se me estremece al escuchar los primeros compases de «Seven Nation Army», de los White Stripes, desde el cobertizo. Un clásico de 2003 que solo puede ser de una de esas cintas o de un CD.

Doodles.

¡Madre del amor hermoso! Tiene que haberla puesto él.

—¡Mierda, tengo que dejarte!

Corro hacia el cobertizo con el corazón desbocado después de dejarla con la palabra en la boca. Esperando encontrar ¿qué? ¿A Doodles tieso con los ojos de la niña de *El exorcista*?

Por un momento, me temo lo peor al verlo plantado e inmóvil delante del radiocasete.

Sin embargo, luego se da media vuelta y sonríe mientras suelta una larga bocanada de humo del porro.

—¿Por qué me miras así? —pregunta.

—Pues… En fin. Es que… Es que no sabía que eras fan del *rock*, nada más.

—Oye, por más que me guste lo digital, todavía se me permite que me gusten Jack y Meg.

—Sí, claro. Por supuesto —murmuro, aunque casi no me salen las palabras, porque mi cabeza es otra vez un hervidero de pensamientos. Porque esto quiere decir que Jules también tiene razón en esto. Sea lo que sea, solo nos concierne a los dos, es personal.

Esta locura de máquina del tiempo que tenemos solo parece funcionar con nosotros.

—Así que todo esto es de Jules y tuyo, ¿no? —dice Doodles, que pasa una mano por las cintas de casete y los CD—. Genial. Pero esto está muerto con el *streaming*, ¿no? A ver, que la mayoría de la gente no tendría lo necesario para hacer una de estas nuevas si quisiera —añade con un deje nostálgico.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

—Que no todo el mundo tiene lo necesario para…

—Sí. —¡Madre mía! Pero yo sí lo tengo, ¿verdad? A ver, que si quisiera, podría…

Le pita el Apple Watch.

—Kylie —me dice—. Que se van a una mesa en la terraza de la azotea.

—Mmm, mira, ve tú delante y yo iré dentro de un rato. Tengo que hacer una cosa antes.

En cuanto lo despido, me meto de nuevo en el cobertizo. ¿Y si tiene

razón? ¿Y si puedo crear más recopilatorios? Cintas nuevas que nos permitan viajar en el tiempo. Que nos permitan seguir haciendo esto incluso después de haber quemado las demás.

Tardo una eternidad en encontrar una cinta virgen entre todo el caos. Es una rara, de diez minutos. Una que mi padre debió comprar, sabrá Dios por qué. La meto en el radiocasete y miro el botón rojo de grabación.

Aunque ¿qué canciones grabo? Evidentemente, algo que le guste de verdad a Jules, porque ese ha sido siempre el objetivo, ¿verdad? Pero mientras repaso mis últimas listas de reproducción de Spotify, no veo nada nuevo que ella pueda reconocer. ¡Por Dios! ¿Cuándo ha pasado esto? Siempre nos gustaba lo mismo al mismo tiempo.

Entonces encuentro una cosa. Un viejo álbum. Un vinilo. Uno que poníamos juntos. Lo pongo y le doy a grabar.

Diez minutos después, entro para buscar a Jules. Acabo siguiendo el sonido de las risas hasta encontrarla, todavía en el salón con los niños. Nuestras antiguas cintas de vídeo están esparcidas por la alfombra.

—Rebobina. Enséñaselo a papá —dice Liam, que me sonríe desde el suelo, donde está sentado con las piernas cruzadas y un gorro negro de Resident Records.

«Papá». Lo dice con verdadero entusiasmo. Como lleva mucho tiempo sin decirlo.

Jules rebobina lo que han estado viendo. Un vídeo corto de Nelly y él revolcándose en la hierba en un pícnic en los jardines de St. Ann's Well Gardens. ¡Por Dios, lo que daría por volver allí solo por un…!

Y, justo entonces, veo lo que Jules está haciendo. Está buscando el momento al que quiere volver la próxima vez.

—Estábamos recordando todos los momentos felices —dice,

sonriéndome.

Leo los años escritos en los cantos de las cintas y veo que no hay ninguna que no tenga por los menos quince años. ¿Por qué? ¿Porque fue entonces cuando sucedieron todos los momentos felices?

—¡Puaj, mamá! El perro se ha tirado un pedo —dice Liam, que se aleja enseguida de Groucho, que está tumbado a su lado.

—¡Qué asco! —exclama Jules.

Mientras Groucho se escabulle con gesto culpable hacia el jardín y los niños siguen partiéndose de la risa por lo que ven en la tele, le hago señas a Jules para que salga al pasillo, donde no podrán oírnos.

—Toma —le digo al tiempo que le entrego la cinta que acabo de grabar—. Es nueva.

—¿Qué quieres decir?

—La he grabado para ti. Solo dura un par de canciones.

Mira las palabras que he escrito en la cinta. *Para animarse un sábado*. Como mañana. La próxima vez que pensamos viajar al pasado.

—Pero ¿por qué? —me pregunta.

—Porque el número de cintas y de CD en la caja es el que es, y los estamos acabando rápido. ¿No crees que estaría bien averiguar si podemos hacer más?

—¡Joder, claro! ¡Ah! ¿Qué ha pasado con Doodles? ¿Ha encontrado algo raro en la máquina?

—Nada.

Asiente con la cabeza, como si ya se lo esperase.

—También ha puesto una cinta.

—¿¡Qué!? —Pone cara de asombro.

—Lo sé. No era mi intención que lo hiciera. Pero lo ha hecho.

—¿Y?

—No le ha pasado nada. No como nos pasa a nosotros.

—Lo sabía. —Esa sonrisa de nuevo—. Esto es solo para nosotros. —Mira de nuevo la cinta que acabo de darle—. Pero ¿esto no me devolverá a…?

—Hoy —le digo—. A ahora, a cuando te la he dado. O a unos minutos antes, supongo.

Nelly se ríe a carcajadas y llama a Jules.

—¿Te has dado cuenta de que llega a casa a su hora y de que no habla tanto por teléfono con su jefe? —me dice—. Incluso va a volver a salir esta noche con Eva y con algunos de sus antiguos compañeros de clase.

Me alegro. De verdad. Incluso aunque esto se deba a que Darius le ofreció ese espacio de oficina. Incluso aunque sea un problema que desearía haber podido resolver yo mismo.

Me llega un mensaje al móvil y me voy a la cocina para mirarlo. Es de Meredith y, de nuevo, siento ese… aguijonazo.

«Aaah, que al final sí has venido…!», dice el mensaje cuando lo abro.

Hay una foto. De Doodles y de ella de pie junto a la barra de la planta superior en el Lion & Lobster, los dos sonriendo. Pero todavía no lo entiendo. Hasta que veo el barril de cerveza que hay entre los dos. Una cerveza especial llamada Outback. Con un koala regordete que me mira desde el grifo.



9

Jules - «Hey Ya!»

—¡Por el amor de Dios! ¡Vamos, que pareces un burro!

Eddy, que trabaja en el despacho de abogados de al lado y siente debilidad por Rose, está en el Peregrine para tomarse su pinta de los sábados. Bebe un sorbo y me mira por encima del vaso, mientras espero en la puerta para despedirme.

Las carreras de Royal Ascot son sus preferidas. Esta mañana, después de leerme los nombres de los caballos y de los jinetes para ver cuáles tenían un significado astral o potencialmente afortunado para cualquiera de las dos, Rose me animó a apostar por Danny Boy, su «ganador seguro».

Como siempre, me negué. No apuesto a nada, sobre todo después de lo que le pasó al padre de Adam. Soy demasiado mayor como para apostar a algo con tantas variables, pese a las supuestas habilidades clarividentes de Rose. Además, estoy tiesa. La aterradora factura de la tarjeta de crédito parece palpitar en cada uno de mis pensamientos.

En cualquier caso, no he salido de la cocina porque no me ha dado tiempo. El encargo de *catering* para Darius me ha hecho sucumbir al pánico y he estado practicando algunos platos clásicos, aunque mi

confianza está por los suelos.

Anoche hice un *boeuf bourguignon*, pero prácticamente se había evaporado cuando lo serví, y los trozos de carne cara que sobraron sabían a suela de zapato. Hasta Groucho Guarx lo rechazó, lo que técnicamente demostró que era peor que la comida para perros.

—Vamos… ¡Vamos! —grita Rose con el puño en alto—. Ya casi estás, ¡vamos! —grita, como si el jinete pudiera oírla.

La voz del comentarista va subiendo por la emoción a medida que los caballos se acercan a la meta.

«¡Y Carpe Diem gana por los pelos», grita.

—¡Carpe Diem, vaya mierda! —exclama Rose, que menea la cabeza mientras arruga el comprobante de su apuesta. Mira la sección de deportes del *Daily Mail*, que está abierta sobre la barra de latón deslustrado—. ¡Uf! Veinte a uno. Alguien se ha forrado.

La voz del comentarista disminuye de tono y velocidad a medida que los perdedores cruzan la línea, pero Rose apunta de forma petulante con el mando a distancia hacia la tele y la apaga.

—¡En fin! —exclama Eddy con deje compasivo—. Que tengas más suerte la próxima vez.

Rose lo mira con desdén, pero él le regala una sonrisa y ella se ablanda.

—¿Te vas? —me pregunta al verme en la puerta.

—Sí. He dejado el caldo en el frigorífico. Lo usaré el lunes.

—¿Tienes planes divertidos? —me pregunta.

No puedo mirarla a los ojos. ¿Es esto lo que se siente cuando se tiene una aventura? Lo que estoy haciendo con Adam me parece muy ilícito. Por un segundo, quiero ser natural. Contarle nuestro plan de pasar la tarde en el cobertizo… ¡viajando en el tiempo! Pero, claro está, no puedo.

—¡Uf, nada del otro mundo! Voy a solucionar cosas… con Adam.

Ella asiente con la cabeza como si fuera una referencia velada a algún tipo de terapia y me dan ganas de decirle que no es eso. Aunque, ahora que lo pienso, seguramente estoy disfrutando de la mejor forma de terapia de pareja conocida. Quiero decir, ¿de verdad ha pasado solo una semana desde la fiesta de Darius? Hemos echado más polvos desde entonces que en los últimos seis meses. Y, me atrevo a decir, que también estamos conectando cada vez más en el día a día.

—Bueno, dale recuerdos de mi parte —dice.

—Se los daré.



Cuando vuelvo a casa, todo está en silencio porque Nelly se ha ido a pasear por el parque nacional de South Downs con Eva y Liam va de camino a Londres a por un amplificador, así que entro a la carrera en busca de Adam. Al pasar por el cuarto de baño de la planta baja, el que solo usan Adam y Liam, me doy cuenta de que el asiento está bajado.

Otro «fallito temporal» que he notado, pero tan pequeño que no veo la necesidad de comentárselo a Adam.

—Has vuelto. Estupendo. ¿Tienes ropa oscura para lavar? —me pregunta, poniéndose detrás de mí. Lleva un cubo de plástico con la ropa sucia—. ¿Qué pasa?

—Mmm…, nada.

Porque claro, este es otro recuerdo nuevo al que todavía me estoy acostumbrando. Adam siempre lava la ropa los sábados por la tarde, porque yo le presenté el cesto de la ropa sucia en 1995.

Me río, me acerco a él y lo beso, antes de arrastrarlo a la cama

tirando del cinturón de sus vaqueros.

—¡Oye! Quieta —me dice, pero sonríe mientras nos quitamos la ropa el uno al otro.

Y no puedo evitar sentir lo sencillo que es esto. Iniciar el sexo ahora, y no solo porque la casa está vacía, sino porque…, bueno, porque, de repente, hemos recuperado la costumbre. Como cuando éramos jóvenes. Eso es lo que pasa con los hábitos, comprendo. Los rompes, pero también puedes volver a crearlos.

Después, nos quedamos tumbados en la cama sonriéndonos.

—¿Y? —me pregunta—. ¿Estás lista?

—Claro que sí.

Me llevo unas bolsas de patatas fritas, salsas para mojar y una botella de vino tinto al cobertizo. Como si nos fuéramos de pícnic, como solíamos hacer los fines de semana.

Una vez dentro y con la puerta cerrada, Adam levanta la cinta que me dio ayer y me la entrega con una cómica fanfarria para darle pompa al momento.

No tiene título como las otras. Está claro que no está impregnada de nuestra historia y que no se hizo con las horas de dedicación y amor que las demás, algo que ahora ambos estamos de acuerdo en que podría ser una posible explicación al poder que ostentan. Es posible que esta no llegue a funcionar siquiera.

—¿Qué has grabado? —le pregunto, mientras me hace un gesto con la cabeza hacia el radiocasete para que la introduzca.

—Cosas que he pensado que te gustarían. Del primer álbum de los Troubs. ¡Ah, por cierto! Darius me ha comentado lo de las entradas para su concierto. Me dijo que lo había hablado contigo.

—Sí. Me mandó un mensaje.

—¿Sabes? Iba a llevarte de todos modos. Por nuestro aniversario.

—¿Ah, sí? —No puedo evitar parecer sorprendida. A lo largo de los años, Adam ha tendido a ser irónico con nuestro aniversario, normalmente regalándome flores cutres a última hora y una tarjeta todavía más cutre.

—Sí.

Por su forma de decirlo, de repente me molesta haber dejado que Darius se entrometiera, porque, aunque no necesito nada especial, también soy demasiado mayor para seguir siendo irónica con nuestros aniversarios. Después de veinticinco años, quiero que la fecha signifique algo. Algo especial, solo para nosotros.

Tal vez de eso se trata este desquiciado viaje en el tiempo a través de los años. Tal vez nos han dado esta oportunidad para que recapitulemos y nos reagrupemos. Y lo cierto es que parece estar funcionando, porque hacía meses…, incluso años, que no me sentía tan unida a Adam.

—Muy bien, esto es solo una minicinta. Diez minutos —me recuerda—. Eso significa que, si mi teoría es correcta, deberías volver a ayer, a cinco minutos antes de que te la diera.

Se refiere a cuando estaba con Liam y Nelly viendo las viejas cintas de vídeo. Unas cintas en las que no me gustó nada verme, que me provocaron una enorme vergüenza al comprobar lo mandona que era con los niños para que mirasen a la cámara. Y por muy tiernos y preciosos que fueran los niños, ojalá hubiera grabado también a nuestros amigos, o a los padres de Adam y a mi madre, que nos visitaban tan a menudo.

—¿Preparada? —me pregunta Adam—. Pero recuerda: no cambies nada.

Pongo los ojos en blanco al oír su tono de profesor.

—Ya lo sé, ya lo sé.

—Hasta dentro de diez minutos —sonríe, y pulso el *play*.

Los Troubs empiezan a cantar.

—¡Oh, esta me encanta! —exclamo por costumbre.



Acto seguido… *CRAASSSZZZZATTAC…* Vuelvo a salir del tornado y me encuentro de pie delante de la tele con Nelly y Liam, rodeados por un montón de viejas cintas de vídeo que están esparcidas por el suelo.

Ayer.

Esto es espeluznante y muy raro. Más raro todavía que volver más atrás. Como una dosis doble de *déjà vu*.

Sin embargo, mientras que el *déjà vu* solo dura unos segundos, esto sigue… y sigue…

Y tal como ocurrió ayer, ¡porque esto es ayer! Al cabo de cinco minutos, Adam aparece en el vano de la puerta, y Liam y Nelly y yo (bueno, la Jules de ayer conmigo en su cabeza) dejamos de reírnos.

—Rebobina. Enséñaselo a papá —dice Liam.

Jules lo obedece, rebobina la cinta y le muestra las imágenes que grabó de Liam y Nelly cuando eran pequeños en los jardines de St. Ann's Well Gardens.

—Estábamos recordando todos los momentos felices —dice Jules, sonriéndole.

Sin embargo, él mira las cintas con una expresión rara.

—¡Puaj, mamá! El perro se ha tirado un pedo —protesta Liam, que se aleja al instante de Groucho, que está tumbado de costado en el suelo.

—¡Qué asco! —exclama Jules. Un poco cruel, en retrospectiva, porque recuerdo que ese en concreto me lo tiré yo.

Mientras Groucho se escabulle hacia el jardín, injustamente condenado, y los niños siguen riéndose de las imágenes que ven en la tele, Adam le hace señas a Jules para que lo siga al salón.

Sin embargo, todo parece demasiado reciente, como si estuviera actuando. Quiero golpearle la frente con un dedo y gritarle: «¡Adam, imbécil, que soy yo!».

Demasiado tarde. Ya está dándole la cinta nueva que ha grabado y contándole que Doodles no encontró nada raro en el viejo radiocasete Sony.

—Lo sabía. —Siento su sonrisa—. Esto es solo para nosotros. —Vuelve a mirar la cinta que Adam acaba de darle—. Pero ¿esto no me devolverá a…?

—Hoy —dice él—. A ahora, a cuando te la he dado. O a unos minutos antes, supongo.

Todo es tan absurdo, tan ridículo, que yo (¡Yo! Mi yo del mañana o lo que quiera que sea en ese momento) no puedo evitar imponerme a mi yo de ayer y susurrarle a Adam al oído:

—Es que ya he vuelto.

Nelly suelta una carcajada y llama de nuevo a Jules. Sin embargo, sigo imponiéndome a este otro yo. Mantengo el control.

Adam respira hondo.

—¿En serio? —me mira—. ¿Jules? Quiero decir..., ¿eres la Jules del futuro?

—Creo que prefiero la Jules del mañana. Suena más al Universo Marvel, ¿no te parece? —le obligo a Jules a decir.

Adam recibe un mensaje en el móvil, pero ni lo mira.

—¿Eres tú de verdad? —me pregunta, mirándome fijamente a los ojos.

—Sí. —Sigo al mando. Y sonriendo. Solo porque todo esto es una

puta locura.

Adam también sonríe. Como si fuéramos un par de colegiales traviesos que acaban de romper una regla. Una regla de las gordas. La más grande. Los dos. La hemos roto. La seguimos rompiendo.

—Así que funciona. —Se ríe y, luego, tira de mí hacia el pasillo para alejarnos de los niños y que no nos oigan—. ¿De verdad podemos hacer cintas nuevas?

—Pero solo para volver al momento en que las entregamos —digo, obligando a Jules a hablar—. Lo que significa —deduzco— que si grabas otra mañana, podremos volver a este fin de semana en el futuro, digamos dentro de diez años.

Y aunque la idea de inventar una máquina del tiempo solo para transportarme a este periodo tan aburrido de esta vida tan aburrida podría haberme desanimado en el pasado…, todo eso ha cambiado ahora que tenemos la máquina. Además, ahora me lo imagino desde la perspectiva de esa pareja futura con diez años más. Apuesto a que, para ellos, volver aquí será toda una experiencia. A nuestra mediana edad. Con los niños todavía en casa. Adam y yo empezando a llevarnos bien de nuevo. A todo esto que hasta ahora daba por sentado.

Del mismo modo, también siento la confusión de mi yo de ayer. Como si me doliera la cabeza y no estuviera segura de lo que está pasando. Sin embargo, sigo al mando, aunque me distrae el olor del *boeuf bourguignon.*

Voy con ella a la cocina, y Adam la sigue con una expresión alegre en los ojos, pero oigo mis pensamientos de ayer (sobre la factura de la tarjeta de crédito y la cena para Darius) y, de repente, mis fosas nasales reaccionan…

¡Ay, Dios! Pues claro. El *boeuf bourguignon*.

Sin pensarlo, hago que Jules se apoye en la encimera.

Adam me mira, extrañado.

—¿Jules? ¿Jules del mañana? ¿Sigues aquí?

Es gracioso, porque, en realidad, está susurrando.

—Sí —digo a través de Jules.

—Bien, aunque no deberíamos hablar más en realidad —sugiere, con una expresión de repentino pánico en la cara—, porque cuanto más hablemos, mayor es el riesgo de que cambiemos algo.

—Estoy totalmente de acuerdo —replico al mismo tiempo que hago que Jules baje la temperatura del horno sin que él se dé cuenta.

Sé que está mal cambiar lo que pasó con la cena incinerada… En teoría. Pero esto fue ayer. Es un detallito de nada, y seguramente el riesgo valga la pena.

—En serio. Deberías dejar de imponerte ya —insiste Adam.

—Ahora mismo —replico y me despido con un saludito que imagino que podría usar la teniente Uhura o como se llamara en *Star Trek*.

Me retiro. Le cedo el control a mi yo de ayer, que sigue en la feliz inopia. Y empieza a moverse (¡Vamos, guapa, tú puedes!). Se da media vuelta despacio para mirar a Adam y alrededor de la cocina como si no supiera por qué está aquí.

—¿Qué? —le pregunta—. ¿Por qué me miras así?

—Por nada, no pasa nada. —Adam mira el reloj de la pared, tal vez pensando que mis diez minutos se han acabado.

Jules se acerca al espejo y se mira fijamente, examinando sus arrugas, con evidente insatisfacción en ese rostro cansado. Recuerdo que yo misma lo hice ayer después de ver a mi yo más joven en esos vídeos en un intento por demostrarme de forma masoquista cuánto había envejecido.

¡Vaya! Qué cruel soy conmigo misma.

Ahora me doy cuenta de lo autocrítica que es mi retórica interna. De lo dura que soy conmigo. Como si, de algún modo, no estuviera cambiando mi aspecto para mejor. Como si, en algún lugar, hubiera una Jules perfecta con menos arrugas y una lozanía juvenil.

Sin embargo, el asunto es que nunca podré ser tan joven como lo fui ayer. Y ese hecho tan simple es como una gran epifanía.

Por primera vez en toda mi vida de adulta, la inutilidad de perseguir la juventud me golpea de lleno. Junto con la reconfortante constatación de que, aunque la juventud que he experimentado estos últimos días es fabulosa, ese no es mi verdadero yo. No es el paquete completo. Tener este hogar y haber criado a mi familia es mucho más profundo que tener una piel radiante y unos pechos turgentes, por muy maravilloso que sea volver a experimentar todo eso.

Justo después de ese pensamiento, surge otro igual de revolucionario. ¿Y si dejara de preocuparme? ¿Y si tiro la toalla y acepto que nunca volveré a ser joven? ¡Que ni siquiera volveré a parecerlo! Porque a juzgar por el aspecto de mi yo de ayer, ella está bien como está. Lo que significa que yo también.

¿Esto significa que por fin puedo aprender a ser feliz en mi propia piel? ¿Tal como me veo hoy? ¿Ahora mismo?

Oigo de nuevo las risas ahogadas de los niños. Adam se da media vuelta para volver por el pasillo y sé que ya casi es hora de irme, pero justo entonces veo el rotulador que cuelga del cordel junto al calendario y se me ocurre una idea perversa.

Y está mal, ¡muy mal! Lo sé, y Adam me mataría si supiera lo que estoy a punto de hacer, pero ¿qué es este viaje, sino una oportunidad? Al fin y al cabo, ya he conseguido reavivar nuestra vida sexual gracias a nuestra máquina del tiempo. ¿Y si también

pudiera arreglar mi situación económica? ¿De tal manera que Adam jamás lo descubra?

Rápidamente, hago que mi yo de ayer le quite el tapón al rotulador con los dientes y escribo «Carpe Diem» en el espacio en blanco del sábado.

Y justo a tiempo, porque, de repente, el viento arrecia y el tornado me arrastra de nuevo al futuro…



A Adam le brillan los ojos.

—¡Ha funcionado! —dice casi a voz en grito, provocándome un sobresalto—. Porque… Porque ya sé que ayer me hablaste cuando te impusiste y me dijiste que la Jules de mañana estaba allí. Solo que en tu línea anterior temporal no lo sabías, ¿verdad? Tuviste que retroceder para hacerlo.

Exacto. Y, sí, tiene razón. Allí estaba yo.

—Pero ¿no significa eso también que…?

—¿Que esta es otra línea temporal alternativa? —me interrumpe él —. ¿Otro nuevo universo? —Asiente con la cabeza—. Pero solo es una fracción. Algo tan marginal que apenas supondrá diferencia, ¿verdad? La única diferencia es que yo tuve esa conversación de dos minutos contigo ayer.

Pienso en lo que escribí en el calendario.

—Así que creo que ha merecido la pena —sigue—. Porque ahora sabemos que podemos hacer cintas nuevas si queremos. Y creo que deberíamos hacerlo, ¿verdad? De forma regular. A partir de ahora. Así, cuando seamos mayores, podremos volver a hoy y a mañana y a pasado mañana y tal. Solo tenemos que seguir grabando cintas.

—Claro —contesto.

—Bien, porque ya he pedido algunas. —Sonríe—. ¿No ha cambiado nada más? —me pregunta a modo de comprobación, la pregunta habitual.

—Todo lo demás parece igual —contesto, porque es cierto—. Tú. El cobertizo. —Me miro en el espejo—. Yo.

—¿Y qué hay de tus recuerdos?

—¿A qué te refieres?

—A lo de ayer. Y a tus nuevos recuerdos aquí en este universo. ¿No hay nada borroso o extraño en tu memoria después de que te impusieras? Me preguntaba si podrías experimentar una especie de resaca o algo así. Por ejemplo, si recuerdas que anoche nos lo pasamos en grande, tumbados en el sofá después de ponernos hasta arriba de ese *boeuf bourguignon* que preparaste.

Asiento despacio con la cabeza.

Aunque, ¡no!, eso no es lo que yo recuerdo. No con mis viejos recuerdos de mi antigua línea temporal. Recuerdo que lo quemé. Lo chamusqué. Sin embargo…, ahora mismo estoy descubriendo nuevos recuerdos en los que todos disfrutaban de lo rico que estaba el guiso, que se cocinó a fuego lento a la perfección.

Porque bajé la temperatura del horno.

—Pero ¿sabes lo que me parece rarísimo? —me pregunta.

—Mmm… pues no.

—Después de que habláramos ayer, intenté curiosear, ya sabes, de forma sutil, para averiguar si tu yo de ayer recordaba haberme hablado de que tu yo de mañana estaba allí. Pero no te acordabas de nada, como si tu mente no lo hubiera registrado. ¡Ah! —exclama—. Y lo que escribiste en el calendario, *Carpe Diem* —. Sonríe socarronamente—. Te vi hacerlo al salir de la cocina. Pero tampoco recordabas haberlo hecho cuando te lo pregunté. —Mueve las cejas

—. Quiero decir que supongo que eso también fue obra de la Jules de mañana.

—Culpable, señoría. Pero solo lo hice a modo de broma —me apresuro a justificarme.

—¿Qué significa?

—Pues… que… debemos aprovechar el día —respondo con bravuconería—. Que me di cuenta de que, además de todas estas aventurillas, también deberíamos vivir más el momento, ¿me entiendes?

Aunque, en realidad, no era eso, ¿verdad? Porque esta mañana, cuando la nueva yo en esta nueva línea temporal consultó el calendario como cada mañana y vio esas dos palabras escritas de su puño y letra, se le quedaron grabadas tal y como yo esperaba. ¿Qué significaban?, debió de pensar. Y sí, efectivamente. Ahora mismo lo recuerdo.

Luego, ya en el Peregrine, cuando Rose leyó los nombres de los caballos, junto con el de Danny Boy, oí el de Carpe Diem.

Y, ¡por Dios!, el corazón de mi otro yo empezó a latir con fuerza cuando lo comprendió. Ese yo del futuro le había dejado un mensaje muy claro.

Por eso, la nueva yo de esta línea temporal llevó el crédito de la tarjeta al límite del descubierto para apostar mil libras a la victoria de Carpe Diem en Royal Ascot.

Con una probabilidad de veinte a uno.

Recuerdo perfectamente que he estado con Rose en el bar del Hotel Peregrine, viendo la carrera juntas, y cuando Carpe Diem cruzó la línea de meta, nos abrazamos y saltamos de alegría. Incluso abrazó a Eddy.

Luego hice que una exultante Rose me prometiera (totalmente en

serio) que no se lo diría a Adam, ya que iba a usar el dinero para darle una sorpresa.

¡Joder! Ese mismo comprobante de la apuesta está ahora mismo en mi bolso y, cuando lo cobre, tendré casi veinte de los grandes. Suficiente para saldar por fin la deuda de la tarjeta de crédito.

Me vuelvo hacia las cintas, antes de que Adam pueda verme la cara. Quiero chillar de la emoción, pero no puedo. Ya vería fatal que hubiera apostado en las carreras de caballos. ¡Yo, haciendo lo que hizo su padre…! Y sumado además a que rompiese nuestra regla fundamental para cambiar el pasado de forma deliberada… Pues le daría un ataque de nervios. Por eso nunca se lo diré. Por mucho que odie ser deshonesta, esto tendrá que quedarse guardado en la caja fuerte.

—Bueno, pues te toca —digo mientras ojeo las cintas con manos temblorosas—. ¿Adónde quieres ir?

Se pone a mi lado.

—Estaba pensando que quizá cuando los niños eran muy pequeños. Recién nacidos incluso, porque mis recuerdos están muy borrosos. Estaba hecho polvo.

—¿Tú estabas hecho polvo? Intenta dar a luz.

—Pero, luego, he pensado que es demasiado arriesgado —sigue, sacando la cinta llamada *Parto* y entregándomela, mientras yo miro la conocida lista de canciones, todas las cuales me encantan. Recuerdo que Nelly nació con «I'm Like a Bird», de Nelly Furtado. Me pareció un fabuloso presagio y todavía espero que sea cierto—. Porque serían muy pequeños —me explica—. Ya sabes, por si acaso metemos la pata sin querer.

—Sí. Buena idea. Entonces, ¿tal vez un poco más tarde?

—¿Qué tal por la época de esos vídeos que estabais viendo los

niños y tú ayer cuando yo entré y que os hicieron tanta gracia? —sugiere Adam, y yo sonrío, solo un poco decepcionada, porque yo también quería volver allí.

—Eso fue, ¿en 2003 o así? —le pregunto, rebuscando en la caja—. ¿Qué tal esta? —Levanto una cinta titulada *La guardería de papá 2003*.

Se prepara, pone la cinta y así sin más, ¡chas!, se va, como un rayo, y se queda con esa expresión de zombi total en la cara cada vez más espeluznante, mientras yo escucho «Where Is the Love», de Black Eyed Peas, y «Sound of the Underground», de Girls Aloud (para la que Nelly tenía todo un bailecito que se me había olvidado por completo) mientras me imagino a Adam allí con los niños de verdad.

Juego un rato al Wordle, a Connections, hago un crucigrama, navego sin pensar mucho por Instagram y, una hora más tarde, se oye un suave clic al final de la cinta y, de repente, Adam está de vuelta.

Se levanta de un salto y me envuelve en un fuerte abrazo.

—Ha sido… —Me mira a los ojos, con evidente asombro— increíble. Había olvidado lo dulces que eran. ¡Ay, Jules, eran tan…!

Parece al borde de las lágrimas, rebosante de amor. ¿Por qué no lo recuerdo así cuando nacieron los niños? ¿De verdad era tan entusiasta como padre joven? ¿Cómo se me ha podido olvidar algo así?

Empieza a hablarme de su viaje. Que yo había salido en uno de mis primeros trabajos de fin de semana desde que Liam nació. Aunque Adam trabajaba a tiempo completo, estaba contentísimo de ejercer de padre en solitario por el bien del equipo. Me cuenta que preparó un desayuno caótico y ruidoso con los niños, que abrió la cinta que yo le di esa mañana antes de irme y que se llevó el radiocasete al parque porque se fueron de pícnic. Que se subieron en

todos los toboganes, balancines y torres para escalar, que los niños se pusieron morados de cuadraditos de sándwich Dairylea y Cheetos, y que empujó a Nelly en los columpios mientras ella gritaba que quería subir más y más. Y que casi se dejó olvidado al León Brian, el juguete preferido de Liam.

Mientras habla, me río con él, pero también me siento celosa porque quiero ver a mis hijos.

—Muy bien, me toca —le digo, ojeando apresuradamente las cintas.

—Mira, *Canciones para el baño*. Usa esa —dice—. Es de 2004. Poco después.

—Perfecto —digo al tiempo que la meto en la máquina del tiempo —. Allá vamos. Hasta dentro de un rato.

—Que lo disfrutes.

Mientras pulso el *play* y me siento, los acordes de «Hey Ya!», de Outkast, resuenan en el cobertizo…



Al salir del tornado, me descubro sentada en la silla Lloyd Loom junto a la bañera, en nuestra casita adosada, emplazada cerca de la estación, a la que nos mudamos justo antes de que naciera Nelly. Liam y Nelly chapotean en el agua y es como si tuviera vértigo.

Porque aquí están: mis pequeños. Justo aquí.

Chillones y chapoteando.

Me muero de amor, tal como le acaba de pasar a Adam.

Nelly, que debe de tener tres años y medio, le planta un montón de burbujas en la cabeza a Liam, que casi tiene un año. Son tan preciosos que casi no me lo creo. Esos cuerpecitos blanditos…, esas sonrisas bobaliconas…, ese pelo tan fino…, esos dientecitos de leche

y sus alegres sonrisas.

El estómago se me encoge por la alegría, pero a la Jules de 2004 no le interesa nada de eso.

Mis ganas de imponerme, de bajar los brazos a la bañera y agarrar el viejo camión rojo de juguete que tanto le gustaba a Liam y verter agua sobre su brillante cuerpecito, son insoportables.

Sin embargo, por muy tentador que sea, se lo prometí a Adam, y ya he roto esa promesa a sus espaldas con Carpe Diem, así que esta vez solo estoy aquí para disfrutar de la visita. De todas formas, me resulta casi imposible resistirme. Porque ella, la Jules de 2004, ni siquiera mira a nuestros preciosos hijos. En cambio, está absorta en el grueso Nokia gris que tiene en la mano, buscando mensajes de Adam. Está hirviendo por dentro. Indignada y furiosa, porque otra vez se está encargando de la hora de baño porque Adam llega tarde a casa del trabajo.

Me sorprende sentir lo agotada y enfadada que está. Preferiría estar trabajando a hacer eso (la hora de las brujas) al final de un largo día. Le apetece una copa de vino y no tener que leer cuentos antes de dormir.

Los niños se están riendo, pero ella apenas los oye. Sus pensamientos están centrados en Adam, en el pub con Darius, que dice que su último intento de dirigir una empresa tecnológica podría estar dando frutos e incluso ayudarlos a dejar atrás los números rojos.

Al contrario que sus planes, que parecen estar todos en suspenso. Consigue trabajos de *catering* de vez en cuando, pero no los suficientes e, incluso con el sueldo de Adam, es imposible ahorrar para su gran mudanza a Oz, que supuestamente será a finales de ese mismo año. Cada día siente que se le escapa un poco más de entre

los dedos. «Sobre todo cuando Adam pasa el rato en el pub, gastándose nuestro dinero en pintas», piensa. Aunque ¿le molesta el gasto o que él esté teniendo conversaciones de adulto y viviendo una vida de adulto?

Sus pensamientos se ven interrumpidos por los chillidos de la bañera cuando estalla una pelea.

—¡Por el amor de Dios! —exclama, regañando a Nelly, al ver que Liam se ha caído de espaldas—. Lo vas a ahogar. —Levanta a Liam, que se queja de un oído. Tiene la cara colorada y está enfadado—. Cállate —le dice mientras lo envuelve deprisa en una toalla y lo deja sin muchos miramientos en la alfombrilla de la bañera antes de sacar a Nelly y envolverla también en una toalla, tras lo cual ve que le tiembla el labio inferior y le dice con brusquedad que deje de comportarse como una niña pequeña.

Por dentro estoy gritando en silencio: «¡Pero es que es una niña pequeña!». ¿Cómo es posible que mi yo de 2004 no se derrita al ver esos ojazos oscuros? Siento como si me estuvieran atravesando el corazón. Me cuesta la misma vida no imponerme e intervenir para calmarlos a todos.

—Abrazo —suplica Nelly, metiéndose el pulgar en la boca, pero la horrible Jules joven no le hace ni caso y, en cambio, le lanza un pijama desde el toallero y le dice que se vista. Acto seguido, se hace con un pañal y coloca a Liam en el cambiador.

Observo, disgustada, cómo le unta crema en la erupción provocada por el pañal. Debería estar arrodillada, abrazándolos a los dos y dejándoles una lluvia de besos en esos cuerpecitos perfectos.

En cambio, los apresura para que se metan en la cama, como si los estuviera castigando.

¡Ay, las ganas de llorar que me provoca la nostalgia al ver su

pequeña habitación, el olor a talco, las paredes cubiertas por los entrañables dibujos de Nelly, la estantería llena de libros pegajosos y la huella enmarcada del pie de Liam!

Jules no mira nada de eso y resopla al pasar sobre los juguetes esparcidos por la alfombra, hasta que hace una mueca de dolor al pisar una pieza de Lego. ¡Odia el puto Lego! Baja de golpe la cortina, y el sol de última hora de la tarde se derrama con fuerza por los laterales.

—¿*Nas* noches? —pregunta Nelly, de pie sobre su almohada y mirando el mapamundi que hay sobre su cama. Su orgullo y alegría.

Me pregunto dónde habrá ido a parar ese precioso mapa.

—Cierra los ojos y señala —dice Jules, que suspira resignada por ese ritual nocturno. Sin embargo, la culpa de haberle enseñado a Nelly el mundo solo la tiene ella. Y ese descubrimiento se ha convertido en una fascinación infinita.

Nelly cierra los ojos y señala. Luego abre los ojos.

—Sí, Melbourne —dice Jules con naturalidad—. Está en Australia. Pero como si estuviera en otro planeta. Ahora a la cama.

Nelly la obedece, dolida por no recibir más información sobre el lejano lugar que ha elegido. Está claro que quiere que Jules la abrace en el puf que hay entre su cama y la cuna de Liam, donde siempre leen cuentos, pero esta noche Jules no está de humor. Resopla con impaciencia mientras Nelly termina de alinear al señor Oso, al mono morado, y a la muñequita que le compramos el año anterior en Cornualles y que le encanta, lista para la hora del cuento. Liam está en su cuna, arrodillado en su saco de dormir, abrazado al León Brian, casi catatónico por el cansancio.

Veo que Jules mira los libros de la estantería y elige *Ese no es mi osito*, no porque sea un libro de cuentos maravilloso, que lo es, sino

porque es corto. Y mientras lee: «Ese no es mi osito, tiene la nariz demasiado áspera», por dentro está pensando en plan sarcástico: «Esta no es mi vida con esta mierda de días…».

Me siento mal.

¿Cómo he podido ser tan desapegada, tan egocéntrica?

Nelly le pide otro cuento, pero Jules se limita a darle un beso fugaz en la frente.

—Te quiero, mamá —dice, con una vocecilla insegura.

Jules no le devuelve las palabras.

¡No se las devuelve!

—A dormir —replica en cambio.

¿Cómo he podido mirar la cara de ese ángel y no decirle un millón de veces lo mucho que la quiero?

Sin embargo, justo cuando estoy a punto de imponerme para acabar por fin con esta horrible e insensible exhibición de mi yo más joven, oigo la puerta de la casa.

—¡Papá! —chilla Nelly al tiempo que se aparta el edredón, mientras Liam se sienta en la cuna, despierto de repente y dando saltos, agarrado a los barrotes como si estuviera poseído.

—¡No me jodas! —murmura Jules entre dientes al ver que la rutina de acostarse se ha ido al cuerno por la llegada de Adam en el momento menos oportuno. «Siempre hace lo mismo».

Sale de la habitación, por delante de Nelly, y se cruza con Adam en la escalera.

—Ahí te los dejo —dice malhumorada.

Atónita, sigo en el interior de Jules mientras se dirige a la cocina, abre el frigorífico con brusquedad y se sirve una copa de vino que engulle casi de un trago antes de servirse otra, con la esperanza de que Adam no se dé cuenta y comente su creciente consumo de vino,

como hace a veces.

Claro que él tampoco debería decirle nada. Lo conoce lo suficiente como para saber que se ha bebido tres pintas.

Adam empieza a cantarles a los niños, desafinando, en la planta alta. «Mr. Brightside», de The Killers, ese grupo nuevo que le gusta.

Jules está sentada a la mesa de la cocina, enfadada porque los ha espabilado justo cuando ella ya los había acostado. Si quiere cantar con ellos, ¿por qué no elige canciones de cuna? Le molesta que él les parezca mucho más divertido. No es justo que ella cargue con el trabajo más pesado y que él se lleve los laureles cuando aparece.

Aferra la copa por el pie, consciente de que debería empezar a recoger los juguetes esparcidos por el suelo de la cocina, fregar la sartén y limpiar la mesa para quitar los trozos de *fusilli* con pesto desperdigados por todos lados, pero merece un momento de descanso.

—Dijiste que volverías temprano —le recrimina a Adam cuando aparece por la puerta de la cocina.

—Lo siento. No había manera de callar a Darius. —Adam abre el frigorífico y saca una cerveza—. ¿Qué te pasa, cariño? ¿Un día duro?

Me maravillo al verlo. Tan dinámico. ¡Tan en la flor de la vida! Ha engordado desde que tenía veinte años, pero sigue siendo delgado y fuerte, todavía no tiene arrugas en la cara, aunque no pasará mucho tiempo antes de que empiece a salirle la barriga cervecera. Estoy tan acostumbrada a él como es ahora que había olvidado lo atractivo que era.

Se acerca y levanta a Jules de la silla. A ella (a ambas) le resulta tan familiar, tan hogareño, que el resentimiento que Jules siente choca con el alivio de que la abrace. Mientras yo me como con los ojos sus fuertes pectorales.

—¿Sabes qué? Te he preparado una cinta —dice al tiempo que le enseña la cinta que acabamos de poner en el cobertizo. Ella la acepta y se le derrite el corazón por esa ofrenda de paz tan necesaria.

—No le has puesto nombre —le recuerda.

—¡Ah! Pues vamos a titularla *Hora del baño* —sugiere él mientras saca un bolígrafo del bote.

Lo escribe en la carátula y luego pone la cinta. «Hey Ya!» empieza a sonar y, a esas alturas, es imposible que Jules siga de mal humor, con el vino suavizando sus aristas, así que él la levanta de la silla y la toma entre sus brazos, y bailan en la cocina, mientras Adam aparta a patadas los juguetes y los manda hacia el rincón, como parte del baile.

Sin embargo, la conoce demasiado bien. Ella no se está entregando por completo. Aminora el ritmo y empieza a mecerse con suavidad contra ella, escuchándola mientras le cuenta su día. Lo difícil que le resulta hacer cualquier cosa. Lo agotada que está… a todas horas, ¡joder!

—Y he recibido un mensaje de correo electrónico de Rob —le dice, porque, al fin y al cabo, es el culpable de su estado de ánimo—. El chef que se fue a Sídney, ¿te acuerdas? Está trabajando en un restaurante increíble en la playa llamado Bathers' Pavilion. Dice que hay un puesto perfecto para mí, pero que debería empezar ya. Y, ahora mismo, no estamos cerca de irnos ni por asomo.

Adam la escucha y asiente con la cabeza, comprensivo.

—Y me parece… muy frustrante. Es como si hubiera otra vida ahí fuera, esperando, y no pudiéramos llegar a ella.

—Pero llegaremos. Es solo cuestión de tiempo. Ya queda menos. Lo conseguiremos. Te lo prometo.

Ella lo mira a la cara y ve (yo lo veo) que está hablando en serio.

Que hará cualquier cosa para que su deseo se haga realidad.

Debería estar feliz, como ella lo está ahora. Pero, de repente, lo único que pienso es: «¡Noooooooooo!». Tengo unas ganas enormes de ponerle fin al plan australiano en este mismo instante, porque está condenado al fracaso. Si se van a Australia, los padres de Adam morirán y luego vivirán años de resentimiento y remordimientos. Aunque podría imponerme ahora mismo. Llamar a mi suegro. Advertirlo de alguna manera. Cambiar el pasado.

Crear un nuevo futuro para todos nosotros.

Sé que no debería, que Adam se pondría furioso si lo hiciera, pero ¿y si en realidad es lo correcto?

Sin embargo, ya es demasiado tarde, porque una vez más el tornado me envuelve y me arranca del momento.



Abro los ojos de golpe en el cobertizo y me quedo un segundo en *shock*. Siento que algo se rompe dentro de mí.

—¿Qué pasa? —me pregunta Adam, que me toma de la mano mientras se desata un torrente de lágrimas. No puedo hablar—. ¿Qué ha pasado? —insiste, arrodillado delante de mí, pero meneo la cabeza—. No habrás… No habrás cambiado nada, ¿verdad?

Pues no. Y ese es el tema. Su madre y su padre van a morir.

Ya lo han hecho. Están muertos. Pero no es solo eso, ¿verdad? Es todo. Son todos esos sentimientos que me han seguido hasta aquí. Tan reales como lo eran entonces.

—Fui una madre de mierda —sollozo—. Fui muy egoísta con ellos, muy mala y espantosa.

El horrible peso de la vergüenza y del arrepentimiento es insoportable.

—Pero no has cambiado nada, ¿verdad? —repite, sin entender.

Y esta vez no lo he hecho, pero, de repente, lo odio, por todo esto. Por hacerme recordar las cosas que prefería olvidar. Por romper mi visión idílica de las cosas. En la vida me he sentido tan insegura de quién soy y tampoco tengo claro en lo que nos hemos convertido.

Aunque quizá Adam es capaz de percibir mi desesperación, porque levanta un brazo y me acaricia la mejilla.

—No fuiste una mala madre —me asegura al tiempo que pega la frente a la mía—. Ni una sola vez.

—Sí que lo fui —protesto—. Tendrías que haberme visto. Estaba de mal humor, impaciente y…

—Solo fue un mal día —me tranquiliza mientras me aferro a él, como si fuera una boya en medio del mar, porque así es como me siento. Perdida. A la deriva—. No tenemos por qué volver —dice—. No si te altera.

No me puedo creer que lo diga en serio. Pero está hablando en serio. Renunciaría a todo esto, por mí.

Sin embargo, en vez de sentir gratitud, siento pánico, un pánico que me llega a la médula de los huesos. Por la posibilidad de renunciar a esto. De que nos quedemos sin esto. Porque lo necesitamos, ¿verdad? ¿No es esto lo que nos ha hecho mejores, lo que nos ha hecho felices de nuevo?

Me limpio las lágrimas con el puño de una manga.

—No, no pasa nada —le aseguro. Porque por muy horrible que haya sido, también ha sido igual de maravilloso, ¿verdad? Ver a los niños. A esas preciosas personitas que una vez me pertenecieron—. Estoy bien. En serio. Es que ha sido… intenso.

Adam me sonríe con suavidad. Se pone las manos en la espalda y se estira, y entonces me río, al ver los trocitos de patatas fritas que

tiene en la sudadera y darme cuenta de que se las ha comido todas.

Me tranquilizo y dejo que el vino me calme. Hablamos más sobre el baño de 2004, pero no menciono nuestra charla posterior sobre Australia, porque sé que despertará demasiadas emociones y, al igual que me pasó a mí, solo querría arreglarlo.

—¿Y tú? —acabo diciendo—. ¿No te has desanimado? ¿Quieres hacerlo otra vez?

Ni falta hace que responda. Lo veo en su cara. Está tan enganchado como lo estoy yo.



10

Adam - «Starstrukk»

«¿Quieres hacerlo otra vez?». Como si fuera un niño, en el muelle de Brighton, con mi padre señalándome la montaña rusa.

Aun después de ver a Jules tan disgustada nada más regresar, claro que quiero hacerlo. Es egoísta, lo sé, pero viajar en el tiempo te hace eso. Una vez que te das cuenta de que puedes romper las leyes de la física a voluntad, es difícil no empezar a pensar que tal vez tampoco se te aplican un montón de otras reglas. Que, de verdad, eres el centro del universo por una vez.

Además, al final ha acabado sonriendo, lo que significa que sigue habiendo más cosas buenas que malas en todo esto.

—¿Adónde quieres ir? —me pregunta.

—A ver a mis padres.

Espero que Jules se apunte a la idea de inmediato. Sabe cuánto los echo de menos. ¿Y si volver a verlos, verlos de verdad, no como en el 89, cuando Adam solo podía concentrarse en Jules, me hace sentir tan feliz como volver a ver a los niños? ¿Y si ese pudiera ser mi último recuerdo formativo de ellos en vez del accidente?

En el caso de que tengan que pasar por el accidente… porque bien sabe Dios que tampoco dejo de pensar en eso. Lleva días

carcomiéndome por dentro.

—Pero ¿y si te tienta? —me pregunta Jules, como si me leyera el pensamiento.

Me hago el tonto.

—¿El qué?

—Ya sabes a lo que me refiero. —Me mira con esa expresión que sería capaz de localizar al otro lado de un estadio de fútbol, en plan: «No me toques las narices. No me chupo el dedo»—. A advertirles sobre el accidente —dice—. A intentar evitar que se maten.

«No lo haría». Pero poso de nuevo la mirada en la copia de *Regreso al futuro* que hay sobre la tele. ¿Cuántas veces la he puesto durante los últimos días? Siempre centrándome en las mismas escenas. Cuando Marty McFly le mete la nota en el bolsillo de la bata a Doc Brown, que luego se pone un chaleco antibalas que cambia su destino. De modo que Marty le salva la vida al hombre.

—¿Y si eres incapaz de contenerte? —insiste Jules—. Incluso a mí se me ha pasado por la cabeza llamar a tu padre ahora mismo, en la hora del baño —admite con muy mala cara—. Saber que puedes hacerlo, Adam, saber que puedes cambiar la historia, o crear una nueva historia en un nuevo universo por lo menos, hace que sea casi imposible de resistir.

—Pero tú te has resistido —replico.

—Sí, pero son tus padres, no los míos y, aunque los quería mucho, para ti la tentación va a ser muchísimo peor.

Claro que tiene razón, y es algo que he estado rumiando. Enfrentarme a la tentación es muy arriesgado, pero no solo eso, también podría ser moralmente reprensible. Porque ¿y si cedo? ¿Cómo afectaría a las vidas de otras personas si cambio su destino y siguen vivos? Quizá de forma negativa, además de positiva. Que

sobrevivan a aquel accidente de coche podría significar que otras personas mueran en su lugar en el accidente en cadena de la autopista. Lo que me dejaría a mí jugando a ser Dios con las vidas de otras personas. Algo que mi madre detestaría y que sé, en el fondo, que está mal.

—Entonces, ¿otro momento? —pregunto—. Después de 2004. —Los dos sabemos a lo que nos referimos. Después de que mueran.

—¡Ay, Adam! Qué triste te veo.

—Ya, a ver, en fin… Que acabo de acceder a no volver a ver a mis padres.

Aunque tampoco se trata solo de ellos, ¿verdad? Se trata de muchas otras tentaciones ahora que tenemos este poder. Como Liam. Su mano. Si quisiera, podría cambiar eso también. Podría cambiar cualquier cosa, pero no debo hacerlo, por las consecuencias que podría acarrear.

—Pues vamos a elegir otro momento para animarte —propone Jules—. Algo divertido. Como antes con el pícnic.

—Claro —digo mientras siento que la adrenalina me vuelve enseguida. Ese mismo subidón que obtuve con mi primer viaje de hoy. Como si volviera a fumar y solo quisiera otra calada. Como si no pudiera controlarme. El simple hecho de estar antes con los niños me hizo sentir muy vivo, una parte integral de sus vidas, muy completo.

—Venga, ¿cuál es tu recuerdo preferido? —Jules esboza una sonrisa alentadora—. Después del 2004 —me recuerda—. ¿Tu recuerdo más feliz?

Cierro los ojos y repaso mentalmente los cumpleaños y las Navidades hasta que, de la nada, lo veo: la inmensidad del mar Mediterráneo. Lo mejor de todo es que sé el CD para ese recuerdo,

uno que Jules grabó en 2009, cuando los niños tenían nueve y seis años. El mismo año que Ngozi alquiló un apartamento en Mallorca, pero Isaac se rompió una pierna y Geoff tuvo que viajar por trabajo, dejándola tirada en casa, de modo que nos dejó el apartamento durante una semana. Las únicas vacaciones familiares en condiciones que hemos tenido en el extranjero.

—*Amor veraniego* —le digo mientras saco el CD y leo el título que escribió en el disco, junto con un dibujo de nuestra familia, cuatro monigotes que se sostienen las manos debajo de dos palmeras.

—¿Crees que funcionará de todas maneras? —me pregunta, porque nunca hemos probado con un CD.

—Solo hay una manera de averiguarlo. ¡Ah, y ya lo he buscado en internet! La duración de un CD normal como este es de setenta y cuatro minutos —digo.

—Así que me mirarás con cara de zombi durante catorce minutos más que las cintas normales.

Sonrío y hago una mueca.

—Qué suerte la tuya.

Pulso el botón para abrir la tapa del CD del radiocasete y pasa un tenso segundo hasta que su antiguo motor cobra vida. Pero, luego, el polvoriento panel se abre despacio, y los dos sonreímos. Le doy la espalda a Jules, me coloco bien la sudadera de Ziggy Stardust, detestando que el michelín me cuelgue por encima del cinturón como un rollo de masa a medio subir. Froto deprisa el CD con el mono turquesa de David Bowie y lo pongo.

Le sonrío a Jules mientras me apresuro a sentarme en la butaca, con las miradas entrelazadas, y empiezan a sonar los primeros acordes de «Starstrukk», de Katy Perry… antes de… FIUUUUUUUUUU…

Me succiona de nuevo ese ensordecedor tornado…



Aterrizo (ahora es mi palabra preferida para describir la sensación de volver a mi yo más joven) con un grito, al tiempo que caigo en picado y oigo el chapoteo del agua al chocar con ella.

El Joven Adam se rodea las rodillas y el abdomen con los brazos. No respira. Todo está borroso. Durante un segundo, me asusto. ¿Se puede saber dónde he aterrizado esta vez?

Solo que ya estamos ascendiendo, rodeados de un líquido del azul más profundo, y me doy cuenta de que el corazón de Adam late por la alegría, no el miedo. Sea lo que sea esto, le encanta. Salimos a la superficie y al ardiente sol, y jadea en busca de aire.

—¡Diez sobre diez! —chilla Nelly.

—¡Once! —grita Liam.

Con un zumbido en los oídos, Adam les sonríe (por favor, están para comérselos) y ve que fingen sujetar carteles con la puntuación, como en su programa preferido, *Strictly Come Dancing*, desde donde están sentados con las piernas cruzadas, con sus bañadores, mirándolo desde un muelle de madera cuajado de mejillones.

Siento la alegría de Adam fluir por mí cuando Nelly intenta zambullirse de cabeza y lo clava a la primera. Le salen alas a su corazón y parece que nunca va a regresar.

Sin embargo, Liam también se mete en el agua. Sin avisar, se lanza sin más. De inmediato, siento la ansiedad de Adam por las nubes. Aunque intenta mantener la sonrisa mientras los dos niños chapotean a su alrededor, cada vez que uno de ellos se sumerge, su estrés aumenta, luego baja, luego aumenta, luego baja. Como si tuviera una marea brutal en su interior, una marea que no puede

controlar.

Me doy cuenta de que ha desaparecido. Aquel feliz veinteañero de la fiesta en casa al que no le daban miedo los riesgos. Lo mismo que el joven tranquilo del pícnic sin una sola preocupación en el mundo. Su madre y su padre, mi madre y mi padre, murieron hace cinco años. Adam ya sabe que el mundo hiere.

—Volvemos a la playa —les dice, todavía acojonado mientras intenta no perderlos de vista.

—Pero, papá…

—Hacedlo. —Parafrasea el viejo eslogan que usaba Nike en los ochenta, «Just Do It», uno que Darius y él usaban para retarse el uno al otro.

Solo por las miradas de decepción en las caras de los niños, «no lo hagas» sería un eslogan mejor para su padre.

Vuelven al lugar donde Jules, que en este momento tiene treinta y siete años, está tomando el sol en la playa con un biquini de lunares. Adam se siente aliviado de volver a tierra firme, pero aun así le preocupa que los niños se alejen demasiado. El miedo a perderlos también lo corroe por dentro.

Los mantiene cerca, construyendo castillos de arena, tan complejos y grandes que los tres pronto se pierden en la tarea. Pero también le preocupa que se quemen con el sol.

Declara que ya es hora de irse de la playa, aunque nadie quiere hacerlo excepto él. Jules dice que los niños pueden llevar camisetas de protección solar, pero él replica que sigue siendo demasiado arriesgado.

—¡Ay, mierda! Se me ha olvidado… —dice Jules—. Quería darte esto en el avión. Ya sabes, por ser una tradición en vacaciones y tal.

Le da un viejo reproductor de CD plateado y una caja con un CD.

El recopilatorio *Amor veraniego*. Lo que quiere decir, joder, que ya he consumido la mitad del tiempo que me queda aquí y que no lo estoy disfrutando, por eso de que Adam me está traspasando su ansiedad.

En ese momento, una pieza musical distinta capta su atención. O, mejor dicho, la de Liam. Mi hijo tira de Adam y señala al otro lado de la playa, donde hay un hombre tocando una guitarra acústica. Liam ya está enganchado. Adam le compró una guitarra acústica para su último cumpleaños.

Cuando llegan junto al músico, el hombre está tocando un sencillo *riff*, y Adam observa a Liam imitarlo con los dedos de la mano izquierda mientras intenta descifrar los acordes o, por lo menos, finge que lo intenta.

Es difícil entender las palabras en inglés que canta, pero la melodía es potente y muy pegadiza. Tanto que, cuando Adam se da cuenta, Liam la está tarareando en perfecta armonía, como si la conociera de toda la vida.

Una cálida sensación recorre el pecho de Adam. Orgullo. Está orgulloso de su hijo.

—¿Cuál es? —le pregunta al músico cuando la canción termina y le da a Liam un par de euros para que se los meta en el sombrero.

—«Ventura Highway».

Adam asiente con la cabeza.

—¿De quién?

—America.

El nombre ya le resulta familiar por la única canción suya que conoce, «A Horse With No Name», pero, en este momento de su vida, Adam no se da cuenta de lo mucho que suenan en todo el mundo. Apunta su nombre en una nota de su nuevo iPhone para acordarse de que tiene que verlos y descargarse algunos de sus

álbumes. Ya está pensando en suscribirse al nuevo servicio de música Spotify cuando vuelva a casa. Un caprichito para la media hora diaria que tarda en llegar a la pequeña empresa de Lewes, donde lo acaban de nombrar jefe de proyecto de un juego para móviles que se lanzará a través de la nueva App Store de Apple.

—Su hijo… es bueno —dice el músico, mirando a Adam—. *Talentoso.*[*] También debería ser cantante algún día.

El pequeño Liam se pone colorado por el halago, pero no termina de rechazarlo. Él también lo cree.

A medio camino del apartamento, Jules para su pequeño destacamento delante de un local de Codfather, donde venden patatas fritas y pescado. Adam suelta las bolsas de la playa una a una, como si estuviera jugando al *Buckaroo!* a cámara lenta, mientras ella entra con los niños para comprarles unas patatas fritas y que dejen de protestar por volver a casa.

Adam se pone a pasear de un lado a otro bajo el sol abrasador, con ganas de sentarse y también de darse una ducha fría, deslomado por el esfuerzo de cargar con todo eso. Se rasca la barriga, deseando no estar tan poco en forma.

—¡Oye, mira por dónde vas, bola de sebo! —grita alguien mientras se choca con él.

—¿Perdona? —Adam levanta la mirada.

El muchacho que lo mira tiene el cuerpo musculoso de un deportista y le saca una cabeza a Adam. Yo también lo reconozco. La cara de este cabrón no se me va a olvidar en la vida. Ni las de los dos matones que lo flanquean, igual de fornidos.

—¿Qué pasa? ¿Estás tan sordo como gordo? —se burla el que se ha chocado con él mientras se inclina tanto que Adam capta el hedor a cerveza de su aliento.

Espera a que Adam hable. Lo está retando a que lo haga. Pero Adam no lo hace. Como yo tampoco lo hice. Mientras los tres se alejan entre risotadas, una rabia impotente crece en Adam y le arden las mejillas por la vergüenza.

Se da media vuelta y ve que Jules, Nelly y Liam han presenciado el altercado. Ve su reflejo en el escaparate del local. «Koala». Adam todavía no ha oído el apodo, pero la forma ya está ahí.

—No les hagas caso. Son unos imbéciles —dice Jules con los labios apretados al tiempo que le rodea la cintura con un brazo para tranquilizarlo.

Adam solo ve las mejillas de los niños, coloradas por la vergüenza, y que ninguno es capaz de mirarlo a los ojos.

Se vuelve para buscar al trío, pero ya es demasiado tarde. Se han perdido en la plaza llena de turistas, dejando a Adam para que vuelva a cargar con el montón de bolsas y de juguetes de la playa y para que siga a Jules por el camino.

—No le estarás dando vueltas a lo que te ha dicho ese chico borracho, ¿verdad? —le pregunta Jules un minuto después, mientras él sigue fulminando la distancia con la mirada.

«Chico». Que Jules lo llame de esa manera solo empeora la situación.

—No. —Pero lo hace, y no solo él, yo también. En mi mente, aparece la foto que Meredith me mandó. La del koala regordete del grifo de cerveza. Luego veo a Darius, con Jules en la piscina el día de su fiesta. Darius, con sus músculos marcados y morenos. Darius, que la hizo reír.

Una rabia real lo recorre entonces y también me recorre a mí. Intento controlarme, pero no lo consigo.

En cambio, lo hago sin más. Me envuelvo en el lema de Nike,

mandando a la mierda las consecuencias, y me impongo a Adam. Desbloqueo su teléfono y le obligo a escribir otra nota. Uso todos los razonamientos y las palabras que sé que le harán daño y conseguirán que se ponga manos a la obra. Me importa una mierda si lo que hago está mal.

—¿Qué pasa? —me pregunta Jules, con la mirada clavada en mi teléfono.

—Nada. Solo… algo de lo que tengo que acordarme —le hago decir a Adam.

Ya siento que las palabras que acaba de escribir se le están grabando en la mente. Lo que me da la certeza de que va a hacer algo al respecto, porque es algo que sé que él también quiere.

La rabia desaparece tan deprisa como ha llegado. Me aparto y dejo que Adam tome el control de nuevo. Intento no pensar en lo que acabo de hacer, lo bloqueo, por si cedo al pánico.

En cambio, miro a los niños. Me maravillo con ellos. Con su forma de comer, como si las patatas fritas nunca hubieran estado tan buenas. Con su forma de apoyarse el uno en el otro mientras ríen, con Liam tirándole una patata frita a un pajarillo y Nelly emitiendo un ruidito emocionado al ver que la atrapa y se aleja volando. El amor que siento por ellos se expande en mi interior. Pero con él llega el miedo. No solo el de Adam. Sino también el mío en esta ocasión.

—Los estás mirando como si no fueras a verlos más en la vida —dice Jules con una sonrisa.

Tiene razón, porque no voy a hacerlo. O no de esta manera, por lo menos. Nunca más. Porque esta Nelly, a la que le gusta *Gossip Girl*, el álgebra, patinar y Black Eyed Peas… y este Liam, a quien le encanta la guitarra, *El viaje de Chihiro*, escalar, las historias de aventuras espaciales y construir escondites secretos por toda la casa… Nunca

volveré a verlos de nuevo, porque ya no hay más CD o cintas que puedan traerme de vuelta a este mismo día.

Se parece a una muerte.

A dos muertes.

Dos hachazos a mi corazón. Estas dos personitas que están a punto de desaparecer, mientras siento que el ensordecedor tornado empieza a girar a mi alrededor, arrancándome de tantas cosas que quiero…



Esta vez soy yo el que tiene lágrimas en los ojos cuando los abro de nuevo en el cobertizo.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? —me pregunta Jules mientras mira su diario—. Creía que ibas a volver al primer día de nuestras vacaciones. Pensé que sería divertido.

—Y lo ha sido. Estábamos en aquella playa de Port de Pollença con los niños y yo les enseñaba a bucear. Pero es que siempre es una despedida, ¿no? Con los niños. Cada vez que los dejamos en el pasado.

—Dicho así es como si los estuviéramos abandonando. Pero no es cierto. Todavía están aquí.

—No, no de esa manera, claro —intento explicarle—. Es que esas personitas ya no están. Y… Y, normalmente, todo pasaría poco a poco, ¿no? Porque crecen. Pasan miles de días. Pero al volver al pasado, así de golpe, como si chasqueáramos los dedos… Es demasiado cuando volvemos al presente. Como si me los hubieran arrancado de las manos.

Se queda blanca. ¿También lo siente así?

—No pasa nada. —Pega la frente a la mía—. Es que es una

novedad, solo eso. Ya encontraremos la manera de acostumbrarnos. Todavía somos nosotros —susurra, con los ojos como platos, mientras me da un beso en la nariz—. ¿Seguimos siendo tú y yo?

—Pues claro.

—A ver, que lo somos, ¿verdad? —Se aparta para mirarme a los ojos.

—¿Mmm? —Ah, claro. Nuestro informe de situación—. Sí, por supuesto.

—¿No has cambiado nada?

—No. —Solo que, sí, ahora recuerdo la notita que me mandé—. Nada. Absolutamente nada —repito, evitando mirarla.

Cambio de postura en la butaca, preparado para levantarme. Pero me veo en el espejo. Solo que no es el viejo espejo del cobertizo que estaba apoyado en el banco, es uno de esos espejos amplios que van desde el techo al suelo que se ven en los gimnasios.

Y, luego, está el reflejo en sí. Claro que sé que soy yo, porque tiene mi cara, pero del cuello para abajo… ¡Joder! ¿Se puede saber qué es esto? ¿Una ilusión óptica o algo?

¡Mierda! ¡No me jodas!

Estoy musculoso. Pero a lo bestia. A lo Vin Diesel o Dave Bautista. Con pectorales, oblicuos y deltoides. ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Cómo sé siquiera los nombres de tantos músculos? Juro que antes no me los sabía.

Esa nota que me escribí en 2009 (sobre perder peso, ponerme en forma y echar callo para que nadie pudiera hablarme así de nuevo delante de mis hijos), sé sin necesidad de darme la vuelta que la tengo a la espalda, impresa y enmarcada en la pared.

Me aferro la barriga. O, mejor dicho, la no barriga. Porque ¿se puede saber dónde está? ¿Dónde tengo el michelín? Me levanto la

ceñida camiseta blanca de deporte para mirar. Y casi jadeo en voz alta, porque, en vez de los rollos de carne de mi cuerpo fondón, tengo abdominales. Una tableta de chocolate. Duros como una piedra. Como una tabla de lavar. Como si pudiera jugar al *squash* contra ellos.

—Muy bien, don Musculitos. Ni que no los hubiéramos visto antes —dice Jules, con los ojos en blanco, con cara de aburrimiento.

Sin embargo, yo sigo mirándome boquiabierto. Las piernas musculadas. Los isquiotibiales y los glúteos. Por no mencionar los ceñidísimos pantalones cortos de gimnasio. Antes de levantar la cabeza y mirarla a ella.

—¿Qué pasa? ¿Te ha dado un tirón esta mañana o algo?

En mi recorrido en bici, se refiere, mientras un nuevo recuerdo me asalta: el recorrido de cincuenta kilómetros en bici que hice por las South Downs justo después del amanecer.

—Mmm, puede que sí —contesto con la boca seca.

—Pero ¿todo lo demás lo ves bien? —pregunta y mira a su alrededor con expresión distante—. ¿El cobertizo? ¿Yo? ¿No hay nada raro ni inusual de lo que informar?

—Pues… No. Todo parece… fetén. —¿Fetén? Una palabra que nunca he usado. Una palabra que suena a falsa. Una palabra que casi no consigo pronunciar, porque todo no parece fetén, ¡joder! Ni siquiera yo de cuello para abajo. Ni el gigante espejo de gimnasio. Ni los ajustados pantalones cortos ni la ceñida camiseta.

El cobertizo también está lleno con un montón de aparatos de gimnasia de aspecto profesional. Mancuernas. Una multiestación. Una máquina de remo y una cinta de correr. Bicis de montaña y de carretera. Incluso una dichosa bici estática. Solo que no se parece en nada a la bici cutre que tenía antes. Esta tiene un iPad enganchado

que ya sé que proyecta entornos como los del Tour de Francia y el Parque Nacional del Serengueti para que deambule virtualmente por ellos mientras entreno.

—Estupendo, en fin, eso es bueno —dice Jules.

¿«Bueno»? Pues claro, porque a ella nada de esto le parece raro, ¿verdad? En esta nueva línea temporal alternativa y en este universo paralelo que he creado, su Adam ha estado obsesionado con el deporte desde que volvió de aquellas vacaciones en Mallorca en 2009 y se apuntó a un gimnasio de repente.

Esta es mi oportunidad para confesar lo que he hecho. Una decisión que no podría estar más clara aunque tuviera un letrero de neón señalando hacia un lado, hacia las «Mentiras», y otro hacia el otro, hacia la «Verdad».

Sin embargo, ¿cómo contarle la verdad sin admitir al mismo tiempo que soy un hipócrita que rompe las reglas, un hazmerreír? Además, aunque se lo cuente, luego ¿qué? ¿Cómo voy a remediarlo? No puedo y, aunque pudiera, le estaría dando carta blanca a ella para hacer lo mismo. Para empezar a cambiar lo que sea que no le guste sobre sí misma a mis espaldas.

No. He metido la pata y tengo que asumirlo. En silencio. Y, luego, asegurarme de no repetirlo.

—Sí —le digo mientras me miro los bíceps de nuevo en el espejo, incluso flexionando un poco el izquierdo—. Todo está bien. Todo está perfecto.

A través de la ventana, veo movimiento en el jardín. Alguien con un casco de ciclista que se abre paso con una bici por el sendero hasta el cobertizo.

—Es Nelly —digo.

—Hola, papá —me saluda con una sonrisa mientras se quita el

casco.

De forma automática, le abro la puerta de par en par mientras me da un sudoroso beso en la mejilla y pasa con su bicicleta. Como si ya lo hubiera hecho cientos de veces. Y, efectivamente, en esta nueva línea temporal, así es.

—Me he hecho Ditchling Beacon en menos de quince minutos —anuncia al tiempo que cuelga la bicicleta, y chocamos los cinco, porque me doy cuenta de que ha debido de llevar una media de, por lo menos, once kilómetros por hora para conseguir semejante tiempo subiendo la empinadísima colina local—. Lo que quiere decir que he batido tu nueva marca personal —bromea, como si yo no acabara de darme cuenta también de ese detalle.

Porque ahora también estoy «recordando» que hemos tenido esta amistosa rivalidad ciclista entre nosotros durante casi dos años en esta nueva línea temporal, desde que le compré esta bicicleta de carretera Liv Avail AR 4 y empecé a pedalear con ella los fines de semana cuando volvía a casa de la universidad.

—Me abuuuurro —tercia Jules, que se cuela entre los dos.

Un comentario que no me sorprende, porque, en esta línea temporal, esta «cosa» entre padre e hija que tenemos cabrea a Jules. Detesta no formar parte del «Equipo En Forma», como nos llamamos en secreto a su espalda. Pero… ¡guau! Es que mira los resultados. Mira a Nelly. Delgada, saludable y con un brillo en la cara por su último triunfo, además de que le encanta la vida al aire libre. ¿Quién lo iba a decir y quién podría negarle esa felicidad? Esa forma de salir al mundo. ¿Y quién podría negarme la parte que he tenido yo en esto? Porque… ¡Bum! Lo siento en el corazón, y no solo me refiero a mis increíbles sesenta pulsaciones por minuto en reposo, sino a mi orgullo. Por haberla ayudado. Por ser por fin un adulto que mi hija

respeta.

—Pronto me ganarás en todo —le digo, devolviéndole la sonrisa, aunque los dos sabemos que todavía le falta mucho antes de que pueda alcanzar mis credenciales de Ironman. Lo que significa más recorridos en bici juntos. Más natación. Más carreras. Más felicidad.

Más diversión.



Lunes, 9 de la mañana, y estoy en la cocina preparándome un batido de proteínas de hígado crudo después de una agotadora pero gratificante hora de entrenamiento.

—¿Qué es eso? —me pregunta Liam al entrar.

Es una agradable sorpresa verlo levantado tan temprano. Y, encima, no va en bata. Va vestido con vaqueros y una sudadera limpia. Como si tuviera que ir a algún sitio. Pero ahora está mirando el altavoz Bluetooth JBL y no puedo contener una sonrisa.

—«Ventura Highway» —le digo—. De America. —He estado poniendo *Homecoming*, el álbum de 1972 del que forma parte, desde que volví de mi viaje en el tiempo a 2009.

—La cosa es que me suena —dice, con la misma mirada que tenía entonces, como un perro que ladea la cabeza ante un sonido lejano. Y vuelve a hacerlo: empieza a tararearla, armonizando la melodía.

—*Talentoso* —digo cuando termina.

Se vuelve para mirarme sin comprender, roto el hechizo.

—¿Qué?

—Significa…

—¿Con talento? —adivina.

—Eso mismo. —Por muy enfadado que siga estando con él y sus planes de dejar la universidad, y con él y con Darius por aliarse en

mi contra la otra noche, sigo queriendo compartir este maravilloso recuerdo y esta música que había olvidado—. Eso te dijo una vez un músico callejero —le explico—. En Mallorca, cuando eras pequeño, y te pusiste a tararear con él igual que ahora, mientras tocaba esta canción.

De nuevo veo al Liam más joven reflejado en su cara de adulto, mientras se aparta el pelo castaño de los ojos, pero, entonces, se da media vuelta y se me cae el alma a los pies. Hasta aquí llegó la charla.

Sin embargo, luego arranca una esquina del calendario y utiliza el rotulador que cuelga del cordel para escribir algo.

—Me encanta —dice con una sonrisa—. Creo que deberíamos versionarla. Incluso grabarla.

—¿Grabarla? —pregunto, con un deje tenso en la voz, porque ¿se puede saber quién se cree que va a pagar eso?

—Si se nos presenta la oportunidad… —añade al tiempo que pone los ojos en blanco, pero solo un poquito. Lo que indica que espera que me resista a lo que está a punto de decirme.

—Sigue…

—El tío Dar… —empieza.

Debería haberlo sabido…

—Tiene a un viejo amigo en Brighton Electric —sigue, refiriéndose al pequeño estudio que hay al otro lado de la ciudad— que dice que puede conseguirnos a Max y a mí trabajos remunerados en eventos y detrás de la barra, pero que también podemos ensayar allí y, puede que luego, Max, Kai y yo incluso podamos usar una de las cabinas de mezclas y la de grabación…

—¿Kai? —pregunto, cuando por fin consigo meter una palabra.

—Es nuestra batería.

¿Tienen a una batería? Ya. Eso significa que va muy en serio con esto.

Claro que el instinto me dice que lo corte de raíz. Que lo frene en seco. Ya. Antes de que vaya a más. Para salvar a Liam de sí mismo. Pero, luego, recuerdo a mi madre una mañana, de hace mucho, muchísimo tiempo, diciéndome que no pusiera mis miras en lo que ella consideraba una «afición» y que, en cambio, hiciera algo más aburrido con mi vida.

A continuación, me oigo decir:

—En fin, si lo haces y, a ver, si es buena, tengo algunos contactos a los que podría pasársela.

Aunque la verdad es que solo tengo dos. Rory, que dirige el Great Escape, el festival de música anual de Brighton y la versión británica de South by Southwest, así que ese es bueno. Y KP de los Troubs, que juega a los dardos en el Lion & Lobster. Pero ¿quién sabe? Incluso estando tan ocupados como están, a lo mejor pueden echarle un vistazo, ¿no?

Me mira como si no me hubiera oído bien, pero, luego, sonrío, y él también lo hace.



Me dirijo al trabajo en mi bicicleta de montaña favorita, una Trek Top Fuel 5 Suspension, que es estupenda para ir por caminos de tierra, pero también ideal para pasear por la ciudad.

No necesito pensar en la ruta mientras zigzagueo por las calles bañadas por el sol. Debo de haberlo hecho mil veces… Bueno, en realidad no, más bien unas cuatro mil, calculo con rapidez. O, por lo menos, mi yo de esta línea temporal lo ha hecho. El yo con el que me he integrado tan bien al volver de 2009.

También tengo nuevos recuerdos de todas los miles de horas de otros ejercicios que ha estado haciendo desde Mallorca. Que ya son también mis recuerdos…, que están junto a mis viejos recuerdos de estar… En fin, seamos amables… De mis recuerdos de no estar en buena forma en mis antiguas líneas temporales.

Sé que, seguramente, debería sentirme culpable por ponerme en forma gratis, pero tampoco le estoy haciendo daño a nadie. De hecho, si acaso, sin duda, les estoy haciendo un favor a Jules y a los niños al ser un marido y un padre más sano. Además, me encanta, ¿no? Levantar pesas. Los entrenamientos. Las carreras largas y los recorridos en bici todavía más largos. Me siento más feliz, más sano y con la mente más despejada.

Además, no parece que tomarme el ejercicio más en serio haya afectado demasiado al resto de mi vida. O, por lo menos, no a las cosas importantes. Sigo teniendo la misma casa, los mismos hijos, la misma Jules, las mismas preocupaciones y los mismos problemas que antes. Preocupaciones de dinero. Preocupaciones de que Jules, los niños y yo no nos llevemos lo bastante bien, aunque, la verdad, eso está mejorando mucho. Preocupaciones de que Darius se lleve quizás demasiado bien con ellos. ¡Ah, pero sigo teniendo una máquina del tiempo que crea multiversos! Una máquina que cada vez veo más como un regalo.

Aunque, de acuerdo, estrictamente hablando, puede que haya algunas cuestiones más, algunas polémicas, por decirlo de alguna manera, que también han surgido en esta nueva línea temporal. Como el hecho de que durante los últimos quince años me he ido de vacaciones con mi club de ciclismo, lo que significa que, a veces, Jules y los niños han tenido que ir a algún sitio por su cuenta, hasta que conseguí que Nelly se apuntara también al ciclismo. Algo por lo

que Jules y yo hemos discutido, y mucho.

Me molesta que le cabree tanto el tema, claro, pero con los años he aprendido a hacer caso omiso de sus sarcasmos sobre los cincuentones con ropa de ciclista ajustada que se creen profesionales, y a ir a lo mío, porque ¿por qué no iba a llevar licra los fines de semana, sobre todo cuando me queda así de bien?

Supongo que también está el tema de Meredith. El hecho de que haya pasado tanto tiempo con ella en los últimos dos años, ahora que es mi compañera de vóley playa. También podría haber hecho que Jules se molestara un poco más de lo necesario cuando Meredith y yo los vapuleamos a Darius y a ella en la fiesta de la piscina.

Aunque no se puede tener todo, ¿no? Y Meredith y yo solo somos amigos, compañeros de equipo.

De hecho, ahí está ahora mismo, saludándome desde las pistas de la playa de la cafetería World Famous Pump Room, porque, en esta línea temporal, nos gusta entrenar una horita los lunes antes del trabajo. Los miércoles también. Para estar en plena forma los viernes por la noche y mantenernos los primeros de la liga.

Solo que hay algo más, ¿verdad? No puedo evitar sentirlo mientras bajo la rampa que lleva a la playa para reunirme con ella. Un hormigueo en lo más hondo. El hecho de que Meredith y yo estemos mucho más unidos, en el plano emocional, en esta línea temporal. Tanto que me doy cuenta de que la he echado de menos durante el fin de semana. También hay cosas nuevas que sé de ella. Nuevos recuerdos de todas las conversaciones extra que hemos mantenido. Como lo espantoso que fue para ella que su padre muriese joven y que el motivo de que se marchara de Londres fue que su novio le puso los cuernos, así que ahora está esperando a alguien en quien pueda confiar.

—Te veo bien, guapo —dice mientras aparco la bici y le doy un rápido beso en la mejilla.

—Me siento bien, guapa. —Por nuestra forma de decirlo y por la familiaridad de las palabras, me doy cuenta de que se ha convertido en un saludo habitual. La punta del iceberg de nuestro rollito de compañeros.

La hora pasa deprisa. Somos un equipo increíble. Imbatible, de hecho. Ganamos los tres partidos de entrenamiento, uno detrás de otro, todos por dos sets a cero. Me encanta, estar aquí, estar con ella, con nuestros cuerpos moldeados trabajando en un tándem perfecto. Siendo totalmente feliz en este momento sin desear estar en ningún otro sitio.

Después, charlamos tomándonos un zumo de brócoli. Solo que no es la clase de charla que esperaba. No es la clase de cosas de las que solía hablar con Meredith en el pub o en nuestros paseos de vuelta a casa en mis antiguas líneas temporales. Esta amistad está mucho más avanzada. No se trata solo de las cosas nuevas que sé de ella. Ella también sabe cosas sobre mí. Sobre Jules y lo mediocre que ha acabado siendo nuestra relación en los últimos años. O en lo que se había convertido. Hasta que descubrimos nuestra máquina del tiempo. Pero ni siquiera el yo de esta línea temporal le ha confiado eso a Meredith. No, porque la primera y la segunda reglas del Club Secreto de la Máquina del Tiempo del Multiverso sigue siendo que no hablamos del Club Secreto de la Máquina del Tiempo del Multiverso con nadie más. Cuando llega el momento de despedirnos, Meredith va a besarme de nuevo en la mejilla, pero mueve la cara en el ultimísimo momento y acerca los labios a los míos. Me quedo de piedra. Aunque sé que solo está bromeando. Aparto la cabeza como si me hubiera picado algo.

—¿Va todo bien? —pregunta.

—Pues… sí, claro.

Ladea la cabeza, desconcertada, como si fuera yo el que se está comportando de forma rara.

Entonces me doy cuenta. Esto no es raro para ellos, para el Adam y la Meredith que han estado quedando en esta nueva línea temporal. Hemos empezado a tontear de forma mucho más abierta. Han pasado meses desde que introdujimos lo de vamos a hacer/no vamos a hacer en nuestro tonteo. Pero solo para divertirnos, ¿verdad?

Luego, veo a Darius, inclinado sobre la barandilla que hay en King's Road, justo por encima de nosotros, mirando hacia abajo. Es imposible que no nos haya visto haciendo el tonto.

Retrocedo un paso. Hago como que no lo he visto, pero me queda la preocupación de que pueda haber adivinado que hay algo entre nosotros. Que no es el caso.

Sin embargo, esta preocupación da paso a una mayor, porque, sin duda, incluso pensar eso significa que ya hay algo.

* En español en el original. *(N. de las T.)*



11

Jules - «Somebody That I Used to Know»

Llevo años diciéndome a mí misma que el dinero no importa. Ya no se lleva lo de ser materialista y rico. Solo son veinte de los grandes… ¡Y una mierda! Ser solvente es algo mágico. El dinero en efectivo es lo mejor.

Es lunes por la mañana y la ciudad está tranquila. Después de comprar utensilios y sartenes en la tienda de menaje de cocina, voy a Tribeca, donde me enamoro (y compro por impulso) una blusita con volantes de Isabel Marant. Solo porque… En fin, bueno, ¿por qué no?

Mi buen humor empieza a decaer al descubrir que el dichoso Škoda no arranca en el aparcamiento. Tengo que pedirle a un hombre que conduce una furgoneta blanca que si me presta sus pinzas para conectarlas a la batería, y acaba aspirando el aire entre dientes, tras lo cual sacude la cabeza y me dice que el sistema de arranque parece «un poco jodido».

Calculo el dinero que me queda de Carpe Diem, pero después de poner al día los pagos atrasados de la tarjeta de crédito no tengo

para un coche nuevo. Además, ¿cómo iba a explicarle a Adam que he comprado un coche nuevo? ¿Querrá comprar uno siquiera? Está demasiado apegado a esta tartana asquerosa.

Reprimo el sentimiento de culpa y la horrible sensación de haber hecho trampa, y me recuerdo que lo que he hecho no ha afectado a Adam. Ni a los niños.

Ya en casa, friego con cuidado mis preciadas sartenes nuevas, observando lo ajado que se ve todo lo demás en comparación. Luego abro el portátil, con la esperanza de que Darius haya mandado el mensaje de correo electrónico de confirmación sobre la cena del jueves, con la idea del tipo de comida que esperan sus clientes.

Me dijo que platos clásicos franceses, pero eso es muy amplio. Sin embargo, lo peor es que espere que yo hable con sus posibles inversores, cuando solo llevo una patética racha de cinco días de francés en Duolingo. Lo que significa que va a quedar clarísimo que soy una embaucadora de lo peor.

La culpa es mía, porque, técnicamente, debería hablarlo con fluidez. A los dieciocho años, me fui a París «para vivir como una parisina» o, por lo menos, eso le dije a mi madre. En realidad, me pasé la mayor parte del tiempo emborrachándome con mis colegas ingleses y tirándome a un camarero de tres al cuarto llamado Pierre.

Ahora me doy cuenta de que me dejé llevar por la fantasía de estar en París con un amante y de que debería haber usado mi joven y ágil cerebro para aprender francés cuando tuve la oportunidad.

A estas alturas, es demasiado difícil.

Se oye un triste «Bua, buaa, buaaaa» cuando suspendo el siguiente nivel de Duolingo.

—¡Mierda! —exclamo, distraída un momento por un gruñido lejano, pero decidida a conquistar el último reto de la *app*:

preguntarle a un revisor a qué hora llega el próximo tren a Aviñón.

Al cabo de un rato, Darius golpea el cristal de la puerta trasera.

—¡Hola! Soy yo —dice al tiempo que la abre de un empujón.

Me levanto, apago el portátil y, al igual que cuando apareció por sorpresa el domingo anterior, me pongo nerviosa de inmediato. No solemos tener visitas inesperadas, salvo las de Doodles, y él está acostumbrado a encontrarnos en nuestro hábitat natural («desastrado», como Adam lo llama) y normalmente siempre está fumado y apenas se fija en la ropa que llevo puesta, mucho menos en las superficies llenas de migas. Si hubiera sabido que Darius iba a venir, habría limpiado un poco. ¿En California acostumbran a aparecer sin avisar? ¿O Darius se acostumbró tanto a venir a esta casa cuando era pequeño que cree que todavía se aplican los mismos derechos de ser el mejor amigo de Adam?

—He pensado que sería más fácil pasarme para dejar esto —dice, sosteniendo algo en la mano.

—Claro —replico mientras inclina la cabeza y me besa en ambas mejillas. Huele a la misma colonia cara que se puso en la fiesta. Va muy arreglado. Impecable.

Me da una tarjeta amarilla. En la parte superior, hay una ilustración elegante de un hermoso *château*, con una avenida de sicomoros que conduce hasta él y un escudo dorado en relieve con las palabras «Le Manoir» escritas debajo de varias estrellas doradas.

—Guardé esto de uno de los sitios a los que me llevó Sujane, la inversora en potencia, a las afueras de París la última vez que estuve allí.

—Gracias —logro decir mientras ojeo el *menu gastronomique* e intento, a duras penas, leer las palabras. «*Cromesquis de foie gras à la truffe et céleri…*». ¡Joder! «*Galettes andouille de Guémené fumée…*». Pero

¿qué cojo…? «*Confit d'oignons, oeuf biologique en cocotte…*».

¡Por Dios! Puedo afirmar con total seguridad que no tengo ni idea de lo que son estos platos.

Darius junta las manos en señal de agradecimiento.

—Jules, no sabes lo que te agradezco que hayas aceptado hacer esto.

—Ajá —digo sin más—. ¿Por qué necesitas inversores exactamente? —le pregunto, porque es más rico que Creso, ¿no?

—¿Por qué arriesgar tu propio dinero cuando puedes arriesgar el de otros? —replica con una sonrisa, usando la palabra «arriesgar» con toda la comodidad del mundo, al contrario que Adam—. Es parte de mi plan.

—¿Plan?

—Para dominar el mundo —bromea al tiempo que se lleva el dedo meñique a la comisura de los labios como Miniyo en *Austin Powers* —. Envíame hoy el menú que decidas, y lo tendremos todo listo para el jueves.

¿¡Hoy!? ¿Se supone que tengo que preparar en cuestión de horas un menú que compita con este galimatías epicúreo?

—Ajá.

Se produce un silencio. Debería preguntarle si quiere té, pero no lo hago. Estoy demasiado asustada por lo que acaba de decir.

—¿Para qué las cintas y los CD? —pregunta, señalando con la cabeza las dos cajas abiertas de Amazon que han llegado esta mañana.

—¡Ah, pues…! —No puedo evitar sonrojarme, sintiéndome de alguna manera atrapada, porque son las cintas nuevas y los CD que ha comprado Adam para empezar a grabar nuevas recopilaciones—. Las ha pedido Adam para, mmm, no sé qué proyecto de la vieja

escuela, en plan friki y eso.

—¡Ah! —exclama Darius, que asiente con la cabeza, como si las rarezas de Adam no necesitaran más explicación—. Supongo que no está por aquí, ¿no? —me pregunta.

—No. Está trabajando. Ni siquiera lo he visto esta mañana. Juega al vóley playa a primera hora.

—¡Ah! —replica él con un movimiento de cabeza cómplice—. Con Meredith, «la nena».

Levanto una ceja.

—Sí, esos dos parecen uña y carne —añade.

Una horrible sensación se me instala en la boca del estómago. ¿Qué está diciendo? ¿O qué insinúa? ¿Que hay algo entre Adam y Meredith?

Sin embargo, Adam es… mi Adam, ¿verdad? Siempre he sabido que es mío. Que será fiel, incluso cuando salga con la bicicleta. Incluso cuando esté con ella jugando al vóley playa. Además, durante los últimos quince años, hemos bromeado diciendo que está mucho más interesado en su propio cuerpo que en el de los demás.

No obstante, ahora no paro de pensar en Meredith sentada sobre los hombros de Adam en la fiesta de la piscina, los dos flexionando sus tonificados músculos después de habernos dado una paliza jugando al vóley, insoportables por su competitividad. De hecho, esa fue una de las razones por las que Adam y yo discutimos de camino a casa aquella noche.

La noche que descubrió la máquina del tiempo.



De pie junto al fregadero de la cocina, miro a Groucho Guarx que está meando en la maleza que crece junto al cobertizo. ¿Por qué

nunca hice un curso de cocina francesa? ¿Incluso después de volver de París? Tuve mis oportunidades. Como aquella vez en el Foodies Festival cuando el chef Marcel hizo su demostración.

Y, de repente, un pensamiento me golpea como un rayo en el pecho.

¡No, no puedo…!

¡Ni hablar!

Sin embargo…, como impulsada por una fuerza superior, un minuto después enciendo la luz parpadeante del cobertizo y miro todo el material deportivo que Adam ha comprado a lo largo de los años, cosas que realmente no podemos permitirnos, aunque la mayoría son de segunda mano. Empiezo a rebuscar a hurtadillas entre las cintas y los CD, diciéndome a mí misma que me lo debo. Todo ese tiempo, él ha estado subiendo montañas en bicicleta y yo cuidando de los niños, cuando podría haber estado mejorando mis propias habilidades.

Tengo la suerte de saber justo lo que busco.

Como por arte de magia, aquí está, en mi mano. Un CD con una carátula en la que Adam escribió: *Hasta luego bss mayo 2012*. El día exacto de la feria gastronómica en la que yo estaba pensando y que, casualmente, coincidía con el cumpleaños de Adam, un día que él siempre acostumbraba a celebrar grabando una cinta o un CD a modo de broma, por culpa del único año en el que a mí se me olvidó. En el interior, hay una prueba más de que esto debería llevarme a donde tengo que ir: la entrada del Brighton Foodies Festival de ese año.

Sin darme tiempo a echarme atrás, introduzco el CD, pulso rápidamente el *play* y empieza a sonar «Somebody That I Used to Know», de Gotye…



… un giro, otro más y un último tumbo y vuelvo a 2012… a mi cuerpo de cuarenta años.

Y estoy justo donde esperaba estar, en un caluroso lunes festivo en la explanada de ochocientos metros de césped de Hove Lawns que discurre paralela a la playa, ocupada durante el fin de semana por la feria gastronómica del Foodies Festival.

Y, lo que es más importante, es justo el momento que esperaba. A media tarde y una media hora antes de que empiece la demostración del chef Marcel en la carpa principal.

Estamos en la entrada. Ngozi y yo (o, mejor dicho, mi yo joven). Mi amiga lleva un mono de satén verde y naranja con estampado floral y un pañuelo a juego atado alrededor de su abultada melena afro. Isa e Isaac, sus mellizos, están con nosotros. Isa es menuda y guapa, la viva imagen de Ngozi, y ya me imagino que acabará convertida en toda una *fashionista*. Isaac, que es alto y lleva gafas de friki, tiene cara de desear que se lo trague la tierra, y seguramente ya esté pensando en las preguntas matemáticas que dentro de unos años lo harán acabar primero de su promoción en Oxford.

Nelly ha montado un puesto para concienciar sobre la hambruna en Somalia con otros compañeros de clase, aunque parece que la han abandonado para que lo atienda sola.

Se me estremece el corazón al ver el rostro serio de mi hija, con su pelo rizado sujeto por una diadema, pero la joven Jules solo tiene ojos para los alarmantes carteles de niños barrigones cubiertos de moscas con piernas esqueléticas y teme que la estrategia de Nelly de llamar la atención de la gente apelando al sentimiento de culpa sea contraproducente. Se ha tomado la hambruna tan a pecho que Jules

se siente culpable y un poco avergonzada porque a ella no le apetece hacer mucho al respecto.

—¿Por qué no vienes a la feria con nosotras y te diviertes? Se rumorea que ha venido Zoella —dice Jules para tentarla.

—¡Venga ya! —exclama Isa, que es muy fan de la joven *influencer*. Agarra del brazo a Isaac, ansiosa por ponerse en marcha—. ¿Vienes, Nelly?

—No. Me quedo aquí —responde ella con un movimiento decidido de cabeza.

—Cariño. Vamos… —le imploro, pero se cruza de brazos y frunce el ceño.

—Mamá…

¡Uf! Ya entonces tenía claras sus prioridades. Y sabía exactamente cómo ponerme en mi sitio.

Jules se encoge de hombros mirando a Ngozi mientras los mellizos se alejan hacia la feria.

—Me alegro por ti, cariño —le dice Ngozi a Nelly al tiempo que echa un billete de diez en su bote. Acto seguido, engancha su brazo con el de Jules y se adentran en la feria, pasando por delante del castillo hinchable, de la furgoneta de los helados y del autobús rojo de dos pisos decorado con banderines de la Union Jack para el té de la tarde.

—Ojalá se divirtiera más —refunfuña Jules.

—Es bueno que se comprometa con una causa —replica Ngozi.

—Sí, me ha dejado claro su punto de vista, pero, seamos sinceras, es una pérdida de tiempo. ¿Qué diferencia va a suponer una niña de once años? —protesta Jules.

¿Cómo puedo estar tan equivocada? Porque Greta Thunberg, a sus once años, cambió las cosas. ¿Por qué tenía tan poca confianza en mi

propia hija?

Ngozi se detiene junto a una muchacha que nos ofrece vasos de papel con un líquido anaranjado que se parece sospechosamente a un jarabe para la tos.

—Vamos —dice mientras acepta uno.

—¿Qué es? —pregunta Jules, que hace una mueca por el inusual sabor.

—Aperol Spritz —dice la muchacha de la bandeja—. Es nuevo.

Le damos las gracias, dejamos los vasos vacíos y nos damos media vuelta.

—No creo que se ponga de moda —le dice Jules a Ngozi—. Ni en un millón de años.

Jules y Ngozi recorren las hileras de puestos, tentadas por las degustaciones de quesos raros, salsas de chile y *brownies* de chocolate. Muchas marcas de moda en ese momento que acabarán desvaneciéndose y desapareciendo. Dishy James, de Fishy, uno de los restaurantes que Jules conoce bien, las llama, y Jules y Ngozi aceptan un cucurucho de patatas gratis.

—¡Mamá!

Liam se acerca con su camiseta de rayas azules y blancas del Brighton and Hove Albion y se me encoge el estómago. ¡Mira esas rodillas huesudas y manchadas de barro, ese pelo castaño alborotado!

Sin embargo, en 2012 Jules está pensando en lo insoportable que resulta verlo tan mayor. Aunque solo tenga nueve años.

—¿Me das dinero para las atracciones? —le pregunta él, extendiendo la mano izquierda y señalando a lo lejos la zona donde están los niños. ¡Su preciosa mano, antes del accidente! Se me rompe el corazón al verla, y no puedo evitar pensar en lo tentador que sería

utilizar la máquina del tiempo para volver atrás y cambiar las cosas. Pero no puedo. Aunque vaya en contra de mi propia regla y de la de Adam de cambiar mi propia vida, no me atrevo a hacer algo que altere las vidas de nuestros hijos, porque puedo cambiarlos a ellos. Es la única regla de oro que no podemos romper.

—No. El de la atracción esa es un estafador.

Levanta la mirada y veo sus ojos abiertos de par en par con expresión desolada.

—Max va a subirse.

Jules suelta un gruñido de frustración por tener que aflojar dinero. Sobre todo, porque (me viene uno de sus recuerdos más recientes) Adam va a hacer ese día un medio Ironman. En su cumpleaños. Lo que significa que no volverá hasta la noche para celebrarlo con ellos, y los niños estarán agotados para entonces.

Por lo menos, si le da dinero a Liam, tendrá un poco de tiempo para charlar con Ngozi sobre la gran decisión que tiene que tomar entre unirse a una empresa de diseño de ropa como abogada a tiempo parcial o decantarse por la opción mucho mejor pagada de unirse a un bufete de abogados internacional como trabajadora a tiempo completo.

Ya sé que va a elegir la segunda opción, tal como Jules está a punto de aconsejarle, pero tengo ganas de decirle que tome el otro camino, el de la empresa de diseño de ropa, porque ese no destrozará su matrimonio. Sin embargo, no estoy aquí para cambiar su destino.

Solo el mío.

Jules empieza a rebuscar en su bolso de imitación de Burberry, y no puedo evitar fijarme en el contenido, recordando ese corrector Touche Éclat que está convencida de necesitar (pero que, en realidad, no necesita), el pequeño tubo de BB *cream* que acaba de salir y está

de moda, y un pintalabios burdeos de Rimmel a lo Kate Moss. Cosas que sé, a ciencia cierta, que solo ha podido comprar con la tarjeta de crédito, un pequeño hábito furtivo que ya está desarrollando a espaldas de Adam.

—¿Se puede saber qué es esto? —pregunta, sacando un CD en una caja de cartón con un billete de veinte libras pegado. *Hasta luego bss mayo 2012*, dice, escrito con la letra de Adam. Su ofrenda de paz, comprende, por haberse ido para hacer su ridícula carrera ese día. Ella se ríe, sintiéndose menos enfadada con él de inmediato. No es tan malo, después de todo.

No obstante, para mí, este descubrimiento significa que ya han pasado treinta y siete minutos de los setenta y cuatro que dura el CD. ¿Por qué siempre tiene que pasar tan rápido?

Jules saca un puñado de monedas y las deja en las palmas de las manos de Liam. Han pasado ocho años desde que murieron los padres de Adam, pero incluso a estas alturas la mayor parte de su sueldo se destina a pagar las deudas y la hipoteca. Jules y él están a punto de salir del agujero, pero todavía no están cerca de vivir en el extranjero ni de que ella pueda conseguir que su negocio despegue, porque es algo que necesita mucha dedicación y tiene que encargarse de los niños.

Liam le da las gracias y se marcha mientras Ngozi y Jules se dirigen al puesto de albariño, el nuevo vino del mes. Se unen a la cola y consiguen no uno, sino dos vasos compostables gratis cada una.

¡Ay, con qué facilidad me pimplaba el vino en aquellos embriagadores días premenopáusicos, cuando podía ponerme hasta arriba de zumo de uva y los efectos no me duraban una semana! La pura alegría de ser, si no realmente joven, por lo menos sí capaz de

actuar como si todavía lo fuera.

Desde el escenario llegan los ásperos acordes de los aspirantes locales a Maroon Five calentando y veo a Liam mirándolos fijamente, embelesado. Jules apenas se da cuenta. No le sorprende que Liam se haya distraído con la música. Está obsesionado. Adam y ella están convencidos de que algún día será integrante de un grupo. Hablan de ello en la cama, a altas horas de la noche, fantaseando sobre el futuro que ven para él, aunque Jules está dispuesta a que la infancia de Liam sea normal, con independencia de que Adam esté seguro de que la fama y la fortuna lo esperan a la vuelta de la esquina. O, por lo menos, dentro de otros diez años. Al fin y al cabo, su profesor de guitarra dice que ya se está quedando sin cosas nuevas que enseñarle.

Jules siente los efectos del vino como si fuera un viejo amigo. «Esto es maravilloso. Verás cuando se lo cuente a Adam… ¡Mierda, no! ¡Joder! No puedo», piensa. Se volvería loco si supiera que yo, su Jules, me he colado en el cobertizo y estoy aquí.

¡Uf! Siento un ramalazo de terror. ¿Y si Adam entra y me encuentra en trance en el cobertizo? ¿Qué pasaría entonces?

—¡Eh!

Jules se vuelve y ve a Darius.

—Hola —dice, mirándolo de arriba abajo y fijándose en la barba de hípster tan de moda que se ha dejado. Se dan dos besos a modo de saludo y sus narices acaban chocándose. Hace unos meses que no lo ve.

—Darius —dice Ngozi con deje aburrido al tiempo que le da un codazo con disimulo a Jules en las costillas, con un mensaje claro: no quiere verse obligada a hablar con él—. ¿Cómo van las cosas desde que la aplicación de comida a domicilio fracasó?

—Fue solo un problema de financiación —responde él con voz gélida—. La idea básica es buena. Y alguien lo hará, te lo aseguro.

—Claro. —Ngozi no parece convencida.

—Aparte de eso… —sigue él—, me atrevería a decir que me va muy bien.

—Y sigues siendo tan modesto como siempre —bromea Jules, mientras yo me mantengo en silencio, atenta a la cola de la carpa principal. Ya sé que va a entrar a tiempo, pero no puedo evitar sentirme nerviosa, sabiendo que los segundos pasan.

Mientras tanto, Ngozi está de pie sacando cadera, mientras escucha a Darius hablar de su última idea, que gira en torno a una forma virtual de ver propiedades en venta… *online*. Claro… como si la gente fuera a hacer eso.

—Lo que quiere decir, básicamente, que acabarás siendo multimillonario —dice Ngozi, inexpresiva, cuando él termina su discurso.

—Quien la sigue la consigue —replica, en plan empresario arrogante.

Ngozi pone los ojos en blanco.

—Creo que la demostración de cocina que quería ver está empezando —interviene Jules.

Muy bien. «Vamos, tenemos que irnos», pienso.

—De acuerdo, sí. —Ngozi también aprovecha la oportunidad—. Lo siento, Darius. Tenemos que irnos.

Se despiden de él agitando las manos y lo dejan con la promesa de que pronto se pondrán al día mientras se alejan tomadas del brazo hacia la carpa principal.

—Parece que un hurón se ha peleado con su barba —dice Ngozi.

—Menos mal que Adam va afeitado —añade Jules.

Solo que mi Adam, mi Adam original, sí que tenía barba. Y, de repente, es como si ya no estuviera casada con un solo Adam, sino como si de alguna manera estuviera fragmentada y multiplicada, y él también lo estuviera. Como si estuviera caminando por el salón de los espejos del parque de atracciones del final del muelle.

Llegamos a la cola que se ha formado en la carpa principal en el último minuto. El único motivo por el que he vuelto a este momento.

Jules y Ngozi compran una entrada y se apresuran a entrar, mientras el chef Marcel nos sonríe desde el cartel que anuncia su demostración de cocina.

En el interior hay un escenario elevado y la demostración ya ha empezado. Jules y Ngozi toman asiento sin pérdida de tiempo. El chef Marcel está acompañado en el escenario por un hombre con un micrófono que le está haciendo preguntas.

—Pareces capaz de hacer esto con los ojos cerrados —replica mientras el chef Marcel se sirve de una manga pastelera para rellenar unos champiñones *baby* con crema de trufa recién hecha.

—*Le clef dont on se ser test toujours reste clair* —replica el chef Marcel con su voz grave—. Significa —añade, traduciendo sus palabras aunque tiene un fuerte acento francés— que las habilidades no se oxidan si se practican todos los días.

Por supuesto, estoy tan fascinada como Jules, y los siguientes veinte minutos de demostración se me pasan volando.

—Pueden apuntarse a mi curso con la compañera que está en el *stand* —dice el chef, que señala un mostrador atendido por una mujer que lleva un elegante vestido negro sin mangas y que saluda al público con la mano.

—Es la esposa de Marcel, Anna —añade el hombre del micrófono —. Que también ofrece clases de francés, por si alguien está

interesado.

Llegó el momento. El momento que he estado esperando. Me impongo a Jules al instante. Ella no lo haría ni en un millón de años, porque las cosas en casa siguen estando muy apretadas económicamente. Bastante culpable se siente por los artículos de maquillaje que lleva en el bolso. La llevo hasta el *stand* atendido por la mujer del chef Marcel, la inscribo en el curso de cocina y en las clases de francés de Anna, y doy su tarjeta de crédito.

«Mientras mantenga ocultos los extractos de la tarjeta de crédito y consiga algunos trabajos extra para pagarlo todo, Adam no se enterará —la dejo pensando—. Y aunque ahora suponga disponer de menos dinero, a largo plazo seguro que acabo ganando más, ¿verdad?».



Jadeo al volver al cobertizo.

Tiemblo mientras me pongo en pie y abro el reproductor de CD del radiocasete para sacar el disco, que parece lleno de ampollas y quemado. Estoy a punto de tirarlo a la basura, pero Adam podría encontrarlo y descubrir lo que he hecho. Presa del pánico, lo escondo en el fondo de una caja de viejos trozos de papel de lija de su padre, un lugar donde creo que nunca lo verá.

Me aseguro de que no haya ninguna otra cosa fuera de lugar y me apresuro a volver a la casa, entrando por la puerta trasera, con la mente alterada por lo que acabo de vivir, pero también con un nudo en el estómago.

Esta vez sí que lo he traicionado, ¿verdad? Cambiando nuestro pasado de forma tan premeditada.

Si es que ha funcionado, claro…

Sacré bleu!

Me detengo en la puerta, con los ojos muy abiertos. ¡Esta no es mi cocina! Los horribles muebles verdes han sido sustituidos por estantes de madera. Que ahora recuerdo que Adam instaló para mí después de ceder por fin y lanzarse al proyecto de renovación de la cocina, acompañándome a mercadillos de antigüedades y ventas de segunda mano de particulares. Para él fue un triunfo encontrar esos estantes en eBay tirados de precio.

—*C'est magnifique* —digo, maravillada y con un acento perfecto, mientras admiro las ristras de ajo occitano, las cebollas y las hierbas aromáticas, todo dispuesto en preciosos tarros de cerámica, y también el nutrido número de libros de cocina francesa.

¡Madre del amor hermoso!

Je n'en crois pas mes yeux! Hablo francés. *Je parle français. Je parle vraiment bien français!*

Por supuesto que hablo francés. Mis nuevos recuerdos se agolpan de repente. Estudiando el idioma con Anna mientras aprendía a cocinar a tiempo parcial con el chef Marcel en su escuela de cocina de la cercana Alfriston. También recuerdo que, durante los cuatro años que duraron mis estudios para obtener el diploma de Marcel, mantuve ocultos los extractos de la tarjeta de crédito y le mentí a Adam diciéndole que mi madre me había prestado el dinero para el curso. Que escatimé en los productos domésticos para pagarlo y retuve parte del dinero de mi nuevo trabajo de fin de semana, a las órdenes de la empresa de *catering* del campo de fútbol, aunque sabía que a Adam le fastidiaba no poder salir tanto en bici. Tampoco me lo dijo, claro. Aseguraba estar encantado de apoyarme mientras yo intentaba conseguir clientes. Los recuerdos de mis proezas culinarias me bañan como suaves olas en una playa de la Costa Azul. Como si

no hubiera nada que temer. Como si fueran lo más natural del mundo.

En la radio digital suena FIP, una emisora francesa de internet que ahora sé que me gusta tener puesta cuando cocino. Me acerco a la impecable mesa de madera rústica al estilo provenzal, con su bonita maceta de peonías en flor, y me hago con el menú que Darius me ha dejado antes, leyendo claramente lo que antes no podía, lo que significa que, sí, que todo eso sigue ocurriendo en esta línea temporal, como si lo único que hubiera cambiado, en realidad, fuera mi capacidad para hablar francés y cocinar como una francesa.

Porque *bon sang ouais*, ahora también domino la cocina francesa…

Foie gras con trufas y apio…, *oui, d'accord*, sin problemas. Ya lo he hecho cincuenta veces. *Galettes andouille de Guémené fumée*…, ajá. *Un morceau de pisse*…, tortitas con esa deliciosa salchicha ahumada de Bretaña. *Un jeu d'enfant*…, otro plato básico francés que domino.

Esto es increíble. *Incroyable*. *La merde la plus cool qui ait jamais existé!*

Sin embargo…, un momento. ¿Y si hay otro cambio cataclísmico, más allá de mis habilidades y del aspecto de la cocina? ¿Algo de lo que mis nuevos recuerdos todavía no me han informado? Presa del pánico, compruebo el móvil. Nelly se ha escapado del trabajo para arreglar su bicicleta en Gee Whizz y Liam está en el estudio de la ciudad, ayudando en la sesión de grabación de un nuevo grupo. Con la aplicación Buscar del iPhone, localizo rápidamente a Adam en el trabajo.

Mmm…, con la dichosa Meredith, «la nena», sin duda. *Putain!*

En fin. Significa que todo lo demás es normal, ¿no?

Me siento delante del portátil y suelto un aullido de emoción al ver que el salvapantallas es una foto mía con el chef Marcel recibiendo mi diploma.

Bien sur. D'accord.

¡Soy una chef de cocina francesa con titulación!

Abro un nuevo documento y empiezo a desgranar el menú que voy a preparar el jueves para la cena de Darius. Gracias a mis nuevos recuerdos, ya sé de dónde voy a sacar todos los ingredientes. En la tienda francesa de la calle Sydney ya me conocen y tienen todos mis favoritos preparados para cuando llame. También he recordado que, después de terminar mis estudios, abrí un próspero negocio de *catering* para cenas elegantes y similares, hasta que el confinamiento acabó con él. Mi menú no solo será fácil de hacer…, será una alegría.

Mientras canto la magnífica «Quand on n'a que l'amour», de Jacques Brel, pongo salsa de tomate a hervir a fuego lento. Esto es maravilloso, pero no deja de ser trampa, ¿verdad? Sin embargo, el yo culpable que acaba de salir de ese cobertizo ya se está desvaneciendo. ¿De verdad soy tan distinta de como era antes? Sigo siendo la misma Jules de siempre, ¿no?

Solo que un poco más francesa.

Sigo inmersa en la cocina cuando Nelly vuelve del trabajo. Sin embargo, en cuanto entra, noto que su aspecto es diferente. Está más delgada y, en cierto modo, más frágil.

Me acerco para besarla, pero ella se encoge, y me doy cuenta de que siempre lo hace en esta línea temporal. Al verla, recién llegada de su paseo en bici de vuelta del trabajo en la oficina de Darius, mientras se bebe un vaso de agua fría del grifo, también me doy cuenta de que he sido demasiado imprudente. Porque su vida en esta línea temporal también se ha visto alterada por mis decisiones,

¿verdad? Como, por ejemplo, mi ausencia durante todos esos fines de semana mientras yo estudiaba en Alfriston. El resultado es que Adam y ella están muy unidos.

Con una enfermiza sensación de pavor, concluyo que mi relación actual con Nelly no es buena. En absoluto. De hecho, tengo que andar con pies de plomo a su alrededor, incapaz de mencionar su malsana relación con la comida, que Adam cree que es culpa mía, porque yo también estoy obsesionada con la comida. Sin embargo, yo creo que él tiene la culpa con su malsana obsesión con el ejercicio. De hecho, nuestras conversaciones sobre Nelly se han vuelto tan tensas y llenas de reproches que han provocado una brecha entre nosotros que no sé cómo cerrar.

Y ahora, mientras me mezclo con la nueva yo francófona, añoro a mi Nelly sarcástica, y a veces difícil, pero en el fondo siempre presente e interesante. La verdadera Nelly. La prefiero con mucho a esta guerra fría, en la que me siento cada vez más congelada.

Mi necesidad de confesarme con ella es tan grande que casi se lo suelto todo. Sin embargo, me inclino por acercarme a la verdad todo lo que puedo.

—Es curioso, pero hoy he tenido un recuerdo muy claro de la feria gastronómica, ¿te acuerdas? ¿Cuando la organizaban en la explanada de la playa y tú te pusiste a recaudar dinero para la hambruna en Somalia?

Se encoge de hombros.

—Solo fue una fase ridícula por la que estaba pasando.

—No fue ridícula.

—Sí que lo fue. Si hasta lo dijiste en su momento.

—¿¡Qué!? —exclamo—. Yo no dije eso.

Me mira, enfrentando mis protestas con evidente escepticismo.

—Bueno, no recuerdo exactamente lo que dijiste, pero eso es lo que yo sentí.

La miro en silencio un instante. ¡Mierda! Ahora recuerdo lo despectiva que fui.

—Bueno, me equivoqué.

Nelly levanta las cejas.

—En fin, que eso me ha hecho recordar que siempre te preocupabas más por los demás que por ti misma. Tendrías que haber visto el brillo de tus ojos.

—Fue hace años, mamá. Es imposible que lo recuerdes. Además, ya no soy aquella chica.

—Sí que lo eres —insisto—. La gente buena no cambia. Y…, te lo digo en serio, si alguien va a salvar el mundo, sigues siendo tú. —Esbozo una sonrisa alentadora, pero ella levanta los brazos, con expresión furiosa.

—¡Madre mía! Dame un respiro. Acabo de llegar del trabajo y ¿ya quieres que salve el mundo?

—No lo he dicho en plan…

—¿Por qué siempre me exiges tanto? Yo no tengo la culpa de que tu vida no haya ido según lo planeado. Y no paras de repetirlo. Todo el día diciendo que podrías haber sido no sé qué o que podrías haber hecho no sé cuánto. Que podrías haber vivido en otro lugar.

¿De verdad es eso lo que piensa? Y lo que es peor, ¿tiene razón? ¡Dios mío! Sé hablar francés, tengo una cocina elegante y una carrera medianamente exitosa, ¿y aun así no me parece suficiente? ¿Para ella, para nuestra familia, para mí? Pero, sí, tiene razón. Mis nuevos recuerdos también me lo dicen.

—De acuerdo, puede que mis grandes sueños no se hayan cumplido, todavía quizá, pero eso no significa que tú no puedas

alcanzar los tuyos —le digo. Nelly me mira fijamente y, por un segundo, veo una grieta en su armadura—. Lo digo en serio. Me preocupa que te estés acomodando, cariño. Que te acomodes mientras eres demasiado joven. Me asusta que estés olvidando toda la pasión que tenías antes. Querías viajar, ¿recuerdas? ¡Ibas a ir a todas partes!

—Voy a muchos sitios. En bicicleta.

—Sí, pero no me refiero solo a Portslade y Dorking. Tenías un mapamundi cuando eras pequeña, ¿recuerdas? Les dabas las buenas noches a gente de lugares que ni siquiera podías pronunciar. Siempre quisiste viajar por el mundo y hacer algo grande.

Ella tuerce el gesto y suspira.

—Sí, bueno, eso era entonces. Ahora no sabría ni por dónde empezar.

Sin embargo, cuando miro a esos profundos y pensativos ojos, sé que me está escuchando.

—Bueno, eso no es sorprendente. No tienes tiempo para pensar. Sé que tienes un buen trabajo y que las cosas van mejor ahora que cuentas con tu propia oficina, pero todavía no estoy convencida de que sea el camino correcto. Creo que tú tampoco lo estás. —Veo que me mira con los ojos entrecerrados y me preocupa haberme pasado de la raya—. No te estoy diciendo cómo tienes que vivir tu vida, te lo prometo. Solo quiero que seas feliz.

Nelly levanta una ceja.

—Lo estaría si me dejaras en paz. —Es lo más cerca que ha estado de sonreír.

—¡De acuerdo! En serio, voy a intentar hacerlo mejor. Ser mejor. Apoyarte más.

Me mira fijamente y asiente con la cabeza.

—Sé que crees que no lo hago, pero confío en ti, Nelly. Siempre lo he hecho.

Ladea la cabeza.

—No sé lo que te pasa, pero es raro —dice—. ¿Por qué de repente estás tan… filosófica?

—Porque la vida pasa más rápido de lo que crees. Y también… porque aquel día debería haberte dicho lo orgullosa que estaba de ti. Y siento muchísimo no haberlo hecho.

Me mira en silencio durante unos segundos.

—De acuerdo —dice.

Asiento con la cabeza y me vuelvo hacia la olla, inundada por una oleada de emociones que ni siquiera puedo empezar a desenredar. Levanto la cuchara de madera y empiezo a remover la salsa.

—Por cierto, huele muy bien —me dice al tiempo que me pone la mano en un hombro, y cierro los ojos un segundo, deteniendo la cuchara de madera mientras se me encoge el corazón.



El comedor privado donde se celebra la cena del jueves está situado en la última planta del edificio de Quark Studios y, tal como me prometió Darius, también hay una cocina decente.

Llego temprano para asegurarme de que los hornos funcionan y de que lo he preparado todo a tiempo. Me muevo por el espacio con mi chaquetilla de chef y ya sé que la comida será un éxito. De hecho, me cuesta recordar por qué estaba preocupada por esta noche. Para el entrante tengo unas cigalas riquísimas que le he comprado a Jack, el pescadero, y unos deliciosos espárragos frescos, además de dorada fresca, alcaparras y nata con una bullabesa reducida, y de mi espectacular postre de crema de caramelo de naranja y *macarons*.

Lo emplato todo personalmente, y Eva sirve a los comensales, volviendo siempre con los platos limpios. Me mira levantando las cejas.

—Esta noche estás mejor que nunca, chef.

Ya ha llevado la tabla de quesos de Curds & Whey, los cafés Redroaster y los *petits fours*, y yo estoy limpiando la cocina cuando Darius me avisa de que pase al comedor.

Para mi deleite, los comensales me aplauden. ¡Dios mío, es como el sueño raro que tuve hace quince días! Solo que bien… merecido.

El hombre que está a la izquierda de Darius se echa hacia atrás en la silla y se acaricia la parte delantera de su camisa de diseño. En francés, me dice que he equilibrado los sabores a la perfección. Lo escucho con humildad, rechazando sus profusos elogios con un comentario autocrítico en francés sobre la desilusión que he sufrido por no haber conseguido las flores de calabacín adecuadas.

Darius me pide que me siente y me sirve una copa de vino, una de las deliciosas botellas de moscato que he elegido para acompañar el postre.

Me doy cuenta de que me mira mientras charlamos sobre Francia y, luego, sobre la organización de las alcaldías. Sujane se queda impresionada cuando le doy mi opinión, de nuevo en un francés fluido, sobre los últimos resultados de las elecciones locales en la región de la que es originaria y se ríe cuando le digo que me mantengo al día de la actualidad a través de los pódcast de noticias franceses porque la política británica me parece muy aburrida.

De vuelta a la cocina, Eva casi ha terminado de recoger.

—He oído las risas —dice.

—La verdad, no podría haber salido mejor —le aseguro, sintiendo un arrebato de orgullo.

Baja conmigo en el montacargas, me acompaña hasta el coche y metemos las cajas. Le quedan pocas semanas para su gran viaje a Costa Rica y me agradece el dinero que le doy, además de una buena propina.

—Te echaré de menos —le digo—. Debes de estar muy emocionada.

—Lo estoy. E impaciente. Aunque me pone nerviosa ir sola.

—Ojalá… Ojalá Nelly fuera contigo, pero me alegro de que os hayáis visto más últimamente. —Aunque me gustaría que hubieran conectado más.

Eva se encoge de hombros, como si pensara lo mismo.

—En fin, buena suerte —le digo—. Ven a verme antes de irte.

Justo acabo de entrar en el Škoda cuando Darius sale y me mira con una sonrisa de oreja a oreja. Bajo la ventanilla.

—Han firmado. Los he convencido —me dice.

—¡Estupendo!

—Los has conquistado, literalmente.

Me río. Sé que está siendo amable al atribuirme su éxito, pero me siento halagada.

—Sí, en fin, ha sido divertido practicar el viejo francés —añado, ya sin sentirme una embaucadora. Hay una pausa incómoda—. Bueno, pues… te envío la factura, ¿no? —le pregunto.

—¡Ah, sí! Claro, claro —contesta mientras se mete las manos en los bolsillos de su bonito traje confeccionado a medida.

—Buenas noches. Y… gracias por darme esta oportunidad. Ha sido divertido. —Giro la llave en el contacto, pero el coche no arranca—. ¡Joder! Ahora no —murmuro, intentándolo de nuevo. ¡Joder con Adam y esta chatarra de coche!

—¿Qué pasa? —Darius está de vuelta en la ventanilla.

—Pues que… Mmm… Supongo que no tienes pinzas, ¿verdad? —le pregunto, pero mientras miro su Ferrari rojo, aparcado al otro lado, dudo mucho de que las tenga. O que su coche y la vieja tartana de la madre de Adam sean compatibles. Seguramente sería como intentar que un águila real y una gaviota copularan.

—Vamos, yo te llevo —se ofrece—. Que la grúa te lo lleve a casa por la mañana.

Agradecida, lo sigo hasta su coche y me golpeo la cabeza al subirme al asiento del acompañante. He parecido un poco torpe, pero Darius se ríe con suavidad y me dice que a todo el mundo le pasa la primera vez.

—Agárrate el sombrero —bromea mientras avanza por la rampa del aparcamiento y pisa el acelerador.

Los Troubs aparecen enseguida en la lista de reproducción de su salpicadero, cantando la canción que más nos gustaba a Adam y a mí de su tercer álbum, «I'll Be Yours». Darius canta en voz alta, desafinando, y me sonríe, animándome a participar, como hizo cuando cantamos en el karaoke de su fiesta. Y lo hago.

¿Así será cuando vayamos al concierto? ¿Darius y yo cantando, en vez de Adam y yo? Pero ¿por qué me siento tan culpable por esto? ¡Ni que Adam fuera el dueño de los Troubs!

En un abrir y cerrar de ojos, estamos atravesando el paseo marítimo a toda velocidad, y me agarro al asiento, emocionada y horrorizada a la vez. Luego, Darius aminora un poco entre carcajadas, enfila las sinuosas calles y entra en nuestra calle sin salida. Aparca el coche con pericia y apaga el motor. La música se corta.

—Gracias por traerme —digo y me desabrocho el cinturón.

Darius se acomoda en su asiento, mirándome.

—Esta noche ha sido una prueba —confiesa.

Lo miro, frunciendo el ceño. ¿De qué habla?

—Y me complace decir que has aprobado con nota. Por eso voy a financiarte —sigue—. Ese restaurante *pop-up* que mencionaste. Si encuentras un lugar adecuado, invertiré lo que necesites para hacerlo realidad.

—¿En serio? ¡Ay, por Dios, Darius! Gracias. —Le echo los brazos al cuello, porque, ¡joder!, esto es increíble, ¿verdad? Me echo hacia atrás y nuestros rostros quedan a escasos centímetros. Me mira a los ojos y luego a los labios, y no puedo respirar, porque solo habíamos estado tan cerca físicamente una vez.

Sin embargo, en esta ocasión no hay excusa. No está borracho, y yo tampoco.

—Jules —susurra, lo bastante alto como para que oiga el anhelo en su voz.

—No lo digas —replico, porque veo en sus ojos que todavía me desea. Que está recordando la sugerencia que me hizo de que huyéramos juntos hace tanto tiempo. Aunque, en aquel momento, le dije que no, quizá piense que ahora tiene una oportunidad.

Le pongo una mano en una mejilla suave. Luego lo beso en la otra y me detengo, con nuestros rostros tan cerca que puedo sentir su aliento en los labios.

Por un segundo, solo un segundo, me siento tentada. Hay algo muy embriagador en este momento, en que él crea en mí.

«Aunque… no. No, no. No puedo».

Tanteo la puerta para abrirla y salgo dando tumbos de su ridículo coche, con las piernas temblorosas.

—Jules, espera… —dice él, tratando de agarrarme, pero niego con la cabeza.

No puedo mirarlo, porque si lo hago, verá que una parte de mí también sigue queriendo que esto suceda.



12

Adam - «Happy»

¿Qué cojones…? ¿Acaba de intentar Darius…? ¿Acaba Jules de estar a punto de…?

Veo a través de la ventana del salón que ella se baja de su Ferrari y echa a andar hacia la puerta principal. Darius mantiene la mirada clavada en ella mientras desaparece de mi campo de visión. Luego, sonríe cuando oigo la llave girar en la cerradura. ¿Por qué? ¿Porque se ha vuelto para mirarlo antes de entrar? ¿Para despedirse? O, incluso, por Dios, ¿para lanzarle ese mismo beso que creo que casi acaba de plantarle en los labios dentro de su coche?

¿En serio ha intentado hacer eso? No, seguro que me he equivocado, ¿verdad?

Me entra frío. Se me revuelve el estómago. Durante un segundo, me pregunto si me habrá visto mientras da marcha atrás con su Ferrari y sus luces de trillones de megavatios barren el destartalado sofá en el que estoy sentado junto a la ventana.

Desaparece poco después, y busco un libro que hay en la mesa para fingir que he estado aquí sentado leyendo y no esperando a Jules. Aunque eso es justo lo que he estado haciendo. Porque es tarde y soy buena persona, es lo que me digo a mí mismo. Pero no es solo

eso, ¿verdad? Es porque también soy celoso y me molesta lo bien que se llevan Jules y Darius. Tal vez con motivos, ¡joder!

—¡Ah! Sigues despierto —dice al verme mientras cuelga el abrigo en el pasillo.

—Sí.

—¿Va todo bien?

—Claro. ¿Por qué? *¿No debería ir todo bien?*

—Darius me ha traído a casa —admite, sin darse cuenta o haciendo caso omiso deliberadamente de mi tono—. Porque el coche de tu madre no arrancaba. Otra vez…

Sigo fulminándola con la mirada. Quiero una explicación. Debe de haberse dado cuenta de que podía verlos a los dos desde aquí.

—Darius cree que es la distribución —sigue—. Pero cree que el coche está para el desguace. Dice que conoce a uno de un concesionario que le debe un favor y que podría cambiarlo.

—El puto San Darius —replico.

Me mira el vaso de *whisky*, pero no tiene que ver con eso.

—Así que de eso es de lo que estabais hablando ahí fuera tan íntimamente, ¿no? —le suelto antes de poder contenerme, incapaz de evitar el deje acusador de mi voz—. ¿Del estado de nuestro coche?

—¡Ah! —exclama—, así que vas a ir por ahí, ¿no? Nada de «¡Hola, Jules! ¿Qué tal la cena?». O «¡Uf! Cariño, seguro que tienes que estar cansada después de trabajar tanto». O «¿Por qué no te preparo una infusión y un baño de sales?». En cambio, tengo que aguantar tu cabreo por la tontería de que yo hable con uno de nuestros amigos más antiguos en su coche. Pues que te den, Adam. *Plus ça change, plus c'est la même chose.*

—Ni siquiera sé lo que quiere decir eso —mascullo. Porque no lo

sé. Entiendo tanto francés como Groucho Guarx entiende el gatuno.

—Pues búscalo en el diccionario. Aunque tendrías que ponerlo boca arriba, claro.

Durante un segundo, no sé a qué se refiere. Pero, luego, me doy cuenta de que el libro que fingía leer está, efectivamente, del revés.

—O casi mejor te ahorro el trabajo —dice, con los ojos brillantes por el enfado—. Significa que cuanto más cambian las cosas, más se quedan igual… Como nosotros. Incluso con todo lo que está pasando en el cobertizo… Incluso con todo eso… Tú y yo seguimos… Seguimos…

—¿Cómo?

—Anclados.

—¿Anclados? —La misma palabra que usó en mi contra durante la discusión después de la fiesta de Darius. Solo que ahora, al pronunciarla, parece todavía peor, parece que quiere decir «jodidos». Lo que no nos deja mucho mejor desde la discusión cuando todo salió a la luz, pese a todas las cosas buenas que han pasado desde entonces.

—En el mismo patrón de espera, Adam —dice al tiempo que señala con un dedo el oscuro cielo exterior—. Como aviones, dando vueltas sin parar, pero sin llegar a ningún sitio nuevo. Y nunca aterrizan juntos al mismo tiempo… Pues mira tú por dónde, pero no podemos estar dando vueltas por el cielo para siempre. Porque algún día… nos quedaremos sin combustible. Algún día nos estrellaremos.

—¡Ah! Pues nada, permíteme ser el primero en felicitarte por tu larguísima y retorcida metáfora —replico mientras la aplaudo despacio.

—Símil.

—Lo que sea. Porque sigue sin tener sentido. Las cosas han cambiado de verdad. Están cambiando. Como… Como… —Casi le cuento lo de mi cuerpo y lo muchísimo mejor que me siento por eso, pero me muerdo la lengua a tiempo y busco algo que decir—. Como lo que ha estado pasando en la cama.

—Sexo. ¿Eso es lo único que se te ocurre?

—¡Joder! Y ¿por qué no? Porque es bueno, ¿no? Mejor que antes. Porque estamos recordando cómo éramos y traemos las experiencias. Como tú dijiste —le recuerdo—. Como si estuviéramos usando esas viejas vivencias para arreglar el presente.

—El sexo solo es una parte de una relación, Adam. No la relación en sí.

—Muy bien, pero ¿qué me dices de…? —Casi le digo que mi relación con Nelly es mucho mejor porque ahora montamos en bici juntos a menudo, pero claro que eso sería admitir que hice algo a sus espaldas—. ¿Qué me dices del hecho de que tú y yo pasemos más tiempo juntos haciendo todo esto, lo de viajar al pasado?

—Pero no es así, ¿verdad? No en el fondo —protesta, echando chispas por los ojos—. Volvemos de forma separada, mientras el otro espera en el cobertizo con un zombi por toda compañía.

—Que sí, que muy bien, pero hablamos del tema luego, ¿no? Estamos compartiendo la experiencia.

Jules cruza los brazos por delante del pecho, negándose a ceder.

—De lo único de lo que hablamos es del pasado. No de nuestras vidas reales ahora.

Detesto cuando hace esto. Cuando se pone tan intransigente.

—Típico de ti, ¿no? —le digo con irritación—. Da igual lo que consigas, siempre quieres más. Te he dado una puta máquina del tiempo de multiversos y sigue sin ser suficiente.

—Porque seguimos discutiendo, ¿no? —señala—. Y, salvo porque follamos como conejos, no veo que seamos más felices en el presente. —Entrecierra los ojos—. ¿De verdad quieres saber de qué estaba hablando con Darius en el coche?

—Pues sí. ¡Joder! Claro que quiero.

—De pasar página. De hacer planes de futuro.

Un pánico repentino se apodera de mí. No puede referirse a… No puede referirse a hacer eso con él, ¿verdad? Darius no puede haberle pedido que…

—Porque, de hecho, Adam, la cena ha ido muy bien. Ha ido de maravilla. Ha ido tan bien que Darius va a financiar por completo mi restaurante *pop-up.*

¡Oh! Muy bien, así que no se refiere a pasar página de todo, no a irse con él… Pero vamos.

—No puedes —digo.

—¿Por qué no?

—¡Habrá condiciones! Siempre las hay con él. —Como fingir que no está microgestionando Quark Studios cuando queda claro para todos en el trabajo que sí lo hace.

—Sí, pero él cree en mí por lo menos —replica Jules—. Y sabe que conseguiré sacarlo adelante.

Estoy a punto de soltarle de malos modos que está cometiendo un grave error al cederle el control, porque salga lo que salga de esto, nunca será verdaderamente suyo. Pero, luego, entiendo lo que dice. Que yo no he creído en ella. De repente, lo veo en sus ojos, veo cuánto desea esto.

—Yo también creo en ti —me apresuro a decir, pero solo ahora que lo he dicho en voz alta me doy cuenta de que lo digo en serio. Ella es capaz de hacerlo, ¿no? Es una chef increíble. Incluso podría trabajar

en París si quisiera. A ver, por lo menos, eso es lo que su mentor, el chef Marcel, dijo—. No necesitamos su caridad —añado, porque también quiero decir eso—. Puedo vender algunos de mis aparatos de gimnasia, ¿no? Y un par de mis bicicletas. —Aunque calculo que ni siquiera eso será suficiente, ¡joder! No teniendo en cuenta que todo es ya de segunda o tercera mano—. O si eso no es suficiente, podemos… —Pero ya me estoy quedando sin ideas.

—¿El qué, Adam? No nos sobra el dinero. Porque nunca nos hemos arriesgado para ahorrar. —Su expresión decidida se vuelve acerada—. Que es por lo que voy a hacerlo, me da igual lo que digas. Voy a aceptar su oferta y no me lo vas a impedir. No es solo por mí. Es por nosotros. Por nuestra familia. Uno de los dos tiene que hacer algo para arreglar nuestra dichosa economía y buscar la forma de avanzar en vez de no hacer nada. En vez de salir a recorrer otros cincuenta kilómetros en bici mientras espera que desaparezca.

Se acabó el discurso. Sale de nuevo al pasillo y sube la escalera en tromba. Dejando un silencio absoluto, como si no solo fuera el dichoso libro lo que tenía del revés, sino todo.

Le doy la vuelta despacio y leo el título. Es uno de los de Jules. En francés, ¡joder! *À la recherche du temps perdu*, de Marcel Proust. Lo escribo en mi teléfono para traducirlo.

En busca del tiempo perdido.

A ver, es una broma, ¿no? Es como si el universo se estuviera riendo en mi cara.

Lanzo el libro con fuerza al otro lado de la habitación y observo que sus páginas se agitan como alas durante un segundo mientras se estrella contra la vitrina de madera con puertas de cristal, rompiendo la superior, antes de caer al suelo como un pájaro abatido…, justo delante de las puertas de madera de la parte inferior.

Es entonces cuando recuerdo… ¡Madre mía!, a lo mejor sí tengo una forma de salir de esto.

Me levanto de un salto para salir corriendo al pasillo, atravieso la cocina y salgo a la fría noche. Porque ¿y si realmente es el universo (o incluso varios universos) el que me habla? No, no en el sentido de que Adam se acaba de volver loco y está oyendo voces dentro de su cabeza. Más en el sentido de lo que Jules dijo sobre que toda esta serie de desquiciados eventos es única y exclusivamente nuestra.

¿Y si *En busca del tiempo perdido* es una señal? Sobre a dónde tengo que ir continuación. Y no solo eso, pero ¿y si los cajones de la vitrina también son una señal?

En cuanto entro en el cobertizo, bajo las persianas para asegurarme de que Jules no pueda verme desde la casa. Luego, me dirijo a la caja de cintas y CD, sabiendo ya lo que busco. Cualquier cosa anterior a octubre de 2014. Enseguida, encuentro uno. De nuevo, es como si brillara a la luz de la luna.

Como me pasó con la primera cinta. Como si esto fuera de verdad algo que el universo quiere que vea.

Vacaciones en casa 2014, dice en la carátula del CD. Con la letra de Jules en bolígrafo de tinta verde. Un regalo que me hizo el año que no teníamos suficiente dinero para irnos de vacaciones, y cada penique que teníamos iba al fondo de San Francisco. Para entretener a los niños, decidimos convertir el jardín en un improvisado festival y parque de aventuras.

Me imagino la tirolina. Me veo trepando por el laurel para atarla. Lo emocionados que estaban los niños. Y luego vuelvo a oír esos gritos, ese mismo año, pero más tarde.

No. No debería volver a ese año. En absoluto. Por si intento cambiar el futuro de Liam.

Sin embargo, ¿me queda alternativa? Porque lo único que se me ocurre que puede arreglar todo lo demás con Jules también se encuentra en ese año.

Deprisa, antes de que pueda cambiar de opinión, meto el CD en el radiocasete. Bajo el volumen al uno, para que nadie fuera del cobertizo pueda oírlo, y le doy a reproducir.

Lo último que veo son mis viejas figuritas de *Star Wars* alineadas en fila en el antiguo torno de mi padre antes de que empiece a sonar «Happy», de Pharrell Williams, y me absorba ese tornado que gira tan rápido que se me revuelve el estómago…



Yyyyyyyy… aterrizo a toda velocidad en la pista. Estoy tan acostumbrado que podría ser un pasajero de primera clase con mi Xanax programado a la perfección antes de tocar el suelo y echando a correr en cuanto desembarco.

Despierto y lo primero que me veo son las manos… Muy bien, las manos del Joven Adam, aunque ya no es tan joven, porque en 2014 ya tiene cuarenta y dos años.

Aunque sus manos siguen pareciendo más jóvenes que las mías. Menos arrugadas, menos velludas. El músculo braquial de la muñeca también parece más delgado, junto con el flexor radial del carpo. Por supuesto, porque en esta línea temporal solo llevo cinco años haciendo ejercicio. Lo que significa que todavía me queda mucho más voleibol, maratones, carreras de Ironman y recorridos en bicicleta para endurecerme de verdad.

—Creo que deberías hacerlas más largas —dice Darius.

—Pero entonces acabarán pareciendo penes —replica Adam. Se refiere a las dos íes que está afinando en una hoja de papel A4 como

parte de su diseño en forma de sonrisa para las palabras «Totally Sirius».

Por supuesto. Este es justo el prototipo de logo de la empresa que terminará clavado en el tablero de corcho aquí en el cobertizo que luego voy a romper en la noche de la fiesta de Darius. Un logo que Adam todavía cree que podría llegar a ser tan emblemático como Atari, Sega o Nintendo.

—¿Qué tienen de malo los penes? —pregunta Darius.

—Pues nada en sí mismos —contesta Adam—. Pero, como parte del logo de un juego, pueden parecer un poco masculinos… Un pelín agresivos…

—¿Qué tienen de malo lo masculino y lo agresivo?

—¿Lo preguntas en serio?

—Venga… Totally Sirius, colega —dice Darius, hablando como los personajes de las pelis de Bill y Ted—. Porque así el mercado va a tener que fijarse en nosotros y, por tanto, tomarnos totalmente en serio también.

—Creía que la idea detrás de Totally Sirius era mirar al futuro, ofrecerles a los jugadores algo nuevo, no solo las mismas mierdas de armas y testosterona…

—Sí, pero el mercado gordo siguen siendo los adolescentes. Y los penes, aunque solo se intuyan en el logo, los harán reír. Harán que la marca sea genial.

La misma mierda que intentará colar con el nuevo logo de Quark Studios dentro de diez años.

—¿Que se intuyan penes? —se burla Adam—. A lo mejor deberías lanzar un nuevo *aftershave* y no esto.

—Muy gracioso —dice Darius.

Se comporta como si no le molestase, cuando la verdad es que cada

vez le gusta menos que le repliquen. Sobre todo en temas de negocios, convencido todavía de que está despegando, pese a haber sufrido varios contratiempos por el camino. Lo que ya deja a mi yo más joven siendo el beta de su alfa.

Aunque ya basta de esto. Ya basta de ellos. Sé cómo acaba el tema. Que Adam no podrá ganar esta batalla con Darius por el alma de Totally Sirius. Que toda la emoción que Adam siente ahora mismo, toda esa ansia por el futuro, se desvanecerá, apagada por el creciente miedo durante los dos años siguientes de que Darius y él están abarcando más de la cuenta, y de que Darius está demasiado seguro de sí mismo, es demasiado imprudente, y de que el tío estadounidense de Darius no cumplirá sus promesas de financiación, lo que dejaría a Adam expuesto a la bancarrota si fracasaban.

—Oye, ¿adónde vas?

Adam no contesta. Ni siquiera mira hacia atrás…, porque Adam ya no está al mando.

Lo obligo a pasar junto al viejo reproductor Bang & Olufsen y a que suba el volumen, de modo que el disco de Van Morrison que está tocando ahogue las protestas de Darius; luego, hago que salga al deslumbrante sol. Lo hago volverse hacia la casa, con la intención de controlarlo el tiempo necesario para obligarlo a subir y hacer lo que he venido a hacer.

Solo en ese momento veo a Liam, y me sorprende lo mucho que ha crecido desde la última vez que lo vi en Port de Pollença en 2009, tanto que cedo el control y me quedo dentro de Adam. El dulce niño de seis años que dejé comiendo patatas fritas en un banco se ha convertido ahora en un niño de once años descarado y asilvestrado, y está sentado con su mejor amigo, Max, junto a los restos de la barbacoa de anoche.

—¡Hola, chicos! —los saluda Adam, un poco aturdido por haberme impuesto a él y sin saber por qué ha salido al jardín.

Darius lo sigue.

—Oye, tío Dar, ¿ya tienes tu Ferrari? —pregunta Liam al tiempo que le da un codazo en las costillas a Max. Una broma recurrente, recuerdo ahora, de cuando todos pensábamos que nunca sucedería.

—Todavía estoy esperando a que consigas un contrato discográfico, para poder ir a buscarte al estadio de Wembley después de tu primer concierto con todas las entradas vendidas —se burla Darius, sin perder comba.

Liam agarra su nueva guitarra acústica, más grande que la anterior, cubierta de pegatinas de Royal Blood y Arctic Monkeys, de donde la tiene a sus pies antes de tocar un dramático e irónico compás de tres acordes: *bum-tss-bum*.

Sin embargo, casi no le presto atención. Me limito a mirar la mano izquierda de Liam. Su mano completa. Con los cinco dedos.

«Y ya sabes lo que pasa cuando la gente se cae…».

Lo que mi madre dijo después de que el Joven Adam se deslizara por la barandilla la primera vez que viajé en el tiempo a 1989.

Creía que solo era una crítica, pero por fin lo veo como lo que era en realidad. Una profecía. Una profecía sobre la que, sin importar los riesgos, tenía que actuar.

No me permito ni un solo microsegundo más para pensarlo. Me impongo a Adam de nuevo y hago que entre en el cobertizo. Salgo segundos después con un martillo y un serrucho, y paso junto a Darius y los niños para cortar el final de la cuerda de la tirolina, allí donde se enrolla alrededor del tocón situado al fondo del jardín. En cuanto la cuerda de doce metros pierde tensión, se aleja de golpe de mí, como una serpiente, y la odiada polea y la barra con forma de

«T» caen al suelo desde donde estaban enganchadas a la rama más alta del laurel.

—¡Papá! ¿Qué haces? —grita Liam.

—Es peligrosa —obligo a Adam a decir—. Esto… Lo he leído en internet.

Está confundido, pero, por dentro, yo estoy exultante.

—Pero, papá…

Liam se da cuenta de que ya es demasiado tarde. La cuerda está rota. Max, Darius y él me miran como si me acabara de volver loco.

¿Quién sabe? A lo mejor están en lo cierto. A lo mejor me he vuelto loco. Pero ya es demasiado tarde para cambiar las cosas.

Agarro la polea de madera, la llevo hasta la losa más cercana y la hago pedazos.

—Ya está —le hago decir a Adam, mientras mira sonriendo a los demás, con el corazón latiéndole con fuerza por el esfuerzo.

—¡Papá! Eso ha sido una locura. —Liam tiene los ojos como platos.

—Sí, pero tiene razón —tercia Darius—. Yo también he leído ese artículo.

Está mintiendo, pero me apoya. Porque eso es lo que hacen los amigos. Incluso cuando parece que se están volviendo locos.

—Gracias —le digo.

Liam me mira nervioso y yo hago que Adam esboce una sonrisa tranquilizadora, como si no fuera para tanto.

—Solo pienso ti, colega. En mantenerte a salvo.

—Bueno, ¿entonces puedes ayudarnos a terminar nuestra guarida? —pregunta Liam—. Como prometiste.

Tiene razón. Mi yo más joven se lo prometió y todavía tengo tiempo. Seguramente solo haya pasado un cuarto de hora de lo que debería ser un viaje de setenta y cuatro minutos.

Le devuelvo el control a Adam. Se queda mirando la polea destrozada, la «T» metálica y la cuerda cortada, desorientado durante un segundo, mientras intenta mentalmente asimilar lo que acaba de hacer. Luego, recuerda lo que lo he obligado a decir sobre que las tirolinas son peligrosas. Darius, los niños y él empiezan a jugar.

—¡Ah, bien! —dice una voz un poco después.

Levanto la cabeza y veo que es Jules (o la Joven Jules), que mira los restos de la tirolina. Lleva unos vaqueros rectos y un top negro con encaje, y recuerdo cómo éramos cuando todavía formábamos un equipo unido, antes de que no consiguiéramos mudarnos a San Francisco.

—Me preocupaba que alguien pudiera hacerse daño —sigue—. Incluso le dije a tu padre que no la pusiera —le dice a Liam—, pero se negaba a hacerme caso —Sonríe—… hasta ahora.

Y solo ahora recuerdo que es verdad. Que me lo dijo. Otra cosa que se me había olvidado. O que había enterrado. ¡Por Dios! Lo que debió de costarle no echármelo en cara a lo largo de los años. Depositar la culpa a mis pies, donde correspondía.

—Toma —dice Jules al tiempo que me da un CD—. Llega un poco tarde, pero aquí tienes tu CD de vacaciones veraniegas. Y hazme el favor de ponerlo. No creo que soporte más Van.

—Pero nos encanta Van Morrison —protestan Adam, Darius y los chicos.

—Y a mí —replica—, pero es la segunda vez que ponéis el de *Moondance* entero hoy —comenta mientras agita el CD hasta que Adam lo acepta.

Con una sonrisa, la besa, solo es un beso rápido, pero basta para que los chicos empiecen a reírse por lo bajo y a mí empieza a darme

vueltas la cabeza mientras me doy cuenta de nuevo de lo mucho que nos alejamos de esta intimidad tan casual antes de que descubriéramos la máquina del tiempo.

También me doy cuenta de que, ahora que me ha dado el CD, solo me quedan treinta y siete minutos aquí, ni uno más, pero, por suerte, solo me queda una cosa por hacer.

Jules sale al jardín, diciendo que tiene que ir a por Nelly a casa de Eva. Yo echo a andar hacia el salón, pero Liam me agarra, porque sigue queriendo pasar tiempo conmigo.

Todavía queda tiempo, ¿verdad? Para jugar un poco más con mi hijo. Así que cedo el control y disfruto mientras Adam, Darius, Liam y Max se ponen a construir… con mantas, trozos viejos de hierro corrugado, postes de madera y cualquier cosa que encuentren. Y forman un tremendo equipo de supervivientes en caso de accidente, ¿no? Hemos estado jugando a nuestro nuevo juego, *Tierra Gemela*, todo el verano. Un juego que no solo he estado jugando con los niños en el jardín, sino que he empezado a guionizar como posible concepto para exponérselo a Darius. Lo que esperaba que algún día fuera el primer juego de supervivencia no violento de Totally Sirius en llegar a las tiendas.

Terminan montando la tela de la vieja tienda de campaña sobre el tendedero y reforzando su perímetro contra las tormentas de polvo, algo habitual aquí en Próxima Centauri, que es como han decidido llamar al jardín por ahora. Luego, discuten sobre las raciones que van a necesitar Liam y Max para pasar la noche y, por suerte para ellos, Próxima Centauri tiene un montón de depósitos naturales cercanos de fideos, Doritos de queso y Coca-Cola light. Justo en la tienda de la esquina, conocida también como «Economato de la NASA», al final de la calle.

¡Joder! También es divertido. Jugar de nuevo sin más. Con Adam y Darius tan metidos en el juego como los niños. Sin reglas. Sin ideas demasiado tontas. Solo alentando a Liam y a Max para que siguieran creando todo lo que se les pasara por la cabeza.

Los cuatro acaban muertos de la risa, y Darius ni siquiera se inmuta por las manchas de hierba en sus vaqueros *skinny* hechos a medida. Pero justo cuando están terminando las reglas para la evacuación planetaria, retrocede un paso porque lo llaman por teléfono.

—¡Mierda! Perdón. Ya casi es la hora, chicos —dice—. Tengo que irme pronto para ver a la guapa Lucy.

Otra novia. Los niños empiezan a silbar y a poner caras de asco. A Adam también le cuesta la misma vida no poner los ojos en blanco, porque a Darius no le dura ninguno de sus rollos. Luego Liam y Max empiezan a chillar mientras un cachorrito peludo (¡joder!, solo puede ser Groucho Guarx) aparece corriendo por el jardín hacia nosotros con un osito de peluche mordisqueado en el hocico.

¡Mierda! Me acuerdo de lo que he venido a hacer de verdad. ¿Cuánto tiempo llevo jugando? ¡Joder! Tengo que ponerme en marcha ya, antes de que se me acabe el tiempo. «Para arreglar nuestra dichosa economía y buscar la forma de avanzar en vez de no hacer nada».

Me apresuro a imponerme de nuevo a Adam y corro hacia la puerta de la cocina, y llego a ella justo cuando Jules sale.

—De verdad que me encanta verte jugar con Liam —dice.

—¿Solo con Liam? —pregunta Nelly a su espalda.

Nelly. Con… ¿cuántos años? Con catorce. Ver a mi niñita hace que pierda el control de Adam y me quedé mirándola embobado de nuevo.

—Claro que contigo también —contesta Adam, con un deje desconcertado, preguntándose por qué acaba de ir allí.

Sin embargo, se espabila enseguida y se pone a hacer de padre y a charlar, porque durante los dos últimos años en los que Jules ha estado asistiendo a los cursos de francés del chef Marcel que le regaló su madre, Adam y Nelly han pasado más tiempo juntos. Ha conseguido que empiece a correr y a montar en bicicleta incluso antes que en nuestra última línea temporal, para que un día acabe entrando en el equipo del condado. Incluso tienen un complejo saludo de manos, que combina chocar los cinco con darse un apretón, que ya ejecutan a la perfección.

La Joven Jules lo observa, todo hay que decirlo, con algo más que un poquito de envidia en la mirada.

—¿Habéis arreglado lo del logo? —me pregunta mientras señala hacia el cobertizo con la cabeza y Nelly corre para levantar en brazos a Groucho.

—Estamos en ello.

Ella sonríe, claramente tan entusiasmada como él por el progreso con el incipiente negocio entre Darius y Adam. Al rebuscar en los recuerdos más recientes de Adam, ahora veo los cientos de horas que Jules y él se han pasado también hablando de Totally Sirius. Otra cosa que he olvidado. Lo mucho que me apoyó. Lo mucho que quería que mi sueño se hiciera realidad.

Aunque por eso estoy aquí, ¿no? Para hacer lo mismo por ella.

Sin embargo, Adam está observando a Jules, que sonríe en dirección a Darius, quien, a su vez, está aullando y rondando la guarida de los niños, como si fuera una tormenta cósmica compuesta por un solo hombre.

Quiero decírselo a Jules. Lo de Liam. Que lo que acabo de hacer lo

salvará. Porque, aunque yo nunca me he perdonado mi parte de culpa en el accidente, ahora tampoco estoy seguro de que ella me perdonase.

Quiero decirle que está arreglado.

Claro que no puedo. No podré hacerlo nunca.

—¿Crees que alguna vez sentará la cabeza? Que tendrá hijos propios —me pregunta, con la mirada fija en Darius. Lo ha dicho con un deje tristón, como si fuera un desperdicio…, algo que a mi yo más joven se le escapa por completo.

—Puede —contesta Adam. Pero cuando mira hacia donde está Darius en el jardín, él nos está mirando también, y veo la misma expresión en sus ojos de cuando vio a Jules caminar hasta nuestra puerta desde su Ferrari.

Jules… ¡Madre mía! ¿Ha estado esperándola… todo este tiempo?

—¿Adónde vas? —me pregunta Jules.

No dejo que mi yo más joven conteste, sino que me impongo a él de nuevo. Esta vez, no dejo que Adam me detenga hasta que llego al salón. Con Adam firmemente bajo mi control, lo dirijo hacia la vieja vitrina de madera y cristal que Marcel Proust acaba de destrozar en mi futuro. Solo que el cristal sigue intacto, por supuesto, y abro deprisa las puertas dobles de madera de la parte inferior.

Y mira, ¡mira!, están todos aquí esperándome, junto al viejo juego de té de porcelana Royal Doulton de mi madre. Mis viejos amigos. Los que me compró mi padre durante las Navidades de los setenta, cuando mi madre me regalaba jerséis tejidos a mano, un nuevo uniforme de los Scout y un ejemplar de *La Biblia de las buenas nuevas*.

Luke, Han, Leia, Chewy y C-3PO. Mis objetos de colección. Todos todavía en sus cajas sin abrir. Todos en perfectas condiciones antes de que Liam y Max se hagan con ellos dentro de un mes y los

«sacrifiquen» a los antiguos espíritus de la Tierra Gemela en una pira construida sobre la Estación de Observación Interestelar Weber, también conocida como «la barbacoa».

Y, lo que es todavía más importante, el cazarrecompensas mandaloriano Boba Fett también está aquí, y sé con estupefacto estupor que una figura idéntica en su caja se venderá dentro de nueve años a un coleccionista de Nueva York por más de veinte mil pavos.

Hago que Adam agarre todas las cajas con rapidez y que vaya a nuestro dormitorio para esconderlas detrás de nuestro pesado armario de madera, en el hueco donde siempre me escondía de niño, un sitio al que nunca entra nadie.

También le dejo un mensaje en el portátil, por si acaso este acto se le queda borroso y se pregunta dónde las ha metido. Le recuerdo que tiene que mantenerlas escondidas por si los niños o el cachorro se topan con ellas y arruinan su valor al abrir las cajas o romperlas.



Puede que tenga cincuenta y dos años, pero por fin, ¡por fin!, me siento como Ferris Bueller en *Todo en un día*, cuando salgo de la autopista y conduzco por la avenida Dyke Road de vuelta a la ciudad.

Por supuesto, este coche no es un Ferrari 250 GT California Spyder de 1961, como el que Ferris convence a su mejor amigo Cameron para que saque del garaje de cristal de su padre en el clásico de John Hughes de 1986. Tampoco es un Ferrari SF90 Stradale V8 Turbo de 2021, como el que Darius pasea por las calles de Brighton. Pero, por lo menos, es rojo.

Y, lo que es más importante, es un Triumph Spitfire descapotable,

el mismo coche cuyo nombre Jules ha gritado a lo largo de nuestros veinticinco años de matrimonio cada vez que lo ha visto en episodios de *Se ha escrito un crimen, Doctor Who* y *Killing Eve*. Es su coche preferido. Un coche que siempre ha codiciado.

Y un coche que ahora posee. Aunque esté un poco cascado y solo tenga tres meses de garantía.

Admito que mis motivos para comprarlo no son del todo honorables. No es solo para ella, ¿verdad? También es para mí. En parte, porque también puedo conducirlo y sentirme tan genial como Matthew Broderick, como me siento ahora mismo con la capota bajada y el sol derramándose sobre mis bíceps flexionados y mis Ray-Ban negras de imitación un poco rayadas.

Sin embargo, también porque, en términos freudianos, lo que estoy haciendo aquí es, con suerte, erradicar un claro caso de envidia crónica de pene. Un subtexto inevitable incluso para mí, en la medida en la que estoy literal, o metafóricamente, dándole a Jules un pene. Para alejarla de Darius.

Y, aunque gastar cinco mil en cualquier cosa me provocaría urticaria, Jules lo vale.

A ver, ¿por qué si no me habría montado en el primer tren a Londres para vender mis inmaculadas figuritas de *Star Wars* a un coleccionista que seguramente me ha racaneado un diez por ciento más de lo que podría haber ganado en una subasta? Porque quería cumplir los sueños de Jules.

Aquí, en esta realidad.

Aunque quizá esta sea una realidad bastante distinta, un universo distinto incluso, al que dejé anoche. Un universo en el que Liam nunca tuvo la oportunidad de incinerar a Boba Fett, a FX-7, a C-3PO y a los otros, lo que significa que todos ellos seguían a buen recaudo

detrás de mi armario cuando me colé anoche después de volver de 2014.

Y, lo que es más importante, aquí en este universo alternativo, Liam no tuvo su accidente. Cuando regresé anoche, lo primero que hice (antes de ir a buscar las figuritas) fue subir corriendo a su habitación para ver cómo estaba. No estaba, esa fue la respuesta. Estaba en Japón, me informaron enseguida mis nuevos recuerdos. Donde el grupo de Liam, Max y Kai, Grass Stain, está de gira.

Sí, mi hijo lo ha conseguido, ¡joder!

No solo no ha tenido el accidente en esta nueva línea temporal, sino que ha perseguido su sueño. Sin descanso. Firmó con una discográfica justo después de cumplir dieciocho años, dejó la universidad y se mudó a Londres para comprar un piso. Por lo que ahora está al borde del éxito. Si todavía no se ha hecho un nombre en la industria, sin duda va por buen camino.

También he visto a mi maravillosa Nelly. Dormida en la cama, pero con el portátil encendido y el móvil con una cascada de mensajes de su jefe. Lo mismo que antes. Pero también con un mapa en su mesa que muestra la ruta en bici que ha planeado para que la hagamos este fin de semana. Y, lo que es igual de importante, mis nuevos recuerdos me dicen que no parece haberse visto afectada por el ascenso a la fama de Liam, como podría pasarles a algunos hermanos eclipsados.

Eso quería decir que lo que he hecho era algo bueno. ¿¡Verdad!? Algo de lo que no me arrepiento. No me voy a arrepentir. El único inconveniente que se me ha ocurrido hasta ahora es no poder contarle a Jules todo lo que he conseguido.

En la *app* de Spotify de mi teléfono, paso del «Mulder and Scully», de Catatonia, al primer álbum de Grass Stain, *Tierra Gemela*. Una

referencia al juego de Liam y Max en aquel verano de 2014. Me desplazo hasta la pista cuatro, «Zip Wire».

«Y luego te lanzas, te lanzas, te lanzas hasta el suelo», cantan Max y Liam, unidos a mi voz ahora mismo en el coche, porque me sé todo el disco de memoria, claro.

Solo que ahora ya nunca se lanzó, se lanzó, se lanzó hasta el suelo, ¿verdad? No como en los otros universos de antes. No con dolor. Solo por diversión.

¡Mierda! ¡Joder!

Freno de golpe y por poco no atropello las impolutas deportivas blancas de una mujer con pantalones cortos color lila y un top a juego que acaba de bajarse del bordillo, ladeando la cadera y levantando el pulgar como si estuviera en una película y esperase que la llevara alguien en coche.

Ni siquiera necesito verle la cara para saber que es Meredith. Recuerdo que hizo justo lo mismo en la parada de autobús hace unas semanas cuando su autobús se detuvo. Preciosa. Como si solo se detuviera por ella. Como si todo el mundo se detuviera a mirar también.

No solo yo.

—Me ha parecido que eras tú. —Sonríe y se quita las gafas de sol, y esos ojos grises brillan cuando se clavan en los míos—. Y… ¡Madre mía! ¿Puedo? —Echa un vistazo al coche antes de sentarse en el asiento del acompañante sin esperar respuesta—. ¡Ay, me encanta! Es tan retro. Tan… tú.

¿Yo? ¿Qué quiere decir? ¿Que ella también cree que yo soy retro?

Un coche pita detrás de mí, y levanto el brazo a modo de disculpa antes de seguir conduciendo, pero lo hago también para flexionar un poco los bíceps. Por orgullo herido. Para recordarle que no soy tan

viejo.

—A ver, ¿de dónde ha salido este chiquitín? —me pregunta.

—Mmm… —Pero algo me impide decirle que es un regalo para Jules, porque le he estado contando demasiadas cosas a Meredith, ¿no? En esta nueva línea temporal y en la anterior. O quizá no sea por eso, porque soy incapaz de no mirar esas largas piernas desnudas. Quizá es que todavía quiero que esta burbujita de Meredith sea solo sobre nosotros. A pesar de querer también que todo se arregle con Jules.

—¿Tienes tu kit en la parte de atrás? —me pregunta.

—¿Cómo?

—Para el voleibol. Por eso estás aquí, ¿verdad? ¿Para llevarme?

Entonces me doy cuenta de que acabo de pasar por delante de su calle. Cuando estaba totalmente fuera de mi ruta. Y se supone que hoy jugamos.

—¡Ah, pues no! —contesto, desconcertado.

—Entonces, ¿a qué debo este honor? ¿Planeas llevarme a comer a algún lugar bonito de la campiña? Porque, la verdad, en un coche como este y en un día como hoy, haces que sea difícil para una chica decir que no.

Tras decir eso, se suelta la melena rubia, la sacude y la deja caer en cascada sobre los hombros. El equivalente en «pelografía» a desnudarse y salir corriendo hacia el bosque. ¡Joder! ¿Se puede saber qué es esto? Sin duda, un nivel superior incluso al tonteo descarado de la pista de voleibol. Una escalada. Una proposición. En serio.

No me puedo creer que he acabado justo en la misma posición que Jules y Darius en el coche anoche… Pero no pasó nada entre ellos, ¿verdad? Todavía tengo que creerlo.

Aun así, no puedo decir que no me siento tentado. Meredith es

inteligente, es divertida, es guapa. Pero, quizá, esto es lo único que una parte necesitada de mí siempre ha querido de ella. Que se fijasen en mí como era debido. Porque, de repente, no estoy pensando en ella. Pienso en Jules y en la cara que pondrá cuando vea el coche. En lo mucho que va a sonreír.

—Lo siento —le digo a Meredith al tiempo que me aparto de nuevo a un lado— y… Y hoy no habrá voleibol. No creo que debamos seguir siendo compañeros.

Me mira fijamente durante un segundo como si no me creyera. Tengo la sensación de que soy un cabrón. Es que lo soy. Este nuevo yo, y el de mi anterior línea temporal, ha estado dándole alas, ¿verdad? ¿No se las hemos dado? ¿No se las he dado yo? He dejado que todo el tonteo del voleibol fuera creciendo hasta llegar a esto.

Meredith se inclina para besarme de nuevo en la mejilla de todas formas, como el lunes en la pista. Solo que, en esta ocasión, me roza la nariz con la suya.

—Hazlo —susurra, y siento su cálido aliento en la cara—. Bésame. Hazlo y se acabó.

Sin embargo, no quiero dejarme arrastrar por el lema de Nike. No por ella.

—No —repito—. Lo siento.

Porque esto es todo culpa mía, ¿no? No suya.

Otro ramalazo de incredulidad, pero luego su expresión se endurece mientras se aparta y se baja del coche.

—Te vas a arrepentir de no haber aprovechado esta oportunidad —me dice con los labios apretados antes de cerrar dando un portazo.

Sin embargo, pese a lo mal que me siento por lo que he estado haciendo y por lo disgustada que está, también experimento una oleada de puro alivio. Porque el yo original en mi línea temporal

original nunca se habría metido en este aprieto, ¿verdad? Nunca habría dejado que las cosas llegaran tan lejos. Y no, no solo porque entonces no tuviera el cuerpo o quizá ni siquiera la confianza para que hubiera sido de otro modo, sino porque, en realidad, solo tenía ojos para Jules.

Me incorporo de nuevo al tráfico. El corazón se me desboca. Piso a fondo el acelerador.

A casa.

A Jules.

A ver qué le parece este coche y el hombre que lo conduce. A ver si puedo usar esa vieja máquina del tiempo y del multiverso para arreglar las cosas entre nosotros de una vez por todas.



13

Jules - «The Way It Is»

No puedo deshacerme del mal humor, así que estoy limpiando la casa, pasándole la aspiradora con rabia a la escalera. Aunque la cena de anoche para Darius fue un triunfo, la reacción de Adam cuando volví le quitó toda la gloria y, después de nuestra bronca, me sentí tan desanimada que apenas dormí.

Esta mañana, cuando me he levantado, ya se había ido a trabajar y no me ha llamado ni mandado ningún mensaje. No sé a qué hora llegará a casa, pero parece que tengo todo el día para marinar el cabreo. Termino de subir la escalera y voy directamente al cuarto de baño para limpiar los espejos, donde veo mi ceño fruncido.

No solo estoy enfadada porque Adam sea un imbécil. Estoy alterada por lo que ha pasado con Darius. Cuanto más pienso en el tema, más me pregunto si nuestro beso fue culpa suya o mía. Claro que tampoco ha pasado nada, ¿verdad?

Y por si eso no fuera suficiente para provocarme un dolor de cabeza por el estrés de sentirme culpable, Liam también pesa mucho en mi mente. ¿Hay algún universo en el que dejes de preocuparte por tus hijos? ¿O de sentir que les has fallado? Siempre pensé que era un tópico, pero resulta que el dicho es cierto: solo eres tan feliz

como tu hijo más triste.

Y a Liam le pasa algo. Lo sé.

Me tomo un descanso y vuelvo a mirar su cuenta de Instagram. Hace más de una semana que no publica nada, algo que no es habitual en él. Grass Stain tiene cientos de miles de seguidores y siempre están hambrientos de contenido, de vídeos con adelantos de lo que están grabando o de fotos entre bastidores.

Es patético aferrarse a estas publicaciones como una fan enamorada, lo sé, pero es lo único que consigo estos días, sobre todo desde que está en Japón.

Cuando se fue de gira por Europa y luego por Asia, teníamos la norma de que llamara por lo menos dos veces a la semana, después una vez los domingos, pero hasta eso ha disminuido y llevo casi un mes sin oír su voz. Sé que está ocupado. Sé que hay un millón de cosas que exigen su tiempo, pero me duele de todas formas.

Me muerdo el labio, debatiéndome si llamar o no a Saori, la madre de Max. No quiero parecer pesada ni controladora, pero a lo mejor ella sabe el motivo de este silencio absoluto. Marco su número. Está en la peluquería donde trabaja, y apenas puedo oírla por la música y el ruido de los secadores cuando contesta.

—Me estaba preguntando…, ¿sabes algo de Max? —digo—. Hace tiempo que no publican nada en internet.

Se produce un silencio al otro lado.

—No quería decir nada —contesta—, pero han tenido algunos problemillas…

Se me eriza el vello de la nuca.

—¿Problemillas?

—Creo que ya está todo solucionado —me asegura—. Solo son… cosas del grupo, ya sabes. Por esforzarse demasiado y tal. No hay

nada de lo que preocuparse —añade de una manera que me hace pensar que, realmente, sí es para preocuparse, y me deja con más ganas de hablar con Liam—. Lo siento, Jules, tengo que dejarte, pero pronto nos pondremos al día.

—¿Jules? —Oigo que me llama Adam desde la planta baja—. ¿Estás ahí arriba?

Me pongo en pie y me apoyo en el borde del lavabo en busca de fuerzas.

—¿Jules? —me llama de nuevo, con más urgencia en esta ocasión.

—Estoy aquí arriba —contesto con brusquedad. Si quiere hablar conmigo, que suba y se disculpe primero.

—Baja —dice.

—¿¡Qué pasa!? —grito.

—Ven. Por favor —insiste, y yo me alejo del espejo, molesta.

Cuando salgo al descansillo, veo que me sonríe desde el final de la escalera. Tenemos muchas cosas que arreglar, pero parece haber olvidado que no nos hablamos.

—Quiero enseñarte una cosa. —Señala con la cabeza hacia la puerta principal.

Molesta porque se muestre tan misterioso, bajo las escaleras dando pisotones.

—¿El qué?

—Es una sorpresa.

Parece muy emocionado, sobre todo sabiendo que odio las sorpresas.

Se coloca detrás de mí e intenta taparme los ojos con las manos.

—¿Te importaría no…? —Le doy un codazo, irritada porque ahora me está rodeando la cara con las manos.

Con dificultad y todavía tapándome los ojos, engancha el pie en la

puerta y lo veo tirar de ella para abrirla. Luego, me aparta las manos de la cara.

—¡Tachán!

Hay un descapotable rojo en el camino de entrada, brillando a la luz del sol, como si hubiera aparecido por arte de magia, como uno de esos efectos de los anuncios de lotería. Un Triumph Spitfire, ni más ni menos.

—Puedes darte una vuelta si quieres. El concesionario me ha asegurado que el contacto funciona perfectamente —dice al tiempo que me da las llaves.

—¿Has comprado un coche?

—Un coche no. El Coche, con mayúsculas. El que siempre has querido.

—Pero ¿cómo vamos a pagarlo? Siempre has dicho…

—He encontrado la manera. —Se frota las manos.

¿Cómo? Es imposible. Imposible. Conozco el estado de nuestras cuentas bancarias. A menos que…

¡Ay, no! No puede ser. No puede haber estado viajando en el tiempo a mis espaldas, ¿verdad? Para conseguir dinero. Como yo hice a sus espaldas.

Sería incapaz. ¿O no?

Estoy a punto de preguntarle. Sin embargo, se me ocurre que preguntarle podría hacerlo sospechar que yo ya he hecho lo mismo.

—Ajá. —No estoy muy convencida.

—A ver, sé que anoche fui un idiota.

En todas las discusiones que he mantenido en mi cabeza con él desde que me levanté esta mañana, esto no era lo que esperaba que iba a pasar.

—Lo siento. Lo siento. En serio. Debería haberte apoyado más.

Porque tú siempre me has apoyado, ¿verdad? Como cuando descubrí todas las deudas de mi padre. Y cuando intenté sacar adelante la empresa con Darius. Cosas por las que nunca te he dado las gracias. Y sé que eres una chef increíble, Jules, y sé lo mal que estaban las cosas después del confinamiento. Todo el proyecto del restaurante *pop-up*… Debería haberlo apoyado, desde el principio.

Siento que unas lágrimas inesperadas brotan de mis ojos. No me había preparado para una disculpa suya y mucho menos para un reconocimiento de mi apoyo o de mis talentos, aunque no sean estrictamente míos.

—Entiendo por qué aceptaste la ayuda de Darius, sobre todo si no podíamos permitírnoslo, pero hace un rato oí en la radio una noticia sobre lo mucho que valen hoy en día los juguetes viejos.

Meneo la cabeza, desconcertada. ¿Qué está diciendo?

—Sobre todo, las figuritas de *Star Wars*. Así que me acordé de todas las que me regaló mi padre y que se me habían olvidado…

¿No las guardaba en la vitrina del salón? Hace años que no las veo.

—Me acordé de que las escondí, justo después de que trajéramos a Groucho, por si las mordisqueaba. Anoche no podía dormir después de remar, así que entré en internet. Siempre esperé que valieran algo, pero… —Sonríe—. ¡Ni te lo imaginas! —Da una palmada de alegría y empieza a balbucear que esta mañana se ha puesto en contacto a primera hora con un vendedor de Londres, que no ha ido al trabajo porque se ha subido en el primer tren, y que el hombre prácticamente le ha arrancado la mano de un mordisco cuando ha visto lo que tenía.

—¿Suficiente para un coche? —le pregunto.

—Sí y ha sobrado. Suficiente también para poner en marcha tu restaurante *pop-up*. Bueno, por lo menos al principio. Tendremos que

conseguir inversores, pero podemos empezar a planearlo todo.

—¿En serio?

—Sí. —Le brillan los ojos—. En serio. Lo haremos juntos.

No me puedo creer que Darius lo haya molestado tanto como para que mueva el culo. Siempre quise que fuera un proyecto que hiciéramos juntos, pero Adam siempre ha estado demasiado ocupado, o era reacio a los riesgos. Hasta ahora.

Se acerca a mí, me rodea con los brazos y no me resisto.

—Lo digo en serio —me asegura. Me mira con esos ojos amables del Adam que conozco tan bien, pero que no recuerdo haber mirado durante tanto tiempo.

—No sé qué decir.

—Solo tienes que decir que sí.

—Sí —le digo, devolviéndole el abrazo—. Sí, sí, sí.

—¡Ah! Pero hay una cosa más… —añade cuando por fin me alejo.

¡Ay, no! Aquí está. La trampa.

Vuelve a sonreír, le brillan los ojos.

—Necesito que prepares el equipaje para pasar una noche fuera.



Admito que me sorprendió que Adam se gastara tanto dinero en este coche, pero, ¡joder!, es increíble conducir por las carreteras hasta el hotel rural donde ha reservado una habitación. Nelly apoya el plan y está cuidando de Groucho Guarx esta noche.

Estamos solos en una carretera sinuosa y sombreada gracias a las copas de los árboles, cuando veo que la pantalla del teléfono de Adam parpadea en el salpicadero y se oye su tono de llamada, el *riff* de guitarra del primer *single* de Grass Stain. Me da un vuelco el corazón.

—Es él —chillo, pisando el freno y aparcando a toda prisa en el arcén.

—Colega —dice Adam, que contesta la llamada de Liam y conecta el manos libres—, ¿cómo andas?

—Bueno…, pues bien. —La voz de Liam suena metálica y lejana, pero no es solo eso. Parece pastosa.

Miro a Adam haciendo una mueca.

—Es tarde allí, ¿verdad? —pregunta él.

—Sí —contesta Liam, pero de nuevo con demasiada vaguedad para mi gusto.

Me lo imagino. Lo mucho que es capaz de esforzarse, lo agotado que puede llegar a estar. Lo echo tanto de menos que me duele el corazón.

—Yo también estoy aquí, cariño —le digo—. ¿Cómo estás? Hace siglos que no sabemos nada de ti. Estábamos preocupados.

Adam me mira con cara rara, como diciendo que por qué íbamos a estar preocupados, si nuestro hijo está ahí fuera viviendo su mejor vida.

—Has estado ocupado, ¿verdad? ¿Tienes nuevas canciones? —pregunta Adam en plan colega.

Lo miro con el ceño fruncido. ¿Por qué dirige la conversación hacia la música cuando yo necesito hechos tangibles? Quiero saber dónde está Liam, con quién está, cómo se siente. ¿Por qué ni siquiera ha pensado que la reciente falta de comunicación podría ser un indicio de que a lo mejor le ha pasado algo? Pero, bueno, así es Adam, ¿no? Tan orgulloso de su hijo que solo quiere ser su mejor amigo cuando debería ser su padre.

—Voy a enviarte una nueva —dice Liam—. Habla de ti…

Adam pone cara de asco.

—Te deja bien…, más o menos. Y también habla de mamá.

—Increíble. Estoy deseando oírla —replica Adam, radiante.

—¿Cómo estás? —los interrumpo en un intento por retomar la conversación—. ¿Qué tal por ahí? ¿Comes bien? ¿Duermes lo suficiente?

—Jules, las preguntas de una en una —me reprende Adam, como si estuviera histérica, y le doy un puñetazo en el brazo.

—Han sido… Han sido unas semanas muy duras —contesta Liam después de un silencio, y mi mente vuelve a Saori y a los misteriosos «problemillas».

—Puedes venir a casa cuando quieras —le suelto, aunque está de gira y sé que es imposible.

—Ojalá pudiera —replica—. Hola, Max. Chicos, tengo que irme. Os llamo luego.

—No te vayas —le suplico, pero es demasiado tarde. Se oye un crujido y la llamada se corta. Nos quedamos mirando el teléfono un segundo.

—En fin, pues ha llamado —dice Adam—. Está vivo. —Se ríe, como si fuéramos idiotas por pensar lo contrario.

—Le pasa algo.

—Está de gira. Tiene que haber altibajos —replica Adam.

—¿No crees que parece…? No sé. ¿Drogado? ¿O borracho? ¿O las dos cosas?

El móvil de Adam suena al recibir un mensaje. Liam le ha enviado por WhatsApp su nueva canción, «The Way It Is», y la escuchamos emocionados. Una vez y, luego, dos. Busco pistas en la letra, pero no encuentro ninguna. Aunque nos está tomando un poco el pelo a los dos, por lo menos, lo hace con sentimiento. Por lo menos, suena como él.

Adam me toca la mano mientras arranco y empiezo a conducir de nuevo.

—Eh, no te preocupes tanto. Volverá a casa para Navidad.

En este soleado día de verano, parece que falta una eternidad para que llegue ese momento.

—Es que… Me paso el día pensando en él —admito—. A ver, que se caería de culo si supiera que estoy todo el rato mirando el teléfono en busca de noticias… o llamadas. —Lo miro con timidez a los ojos, contenta de haber compartido mi neurosis.

—Son gajes del oficio. Estoy seguro de que a la madre de Chris Martin le pasa lo mismo —me dice con voz suave—. A ver qué te parece este trato. Vamos a apagar los móviles y vamos a dejar que el mundo exterior desaparezca solo por esta noche. Que este momento sea solo para nosotros.



El Retreat es un hotelito muy lujoso y nos alojamos en una *suite* con vistas al lago y al bosque.

—¿Burbujas, señora? —me pregunta Adam, que saca una botella de la cubitera plateada que han dejado en la mesita antigua junto a la ventana.

—No te digo que no.

Ha puesto *Rockin' the Suburbs*, de Ben Folds, en el Spotify de la tele montada en la pared, y suena «Still Fighting It», una canción que siempre dice que le recuerda a Liam, por lo parecidos que son a veces.

Fuera, en la terraza privada, hay un balancín de mimbre bajo una clemátide rosa. Nos acomodamos, bebemos un sorbo de champán y no tardamos en ponernos a hablar de todo lo que nos ha pasado

últimamente.

—¿Quizá el cobertizo nos ha conducido a esto, a recuperarnos el uno al otro? —sugiero.

Se supone que mañana por la tarde volveremos a viajar en el tiempo. Eso es lo que hemos acordado. Solo por diversión. Solo para disfrutar del viaje. Siguiendo nuestra regla, aunque me siento más culpable que nunca, porque ya lo he hecho una vez esta semana a sus espaldas. Además, ¿de qué me sirvió aprender a hablar francés y a cocinar? Al final, me llevó a otro encuentro demasiado cercano con Darius. A otra discusión con Adam. A nuevas preocupaciones por haber alejado a Nelly. ¿Tal vez incluso he hecho que mi hijo se aleje más?

—Si te soy sincera, ahora mismo no estoy segura de querer volver —añado mientras froto los dedos de los pies contra los suyos—. Esto es genial, ¿verdad? ¿Esta vida ahora mismo?

Sonríe, observando el paisaje, antes de chocar su copa con la mía.

—Por ti y por mí —dice.

—Por ti y por mí.

Sonríe.

—Pero, mientras no cambiemos nada, ¿qué hay de malo en seguir haciéndolo? A ver, Jules, que esto que tenemos es increíble.

—Sí, pero…

—¿Qué?

—No lo sé. —No puedo hablarle de todo el asunto de la cocina francesa y de sus posibles consecuencias—. Pero, a lo mejor, hay repercusiones más grandes, cosas que ni siquiera vemos —le digo—. Ya sabes, como lo que decíamos de todos esos otros tú y yo, ¿recuerdas? En esos otros universos que hemos dejado atrás.

Porque tampoco he podido dejar de pensar en ellos. En cómo

hablamos de ellos la primera noche después de que yo viajara. Sobre dónde podrían estar. Mi yo con el tatuaje y el Adam de la barba. Y todos los demás que hemos dejado atrás.

—Sí, pero tal como te dije, seguramente habrán vuelto al mismo futuro que dejaron. Solo nosotros, las versiones de ellos que sí cambiaron algo, nos vamos a otros universos como este.

—Pero no puedes afirmarlo, ¿verdad? No con total seguridad.

—No. —Guarda silencio un momento mientras reflexiona—. Pero ¿no es un poco como preocuparse por el Capitán Kirk? Por un lado, podría decirse que se deja destruir cada vez que se teletransporta y que es solo una copia de él la que aparece en otro lugar. Lo que significa que podrías cuestionarte si el siguiente que se materializa es el mismo Capitán Kirk. Pero, a lo mejor, el original se ha quedado atrás en otro universo y, en realidad, ¿qué más da siquiera si sigue ahí fuera dando guerra para conseguir un futuro intergaláctico mejor para todos nosotros?

En cierto modo, entiendo su punto de vista y también entiendo lo que quiere decir. Quiere volver a viajar al pasado.

—Supongo —replico—. Pero, de todas formas, vamos a hacer otro trato. También tenemos que hacer esto más veces. Tú y yo. Aquí, en el presente.

—Trato hecho. Tienes mi palabra, te lo aseguro —añade con formalidad, tendiéndome la mano—. ¡Ah! Y hablando del futuro —sigue y levanta la botella de champán para rellenar las copas—. Ahora que Darius está al mando de Quark Studios, voy a pedir un año sabático. Llevo en la empresa el tiempo suficiente como para poder optar a uno de los pagados o, por lo menos, a la mitad. Estaba pensando que podría usar ese tiempo para ayudarte a poner en marcha el restaurante *pop-up*. Para crear una nueva página web,

mejorar el SEO, ese tipo de cosas.

—Eso sería increíble —sonrío. Porque es cierto, ¿verdad? Sería increíble que hiciera todas esas cosas que yo odio.

—En cualquier caso, ¿qué tal si nos planteamos unas vacaciones? ¿En Año Nuevo, tal vez? Cuando vuelva Liam. Podríamos ir a algún lugar todos juntos si conseguimos una oferta lo bastante barata. Algún lugar cálido.

—Eso sería estupendo —contesto y, mientras charlamos, siento que nuestras vidas se abren de verdad. Como si hubiera recuperado a mi viejo Adam. Es como si hubiera redescubierto al muchacho excitante e ilusionado del que me enamoré por primera vez.

El viejo Adam, el nuevo Adam, unidos en uno.



Cuando salimos del hotel el sábado a mediodía, todo parece diferente. Me siento diferente. Lo tengo todo más claro. No solo con Adam, sino también con el universo.

Aparcamos delante de casa, con la sensación del viento en el cuerpo y la cara dolorida de tanto reír. Aunque hemos reservado esta tarde para el cobertizo, estamos de acuerdo en que primero vamos a recoger a Groucho Guarx para dar una vuelta por el paseo marítimo hasta la playa y tomarnos una pinta al sol.

Groucho, que enseguida se da cuenta de que vamos de paseo, empieza a dar vueltas por la alegría en cuanto nos ve y no para.

—Sí, muy bien, muy bien —le digo mientras saco mis viejas zapatillas del armario y busco una toalla, porque seguro que quiere meterse en el agua.

Adam está a la mesa de la cocina con el portátil, mientras su móvil suena sin parar. Me acerco y le pongo las manos en los hombros, y él

cierra rápidamente la pantalla con un gemido, mirando el teléfono.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—Tengo una ruta en bici esta tarde —contesta—. La planeamos hace meses. Antes… Bueno, antes de todo… Y, ¡mierda!, lo siento.

—¿No puedes cancelarla?

—Ya están de camino para reunirse conmigo.

Me dice que son Marcus y Fin, dos de sus compañeros de ciclismo que recuerdo vagamente que había mencionado antes, y que va a tener que prepararse. Vuelve a disculparse, pero sigue insistiendo en que tiene que irse y que yo planee otra cosa.

—Supongo que puedo hacerlo —digo mientras intento ser comprensiva y ocultar mi decepción, porque no puede decirse que el fin de semana haya empezado muy bien—. ¿Qué te parece si salimos a cenar? —sugiero, pero ya va subiendo la escalera para cambiarse de ropa.

Miro el móvil y veo otra llamada perdida de Darius.

El coche de la madre de Adam sigue en el aparcamiento de su oficina y debería llamar al servicio de asistencia para que la grúa vaya a por él hoy mismo. Voy al centro en el Spitfire. Cuanto antes acabe con esto, antes podré sacar a pasear al pobre Groucho Guarx.

Al llegar al aparcamiento, veo que el Ferrari de Darius está a la vuelta de la esquina y suelto una palabrota, porque no me apetece nada verlo. Justo entonces me llega un mensaje diciendo que la grúa no llegará hasta dentro de diez minutos.

Miro hacia el edificio. Muy bien. Supongo que este es un momento tan bueno como cualquier otro para aclarar el malentendido de la noche del jueves.

Es extraño estar en el edificio de oficinas un sábado, con el

vestíbulo tan tranquilo y los ascensores silenciosos. Me siento como Bruce Willis en *La jungla de cristal* mientras cruzo por el inmenso suelo de mármol hasta el ascensor y pulso el botón.

Cuando llego a la octava planta, me doy cuenta de que hay bastantes trabajadores en la enorme oficina diáfana, y ya sé que Nelly es uno de ellos porque antes me ha mandado un mensaje para decirme que no me preocupe por la comida, ya que estará todo el día de guardia. Espero que no me vea. Solo me faltaba tener que inventarme una excusa incómoda sobre lo que estoy haciendo aquí.

Veo a Darius hablando por teléfono en la puerta de su despacho.

—Creía que habías desaparecido de la faz de la Tierra —dice, acercándose para abrazarme. No quiero ningún contacto físico, así que lo esquivo y entro en su despacho. Me sigue y cierra la puerta—. Tenía muchas ganas de hablar contigo —susurra con tono conspirador, aunque estamos solos—. ¿Por qué no has contestado a mis llamadas?

—Sí, lo siento. A ver… —No tiene sentido andarse con rodeos—. El caso es que… lo del jueves. Te agradezco la oferta de corazón, pero Adam me va a ayudar con el restaurante *pop-up*. Ha vendido sus figuritas de *Star Wars* y me va a apoyar.

Darius parece confundido.

—¿Va a apoyarte con dinero… que ha conseguido vendiendo juguetes? —Tal como lo dice, parece ridículo—. De acuerdo. Muy bien. Bueno, he captado la indirecta, no quieres mi ayuda.

—Darius, de verdad, te lo agradezco, pero Adam y yo acabamos de pasar una noche increíble juntos y no ha parado de hablar del futuro y de cómo deberíamos…

Darius suelta una especie de resoplido burlón.

—¿Qué?

—Así que por eso no respondió al mensaje de correo electrónico anoche.

—¿Qué mensaje?

—¿No lo ha visto?

—No lo sé. Ha salido. Tiene una ruta en bicicleta…

—¡Ah! —Tuerce el gesto—. En fin, es que hay noticias gordas. Ha habido una reestructuración —sigue—. Me temo que Adam y todo su departamento están… —Me mira con cara de pena.

Por fin lo entiendo.

—¿¡Lo has despedido!?

—Bueno, yo no. ¡Obviamente! El equipo directivo. Son decisiones corporativas, Jules.

Siento un nudo en la boca del estómago mientras sopeso lo que ha dicho. Esto será brutal para Adam, por no mencionar que va a sentirse traicionado. Además, significa que todos los planes que acabamos de discutir son inviables. Todo el dinero que acaba de ganar con la venta de los juguetes tendrá que ser para sobrevivir. ¿Y qué pasa con la hipoteca? ¿Con las facturas? ¡Por Dios, y pensar que ha desperdiciado tanto en el dichoso coche!

¿Y en cuanto al restaurante *pop-up*? En fin, bonita broma. Ya es imposible que pueda abrirlo.

—Siento muchísimo haber sido yo quien te ha dado las noticias —se disculpa Darius.

Abro la boca para defender a Adam, pero se me ocurre un pensamiento horrible. A lo mejor Adam sí lo sabía. ¿Por eso ha salido corriendo a montar en bicicleta? Si es que es eso lo que está haciendo.

—A ver, Jules, eres la última persona del mundo a la que querría que le hicieran daño. Lo sabes.

—En ese caso, ¿por qué lo has despedido? Sabes que eso me va a afectar. Por no mencionar lo que va a suponer para Adam. ¿Qué pasa con la lealtad? ¿Con la honestidad? ¿No significan nada para ti?

—Para mí, tal vez. Pero quizá no tanto para Adam —murmura.

—¿Qué quieres decir? —Esta conversación hace que me sienta como si estuviera pisando arenas movedizas.

Darius suspira.

—Intenté avisarte el lunes.

—¿Sobre qué?

—Sobre Meredith.

—¿Qué pasa con ella? —pregunto, pero me tiembla la voz.

—A ver, ya sabes que siempre están juntos, siempre jugando al voleibol, pero hay rumores de que es algo más que eso…

Lo miro fijamente mientras recuerdo los celos que sentí al verlos juntos en la piscina de Darius. Todas las dudas que me provoca la idea de que pasen tanto tiempo juntos en la pista de voleibol empiezan a acosarme y, de repente, tengo que esforzarme para no llorar.

Darius se acerca.

—Sé que es desagradable oírlo, pero yo mismo los vi prácticamente besándose en la pista de voleibol el lunes por la mañana.

—¿Prácticamente?

—Da igual que lo hicieran o no. Lo importante es que parecía… un momento muy íntimo.

Una lágrima me cae por la mejilla y me la limpio de un manotazo.

—Jules…, cariño… —dice Darius.

Intento hablar, pero me tiembla la barbilla y las lágrimas caen más deprisa. Es demasiado humillante. En ese momento, me llaman por

teléfono. Ha llegado la grúa.



Vuelvo a casa aturdida.

Adam tiene una aventura… Lo han despedido… ¿Y me ha mentido sobre todo eso?

No puede ser verdad. Es imposible.

Quiero enfrentarme a Adam ahora mismo, pero está fuera en la dichosa bici. Groucho Guarx araña la puerta trasera y lo dejo salir, prometiéndole que saldremos a dar un paseo.

El portátil de Adam está en la mesa de la cocina y lo miro con recelo, aunque luego me siento y lo abro, con manos temblorosas. No tardo mucho en descifrar su contraseña, GrouchoGuarx1972 y, de repente, aparece su pantalla de inicio.

Hago clic en el icono de WhatsApp, pero no hace falta ni que busque el nombre de Meredith, porque está al principio de la lista de chats.

«¿Dónde estás? Llámame —dice el último, de hace hora y media—. Es urgente».

Supongo que si la han despedido junto con el resto del equipo, estaría ansiosa por hablar con él, pero los efusivos emojis de beso del final la delatan.

¿Adam está realmente con ella, por eso ha salido con la bici? ¿Para verla? ¿Eso es lo que ha estado haciendo todas las otras veces que ha salido para hacer supuestas rutas? ¿Existen Marcus y Fin y el resto de sus ridículos amigos ciclistas?

El aliento se me escapa de golpe mientras recorro la cascada de mensajes de tonteo entre ellos.

¡Joder! ¿Darius tiene razón?

Esta supuesta traición me provoca náuseas. Me tambaleo hacia el fregadero, pero justo cuando estoy llenando un vaso de agua, un movimiento en la ventana del cobertizo me llama la atención y el vaso se queda congelado en mi mano.

¿Se puede saber qué…?

Abro la puerta trasera y enfilo el sendero del jardín. Abro de golpe la puerta del cobertizo. Adam está encorvado sobre el radiocasete.

Al verme de repente, parece que es él quien está a punto de vomitar.

—¿Qué cojones estás haciendo? —exijo saber.

Aunque lo que está haciendo es evidente. Sigue llevando la ropa de esta mañana. No se ha acercado a su dichosa bici. Y ahora está a punto de usar la máquina del tiempo.

Corro hacia él y le quito el CD de la mano. Se titula *Smashing Pumpkins - Halloween 1995*.

—Estoy… intentando… —balbucea— arreglar las cosas porque me han despedido. Y eso significa… —Me mira con los ojos enrojecidos — que ahora no puedo permitirme…

—¿Y crees que esta es la solución?

—Sí. Sí. Si puedo volver al 95, puedo ir a esa antigua juguetería que había en la ciudad y comprar más juguetes coleccionables. Verás… —Me enseña una lista de precios que ha impreso con el logotipo de una empresa de subastas en la parte superior—. Aunque no valdrán tanto como mis figuras originales de *Star Wars*, creo que según los precios de hoy… O podría volver más tarde, por ejemplo a 2010, y comprar Bitcoin, ¿no? Pero, de cualquier manera, puedo usar la máquina y conseguir más dinero para que podamos…

—¡Guau! ¿Cómo que más dinero?

Al ver que se pone colorado, comprendo la verdad de repente. Mi

instinto al ver ese coche por primera vez no me engañó. ¡Ha estado viajando en el tiempo a mis espaldas!

—¿Las figuritas de *Star Wars*…?

—Bueno, siempre deseé que acabaran valiendo una fortuna, pero Liam las destrozó con Max. En la barbacoa, cuando era pequeño en nuestra línea temporal original.

—¿Cómo dices?

—Sí. Exacto —contesta Adam, como si de alguna manera yo estuviera de acuerdo. Y no lo estoy, ni mucho menos—. Han y Boba Fett y el resto… Había pensado que iban a ser mi seguro para algún bache, nuestro seguro —insiste—. Mi intención solo era que Liam no las tocara. Quería venderlas y tener dinero para ti. —Asiente vigorosamente con la cabeza, como una de esas figurillas de la suerte para atraer dinero que venden en el supermercado chino de Preston Street—. Así que, en fin, volví y las escondí antes de que Liam pudiera abrir las cajas para poder hacerme con ellas el jueves por la noche…

¿Hacerse con ellas? Otra mentira planeada que se le acaba de escapar. Me froto la frente. Así que el coche, la noche en el hotel, que de repente tenga dinero para respaldar mi restaurante… ¿Todo eso ha sido posible gracias a esto? No me puedo creer que me mintiera sobre algo tan importante y que luego me llevara a un hotel y decidiera no decírmelo. Me estaba mintiendo incluso mientras acordábamos ser sinceros el uno con el otro.

Sé que es un poco hipócrita sentirme tan traicionada cuando yo también volví para arreglar las cosas sin decírselo a él. Pero tal vez ese es el tema. Todo fue muy fácil. Muy fácil de justificar para mí misma, tal como Adam está tratando de justificarse ahora.

¡Ay, por Dios! ¿Se puede saber qué nos está haciendo esta

máquina? ¿En qué nos está convirtiendo?

—¿Qué más? —exijo saber con voz gélida—. ¿Qué más has cambiado? Dímelo ahora mismo.

—Nada. Nada. —Sin embargo, cierra los ojos y suelta el aire—. Muy bien. ¿Recuerdas cuando fuimos de vacaciones a Mallorca y aquel chico me insultó delante de los niños…?

—¿Y?

Abre los ojos y hace una mueca de dolor.

—Me dejé una nota, muy persuasiva, para apuntarme a un gimnasio y que nadie volviera a hablarme así delante de los niños y de ti. Así podría perder peso y mantenerme en forma.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Qué en nuestra línea de tiempo original no estabas…?

—No, estaba… —Se acaricia la tableta de chocolate con las manos y, luego, hace un gesto que supongo que es una barriga.

—¡Por Dios, Adam! ¡Teníamos reglas! —grito, furiosa porque ambos las hemos roto. Porque ninguno de los dos somos de fiar. Porque ninguno de los dos es lo bastante fuerte como para resistirse —. ¡Ya ni siquiera sé quién eres! ¿Quiénes somos? —Le doy un fuerte empujón en el pecho, pero me agarra las muñecas con sus musculosas manos… Una fuerza que es falsa.

Me alejo y tropiezo con el banco de trabajo de su padre y… ¡No! ¡No! Tiro sin querer la caja de trozos de papel de lija al suelo.

Y sale rodando. El CD. Mi secretillo culpable. Rueda hacia Adam, dejando a su paso un arcoíris parpadeante por el reflejo de la luz en su superficie quemada.

—¿Qué es esto? —dice al tiempo que se abalanza sobre el CD antes de que yo pueda arrebatárselo. Se queda mirándolo y, luego, lo levanta para leer el título: *Hasta luego bss mayo 2012*. Me mira con los

ojos entrecerrados—. ¡Ah! Muy bien. ¿Me lo explicas?

¡Mierda!

—De acuerdo —admito—, volví a la feria gastronómica de ese año para apuntarme a un curso de cocina y a clases de francés.

—¡Ah! ¡Ah! ¡No me digas! Muy bien. —Adam está prácticamente saltando de un pie a otro.

—No te atrevas a hablarme como si tú no hubieras roto un plato —le suelto—. Mi decisión no te ha afectado en nada. —Siento que me arden las mejillas, porque es mentira. Nos ha afectado. Pienso en los problemas alimenticios de Nelly y en la distancia que hay ahora entre nosotras, pero este no es el momento para sacar el tema.

—A ver si lo he entendido bien —dice, sonando todavía más pomposo—. En nuestra línea temporal original, en nuestro universo original, no sabías hablar francés, ni mucho menos cocinar todas esas cosas franchutes que tanto te gustan.

—¡Oh, vete a la mierda, Adam! Por lo menos yo he estado resolviendo problemas reales. Como pagar las deudas de mi tarjeta de crédito.

—¿Qué tarjeta de crédito?

Me doy cuenta de lo que he dicho demasiado tarde.

—No tiene importancia.

—Creo que sí la tiene.

Estoy segura, segurísima, de que ahora que ha vuelto a su pedestal moral, será imposible bajarlo.

—De acuerdo, si te empeñas, Carpe Diem es el nombre de un caballo. Eso fue lo que escribí en el calendario. Luego aposté mil libras a sabiendas de que iba a ganar.

—¿¡Apostaste mil libras a un caballo!? —chilla, al borde de la apoplejía.

—Se pagaba veinte a uno. Algo seguro —le digo—. Significaba que podría ponerme al día con los pagos.

—Usaste esta máquina, que según dices nos ha enviado Dios o algún ser feérico, para pagar unas deudas de las que nunca me has hablado, y luego fuiste a mis espaldas a aprender francés y cocina francesa solo para… ¿Para qué? ¿Para impresionar a Darius? Porque a mí no me impresiona, te lo garantizo.

—¡Uf, no metas a Darius en esto! Tú y tus patéticos celos.

—¿Celos? —Su mirada es puro fuego.

—Cuando volviste para ponerte en forma gratis, estoy segura de que no te importó volver a un nuevo universo en el que tu preciosa Meredith y tú de repente erais pareja de voleibol, ¿verdad? No creas que no sé lo que has estado haciendo, Adam. Darius me lo ha dicho.

—¿Qué te ha dicho?

—Que os ha visto en la pista de voleibol. Besándoos.

—¿Qué? —Parece sorprendido de verdad—. Nunca la he besado. —Sin embargo, detecto cierto titubeo, una duda.

—Pero ¿querías hacerlo? —Su falta de respuesta me lo deja claro—. Se suponía que esto iba a hacernos felices —le digo con la voz entrecortada por las lágrimas—, pero solo ha empeorado las cosas.

—No todo es peor.

No me lo puedo creer. ¿De verdad va a volver a hablar de sexo? Sin embargo, veo que tiene los ojos cerrados y los labios apretados. Cuando por fin me mira, solo veo orgullo.

—¿Qué? —le pregunto.

—Cuando volví a por las figuritas, quité la tirolina —dice.

¿La vieja tirolina que teníamos en el jardín? La que siempre odié.

—¿Y?

—Arreglé lo de Liam —dice.

—¿Qué quieres decir con que «arreglaste lo de Liam»?

—Su mano. Su mano izquierda. Tuvo un accidente en nuestra línea temporal original. En la tirolina. Perdió dos dedos y… también sufrió daños en los nervios. Pero, ahora, su sueño se ha hecho realidad.

Lo miro fijamente, atónita, mientras él sonríe como si yo debiera estar contenta.

—¿Has cambiado a Liam? —le pregunto—. Alteraste el pasado de forma deliberada para cambiar su futuro.

—No podía tocar, Jules. Después del accidente. Ahora ha vuelto a tocar la guitarra. Eso es lo único que siempre quiso hacer. Es famoso.

Tengo el cerebro en llamas. ¿El éxito de Liam… es algo nuevo?

—Pero… Pero mi Liam habría conseguido llegar alto de todas formas —digo, porque mi corazón me dice que esa es la verdad—, gracias, no pese, a cualquier accidente —añado. Estoy segurísima. ¿A que sí? En nuestra línea temporal original. Estoy segura de que hizo cosas increíbles.

—Estaba empezando a aprender a tocar el bajo. Para formar un grupo —admite Adam—. Pero había dejado la universidad y vivía en casa con nosotros, Jules. Se pasaba el día fumando marihuana y jugando a videojuegos. Nunca iba a llegar a ningún lado.

—¿Cómo lo sabes? —le suelto—. Esa es la puta cuestión, Adam. ¡No lo sabes! Y, aun así, cambiaste a nuestro niño.

—Para mejor. Era la única manera —dice con la voz entrecortada —. Tenía que hacerlo. ¿No lo entiendes? Yo monté esa tirolina. Tuvo el accidente por mi culpa.

Así que ¿fue para mitigar su propia culpa?

Me alejo de él mientras intento asimilar la enormidad de lo que ha hecho, con el corazón encogido al saber lo que he perdido. A mi hijo.

En este nuevo universo, Liam ya no es el mismo. Mi hijo, el que fue. Mi hijo, al que nunca conoceré.

—Fuiste tú quien dijo que esto podría ser una herramienta poderosa para cambiar las cosas a mejor… —replica Adam con voz suplicante, agarrándome del brazo, pero me zafo de él.

Porque no es solo Liam quien ha cambiado, ¿verdad? También lo ha hecho Nelly. Y ha cambiado por lo que yo hice, y seguramente Adam también la haya cambiado, con todo ese ciclismo que practicaron juntos cuando ella era más pequeña y yo no estaba cerca. Siento una opresión en el pecho al pensar en todas las otras versiones de nuestros hijos. Las que nunca conoceré. Las que no son quienes deberían ser.

No le digo nada de esto a Adam. Estoy demasiado avergonzada. Me siento demasiado culpable. Esto tiene que parar. ¡Esto tiene que parar! ¡Ya!

Me hago con la caja de cintas y salgo del cobertizo.

—¿Adónde te las llevas? —grita Adam, con una nota de pánico en la voz.

—A algún sitio donde no puedas ponerles las manos encima.

—Jules. No lo hagas. —Corre detrás de mí—. ¿Por qué tienes que ser tú quien decida eso, joder?

—Esto está mal. ¿No lo ves? No quiero esto en nuestras vidas, Adam. —Suelto la caja sobre el césped y empiezo a echar las cintas y los CD en la barbacoa—. Quémalo, ¿de acuerdo? ¡Quémalo todo y ya, joder!

Groucho Guarx empieza a saltar hacia mí, sin duda pensando que esto es una especie de juego. Lleva su correa en la boca y me mira con la cabeza ladeada y una expresión suplicante.

—Jules… —dice Adam mientras yo le quito la correa a Groucho y

echo a andar furiosa hacia la puerta del jardín sin volverme siquiera.

Estoy demasiado enfadada.

Con él.

Conmigo misma.

Con los dos.



14

Adam - «American Boy»

Durante un segundo, me quedo mirando las cintas y los CD. Como si mi cerebro se hubiera fracturado. Dividido.

En cierto sentido, tiene razón. No debería haberle dado a Liam un nuevo futuro a sus espaldas y haber privado a esta nueva Jules del antiguo Liam y de todo lo que consiguió. Como superar todas las burlas en el colegio y aprender a tocar el bajo de nuevo…, aunque lo hiciera en contra de mi opinión.

Bien sabe Dios que quiero compensarla, pero esto es lo que se está perdiendo, ¡joder!, y ni siquiera quiere escucharlo: Liam es más feliz ahora, ¿no? Está en Kioto y tiene la oportunidad de convertirse en una estrella.

Le he devuelto lo que le quité al montar esa tirolina. Lo he devuelto a su verdadero camino. ¿No es así?

Solo que ahora esta nueva línea temporal también se ha ido al garete, porque Darius se ha ido de la lengua y le ha contado que me han despedido antes de que pudiera arreglarlo, de modo que hizo que Jules viniera en tromba al cobertizo para cazarme.

No importa lo perfectas que intente hacer las cosas, ¡joder!, él sigue socavando lo que ya tenemos. O le ofrece todavía más.

Saco el teléfono del bolsillo cuando me llega otro molesto mensaje, esta vez de Kylie, que junto con el resto de mi equipo recibió anoche el mismo mensaje de correo electrónico de «Estimado…» para decirle que estaba despedido.

Pulso el nombre de Darius y llamo.

—Adam —contesta.

—¿Cómo se te ocurre?

Silencio.

—Jules me ha contado lo que… insinuaste —mascullo.

—¡Ah! Lo de la pista de voleibol. —Esperaba una disculpa, pero, en cambio, añade—: Solo le he dicho lo que vi.

—Pues te has equivocado.

Otra pausa.

—¿De verdad? Porque Meredith y tú… me parecisteis muy unidos.

—Pues deberías haberme preguntado antes.

—Jules también es amiga mía, Adam. Creía que tenía derecho a saberlo.

—¡Amiga! —Resoplo—. Como si solo quisieras ser eso. —Lo veo de nuevo delante de la casa, con ella en su Ferrari. Y la cara de Jules cuando la acusé de hacer trampa aprendiendo francés solo para acercarse a él.

—Mira quién está insinuando cosas… —replica Darius.

—¡Estamos hablando de mi mujer, cojones!

—Y, por tanto, de alguien a quien deberías demostrarle un poquito más de respeto…

—¿Cómo te atreves, joder?

—¿A qué? ¿A decirte algo que ya deberías saber? Y que sabrías si no hubieras estado tan ocupado tonteando con Meredith. En la piscina durante mi fiesta. Y sabrá Dios durante cuántos meses,

incluso años, antes de eso.

—Pero ese… —No soy yo, quiero gritar. Porque no lo soy. No el yo de mi línea temporal original, por lo menos. Solo que… Solo que ya estaba tonteando con Meredith entonces, ¿no? En el trabajo. Después del trabajo. Por WhatsApp. Aunque sin resultados. Aunque ella creyese que yo parecía un koala.

—Pero ese… ¿qué, Adam? —replica Darius.

El problema es que ya no lo sé. Porque ¿y si tiene razón? ¿Y si me lo he provocado todo yo solo?

—Lo siento —sigue—, pero no todo el mundo puede tener un final feliz, ¿sabes?

Más frases mierdosas de Hallmark. ¿Se puede saber quién se cree que es? Y estábamos a punto, ¿verdad? Jules y yo. A punto de conseguir arreglarlo todo.

Aunque ya no. El dichoso Darius también se ha cargado eso, ¿verdad? Ya ni siquiera tengo un trabajo del que tomarme un año sabático.

—¿Por eso me has despedido? ¿Por Jules? ¿Para hundirme todavía más? —le pregunto.

—Ya te lo he dicho. Eso no tiene nada que ver con…

—Claro. Eso ha sido cosa de tu equipo directivo. Porque tú no te metes, vamos.

—No ha sido nada personal. —Así, sin darle importancia. Como si estuviera hablando de una mancha que ha dejado en mi alfombra del pasillo. No de todo mi futuro, joder.

—Pues te aseguro que lo parece.

—Entonces, tal vez, deberíamos dar por terminada esta conversación. Hasta que te calmes —dice.

—¿Y qué pasa con los demás? —mascullo—. Con el resto de mi

departamento. ¡Doodles, por el amor de Dios! —Por no hablar de Kylie, de Greg, de Daniella y, por supuesto, también de Meredith.

—Todo se resume en que la industria está cambiando, Adam. Estos nuevos motores de IA generativa significan que ya no necesitamos nuestros propios equipos de desarrollo de historias.

No me creo el tono de voz que está usando. Ha empezado a soltar la verborrea corporativa, como si no me hubiera destrozado la vida… O, a lo mejor, así es como lo asimila, como todos los mandamases tratan estas cosas. Distanciándose.

—Mira, a largo plazo, seguramente te habremos hecho un favor —sigue—. Y tampoco es que te interesase un puesto de gerente sénior, ¿no? Todavía eres joven… Bueno, más o menos. Desde luego, eres lo bastante joven como para reconvertirte. Lo mismo pasa con Doodles. Aunque, oye, vete tú a saber si ahora no le da por hacerse DJ a jornada completa —añade en un intento por darle un deje nada más y nada menos que risueño a su voz—. Además, no solo hay recortes en tu departamento. También hay ascensos.

—¿Ascensos?

—Sí, Meredith —contesta—. Los nuevos directivos se quedaron impresionadísimos con el informe que le encargué. De hecho, gracias a ella hemos podido reestructurar las cosas como lo hemos hecho.

Lo que quiere decir que ella sí conserva su puesto. También me la está arrebatando. Aunque eso da igual. Ya no importa. Y que le vaya bien. Pero, después, me veo en el Spitfire ayer y recuerdo la expresión de sus ojos cuando le dije que se bajara. Su gélida rabia. Le eché un cubo de agua helada encima cuando, en realidad, podría (debería) haberme esforzado más por no herirla y haberla rechazado con más tacto. Pero ¿no es ese el problema con todo lo de la máquina del tiempo? Con cada nuevo universo creado, hay una nueva

narrativa en marcha cada vez que aterrizo en él, y es imposible captar las sutilezas como es debido. Porque estas personas, el Adam en el que no dejo de convertirme, no son el yo original.

—Sí, así que no todo es el horror, colega —termina Darius.

—¿¡Colega!? —repito—. No somos colegas. Ya no.

—Mira, eso sí que tiene gracia, Adam, porque eso fue lo que yo sentí en 2016, cuando te acobardaste y me dejaste colgado aunque teníamos un trato.

Ahí está. Por fin lo ha soltado. Lo que piensa de verdad del tema. De mí.

—Pero el tiempo pasa y la traición deja de doler —sigue—. Pasas página.

No lo creo, porque él nunca lo ha hecho, ¿verdad? O, por lo menos, no ha pasado página en cuanto a Jules. Ahora lo veo claro.

Estoy tan cabreado que lanzo el teléfono al otro lado del cobertizo y me pongo a pasear de un lado para otro con el corazón desbocado. Y ahora ¿qué? ¿Dejo que el que fuera mi mejor amigo, Darius Cabronpoulos, se salga con la suya? ¿Dejo que me destroce la vida e intente que Jules y yo nos separemos?

Miro de nuevo las cintas y los CD, y clavo los ojos en uno en particular. El corazón me da un vuelco mientras reluce a la luz del sol. Como si fuera otra señal. De hecho, ¡joder!, casi oigo a Doodles, a Greg y a Kylie animándome ahora mismo.

Lo agarro y leo *Born in the USA* escrito por Jules.

2016.

Sí. Este. Este es el que podría arreglarlo todo de verdad.

Sí… ¡Vete a la mierda, Darius, y llévate el Ferrari ese!

¡Vete a la putísima mierda!



Y… fiuuuuuuuuuuu… aterrizo sin problemas en 2016, con el *riff* de guitarra de «American Girl», de Tom Petty and the Heartbreakers todavía resonándome en los oídos…

Antes, crac. Vuelvo en mí dentro de mi cuerpo de cuarenta y cuatro años. De inmediato, estoy sudando, porque estoy haciendo justo lo que dije que no iba a hacer. Jugar a ser Dios. O un dios. ¿Porque no es esto justo lo que distingue a las deidades de todos los demás seres? ¿El poder de cambiar lo que quieran?

Para hacer que todo vuelva a ser mejor.

Adam aspira hondo por la nariz al detectar el delicioso olor de los blinis de salmón recién horneados y esos pequeños hojaldres rellenos de queso de cabra fundido que seguramente tengan un nombre, pero en los que Adam y yo pensamos como «ñam» sin más.

Por supuesto, la responsable es Jules, que los está preparando en la cocina. Me sonríe, y esos brillantes ojos azules relampaguean mientras se recoge el pelo con el pañuelo de seda francesa Hermès azul y dorado que Ngozi le regaló las pasadas Navidades.

—Ni se te ocurra —advierte Jules al tiempo que le aparta la mano a Adam.

Acaba de volver, hace apenas una hora, de su ruta en bici de treinta kilómetros, y el vientre plano y musculoso de Adam ruge tan fuerte que incluso ella puede oírlo. Cuando él retrocede, observa a la que es su esposa desde hace diecisiete años preparar una vinagreta en la coctelera provenzal que compró en un mercadillo en el puerto deportivo el mes pasado.

Aunque él le ha dicho que no es así, siento su pesar por la huella que ella ha ido dejando aquí poco a poco durante estos últimos

cuatro años, desde que se metió de lleno en su etapa francesa. De modo que ha estado europeizando la hortera cocina inglesa de los ochenta de mis padres para sustituirla por estos modernos muebles franceses *shabby chic* (o *retrouvé*, como los llama Jules) que hemos estado buscando asiduamente en eBay.

Claro que no está ni la mitad de enfadado de lo que lo estaré yo cuando descubra, dentro de ocho años, que todo esto también es mentira. Todo amañado por la futura Jules cuando viajó al pasado a escondidas para afrancesar su vida.

Para impresionar a Darius.

Aunque ¿fue así? ¿De verdad solo se trataba de eso? No puedo evitar preguntármelo mientras sigo mirando. Porque esta Jules afrancesada que se pasea tan feliz ahora parece como si siempre hubiera estado destinada a ser así. Como si solo hubiera podido hacer esto por sí misma.

—Los niños están emocionadísimos —dice mientras mira a Adam con una sonrisa de oreja a oreja.

Tampoco es de extrañar, porque ya ha planeado muchas cosas para ellos, ¿no? En San Francisco. Donde ya se ha puesto en contacto con el tío de Darius y ha matriculado a Nelly y a Liam para empezar el instituto en otoño. Donde también ha estado hablando por FaceTime con el dueño de un restaurante francés en el distrito conocido por sus restaurantes Inner Sunset, antiguo estudiante del chef Marcel y que dice que podría ofrecerle un trabajo.

—Estoy muy orgullosa de ti —añade al tiempo que se inclina hacia delante y besa a Adam.

Ahora lo recuerdo. Lo bien que se llevaban hasta llegar a este momento, nuestro segundo intento de emigrar, tan bien que los años que siguieron parecieron una pendiente resbaladiza de la cual no

creo que nos recuperásemos nunca.

En este preciso momento de nuestra historia, todavía íbamos a una. Todavía éramos los Hole, joder, y estábamos a punto de dar el salto al mundo.

Los oigo charlar un poco más sobre todas las cosas que han planeado. Disfrutando de todo, del viaje. Para lo que le prometí a Jules que siempre usaría la máquina. Pero solo porque (un vuelco del corazón) lo que he venido a hacer…, todavía no es el momento.

Abre un cajón de la cocina y Jules desliza un CD por la mesa hacia Adam, y lo recuerdo con muchísima claridad, como recuerdo toda la noche. Él la besa, emocionado, mientras lee las palabras que ha escrito. Encantado porque este ritual, sin importar los años que pasen, siga haciendo que se sienta joven, como si volviera a tener diecisiete años.

Solo que ahora me doy cuenta de que este es el último recopilatorio que me hace. Este es el último que cualquiera de los dos hace.

Pone *Born in the USA* en el portátil que tiene conectado a los altavoces. Mientras «Midnight Rider», de Allman Brothers, empieza a sonar; Adam sonríe, porque es una de sus canciones preferidas. Solo que, en vez de cantar con la música, se da cuenta de nuevo de las otras voces del comedor: Darius y su abogado.

Después, no es hambre lo que siento en el estómago de Adam. Son mariposas, son nervios.

—Parece que ya estamos listos —anuncia Darius con una sonrisa enorme mientras aparece por el arco de la cocina. Lleva el pelo muy corto y un traje gris, con una camisa negra con el cuello desabrochado y mocasines de color tostado, ahora que ha completado su metamorfosis de adolescente friki a toda la

parafernalia de Mark Zuckerberg y Elon Musk. Agita la pluma que tiene en la mano, y que parece muy cara—. Bueno, ¿vamos? —pregunta antes de mirar a Jules—. Usted también, señora Hole. No te interesa perderte el momento en el que empieza tu brillante futuro.

Ese repentino brillo en los ojos de Darius… ¿Es solo por nuestro inminente trato o porque la está mirando?

Sea como sea, a Jules no hay que repetírselo. Suelta la botella de champán de Tesco que acaba de sacar del frigorífico junto a las copas de champán que ya ha dejado en el aparador para sellar el trato, se acerca a toda prisa y le toma la mano a Adam para darle un fuerte apretón. De la misma manera que mi Jules hizo en la terraza del hotel anoche. Ese apretón de fuerza absoluta. Como si lo sintiera con toda el alma.

Es lo único que yo quiero. Yo, el intruso en este momento. Que mi Jules vuelva a hacer esto en el futuro. Pero Adam casi no responde. Lo que es peor, la suelta. No porque no la quiera, sino porque…, porque…

Y, aunque he repasado esta escena en mi mente miles de veces durante los últimos años, todavía me sorprende el auténtico pánico que siente. Le han empezado a temblar las manos. Cuando se reúne con Darius en el comedor, se las lleva a la espalda mientras el abogado le explica el contrato que está sobre la mesa y que el tío de Darius ya ha firmado en Estados Unidos y el propio Darius ha firmado aquí. Lo que quiere decir que ya solo hace falta que lo refrende Adam para que sea legalmente vinculante.

Sin embargo, Adam solo atina a mirar la pluma plateada que tiene Darius en la mano y a pensar en las otras cuatro empresas fallidas por las que ya ha pasado su mejor amigo, y que esa podría ser la quinta. Piensa en lo mucho que acabó debiendo su padre y en que si

pierde los cientos de miles de libras por los que acaba de hipotecar la casa para participar en esta aventura… nunca podrá recuperarse.

Este miedo suyo es tan abrumador que casi me abruma a mí también, porque, antes de que pueda impedírselo, mira a Jules, que está al otro lado de la mesa (porque sí, aquí es donde lo hace, donde yo lo hice) y abre la boca para decirle: «No puedo. No puedo firmar. Lo siento. Pero no puedo».

Solo que ahora soy yo quien mira a través de sus ojos el contrato y recuerda lo que Darius me ha dicho por teléfono hace un momento sobre eso de que me había acobardado y me había echado atrás.

Pues que te den, Darius, porque estoy seguro de que no me voy a acobardar ahora. Voy a aceptar esa puta pluma.

Me impongo a Adam y lo obligo a hacer justo eso.

De inmediato, lo siento resistirse. Con violencia. Como un caballo que corcovea e intenta desmontarme. Pero, por mucho que lo intenta, me niego a ceder el control.

Porque ahora lo veo. Veo que este fue el momento, el punto en el que todo empezó a torcerse y a estropearse entre Jules y yo. Aquí es donde no fui el hombre que ella quería que fuese. Aquí es donde le fallé.

Obligo a Adam a inclinarse sobre el contrato, siento la mano de Darius en su hombro para darle un apretón alentador. Sin embargo, Adam sigue luchando. Aterrorizado por las consecuencias, horrorizado porque una parte de él que no entiende esté claramente planeando firmar de todas formas.

Una parte de mí también sabe que esto está mal, que debería sentirme culpable, pero Totally Sirius fue idea mía tanto como de Darius, ¿no? ¿No me merezco yo también la recompensa? ¿Y qué fue lo que dijo Darius en aquella cena de hace un par de semanas con los

niños? Que siempre me gustaron los juegos más flojos…

Lo que quiere decir que, quizá, esto no solo tenga que ver con mejorar mi vida y la de mi familia. ¿Y si al firmar también puedo mejorar el mundo? ¿Y si puedo alejar a Darius y a Dios sabe a cuántos millones de niños de juegos como *Zombi pHUK*? ¿Incluso hacer que jueguen a algo más constructivo y positivo como *Tierra Gemela*?

Entonces lo siento… Siento que la resistencia de Adam cede. Como si absorbiera lo que estoy pensando.

Cuando el CD de la cocina pasa a otra pista y empieza a sonar «American Boy», de Estelle y Kanye West, lo hago.

Firmo.



Espero un lugar glamuroso, un sitio típico de Estados Unidos. Como un apartamento en Pacific Heights. O una casa diseñada por Frank Lloyd Wright en Montecito. Seguramente, después de firmar ese contrato, esa es la clase de apartamento de lujo al que debería llamar hogar en el futuro.

Al abrir los ojos, me encuentro de nuevo en mi viejo cobertizo de Brighton. Solo que, esta vez, estoy sentado a una mesa delante de un portátil de última generación, rodeado de montones de papeles llenos de bocetos de personajes y de notas garabateadas sobre la historia del juego… Notas que veo clavadas en todas las superficies y las paredes disponibles e, incluso, colgando del techo como enredaderas…

Enseguida sé que algo ha ido muy mal. Incluso si este nuevo yo en esta nueva línea temporal hizo caja con Totally Sirius y volvió al Reino Unido al mismo tiempo que Darius, ¿por qué no estoy

viviendo ahora en una mansión como la suya en Tongdean Avenue, con piscina infinita, pista de tenis y sala de cine privada?

Miro fijamente el viejo radiocasete Sony. No está encendido ni enchufado. Como si no lo hubieran puesto en años. Pero, por lo menos, tiene sentido, ¿no? Ya que en esta nueva línea temporal alternativa, en este nuevo universo, Jules y yo nunca nos habríamos peleado después de la fiesta de Darius porque yo no firmara el contrato (porque, claro, ahora sí que lo firmé), lo que significa que nunca habría entrado aquí hecho una furia para descubrir cómo funcionaba la máquina.

No, el problema es más bien por qué cojones sigo aquí…

Solo que… mierrRRRDAAAAA… Aquí llega, un tsunami de recuerdos de esta nueva línea temporal que se abalanza sobre mí, mientras mi antiguo yo y este nuevo yo comienzan a fusionarse…

Para empezar, todo fue de lujo. Después de firmar aquel contrato hace ocho años, nos mudamos todos a San Francisco, donde a Groucho no le gustó mucho su nueva comida para empezar, pero donde los chicos se adaptaron enseguida a su instituto. Veo que Nelly se sacó el carné de conducir en California a la primera y, luego, se matriculó en Rutgers, en Nueva Jersey, en la especialidad de Estudios Americanos, mientras que Liam se aficionó al monopatín desde el principio e incluso ganó seguidores en YouTube. Jules empezó a trabajar para Henri Chaptal en Inner Sunset, y pronto se hizo un nombre como la nueva chef británica del Bistro Bon Georges… y, ¡guau!, solo de verla ahora, esa mirada de pura felicidad y de orgullo en su cara… Luego Doodles (¡Doodles, sí!) se mudó también a California en 2018, un par de años después de que legalizaran la marihuana allí para uso recreativo, y montó una pequeña cadena de tiendas de cannabis llamada Pot Doodles… con

Snoop Dogg como socio, nada más y nada menos.

Solo que, después, mis nuevos recuerdos de él, de Jules y de los niños se van espaciando, son como más fríos, incluso, como si los viera a través de una capa de hielo cada vez más gruesa. Porque enseguida, para mí (mi yo de esta línea temporal, quiero decir) todo se centra en el trabajo. Empiezo a pasar los fines de semana fuera, y pronto se convierten en semanas enteras, en convenciones y en recaudaciones de fondos, mientras durante los siguientes cinco años Darius y yo convertimos Totally Sirius en el bombazo que fue. También empiezo a obsesionarme con *Tierra Gemela*, antes de desarrollarlo de forma compulsiva, adictiva, como contraposición a los juegos más violentos que Darius y su tío insistían en liderar.

No solo me perdí yo de vista. También la perdí a ella. A Jules. Y, luego, a Jules y a Darius, mientras los dos empezaban a pasar cada vez más tiempo juntos…

Hasta que… ¡Joder! Hasta que me dejó… Jules me dejó.

Me dejó por él.

El recuerdo me deja frío. Helado. Pero no a este Adam, a este nuevo Adam con el que me estoy fusionando. Solo es capaz de seguir pensando obsesivamente en su trabajo y pasa todo el tiempo despierto en este cobertizo, que es un incendio en potencia, mientras sigue desarrollando *Tierra Gemela* a pesar de tener dinero de sobra para no necesitar trabajar más.

Claro que no puede rendirse, porque hacerlo sería admitir que su trabajo no es de vital importancia. Admitir eso también sería admitir que debería haberse centrado en Jules y en los niños. Y todavía se niega a admitir que se equivocó.

Pues que lo jodan, porque yo no quiero esta mierda. No quiero que esta sea mi vida.

Presa del pánico, empiezo a buscar la caja de cintas y de CD. Pero, claro, no está aquí ni en el jardín descuidado. Jules nunca vació el desván en esta nueva línea temporal, porque sigue viviendo con Darius y los niños en Estados Unidos.

Felizmente.

¡Por Dios, sí! Ahora también tengo estos nuevos recuerdos. De Jules con Nelly y Liam, que se quedaron con Darius y con ella cuando me mudé a esta, nuestra antigua casa, para intentar volver a mi propia infancia y hacer mi nuevo juego lo más imaginativo posible.

Dejándolos en su casa diseñada por Frank Lloyd Wright en Montecito. Ni Nelly ni Liam hablan ya conmigo. No solo porque ambos me ven como el padre que se fue, sino porque sigo aquí trabajando a puerta cerrada. Sigo planeando líneas argumentales y de personajes para un juego que parece no tener final a la vista, un juego que este yo ni siquiera quiere que termine. Quiere perderse en él para siempre.

Un juego que le permite olvidar lo que ha perdido.

Me cuesta la misma vida arrastrarlo (arrastrarnos) a la casa. Llevarlo al desván y volver. En cuanto al CD de *Rey de la barbacoa 2014* que ahora le hago poner en el radiocasete Sony después de encenderlo, casi se aleja espantado de él. Se pregunta qué cojones está pasando. Detesta esta nueva parte de su conciencia porque le recuerda a Jules. La odia por traicionarlo, pero sigue negándose, aunque solo sea por un segundo, a aceptar que quizá él hizo algo mal.

El CD se pone en marcha y Paloma Faith empieza a cantar «Only Love Can Hurt Like This» y, a la desesperada, me lanzo de cabeza al caos de ese tornado caleidoscópico, anhelando su promesa de otra

vida, porque, en este universo, bien podría estar ya muerto…



Aterrizo en el cuerpo de Adam, con sus cuarenta y dos años, en 2014.

Está mirando un montón de lonchas de queso halloumi que chisporrotean en la barbacoa del fondo del jardín. Lleva una camiseta de tirantes para mostrar los músculos que ha estado trabajando durante los últimos cinco años, desde que se apuntó al gimnasio, y disfruta del calor que el sol de media tarde le provoca en la nuca.

—¿Ya están hechas, papá? ¿Me das una?

Liam, que tiene once años y que lleva una vieja y holgada camiseta del *Transformer* de Lou Reed y unos pantalones cortos, unos pocos meses después de la última vez que lo vi. Es el final de las mismas vacaciones de verano, y esta mañana (me asalta un recuerdo) por fin han limpiado todas las guaridas de Tierra Gemela que han construido a lo largo de los últimos dos meses. Para que parezca un poco más sofisticado celebrar hoy aquí el cuarenta y dos cumpleaños de Jules.

Por supuesto, la tirolina también ha desaparecido. Liam incluso me ha perdonado por cortarla.

—Aquí tienes —le dice Adam, que pone una de las lonchas de halloumi en una servilleta de papel—. Pero no se lo digas a tu madre. Quiere que nos sentemos a comer en plan elegante.

—Qué aburrimiento —replica Liam al tiempo que le da un bocado antes de sonreír y darle un buen trozo a Groucho Guarx a hurtadillas.

De alguna manera, me resisto a imponerme a Adam mientras le alborota el pelo y le dice que se vaya. Me muero por abrazar a mi

niño, pero siento lo feliz que está Adam al verlo alejarse por el jardín hacia donde ya están colocando la mesa de la cocina antes de prepararla para un almuerzo tardío en el que estarán unos veinte de sus amigos íntimos.

Adam mira a Nelly, que tiene catorce años y que lleva unos vaqueros y un top corto. Su hija acaba de ver a Liam comiendo y deja de hablar con Ngozi, Geoff y los gemelos para abrirse camino entre los invitados hacia mí. Nuestros amigos están todos junto a la puerta de la cocina, bebiendo Aperol Spritz y *gin-tonics*.

Mi Nelly. No está viviendo con Darius y Jules a ocho mil kilómetros de distancia, sino aquí conmigo… y, ¡por Dios!, se me revuelve el estómago. ¿Cómo pude hacer algo para poner eso en peligro? ¿Cómo pude desviar mi vida de algo tan maravilloso como esto? ¿Por dinero? ¿Por celos? Juro por lo más sagrado que no lo haré nunca más. Solo necesito esta oportunidad para corregirlo todo.

—¿Qué dijo un queso alemán cuando se miró al espejo? —pregunta Nelly mientras se apoya en mí.

—Halloumi —contesta Adam, porque, cómo no, los chistes de queso están de moda este año—. Pero ¿por qué el quesero se inclinó hacia la izquierda?

—No lo sé.

—Porque ya no le quedaban cuñas.

Gime y abre esos preciosos ojos azules por el desdén antes de señalar la barbacoa con un dedo hasta que Adam saca otra loncha de queso para dársela a ella.

—Te quiero, papá —dice Nelly como si nada, a modo de agradecimiento, mientras se aleja por el jardín para demostrarle a su hermano pequeño que ella también es su preferida.

Durante un segundo, me quedo de piedra. Por la absoluta

maravilla que es este momento tan normal y tan corriente. La clase de momento que doy por sentado todos los días. Aunque he venido para arreglar mi futuro, para intentar recuperarlo, soy incapaz de moverme. Porque ¿y si lo que estoy a punto de hacer acaba por estropear las cosas a lo bestia de nuevo? ¿Y si estoy a punto de joderlas todavía más?

¿Y si solo consigo joderlo todo?

Porque también creía que podría controlarlo la última vez, ¿no? Creía que podría dictar cómo serían las cosas, pero la fastidié.

Mientras alguien sube el volumen de «Once in a Lifetime», de Talking Heads, en los altavoces y David Byrne empieza a advertir, nada más y nada menos, sobre las diferentes versiones de tu vida que podrías acabar llevando, Adam siente un cálido cuerpo que se pega a él por detrás y sonríe.

Porque esta es su guapa mujer.

Jules.

—Los *brioches* de ajo y romero saldrán en veinte minutos —anuncia y lo besa con ternura en la nuca—, así que a lo mejor quieres ponerte con el cordero marinado.

—Ya estoy en ello —replica Adam. Y es verdad. Tiene dos parrillas encendidas, con el cordero ya haciéndose en la salsa de cerveza San Miguel dentro de una tienda de papel de aluminio en la más alejada.

—¡Ah! Y mantén las verduras separadas —le recuerda—. A Geoff le dará un ataque como te vea usando las mismas pinzas.

—Controlado también —dice Adam y, a juzgar por sus recuerdos, veo que es verdad. Que de verdad quiere que Jules se lo pase bien y no tenga que cocinarlo todo por una vez. Porque el cuarenta y dos es el sentido de la vida, ¿no? Algo que le escribió en su tarjeta de felicitación esta mañana…, aunque él sabe que Jules no conoce a

Douglas Adams ni le importa quién es.

También reparo en otras cosas. En otros recuerdos más recientes. Como que esta mañana se han besado durante un minuto en la cama antes de que los niños entraran con sus regalos. Este sigue formando parte de esos dos años en los que todo les parecía una segunda luna de miel. Con Darius y yo ocupados trazando nuestro plan de negocios y empezando a organizar las finanzas; y Jules y yo preparándonos para nuestra mudanza a Estados Unidos; y su trabajo yendo tan bien, porque su habilidad con la cocina francesa mejora con cada semana que pasa, de modo que nunca la he visto tan feliz como lo es ahora.

Se me revuelve el estómago y un escalofrío me recorre la columna. La certeza de lo que pasará cuando se vayan a Estados Unidos. A menos que pueda cambiar las cosas.

—¡Ah! Y aquí tienes una cosita para ti —anuncia al tiempo que le pone algo a Adam en la mano—. Para agradecerte que te hayas tomado tantas molestias hoy.

—¡Guau! —exclama él, encantado, está claro, mientras mira el CD de *Rey de la barbacoa 2014*.

Se vuelve para darle las gracias, pero ella ya se está alejando, con unos pantalones de color fucsia y un top con pedrería. De nuevo, me cuesta la misma vida no imponerme a Adam y correr detrás de ella para besarla, para abrazarla y para decirle que siento muchísimo haberla perdido en Estados Unidos… y que nunca más volveré a poner nada por delante de ella.

Mucho menos yo.

—Cuidado, no vayas a quemar algo, Ads.

Darius. Que se coloca a su lado. Siempre dándole consejos y dirigiéndolo de un tiempo a esta parte, piensa Adam. Aunque

también lo admira un poco por eso. Mientras que yo (el futuro yo) solo siento oscuridad en lo más hondo. Porque, aunque yo aparté a Jules de mí en esa última línea temporal, él salió con ella a mis espaldas antes de irse a vivir juntos, ¿no?

Todavía recuerdo lo que me hizo sentir…, lo que eso le hizo sentir a ese otro yo. Esa traición en otro universo. Esa pérdida.

Aunque… Aunque también fuera culpa mía.

Claro que, aquí, el contrato todavía no está ni redactado. Todavía faltan dos años. Aquí no ha pasado nada de eso.

—Necesitan un minuto más —replica Adam mientras les da la vuelta a las lonchas de nuevo para asegurarse de que están bien tostadas… y, cómo no, se le escapa una por la rejilla hasta caer al abrasador inframundo de por debajo, porque eso es lo que hace el halloumi. Me impongo sobre mi antiguo yo—. Oye, Darius, tenemos que hablar.

—¡Oooh, parece serio! —replica con tono burlón.

—Lo es. —Lo miro y veo que esos inteligentes ojos se ponen serios. Lleva una camiseta blanca Fred Perry, unos impolutos pantalones cortos blancos y unas flamantes deportivas Adidas, como si fuera a hacer un punto de saque directo en Wimbledon. Extiende una mano y se hace con una loncha de halloumi, sin preguntar… y sin inmutarse, como si sus dedos fueran de hierro.

—Dispara —dice.

—Me retiro —le digo—. De Sirius.

—¡Uf, Adam! Otra vez no.

Claro, porque Adam ya ha expresado varias veces sus dudas.

—Lo digo en serio —obligo a Adam a decir.

Darius sigue creyendo que está de broma.

—No puedes decirlo en Sirius —dice. ¿Una broma a lo John

McEnroe, el tenista? ¿Por cómo va vestido? No dejo que a Adam le tiemblen los labios siquiera.

—Lo siento, pero es mi decisión final —hago que diga sin inflexión en la voz.

—¿El qué? —pregunta Jules, que se acerca y se interpone entre los dos, con expresión preocupada, porque, aunque todavía no sabe de lo que estamos hablando, ve la determinación en mi cara.

—Adam se está echando atrás con Totally Sirius —le dice Darius —. O, por lo menos, eso es lo que dice…

—¿Ads?

Y lo detesto. Detesto la expresión preocupada… No, la expresión de pánico en la cara de Jules. Porque están a punto de arrebatarle lo que tanto desea.

—Lo siento —obligo a Adam a seguir—. Lo siento por los dos, por haberos hecho perder el tiempo. —Pero luego se lo explico. Les explico todos los motivos por los que no va a funcionar. Los verdaderos motivos de Adam. Los que lo llevaron a no firmar el dichoso contrato en nuestra línea temporal original. Que no se fiaba del historial de Darius. Que no quería arriesgarse a endeudarse. No dejo de hablar hasta que los dos lo entienden. Hasta que los dos asimilan que lo que digo es irrevocable. Que Totally Sirius (para mí y para él) se ha acabado.

Estropeo el cumpleaños de Jules, claro. Y, aunque ella consigue tragarse las lágrimas y mantener la compostura, veo la furia y el resentimiento en su mirada antes de que me dé la espalda.

También sé, es que lo sé, que esto nunca se va a olvidar del todo. De la misma manera que no se olvidó de que yo no firmase el contrato en nuestra línea temporal original.

Aunque también sé que la alternativa es muchísimo peor.

En este momento, le cedo el control a Adam, mientras Darius sigue diciéndole que está cometiendo un tremendo error. Pero por más acojonado que esté por lo que acabo de hacer y por haber alterado a Jules al cortar de raíz todo esto de Totally Sirius, Adam se mantiene firme. Por su cuenta. Porque todos los argumentos que acabo de soltar por su boca también tienen sentido para él. Como lo tuvieron para mí en su momento.

De hecho, se siente aliviado.

Mientras todos empiezan a congregarse alrededor de la mesa para la comida, él se mete en el cobertizo, supuestamente para buscar a Doodles, pero también para alejarse de las miradas furiosas de Darius y de Jules.

—Oye, colega, ¿qué tal? —pregunta Doodles desde donde está tumbado en nuestro sofá, con la batería de «Absolute Beginners», de Bowie, sonando en el Bang & Olufsen de mi padre.

—Bien, bien —miente Adam, con el corazón todavía desbocado por lo que acaba de hacer—. La comida está lista.

—¡Ah, muy bien…! —Sin embargo, a Doodles le cuesta apartar la mirada del juego que sea que tiene en la pantalla.

Aunque, en realidad, no está jugando, ¿verdad? Adam se da cuenta ahora de eso. Ni siquiera tiene el mando en las manos.

—¿Qué es eso? —le pregunta Adam, intrigado, casi agradecido por la distracción después de la conversación brutal que acaba de tener en el exterior.

—Una cosa nueva que se llama Twitch —contesta Doodles—. Y no te lo pierdas, te permite jugar en vivo para que otra gente lo vea. En *livestreaming*, así lo llaman… y, oye, que cualquiera puede hacerlo. Así que ahora estoy, a ver, que estoy viendo a alguien a quien no conozco jugar a esto… y ¿sabes una cosa? Creo que va a ser la

bomba…



Nada más despertarme en el cobertizo en el futuro, siento el corazón desbocado.

Sin embargo, ¡menos mal! Sí, mira… Mis bicis, el equipamiento de gimnasia, el cuerpo musculoso del espejo… Todo está como antes.

Me levanto de un salto y corro al exterior, pero todo parece bien también. Las cintas y los CD siguen justo donde Jules lo dejó todo. Lo que quiere decir que nada más puede haber cambiado en esta nueva línea temporal.

Lo he hecho. He conseguido corregirlo todo.

Suelto una carcajada. Por el puro alivio de que ese otro universo en el que perdí a Jules ya no sea realidad. Solo que, cuando estoy a punto de levantar el puño, victorioso, se me ocurre algo. Ese otro universo sí existe y siempre existirá. Junto con ese otro yo desgraciado. El yo sin ella. El yo que metió la pata. Porque no existiría si yo no hubiera viajado en el tiempo para firmar aquel contrato. Si yo no hubiera intentado ser Dios.

Porque Dios, el verdadero Dios, el universo, lo que sea…, tiene balanzas, ¿no? ¿Cómo, si no, se explicaría que, al intentar quedarme con algo solo para mí, me acabaran arrebatando algo a cambio?

Con el corazón acelerado, miro las cintas y los CD. Lo que sé ahora que tengo que quemar. Aunque cada célula de mi cuerpo me grita que no lo haga. Que no destruya algo tan poderoso, tan increíble, como esto.

Sin embargo, Jules tiene razón. No soy de fiar. Ninguno de los dos lo es. Quizá la única perfección real en todo este dichoso universo es la clase de perfección improvisada que tienes que construir por ti

mismo.

La única manera que se me ocurre de demostrarle a Jules cuánto la quiero es hacer lo que me pidió.

Con manos temblorosas, sigo construyendo su pira en la barbacoa, tal como Liam hizo diez años antes, cuando quemó a Luke Skywalker y las demás figuritas.

Abro la caja de cerillas.

Saco una para encenderla.

Oigo a Groucho Guarx ladrando y me doy media vuelta para ver a Jules fulminándome con la mirada desde la puerta.



15

Jules - «Across the Universe»

Me he pasado las dos últimas horas de mi paseo playero con Groucho intentando con todas mis fuerzas calmarme, diciéndome a mí misma que, por lo menos, a estas alturas Adam ya habrá destruido todas las cintas y los CD. Lo que significa que la amenaza de que él cambie mi vida o la suya (o de que yo le haga lo mismo a él) ha terminado para siempre. Después de todo lo que ha pasado, tendremos que comprometernos con dónde estamos y quiénes somos ahora, y encontrar una manera de seguir adelante. Todos juntos. Con Nelly, apoyándola, y tal vez incluso recibiendo algún tipo de terapia familiar. Liam también nos necesita. Que tenga éxito no significa que sea tan feliz como Adam está decidido a que lo sea. Todavía me preocupa el tono de voz que le oí cuando llamó por teléfono y, aunque dijo que volvería a llamar, no lo ha hecho.

Veo a Adam al final del jardín, con las cintas y los CD todavía en la barbacoa, sin haberlos quemado, ni siquiera hay humo, y como una aguja que rayara un disco, cualquier idea de que seamos capaces de arreglar las cosas se viene abajo.

Me acerco.

—Que sí, que sí, lo voy a hacer —balbucea—. Tienes razón. No

deberíamos volver a tocar el pasado…, nada de esto. —No me mira a los ojos. Tiene en las manos la caja de cerillas y una cerilla, y noto que le tiemblan.

Y lo sé. Lo sé sin más. Ha vuelto a hacerlo, ¿verdad? Ha roto su promesa y ha vuelto a viajar al pasado.

—¿Qué has hecho? —le pregunto, recalcando cada palabra, con voz acerada.

Él cierra los ojos y tuerce el gesto antes de contestar a la carrera:

—Es que pensé que si aceptaba el trato y nos mudábamos a San Francisco…

¡Ay, por Dios! Se refiere a la empresa con Darius.

—¿Qué? —le pregunto.

—Tú serías feliz. Porque sé que siempre has pensado que la mitad del dinero de Totally Sirius debería haber sido mío. ¡Nuestro! —se corrige, como si se atropellara con las palabras—. Y por eso volví y firmé.

Por su estado, es evidente que la cosa no salió bien.

—¿Y? ¿Qué ha pasado? —le pregunto, todavía más nerviosa.

—No funcionó —responde, y veo rabia en su cara—. Me dejaste. Por Darius.

No me puedo creer lo que oigo.

—¡No me jodas!

—Así que tuve que volver otra vez. Para cambiar las cosas y no aceptar el trato. De esa manera, no nos mudamos a Estados Unidos. Y no nos separamos…

Me llevo las manos a la cara, mareada.

—Pero ya está todo bien —dice—. Todo está bien.

Justo cuando estoy a punto de decirle que no todo va bien y de preguntarle que cómo cojones se atreve a hacer algo así, me

interrumpe el móvil. Furiosa, lo saco del bolsillo y veo que es el número de Max.

—¿Max?

—Jules…

De inmediato, su voz hace que se me acelere el corazón. Mi mirada se dirige a Adam y, lívida como estoy, pongo el teléfono en altavoz.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Ha habido un… incidente —contesta él.

—¿Un incidente? —Aferro el móvil con fuerza—. ¿A qué te refieres? —Hablo con voz aguda, pero recuerdo que Saori me dijo que se estaban esforzando demasiado. ¡Ay, madre! ¿Se refería a que están consumiendo drogas? Algo más que marihuana. Drogas que han provocado una…

—Liam… —Max respira hondo—, sufrió una sobredosis o la habría sufrido, porque lo encontré antes de…

Suelto un alarido y empiezan a temblarme las rodillas.

—Lo siento mucho, Jules. Debería haberlo vigilado más. Ha estado pasándolo mal. Durante estas últimas semanas. La verdad es que creo que solo fue una metedura de pata sin más… —Max se atraganta, y me doy cuenta de que ha empezado a llorar.

—¿Y cómo está? —A Adam le tiembla la voz.

—Estable.

Estable. ¿Qué significa eso? Siento como si me hubieran partido el corazón en dos.

—¿Dónde estáis? Voy para allá —consigo decir.

Adam asiente frenéticamente con la cabeza. Iremos, quiere decir.

Max dice que me mandará un mensaje con la dirección del hospital y corta la llamada.

—¿Todavía crees que lo has «arreglado»? —le pregunto a Adam,

estampándole el móvil en el pecho. Tengo la impresión de que me hundo en el suelo.

—Lo siento muchísimo —dice él, con la cara blanca de repente.

«Lo siento». Como si esas dos palabras fueran suficientes. Como si pudieran serlo.

De repente, parece joven, desesperado, mientras se limpia la nariz con el dorso de la mano. Como hacía Liam cuando era pequeño.

—Pero… Pero, sí, la he fastidiado y debería haberte hecho caso, pero todavía podemos arreglar esto —me asegura, mirando las cintas y los CD, como si él mismo fuera un adicto, ¡adicto a los viajes en el tiempo!

Solo que, para empezar, ha sido él quien ha causado todo este puto desastre.

—No. Se acabó —le digo con la voz y el cuerpo temblorosos—. No quiero saber nada de las cintas. Ni de ti.

—No estás hablando en serio… —Me agarra de las manos, pero lo aparto al instante de un empujón.

—¡Vete! ¡Quiero que te vayas! —le grito—. ¡Prepara una puta maleta y vete, joder!

Me mira en silencio un segundo, con los ojos llenos de lágrimas. Como si fuera a decir algo. Luego se da media vuelta y echa a andar hacia la casa.

Enciendo una cerilla y la arrojo a la barbacoa, llena de cintas y de CD, ahogándome en mis propias lágrimas, mientras el humo negro se eleva hacia el cielo.

Adam prepara su maleta y se va en menos de diez minutos. ¿Qué se ha llevado? No lo sé. ¿Adónde va? Me da igual. Solo puedo pensar

en Liam.

En mi pequeño.

La culpa me recorre el cuerpo como un acorde grave y reverberante. ¿Qué madre no sabe que su hijo tiene tantos problemas? Claro que, en cierto modo, yo lo sabía. Algo que lo empeora todavía más.

¿Y qué pasará ahora? ¿Qué le pasará a él? ¿A toda su vida?

Me conecto tan rápido como puedo, decidida a reservar un vuelo a Japón para esa misma noche. Pero hace días que no hay ninguno disponible.

Entierro la cabeza entre las manos, intentando comprender todo lo que está ocurriendo al otro lado del mundo.

Donde debería estar, no aquí.

Y la culpa la tiene Adam, que lo ha jodido todo.

De repente, recuerdo lo que ha dicho sobre San Francisco. Que nada funcionó. ¿Quizá nunca iba a haber un final feliz para nosotros? Ni siquiera con nuestra máquina del tiempo, ni con todas esas segundas oportunidades y nuevos mundos valientes que hemos creado. Da igual lo que hagamos, de todas formas siempre acabaremos separados, ¿no?

Y, entonces, me doy cuenta. De lo que podría hacer.

Siento el escozor inmediato de la hipocresía por pensarlo siquiera después de la discusión que acabo de mantener con Adam, pero en esto puede que tuviera razón. ¿Qué otra alternativa hay?

¡Porque tengo que hacer algo!

¿Y si usara la máquina para crear una última línea temporal? Una línea temporal en la que pudiera evitar que Liam se fuera tan pronto. Donde pudiera tenerlo conmigo y vigilarlo más de cerca. Sí… Sí…, y salvarlo de lo que ya está hecho… Donde pudiera hacer que todo

fuera mejor. Donde pudiera ayudar a Nelly a ser más feliz y saludable. Y yo también podría ser más feliz. Me apresuro a bajar al jardín. Queda un CD sin quemar, con una imagen de mi cara como carátula. Lo saco del montón humeante usando mis dedos de amianto de cocinera y entrecierro los ojos para ver el título, escrito con la letra de Adam: *Fiesta en la playa 2016*.

Como si fuera el destino.

Corro al cobertizo y voy directamente al viejo radiocasete Sony para poner el CD en él.

Cuando empieza a sonar «This Is What You Came For», de Calvin Harris y Rihanna, cantando que han venido por esto, dejo que el tornado me arrastre, encantada…



Aterrizo en 2016 durante uno de esos días sofocantes que tanto le gustan a la prensa para informar continuamente del calor con fotos de británicos descamisados mirando a la cámara desde los bares de la costa y de ancianos en tumbonas con helados medio derretidos.

Parece que los habitantes de toda la ciudad de Brighton & Hove, así como la mitad de Londres y la mayor parte de las zonas cercanas a la capital se han quedado vacías, porque la gente está en la playa, tomando el sol y disfrutando del calor, como una colonia de focas borrachas.

A Jules le escuecen los hombros y tiene la piel pegajosa por el protector solar mientras vigila sus mantas de pícnic. Se arrodilla y se protege los ojos para mirar hacia el mar, donde están Liam, Nelly y sus amigos en el kayak hinchable que le regalaron a Liam cuando cumplió los trece.

Intenta localizar a Adam, que está más lejos, nadando entre los dos

muelles.

—Creo que es él —le dice a Doodles, señalando una lejana figura, con un flotador naranja balanceándose detrás.

—Parece una tortuga radiactiva etiquetada científicamente —replica Doodles, y Jules se ríe—. Es un buen nombre para un grupo —reflexiona—. Pero lleva buen ritmo.

Jules admira el apoyo que Doodles le presta a Adam en todo lo que hace, aunque él ni se plantea hacer ejercicio. Sin embargo, sabe que le queda una hora antes de que Adam vuelva para reunirse con ellos, y ya le molesta la idea de que todos tengan que alimentar su ego diciéndole lo increíble que es. ¿Por qué está tan obsesionado poniéndose en forma de un tiempo a esa parte? Antes afirmaba hacerlo porque quería estar a tope para la mudanza a Estados Unidos, pero han pasado dos años desde que cortó ese proyecto de raíz durante la barbacoa para celebrar su cumpleaños y, salvo por el ejercicio, no parece tener mucha ambición por hacer ninguna otra cosa.

—¿Por qué todos los eventos sociales de hoy en día tienen que incluir algún tipo de actividad deportiva?

—¿Como qué? ¿Liar tabaco de forma profesional? —Doodles sonríe y se enciende un cigarro—. ¿Hay más cerveza?

—Aquí tienes —contesta ella, después de sacar la penúltima del fondo de la nevera.

Nunca había visto unas piernas tan blancas y sabe que Doodles odia estar al sol. Solo ha ido ese día porque es el cumpleaños de Ngozi, y Jules está segura de que Doodles está enamoradito de ella, una sospecha que se confirma en ese momento, cuando la ve caminar por la playa hacia ellos con un impresionante bikini naranja, y Doodles entra rápidamente en acción y le pasa una toalla.

—Gracias —dice ella al aceptarla. Señala el mar con la cabeza—. He dejado a Geoff para que disfrute. Está demasiado picado para mí.

En el rayado reproductor de CD suena «Cake by the Ocean», de DNCE, y yo asiento con la cabeza, mientras escucho a Doodles y Ngozi charlar. Todavía no hay que alarmarse, ¿verdad? La razón por la que he vuelto, el motivo por el que he vuelto, va a ocurrir de todos modos, ¿no? Pero todavía no.

Aunque cada vez estoy más nerviosa por el momento que se avecina, eso no me impide apreciar el simple hecho de estar aquí también, bajo este hermoso cielo azul con mis amigos, disfrutando de la mente tan clara de Jules en comparación con la mía. Una mente que todavía no se enfrenta a las consecuencias de haber encontrado un portal al multiverso.

Y a toda la porquería que eso traerá.

La canción llega a su fin y extiendo el brazo hacia el reproductor de CD.

—Ajá. Eso me recuerda una cosa —dice Doodles después de soltar una bocanada de humo—. Adam me ha dejado esto para ti. Para que lo pongas en esa antigualla. —Le entrega un CD nuevo y Jules lo acepta.

Fiesta en la playa 2016, lee con una sonrisa. Lo saca de la funda, contenta de que Adam lo haya terminado a tiempo. Descubre que, al principio, tiene una de las mezclas de Doodles de Tinie Tempah mientras lo pone. Jess Glynne canta «Not Letting Go».

—Está genial —dice Doodles, y Ngozi choca los cinco con él, dándole la razón.

Mientras tanto, yo me concentro al máximo. Se ha producido la entrega del CD, lo que significa que solo me quedan treinta y cuatro minutos. Siento que mi corazón late con fuerza junto al de Jules, que

ve a Darius entre la multitud. En ese momento se levanta y grita su nombre. Él se acerca, con unos pantalones cortos y una elegante camisa negra.

Siempre he asociado a Darius con este CD, porque ahora lo levanta, se queda mirando la foto mía de la carátula y sonríe.

—Qué guapa. Estás muy guapa en la foto —me dice en voz baja, solo a mí, antes de sorprenderse a sí mismo y ponerse colorado, pero como un tomate, mientras se da media vuelta al instante para saludar a los demás.

Ya está, eso era todo. Por eso estoy aquí. El momento en el que descubrí, en el que descubrí de verdad, que le gustaba mucho a Darius…

Después de recuperar la compostura y de actuar como si no hubiera dicho nada, se arrodilla y saca la última cerveza de la nevera.

—Mmm… ¿Traigo unas frías? —sugiere, dejando la cerveza caliente en su sitio.

Jules lo siente como una crítica. Ha hecho todo lo posible por preparar un pícnic perfecto para Ngozi, pero sabe que Darius tiene el listón cada vez más alto últimamente.

Solo faltan dos semanas para que se mude a Estados Unidos y siente una profunda envidia. ¡Ella también debería irse!

Mientras Darius se levanta y le sonríe, yo me impongo. Porque voy a hacerlo.

Lo voy a hacer.

—Voy contigo —me ofrezco, provocando en Jules un pequeño estremecimiento de sorpresa que pasa desapercibido—. ¿Queréis algo? —les pregunto a Doodles y a Ngozi.

—Un *cornetto* —contesta él—. Doble de chocolate.

—Y para los mayores, hielo —añade Ngozi, que lo mira con los ojos en blanco—. Tengo prosecco en la cesta que ya se habrá calentado.

Jules se pone el vestido de tirantes de cuadros rojos y las chanclas, y Darius levanta la nevera y sujeta a Jules del brazo con la otra mano mientras caminan con cuidado entre los turistas.

Suben la escalera situada al lado del quiosco de música y suben por Sillwood Road hasta el supermercado Waitrose de la cima. Es un placer estar en los pasillos climatizados mirando las estanterías con Darius, que no tiene reparos en ir a por las marcas más caras en vez de buscar en las estanterías lo que está más barato.

—Espérate un poco —le hago decir a Jules una vez que han hecho cola, han pagado y todo está guardado debajo del hielo de la nevera. A ella le gusta la idea e incluso piensa que es suya—. ¿Nos tomamos una pinta en el Robin Hood?

Mientras pasean por Norfolk Square, hablan de la madre de Darius y de lo mucho que la va a echar de menos, porque se preocupa por ella. Siempre ha sido muy lista, pero, de un tiempo a esa parte, se le olvidan las cosas. Ese debió de ser el comienzo de su demencia, comprendo, pensando en el presente de su pobre madre.

Una vez dentro del pub, esperan en la barra a que el dueño les sirva, y por los altavoces suena «Birdhouse in your Soul», de They Might Be Giants. Jules ve que hay un banco a la sombra, donde la luz del sol no ha conseguido llegar.

Se acercan y se sientan el uno al lado del otro en el banco de áspero terciopelo. Darius bebe un sorbo de cerveza. Asegura que dejará el alcohol en cuanto llegue a California.

—¿No lo echarás de menos? —le pregunta Jules. Beber ha formado parte de la dinámica de nuestro grupo, pero, por supuesto, Darius ya

ha comenzado su metamorfosis en el gigante tecnológico californiano.

—No —me asegura—. La verdad es que me hace mucha ilusión.

—¿Y… me vas a echar de menos? —obligo a Jules a preguntarle, porque ya sé que dentro de una semana, en su fiesta de despedida, le pedirá que deje a Adam y se vaya con él. Así que ya debe de estar pensando en el tema—. Porque…, porque me gustaría irme contigo —la hago continuar—. Odio a Adam por haberse quitado de en medio.

Jules sabe que es una conversación peligrosa y no puede creer que la esté manteniendo, pero el mundo, este mundo, ya está girando y ella se está deslizando, avanzando… sin saber todavía hacia dónde.

—¿Y si no fuera demasiado tarde? —le pregunta él.

—¿Te refieres… a que deje a Adam? —la obligo a decir. Aunque ya lo está pensando. Me doy cuenta de lo sorprendida que está por este giro en la conversación, tan sorprendida como lo estaría yo dentro de una semana en mi línea temporal original, cuando él sugiriera justo lo mismo.

—Sabes lo que siento por ti, Jules, lo que siempre he sentido por ti —dice Darius, con suavidad, con delicadeza, mientras le coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, como si fuera lo más valioso del mundo—. Debes hacerlo.

Que otro hombre la toque así es muy nuevo. Muy chocante. Algo en su interior ya sabe que al no apartarse o decir «no» ha cruzado una línea y ya no hay marcha atrás.

Una línea que nunca he cruzado. En ninguna línea temporal.

Sin embargo, ahora veo lo que antes no veía. Que Darius me quiere de verdad. Que me ama.

Porque en ese otro universo que Adam creó cuando firmó el

contrato…, Darius y yo estábamos juntos, ¿no? De alguna manera, habíamos conseguido que funcionara.

Me impongo y hago que Jules tome una de las manos de Darius entre las suyas.

—¿Lo dices en serio? —pregunta en voz muy baja. No soy yo obligándola a decirlo, es ella.

Darius asiente con la cabeza y sigue tocándole el pelo con la cara muy cerca.

—Vámonos, Jules. Tú, yo… y los niños.

Pone la mano libre sobre la de ella y Jules mira sus dedos entrelazados. Está aterrorizada y su instinto le pide que aparte la mano, pero lo anulo.

En cambio, despacio y de forma deliberada, la obligo a inclinarse hacia delante y finalmente lo beso en los labios.



Oscuridad.

¿Dónde estoy?

Me desperezo. Estoy en la cama. Noto un colchón mullido debajo de mí.

Mi confuso cerebro vuelve en sí como si saliera de una aceitosa piscina, profunda y oscura, y al salir a la superficie busco a tientas los detalles de mi asombroso y alucinante sueño…

¡Guau! Me pasé de la raya, pero bien. Yo, medio borracha en el Robin Hood, acercándome a Darius y luego aceptando su beso… ¡Por Dios, si hasta le di un beso en los labios!

Un pedo largo y asqueroso interrumpe mis pensamientos.

—Cierra la puerta —murmuro, volviéndome sobre la mullida almohada. Después de un sueño tan extraño, pero tan feliz por raro

que parezca, lo último que necesito es a Adam siendo un cerdo.

—Lo siento. —Seguido del sonido de la cisterna—. Son esas lentejas francesas que has cocinado.

Me quedo helada.

¡Esa no es la voz de Adam!

Me incorporo como si me hubiera atravesado un rayo y me arranco el antifaz justo a tiempo para ver a Darius saliendo de un gigantesco cuarto de baño y abrochándose los pantalones.

—Te he traído un café —dice al tiempo que señala con la cabeza la taza que humea en la mesita de noche.

Se hace con su palo de golf y sale silbando de la habitación. El corazón me late a toda pastilla.

¿Se puede saber qué está pasando?

Cierro los ojos. Meneo la cabeza. Tiene que ser un sueño. Definitivamente sigo soñando.

Sin embargo, alguien me zarandea un hombro.

—Mamá… —Una voz de niña. Con acento estadounidense.

Hay una niña de pie al lado de la cama. De unos seis o siete años. No, de seis. Nació el 12 de noviembre de 2017. Y para su última fiesta de cumpleaños fue a Nueva York para ver *Matilda*. Ha heredado la forma de mi cara y mis ojos, pero la boca de Darius, y la pequeña separación entre las paletas.

¡Virgen santa!

Darius y yo.

Tenemos una hija.

Una serie de recuerdos nuevos empieza a atravesarme como si fueran flechas.

—Hola, cariño —me oigo decir, sintiendo que esbozo una sonrisa y que me asalta un ramalazo de amor, mientras me inclino para

abrazarla y frotar con ternura las puntas de nuestras narices, algo que a ella todavía le hace gracia.

Es preciosa. Lleva al cuello su colgante favorito de plata con forma de corazón que le compré la semana pasada en Posh Totty.

—Levántate. Vamos a llegar tarde —dice.

Phoebe. Es Phoebe. Sé que es Phoebe. Igual que sé que es mi mundo entero y que mi día girará en torno a ella, como todos los días. Empezando por su clase de equitación dentro de media hora. Por eso ya está vestida con los pantalones y la chaqueta de montar, mientras sale corriendo del dormitorio.

¿Se puede saber qué está pasando aquí?

Mi estómago (o, mejor dicho, el estómago metafísico de mi yo real) está totalmente encogido, pero esta otra yo, esta nueva Jules, ni siquiera se da cuenta. Aunque me estoy uniendo a ella aquí en esta nueva línea temporal.

Se levanta, se acaricia el abdomen plano de verdad antes de tocarse veinte veces los dedos de los pies. Tiene el cuerpo de mediana edad de mis sueños. Nada que ver con ningún cuerpo real que yo haya tenido.

Después, echa a andar hacia el cuarto de baño. Un cuarto de baño gigante que parece de hotel. Abre deprisa la ventana, de forma automática, se tapa la nariz y cuenta hasta diez, porque así es a veces la vida de casada.

¿¡Casada!?

Están casados. ¡Estoy casada! Soy la señora Angelopoulos. Me miro el dedo anular. El pequeño anillo de compromiso de diamantes que Adam me dio después de hincar la rodilla en la azotea en 1998 ha desaparecido, junto con mi alianza. En cambio, tengo un pedrusco que seguramente podría cambiar por una casa. Pero no por

esta casa, porque costaría mucho más. La casa en la avenida Tongdean donde Darius organizó la fiesta en la piscina en otra vida, en otro universo. Solo que ahora yo también vivo aquí, después de mudarme con él al Reino Unido hace un mes, después de que dejara Totally Sirius en Estados Unidos, vendiendo la empresa por la friolera de cincuenta millones.

Descubro rápidamente más y más recuerdos de esta Jules, recuerdos «nuevos», y me pongo al día sobre los últimos ocho años de mi vida, de nuestra vida, desde que besé a Darius en el pub Robin Hood.

¡Ay, Dios! La desolación que provocó ese beso. Un beso que Darius todavía ve como un triunfo, pero ella…, ¿yo?, ve más como una detonación. La magnitud del daño que he causado me deja destrozada mientras Jules entra en la ducha.

¿¡Qué he hecho!? Y no solo a Adam, sino… ¡Madre mía! A los niños.

Más recuerdos nuevos. De cuando les dije que quería que se vinieran a Estados Unidos conmigo. De cuando les aseguré que encontraría la manera de que todo saliera bien, costara lo que costase. O, por lo menos, eso fue lo que les dije al pequeño Liam, de trece años, y a Nelly, de dieciséis, cuando dejé a Adam por Darius.

Y creía de verdad que podía hacerlo, ¿no? Que Adam me dejaría, que no se resistiría.

Sin embargo, ellos me odiaban. Los tres. Me odiaban por lo que hice. Por anteponer de forma egoísta mi propia felicidad a la suya. No se vinieron a Estados Unidos conmigo. Se negaron en redondo.

¡Dejé a mis hijos, dejé a Adam!

Grito en el interior de mi mente.

Luego, por supuesto, acabé de alejarlos por completo cuando me

quedé embarazada.

Estaba convencida de que era demasiado vieja y de que estaba premenopáusica, así que sería imposible. Sin embargo, cuando Darius se enteró, lo aceptó como un milagro y se volvió loco de alegría.

Mientras Jules (mientras yo) se viste, los nuevos recuerdos siguen llegando, ahogándome dentro de ella, dejándome sin aliento. En Estados Unidos, Darius y yo pasamos de una propiedad a otra, cada una más grande que la anterior, en paralelo con el meteórico ascenso de Totally Sirius. Poco a poco, se fue sumergiendo más y más en el trabajo, igual que Adam hizo una vez con la bicicleta y el cobertizo, y yo estaba demasiado ocupada amamantando a una niña recién nacida como para poder pensar siquiera en una carrera profesional propia.

Sin embargo, todos estos recuerdos que me invaden (de su boda con Darius, de su embarazo, del parto, de la primera sonrisa, de la primera palabra y de los primeros pasos de Phoebe) no son realmente míos, ¿verdad? Son suyos.

Ella los creó. Ella construyó esta nueva vida. Yo solo soy un cuco en su nido.

Sin embargo, la amo. A mi Phoebe de seis años. Ahora es mi única hija. Nelly apenas me habla, ni siquiera después de los innumerables viajes que he hecho a casa a lo largo de los años para intentar arreglar las cosas. Y Liam… ha dejado la universidad y no me habla en absoluto. Nunca retomó la música.

¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!

Y no soy solo yo quien piensa esto, ¿verdad? Es ella. Esta otra yo en la que me estoy convirtiendo. Ella lo lamenta. Le duele. Muchísimo. En lo más profundo de sus entrañas. Yo también lo

siento. Por más que quiera a Phoebe y, sí, a su manera, a Darius, nunca superará las consecuencias de aquel beso en el Robin Hood y en el desvío que provocó en su vida.

Aunque no lo hizo ella. Lo hice yo. ¡Todo esto es culpa mía! Tengo que cambiar las cosas ahora mismo.

¡Adam…! Necesito ver a Adam. Tiene que ayudarme. Tiene que hacerlo.

Y por eso lucho. Lucho por mí, por mi vida. Lucho para resistir la terrible atracción de hundirme en ella, de convertirme en una misma persona con esta otra nueva Jules, de acabar aquí para siempre con ella…

Hasta que, por fin, siento que me separo despacio de ella como si fuera una tira de velcro, convirtiéndome en dos en vez de en una.

La acompaño deprisa escaleras abajo hasta su Porsche rojo (aunque normalmente van andando hasta las caballerizas donde está el caballo de Phoebe), llamo a Phoebe para que venga y le digo que mamá tiene que hacer un recado.

Acto seguido, me siento y dejo que conduzca Jules, que pone su lista de reproducción de Taylor Swift y la de Phoebe, y las dos cantan al ritmo de «Anti-Hero».

Phoebe se baja al llegar al club hípico y Jules le lanza besos mientras ella corre para reunirse con sus amigas.

En ese momento, vuelvo a tomar el mando, antes de que Jules tenga tiempo de reaccionar, y la hago conducir hasta nuestra calle sin salida.



Junto a la furgoneta VW de color negro mate aparcada frente a nuestra casa hay una especie de camión de alquiler con la puerta

lateral abierta. Nuestro viejo Škoda oxidado no está por ninguna parte. Un hombre vestido con un mono marrón lleva una pesada caja de cartón hasta la puerta principal, donde hay una mujer joven y guapa con gafas de sol y el pelo rubio recogido con un pañuelo.

Hago salir a Jules del Porsche y me acerco a la casa.

—¡Ah, guau! Muy bien —dice la mujer, que parece sorprendida al verme—. Jules, ¿verdad? —me pregunta, intentando recuperar la compostura.

La reconozco en cuanto se quita las gafas de sol: Meredith. ¿Se puede saber qué hace aquí?

—Mmm…, déjala por ahí —le dice al hombre del mono y, a su espalda, veo que nuestro vestíbulo está lleno de cajas precintadas.

No solo yo me he dado cuenta de quién es, Jules también lo ha hecho. Me llega otra cascada de nuevos recuerdos, sobre la novia de Adam. Un romance de oficina, ni más ni menos. Y también es su pareja de voleibol.

—Es un placer conocerte por fin. —Meredith sonríe y le tiende la mano.

—¿Te mudas? —obligo a Jules a preguntarle, pero habla con voz tensa. Está claro que esto también la está desquiciando.

Meredith se pone colorada.

—A ver, sé que las cosas con Adam no acabaron bien, pero esto a lo mejor puede ser un nuevo capítulo, ¿verdad? No hay ningún motivo que nos impida llevarnos bien. A ver, que entiendo que también te resulte raro. —Mira hacia lo que ahora veo que es un camión de mudanzas—. Pero te fuiste hace mucho tiempo —señala—, y Adam y yo…, en fin, lo quiero de verdad, y sé que él siente lo mismo por mí.

Jules y yo queremos gritarle. Pero no tenemos derecho, ¿verdad?

Nosotras causamos esto. Dejamos a Adam.

—¿Puedo verlo? —hago que Jules pregunte.

Meredith titubea.

—Está en el estudio.

¿¡En el estudio!?

—El viejo cobertizo —añade y, antes de que pueda cambiar de opinión, hago que Jules entre rápidamente en la casa, dejándola atrás.

Han tirado la pared del comedor para ampliarlo, y la verdad es que queda muy bien. Igual que la cocina, con sus nuevas puertas correderas. Enmarcada en la pared hay una enorme fotografía de Nelly y Adam, salpicados de barro, en sus bicicletas de montaña, con dos medallas de oro colgadas del cuello.

Mi Nelly.

Con buen aspecto. ¡Saludable! Gracias a Dios.

Y me doy cuenta de que los trastos de Adam han desaparecido…

Por encima de un tocadiscos retro (pero de los buenos, no como la porquería que guardaba en el cobertizo), hay enmarcados en las paredes una serie de premios de varios campeonatos mundiales de jugadores profesionales. También hay fotos de Adam y Doodles, conocidos como los «Cincuentones Molones». Los recuerdos de Jules no se hacen esperar, sobre cómo se enteró por los rumores de que Adam y Doodles se habían asociado para hacer juntos *streaming* de juegos. En una foto, ve a Ngozi sensacional con un mono de satén rojo. Flanqueada por Adam y Doodles, sostiene un gran trofeo de «Agente de medios del año», y Jules recuerda haber oído que dejó el bufete de abogados para convertirse en agente de medios.

Ngozi. Su mejor amiga. La que se puso de parte de Adam.

Jules siente una nueva oleada de amargo dolor al recordar la

discusión que tuvieron Ngozi y ella justo antes de que se subiera al taxi para irse al aeropuerto. Fue una de las pocas veces que Jules vio llorar a Ngozi, mientras le suplicaba que lo reconsiderara y le decía una y otra vez que estaba cometiendo el mayor error de su vida.

Oigo un ladrido familiar, pero sigo controlando a Jules y la hago salir al jardín. Enseguida me doy cuenta de que el cobertizo es el doble de grande de lo que era, pero el jardín también parece más grande, ya que la maleza que crecía descuidada en los bordes ha desaparecido.

Groucho Guarx bloquea el sendero. Tengo muchas ganas de abrazarlo, así que corro hacia él, pero me gruñe y me enseña los dientes, como si no me reconociera. O se negara a hacerlo. Otro más en el bando de Adam.

Con cautela, lo rodeo y abro la puerta del cobertizo.

Dentro hay un equipo de iluminación y cámaras colocadas delante de dos butacas de cuero desgastadas. Cuando Adam me mira, a Jules se le revuelve el estómago, igual que a mí.

—Adam —digo—. Soy yo.

Se ríe, pero como si no le hiciera gracia.

—Sí, ya lo sé. ¿Qué haces aquí, Jules?

Meredith aparece en la puerta detrás de mí.

—No pasa nada, nena —le dice él—. Solo será un momento.

Sonriente, segura, aunque solo usa los ojos para transmitirlo, cierra la puerta, y detesto ver este nivel de comunicación entre ellos. El mismo que teníamos Adam y yo cuando todavía era mío.

—Adam, escúchame. No sé cómo decir esto, así que voy a soltarlo sin más. Todavía estamos casados. O, por lo menos, lo estábamos. Hasta hace dos horas más o menos —le digo, agarrándolo del brazo —. O, por lo menos, eso me parece a mí…

—Muuuuy bieeen —replica, soltando el aire.

—La cosa es que nosotros…, bueno, tú en realidad, descubriste una máquina del tiempo capaz de crear multiversos…

—¿Has bebido? —Mira a Jules a los ojos, pero lo que ve en ellos hace que frunza el ceño.

—No, hablo en serio, Adam —la hago replicar—. No soy esta persona. Yo nunca me fui a San Francisco. No en nuestra línea temporal original. En nuestra línea original, nos quedamos aquí. Éramos felices. O, bueno, no muy felices, pero no estábamos tan jodidos. O no lo estábamos tanto como yo creía. En realidad, estábamos bien.

O más bien lo estábamos, hasta que dejamos de estarlo. Adam sigue mirándome, asustado.

—Y, en fin, no lo sé, pero creo que tal vez se nos olvidó cómo ser amables el uno con el otro y escucharnos —le suelto, intentando explicarlo todo—. Se nos olvidó… quiénes éramos.

—Jules. Jules, ya basta. ¿Por qué no me dejas llamar…? Bueno, a Darius no —dice y se le ensombrece el semblante—, pero ¿a un médico quizá? ¿A algún amigo?

—No me estás escuchando. Es posible —le aseguro, mirándolo implorante a los ojos—. Viajar en el tiempo. Y no solo eso. El multiverso. Es real.

Y entonces, justo entonces, veo un pequeño destello de interés. Seguramente, esté pensando que cómo es posible que yo sepa lo que es el multiverso. Pero ¿cómo convencerlo antes de que me eche?

—¿No te has preguntado nunca, y sé que lo has hecho, qué le pasa al Capitán Kirk después de teletransportarse? ¿Si el siguiente que se materializa es el mismo Capitán Kirk? —Veo que abre los ojos de par en par—. ¿O si eso importa? —me apresuro a añadir—. Mientras siga

ahí dando guerra intentando crear un futuro intergaláctico mejor para todos… —Y, por fin, ¡por fin!, veo que me he hecho con la atención completa de mi marido el friki.

—¿Cómo es posible que sepas que yo…?

—Por la misma razón por la que sé lo que son las cuerdas cósmicas y los agujeros de gusano e incluso el motor Alcubierre, porque me hablaste de ellos cuando intentabas explicarme el viaje en el tiempo —le digo.

Acto seguido, empiezo a balbucear para contárselo todo, sin ton ni son, hablándole de las viejas cintas y de los CD, y de que puso una en el viejo radiocasete Sony y volvió a su yo de diecisiete años, y luego yo también volví.

Sin pausa para respirar, le explico cómo cambiamos las cosas, al principio por accidente y luego a propósito, y luego a escondidas, y que me enfadé tanto porque él cambió a Liam que les prendí fuego a las cintas y los CD aquí, en este mismo jardín, y luego volví al pasado, cometí la estupidez de besar a Darius y empecé una nueva vida con él en San Francisco.

—¡Adam, tienes que creerme! Fue el mayor error de mi vida —le aseguro. Salvo por la pequeña Phoebe, me corrijo mentalmente. Salvo por la pequeña Phoebe, que no es mía y que pertenece a esta otra Jules nueva, cuyo amor por Phoebe siento que me inunda.

—Sí, bueno, todo el mundo lo sabe —bromea a medias en respuesta a mi comentario de que separarme de él fue un error. Sin embargo, frunce el ceño. Pone la cara pensativa que tan bien conozco —. En teoría —sigue, exponiendo su reflexión— para viajar en el tiempo se necesitaría una máquina muy complicada y una enorme cantidad de energía.

—¡Ja! Adam, mi Adam, el de mi línea temporal original, el de mi

universo original, dijo casi lo mismo.

—¡Ah! Sí, bueno, sin duda todos los grandes Adam piensan igual —replica él, que me sonríe con timidez.

—Porque él tampoco lo entendía —le explico—. No entendía cómo era posible que las cintas, los CD y el radiocasete nos mandaran de vuelta. Ese. Sí, ese radiocasete Sony. —Señalo el conocido aparato que ahora tiene su propio compartimento en una estantería nueva y elegante, pero cuya única finalidad es adornar el lugar siguiendo la tendencia retro.

—Bueno, ya sabes que muchos músicos afirman que el amor es lo que hace que el mundo gire —replica, tras lo cual me mira con curiosidad y, por un glorioso segundo, creo que está viendo mi verdadero yo aquí dentro—. Y ¿quién sabe? Quizá sea así. Claro que esto de lo que estamos hablando no es real ni mucho menos.

—El amor. Sí, Adam, el amor. Porque debe de ser eso, ¿verdad? Y si es algo como el amor lo que está impulsando todo esto, ¿no podría deshacer también las cosas malas? ¿Todo lo que yo…? ¿Todo lo que los dos hemos hecho? Porque necesito salir de este universo, Adam, para crear otro…, o para recrear el mío, de alguna manera. Y a lo mejor es realmente el amor lo que nos devuelve a lo que éramos, tú y yo —digo, y él me mira fijamente, como si acabara de decirle que todavía lo quiero. Y supongo que, de una forma extraña, lo he hecho —. Por favor, Adam, te suplico que me ayudes. Necesito que subas y traigas otra de nuestras viejas cintas o un CD. Ya sabes, los que están en la caja del desván.

—¡Oh! —Adam hace una mueca—. Bueno, me temo que eso va a ser un problema. Es que lo he tirado todo.

—¿Qué? Pero… no puede ser. ¡Tú nunca tiras nada!

—Necesitaba empezar de cero. Con Meredith. Así que me deshice

de… En fin, de casi todo.

Me siento como si me hubieran robado el aliento.

—Pero si no hay cintas ni CD, entonces no hay máquina del tiempo que cree multiversos —logro decir al final—. Y si no hay máquina del tiempo, no puedo volver. A mi Adam. A mí.

Adam se encoge de hombros en plan pesimista. Como si el universo fuera así.

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas. Un torrente de lágrimas por Nelly, por Liam, por nosotros y por nuestra familia. Lágrimas por Adam, que nunca aceptará a esta nueva Jules en este nuevo universo. Por Adam, a quien la nueva Jules nunca podría volver de todos modos, porque ella tiene otro marido, otra hija y otra vida.

—Siento no haber podido ser de más ayuda —se disculpa Adam antes de acompañarnos con amabilidad y firmeza hacia la puerta del cobertizo.



Después de pasar a buscar a Phoebe por el club de hípica, una aturdida Jules, que ya ha recuperado el control, está de pie junto a la isla de mármol de la cocina, picando calabacines y cebollas para la salsa de la pasta que está preparando. Helga, la asistenta, se encuentra al otro lado de la estancia, pasándole la aspiradora al sofá gigante.

Fuera, al otro lado de las cristaleras, Darius persigue a Phoebe por el verde césped bajo el sol, haciendo esa cosa del avión que tanto les gusta a los dos. Jules todavía está bastante conmocionada por su encuentro con Adam, aunque tiene borrosas la mayoría de las partes en las que yo me hice con el control. No va a decirle a Darius lo

disgustada que está porque Meredith se ha mudado a su antigua casa, porque aquí todo lo que tenga que ver con Adam es un tema tabú.

Solo será otro secreto más que guardar.

Como que finge los orgasmos por lo menos la mitad de las veces para que el polvo termine pronto. O que, a veces, llora tanto que no puede parar, porque está atrapada en un matrimonio donde es imposible hablar del pasado.

Ver a Adam lo ha traído todo de vuelta.

Adam. El Adam al que ella sabe que amó como nunca podrá amar a Darius.

Adam, que ya no es suyo y que nunca lo será.

Y eso solo por su parte.

Pero ¿qué pasa con la mía? ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Abandonar por completo mi sentido del yo? ¿Seguir mezclándome con sus recuerdos hasta que nos convirtamos en una de verdad? ¿Hasta que no quede nada de mí…, del yo que una vez fui? Porque ya empiezo a sentir que eso está ocurriendo, como si este yo, el yo que no pertenece a este lugar, se estuviera borrando poco a poco.

Sin embargo, no puedo permitirlo. Quiero recuperar mi propia vida con todas sus imperfecciones. No quiero ser ella (esta otra Jules) con su casa perfecta y una asistenta que limpie su desorden. ¡Solo quiero ser yo! En mi casa destartalada, en mi sucio sofá.

Jules da un respingo cuando Phoebe se pega al cristal y hace una mueca, seguida de Darius. Jules sonríe y los mira. Se recuerda a sí misma que tiene muchas cosas. Un marido cariñoso. Una hija cariñosa.

—¡Papá, por favor! —exclama Phoebe, mientras se dejan caer por el vano de la cristalera al interior, entre carcajadas.

—¿Qué te parece, mamá? —Darius mira fijamente a Jules.

—Helado —le pide Phoebe.

—Claro, ¿por qué no? —contesta Jules.

—Compraré cuando vuelva de visitar a la abuela —promete Darius.

Ya han decidido que hace un día demasiado agradable como para que Phoebe tenga que visitar a la madre de Darius en la residencia.

Él mira a Phoebe guiñando un ojo, mientras hace girar las llaves del Ferrari en la mano.

—Marchando una tarrina de fresa y nata de Häagen-Dazs —dice.

Mientras Phoebe y Jules lo despiden con la mano y el portón eléctrico empieza a cerrarse, veo una elegante furgoneta negra aparcada en el arcén y me da un vuelco el corazón.

Adam sale con algo en las manos que casi brilla al sol. Algo pequeño y rectangular.

¡Ay, Dios! No puede ser. ¿Una cinta?

Hago que Jules abra el portón con el portero automático y, luego, lo veo acercarse a mí por el sendero con una de esas cajas de mudanza debajo de un brazo, mirando con asombro la mansión de Darius, porque debe de estar viéndola por primera vez. Acto seguido, su mirada se posa en Phoebe, que se queda tímidamente detrás de mí. No puedo interpretar la expresión de Adam, pero siento que Jules también lo está observando con mucha atención. Adam no estaba al tanto de la existencia de Phoebe.

Siento los nervios de Jules crispados en su interior. Sin embargo, solo me interesa lo que lleva en la mano.

No me hace esperar, ¡menos mal!

—¡Hola! He encontrado esto —dice, porque está claro que tiene muchas ganas de acabar lo antes posible. Levanta la solitaria cinta,

cuyo descolorido título es *¡Jules manda! 1989*, escrito con bolígrafo azul—. Creo que fue la segunda que te di —añade—. Se me olvidó tirarla. Si no recuerdo mal, Doodles y yo la usamos para un *livestreaming* que hicimos con tecnología antigua.

—¡Ay, Adam! —Doy un paso hacia él y le quito la cinta de la mano —. Qué alivio.

—Y aquí está también el antiguo radiocasete Sony. —Señala la caja con la cabeza—. Porque no puedes viajar en el tiempo sin él, ¿verdad? O, bueno, ya me entiendes, porque no dejas de hablar de él —añade, al ver que no sonrío—. En fin, da igual, hemos pensado que podría ayudarte.

«Hemos pensado», en plural. Así que él y Meredith han estado hablando de esto. Deben de creer que estoy loca.

—Mmm…, gracias —le digo, aceptándolo.

—En fin, pues buena suerte. —Se queda de pie, incómodo, durante un segundo.

Luego, de repente, dejo la caja en el suelo de mármol y lo abrazo. Muy fuerte. Quizá por última vez.

Parece un poco avergonzado, pero luego sonríe.

—Espero que encuentres lo que buscas, Jules.

«Te estoy buscando a ti».

Un pensamiento que me guardo a duras penas.

Se separa y saluda a Phoebe con la mano (es solo un pequeño gesto, pero basta para hacerme pensar que, después de esto, tal vez no sigan siendo unos desconocidos para siempre en esta línea temporal), tras lo cual se aleja de nuevo por el sendero.

—¿Quién era ese hombre? —pregunta Phoebe cuando se cierra el portón.

—Se llama Adam —contesto, imponiéndome a Jules—. Es un viejo

amigo de papá y mamá. Pero ahora necesito que hagas una cosa por mí, ¿de acuerdo? ¿Puedes ir a elegir una película y empezar a verla hasta que vuelva papá? —Solo con decirlo se me saltan las lágrimas.

—¿Por qué?

—Porque tengo que hacer una cosa en el garaje.

Esos grandes ojos marrones me miran, confundidos.

—¿Puedo hacerlo yo también?

—No, es algo de mayores. Muy aburrido.

En la sala de cine, ponemos *Encantada: La historia de Giselle*, que sigue siendo la favorita de Nelly, de mi Nelly, incluso después de todos estos años. Phoebe, al igual que Nelly, se queda prendada del momento más mágico, cuando Giselle atraviesa un portal desde su mundo *kitsch* de dibujos animados y aparece en la cacofonía de carne y hueso que es Nueva York.

Me quedo con el estómago revuelto por la vertiginosa nostalgia que me provoca, recordando cómo era Nelly cuando tenía la edad de Phoebe. ¿Recuerda que antes yo también me sentaba con ella? ¿Que se metía el pulgar en la boca como hace Phoebe ahora? ¿Que yo le acariciaba el pelo? ¿Que podía tirarme las horas muertas mirándola? Contemplo el hermoso rostro de Phoebe iluminado por la película (esos mofletitos regordetes y esos ojos de mirada inteligente) y me duele el corazón, porque ya la echo mucho de menos.

No puedo evitar amarla, ¿verdad? Aunque sé que no es mía.

—No te vayas —dice, de repente, agarrándome la mano. Como si hubiera tenido un presentimiento.

—No pasa nada, cariño —le hago decir a Jules—. Solo tengo que hacer una cosa y cuando acabe, tu mami volverá y te hará el mejor batido de la historia con el helado que va a comprar papá y pasaremos todos juntos una tarde feliz. La más feliz de todas, ¿de

acuerdo?

—De acuerdo.

—Te quiero —susurro, besándole el pelo.

Duele. ¡Madre mía, cómo duele! Porque esto es realmente el adiós. Tengo que irme. Tengo que intentarlo. Aunque sabrá Dios si va a funcionar. Con suerte, solo con suerte, Phoebe estará bien. Y este universo funcionará para esta nueva Jules y este nuevo Darius, y el amor que sienten por esta hermosa niña será suficiente para que sigan adelante.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para conseguir que Jules le eche el pestillo a la puerta del garaje y así evitar que Phoebe entre…, porque si lo hace, y luego vuelve a pedirme que no me vaya, no sé si seré capaz de resistirme.

Sin embargo, de momento, me mantengo firme, enchufo el radiocasete Sony y meto la cinta.

Porque esto tiene que funcionar.

Necesito recuperar mi vida.

Al pulsar *play*, oigo los primeros acordes de una de mis canciones favoritas de todos los tiempos, «Let's Stick Together», de Bryan Ferry, cantando que hay que seguir juntos…

Seguro que es una buena señal, ¿verdad?



Y… *CCCCCCRRRRRAAAAASSHHHH…*

¡Por Dios bendito!

Llevo en los pies mis viejas botas negras de estilo *pixie*, lo que significa que solo puedo estar en los ochenta. ¡Ha funcionado! La cinta de Adam y el radiocasete Sony han funcionado. He vuelto a un momento anterior a que todo esto comenzara. Y lo que es mejor,

estoy en el pasillo del Hotel Peregrine, justo en la puerta del despacho de Rose. Lo que significa que estoy justo donde tengo que estar.

Jules suelta un aullido de alegría y se sorprende de su arrebato. Porque yo estoy en su interior y no puedo contenerme.

Sin embargo, consigo calmarme y adopto el papel de pasajera, pensando en mi plan… con Jules aferrada a un táper lleno de sándwiches que ha hecho en la cocina de Rose, esperando a que aparezca Adam para poder compartirlos fuera, al sol, en Regency Square.

La puerta del despacho de Rose está entreabierta y me lanzo de inmediato para aprovechar la oportunidad. Me hago con el control, llevo a Jules detrás de la mesa de Rose y meto un folio en su vieja máquina de escribir. Tras pulsar el bloqueo de las mayúsculas, empiezo a teclear.

La única forma que se me ocurre de salvar a nuestros yos futuros pasa por darles instrucciones, como en *Regreso al futuro.* Para ponernos sobre aviso y recordarnos lo que de verdad importa. Porque la respuesta está aquí delante de sus narices, de nuestras narices. Es lo que dijo Rose, ¿verdad? Que la felicidad es aprender a amar lo que ya tienes. Pero, ¡madre mía!, ¿no acabo de aprender esa lección de la manera más difícil?

¿No la hemos aprendido los dos?

Dos minutos más tarde, cuando Jules oye a Adam bajar la escalera, la hago sacar de la máquina la segunda hoja escrita a toda prisa, meter un sobre en la máquina y teclear la dirección. Luego dobla los folios, los guarda en el sobre y lo cierra. Noto que Jules se siente confusa mientras lame la solapa del sobre, pero sé que muy pronto no recordará haber hecho esto, porque no es ella quien lo hace. Soy

yo.

Voy a enviar este sobre al bufete de abogados de al lado. Sé que el viejo señor Hargreaves se lo dejará a Eddy, que seguirá bebiendo pintas en el bar del Peregrine durante los próximos veinticinco años, mientras se enamora lenta pero inexorablemente de Rose.

Es un buen hombre. Un verdadero profesional. Seguirá estas instrucciones anónimas. Sé que lo hará.

—Soy todo tuyo —dice Adam, que le sonríe a Jules desde la puerta.

¡Ay, Adam! Aquí estás. ¡Mi Adam! Mi Adam como lo conocí. Con un bigotillo desaliñado, pero con esos preciosos ojos marrones reluciendo por debajo del flequillo. Unos ojos que me llaman. Que me llamarán siempre.

Una vez fuera, sigo imponiéndome a Jules y la obligo a echar la carta en el buzón de Hargreaves. Luego vuelvo a adoptar el papel de pasajera en su interior, disfrutando del viaje, mientras cruzan la calle y entran en Regency Square.

Se dirigen a un banco de madera orientado hacia el muelle oeste y el azul profundo del mar. Y no puedo evitar maravillarme de estar de nuevo aquí, en el sórdido, destartalado y ruinoso esplendor de Brighton de 1989, mientras (¡Mmm!) percibo el olor a pescado y a patatas fritas con vinagre del Regency Chippy de la esquina y las gaviotas se abalanzan, revolotean y graznan sobre mí.

Estoy demasiado cautivada por Jules y Adam como para prestarle más atención a lo que ocurre a nuestro alrededor. Ya están disfrutando de su almuerzo.

—Hay que poner las patatas fritas dentro —dice Adam, que abre su sándwich de jamón y queso (su preferido, ella ya lo sabe) y lo rellena con patatas fritas Walkers de queso y cebolla.

—¡Sacrilegio! —exclama Jules entre carcajadas al tiempo que saca su rollito de queso brie y tomate.

Él le da un puñetazo juguetón en el brazo. Y recuerdo que todos los otros Adam solían hacer eso, hasta que dejaron de hacerlo. Como si, en algún momento, hubiéramos perdido la diversión…

—¿Qué es eso? —Señala haciendo un mohín con la nariz.

—Pruébalo, vamos.

Le da un mordisco y asiente con la cabeza.

—Mmm… No está tan mal como huele.

—Me encantan los quesos franceses. Quiero probarlos todos cuando vaya a París el año que viene. —Está muy convencida. Muy segura—. ¿Qué vas a hacer tú?

—Todavía no lo sé. —Se encoge de hombros—. Ya veré lo que sale. —Sonríe y se saca una cinta del bolsillo—. Oye. Te he hecho otra. ¿Quieres escucharla?

—¡Guau! —exclama, aceptando la cinta, que lleva escrito el título con boli. *¡Jules manda! 1989*. «Qué detalle», piensa.

Adam pone la cinta en su *walkman* y conecta los auriculares. Luego lo deja en el banco entre ellos y le ofrece a Jules uno de los auriculares.

—Así podremos escuchar y charlar los dos —dice y pulsa el *play*.

Se me derrite el corazón cuando oigo cantar a Bryan Ferry y Adam empieza a hablar sobre las canciones que ha elegido. En cierto modo, es muy gracioso y muy serio a la vez, mientras desgrana datos sobre los artistas y sobre quién le ha gustado más ver en el *Top of the Pops* de esta semana.

Mi guapísimo friki musical.

Lo observo mientras habla y veo con claridad al hombre en el que se convertirá. Un hombre que no será perfecto, pero que dará lo

mejor de sí mismo cuando ocurra un desastre. Un hombre que pondrá a su familia primero. Siempre. Incluso aunque a veces se equivoque. Y un hombre que me amará. Para siempre. Con verrugas y todo.

Ahora me doy cuenta de que respirar el mismo aire que alguien durante veinticinco años, dormir juntos en la misma cama, comer juntos, beber juntos, ser padres juntos, perder seres queridos juntos… es algo que une emocional y espiritualmente de una forma que ningún universo puede romper. Y en el toma y daca tácito, en el tira y afloja de los minutos, de las horas, de los días, de las semanas, de los meses y de los años, se forma una especie de pegamento. Y el pegamento es la magia. El pegamento es el amor. El pegamento es el «nosotros» que me convirtió en la persona en la que me convertí, y en la persona en la que este Adam se convertirá también algún día.

Y, sin él, estamos perdidos.

Ahora están escuchando una canción de los Beatles, «Across the Universe», que Adam dice que es su preferida. La mía también y, en este momento, es más emotiva que nunca. Mientras oigo a John y Paul cantar a dos voces sobre que nada cambiará su mundo, sé lo que tengo que hacer.

Debo encontrar una manera de destruir todo esto para que Adam y yo no podamos empezar a viajar de un nuevo universo a otro, esperando de alguna manera que cada uno sea mejor que el anterior. Porque no siempre funciona así, ¿verdad? Como con Liam… Adam pensó que había arreglado las cosas, cuando, en realidad, lo había empeorado todo. En algún lugar del multiverso, quizá el pobre Liam siga en Kioto pasando por lo que está pasando. En otro, seguro que Nelly todavía está necesitando mucho más de lo que le di. Y en otro diferente, hay una preciosa niña a la que tuve que dejar atrás y a la

que siempre, siempre voy a echar de menos.

Por eso Adam nunca debe descubrir nuestra máquina. Nunca debe tratar de ser otra cosa que el Adam que va a llegar a ser. Si queremos que el amor tenga la oportunidad de encontrar su propio camino, no podemos llegar a pensar que somos capaces de cambiar las cosas chasqueando los dedos. Debemos contar con la libertad de cometer errores, resolverlos por nosotros mismos y seguir adelante.

Ese es el único regalo que me queda por darle.

—Prefiero la música en directo —la hago decir, obligándola a quitarse el auricular cuando termina la canción—. En realidad, no estoy segura de todo esto de las cintas recopilatorias —la obligo a continuar, lo más amablemente que puedo, pero ella (la Jules de 1989) está horrorizada de estar rechazando este gesto tan tierno. Ya sabe que quiere grabarle a Adam un recopilatorio a cambio y tiene la sensación, en el fondo, de que esas cintas serán la banda sonora de sus años. Que es la música lo que está empezando a crear su propio pegamento mágico—. Pero gracias de todos modos —la hago añadir.

—Entonces, ¿podríamos ir a conciertos juntos? —sugiere Adam después de pensarlo un momento, con la esperanza brillando en sus ojos, mientras intenta disimular la decepción.

Le cedo el control de nuevo a Jules. De todo. De su futuro. De su vida.

—Claro —contesta ella—. Me encantaría. Muchísimo. —Y se sonríen el uno al otro, suavizado así el rechazo de Jules a la cinta—. Pero tengo que irme ya —añade mientras se pone en pie, ya que el descanso para la comida está a punto de terminar.

—¡Ah! Muy bien. En fin, ya nos veremos —se despide Adam.

Jules se lanza hacia delante y lo besa en la mejilla antes de alejarse unos pasos y, mientras levanta la mano para despedirse de él, siento

que mi propio corazón se rompe, porque quiero que este momento dure para siempre.

Aunque ya es demasiado tarde. Empiezo a sentir que me desvanezco… Sí, como la foto Polaroid en *Regreso al futuro*.

Ya no tendremos las cintas para hacer nuestra máquina del tiempo y crear multiversos, no habrá viajes al pasado. Lo que significa que yo no puedo existir aquí, ahora mismo. El miedo me provoca un escalofrío por la nada que está por llegar, pero también sé que este es el final de esta yo única. Esta otra Jules que está ahora mismo aquí, ella seguirá. Es su hora. Es su turno.

Así que mi corazón vuela hacia ella, hacia esta mujer joven que no sabrá nada de las aventuras que he tenido. Ni de los otros universos que he visto.

Le deseo lo mejor a ella y a este Adam. Aunque es posible que no lleguen a vivir sus vidas juntos. Algo tan simple como no compartir una cinta recopilatoria podría bastar para separarlos…

Sin embargo, rezo para que si esta Jules tiene la suerte de vivir una vida con este Adam, no cambie nada. Solo nos creará a «nosotros», tal como lo hicimos la primera vez con toda su gloriosa imperfección.

Tal como yo lo haría. Todo de nuevo. En un abrir y cerrar de ojos.

El tornado empieza a arrastrarme, solo que esta vez, cuando el viento arrecia, sé que no me lleva a ninguna parte. Soy como una vela a punto de apagarse.

Y así, sin más…, se me acaba el tiempo.



16

Adam - «Cheek to Cheek»

Después de lavarme los dientes para quitarme el sabor de la cerveza de anoche y del *shawarma* de pollo con patatas fritas de Kambi, bajo la escalera en calzoncillos y con la vieja bata raída de mi padre a nuestra destartalada cocina con sus viejos armaritos verdes de los ochenta que tienen exactamente el mismo color que mi cara.

Me voy al cobertizo. Para el que será mi nuevo entrenamiento habitual de los sábados por la mañana. Aunque no se puede decir que la vieja y desvencijada bicicleta estática me preparase para la fiesta en la piscina de Darius hace un par de semanas, lo menos que puedo hacer es seguir usándola para intentar ponerme un poco más en forma.

Además, no tengo otra cosa que hacer, ¿verdad? No ahora que me han despedido. O que soy redundante. O como sea que Darius prefiera pasar de puntillas por lo que ha hecho su nuevo equipo directivo.

Cuando lo llamé anoche desde el Lion & Lobster (justo después de que el mensaje de correo electrónico me llegase a la bandeja de entrada y les llegase a los demás de mi equipo), creía de verdad que podría hacer algo para ayudar, pero dijo que no podía. Que tenía las

manos atadas, pero que ya hablaríamos. ¿Qué quiere decir eso? ¿Que, a lo mejor, las cosas no están tan mal al fin y al cabo? Quizá está montando una empresa totalmente distinta. ¿Una en la que mi equipo y yo tenemos cabida?

Claro que no el equipo completo. Meredith no. Por lo menos, a ella sí la va a conservar. Pero ¿y si el informe que ella preparó es el causante de que nos den a todos la patada? Eso era de lo que todos estaban echando pestes anoche en el pub.

—¡Adam! —grita Jules desde el salón.

No le contesto de inmediato. Sigo cabreado con ella. Además de estar castigado por haberme emborrachado anoche y darle la noticia de que había perdido mi trabajo. Así que primero la dejé alucinada por lo que hizo Darius y, luego, acabó consolándose con el hecho de que, por lo menos, a lo mejor seguía dispuesto a financiar su restaurante *pop-up*, aunque solo fuera por los viejos tiempos. Lo que quiere decir que, a lo mejor, conseguimos mantenernos a flote.

Ya…

A menos que Darius sea el causante del naufragio. No dejo de darle vueltas a esa idea. A lo que me pareció ver fuera de la casa hace dos noches, cuando la trajo después de su cena con los inversores. A ese casi beso que le dio a Jules en su coche.

Aunque ella juró que no fue nada de eso y que su conversación con él fue bastante estresante por lo mal que salió la cena, porque él la creía una experta en cocina francesa y pensaba que también hablaba un poco el idioma, cosas que ella había exagerado y por las que acabó poniéndose en evidencia.

Sin embargo, la situación se salió de madre poco después. Ella se lanzó a la ofensiva a lo bestia. Me dijo todo eso de que nuestras vidas seguían el mismo patrón de siempre con una tonta metáfora o un

símil o lo que fuera sobre aviones, luego siguió con que nunca me arriesgo en nada, como lo de no firmar el dichoso contrato de Totally Sirius en su momento, razón por la que ahora iba a conseguir que Darius financiara su restaurante, lo quisiera yo o no, ¡joder!

Y eso es injusto. Porque yo la ayudaría si tuviera el dinero. Muy bien, no lo hice antes, pero ahora sí veo lo mucho que significa para ella. El problema es que ahora no solo estoy sin un duro, sino que además tampoco tengo medios para ganar dinero.

Estoy jodido.

—¿¡Qué quieres!? —Fulmino a Groucho Guarx con la mirada, que ha aparecido por el jardín, apestando al montón de compost y meneando la cola con algo en el hocico que ahora medio suelta, medio vomita en el suelo.

No, no, por favor, que no sea un ratón o un pajarillo recién muertos, porque hoy no lo soportaría.

Sin embargo, veo lo que es y, ¡madre del amor hermoso!, es Boba Fett. La figurita de coleccionista de *Star Wars* que Liam fundió en la barbacoa… ¿Hace cuánto? Puede que diez años. Se me cae el alma a los pies. Porque, a ver, que de no haberlo hecho, podría venderla ahora para ayudar a financiar el restaurante de Jules.

Claro que a lo hecho pecho, ¿no? Tampoco puedo retroceder en el tiempo.

Aun así, que me presenten esta oportunidad perdida de redención económica a modo de tan oportuno recordatorio… es como si el universo se riera en mi cara.

Le doy una patada a Boba Fett en sus huevos mandalorianos todo lo fuerte que puedo y lo mando sin miramientos al jardín a través de la puerta… y lo observo despegar durante un segundo, puede que dos, como si su mochila pudiera hacerlo volar, antes de caer en el

sucio depósito para el agua de lluvia hasta ahogarse.

—¡Adam! —grita de nuevo Jules—. ¡Ven!

¡Me cago en la puta!

Me rasco, furioso, la barba y me doy media vuelta más o menos con la misma velocidad de un carguero que da marcha atrás. Es imposible huir de ese tono de voz. Sea lo que sea que Jules quiere discutir, tiene la intención de hacerlo ahora mismo, ¡joder!

—¿Qué? —mascullo después de entrar en el salón, donde me la encuentro encorvada sobre su ejemplar de *Pon al día tu francés nivel 1,* que compró en Waterstones la semana pasada. El que no consiguió ayudarla a aguantar el tipo frente a las exigencias culinarias de los inversores de Darius hace dos noches.

—Acaban de traer esto —contesta, agitando un sobre un poco estropeado.

Y, a ver, a veces detesto establecer contacto visual con ella. Sobre todo cuando discutimos, porque por más cabreado que esté… es imposible que no me guste al mismo tiempo. Una sensación que se impone a todas las demás. Que rebaja la rabia.

—¿Qué es? —le pregunto—. A ver si lo adivino. Otra dichosa factura. —Unas facturas que no puedo pagar.

—No, va a nombre de los dos.

Mientras se vuelve para mirarme, veo las palabras «Para Adam y Jules Hole» escritas a máquina en el sobre. Sin sello. Aunque más raro todavía es lo que hay debajo.

«Con mis mejores deseos», seguido de una fecha para que nos la entregasen en mano y nuestra dirección.

—Pero es… hoy —digo.

—No te vas a creer quién la ha traído.

—¿Quién?

—Eddy, el del bufete de abogados. Ya sabes, el que bebe pintas en el Peregrine. Acaba de presentarse aquí con su traje hace diez minutos.

—¿En plan algo de trabajo?

Hace una mueca.

—Supongo. No lo sé.

—Qué raro.

—Bueno, ¿la abrimos?

Me encojo de hombros, un poco acojonado, la verdad. Al ver que nuestros nombres nos miran escritos de esa manera. Me siento a su lado y tengo mucho cuidado de no rascarme la barriga, que tensa mi deshilachada camiseta de *Soul Mining.*

Jules abre el sobre con cuidado con una uña. Cuando lo hace, veo que hay dos folios doblados dentro. Siento una absurda inspiración, como si estuviera en un concurso o algo, mientras ella saca el primero.

En el folio, alguien ha escrito a máquina:

LO QUE DEBERÍAIS HACER A JORNADA COMPLETA
Adam – los Cincuentones Molones
Jules – Chez Jules en el Peregrine

Ya está.

Le da la vuelta a la hoja, pero no hay nada en el reverso.

—¿Qué cojones? —decimos a la vez—. ¿Esto es cosa tuya? ¿Es una especie de broma…? —decimos al mismo tiempo.

Luego, nos miramos el uno al otro. Porque está claro que no ha sido cosa de ninguno de los dos, lo que quiere decir que no es una broma.

—¿Se puede saber qué significa? —pregunto.

—A ver, lo mío está claro. Que debería montar mi restaurante.

—Y que yo debería intentar sacarle partido a los CM.

—¿El qué?

—Es algo relacionado con los juegos que he estado haciendo con Doodles. —Es una tontería, eso es lo que estoy a punto de decir. Pero ¿lo es? Porque, de repente, verlo escrito de esta forma…

—Lo que quiere decir que quienquiera que haya escrito esto —dice Jules—, puede que Doodles, o Ngozi, o incluso Darius…

—Está claro que nos conoce muy bien.

—¿Estás de acuerdo? —me pregunta, mirando el papel—. ¿En que deberíamos hacer esto?

—Mmm… —La miro, desconcertado—. ¿No deberíamos preguntarnos mejor quién nos lo ha mandado? —Porque a mí me parece una broma brutal.

Frunce el ceño.

—Sí, pero me gustaría saberlo pese a todo.

—En fin, supongo que ¿sí? —digo—. A ver, está claro que en tu caso, con el restaurante, es lo que quieres hacer con tu vida. —No podría haberlo dejado más claro hace dos noches.

Asiente con la cabeza.

—Pero para mí… ¿Para Doodles y para mí? ¿A nuestra edad? ¿Hacernos profesionales? A ver, claro, si nos ponemos a fantasear, me encantaría. Pero… —¿Podríamos hacerlo? ¡Por Dios, sería divertidísimo! Muchísimo más divertido que ir a la oficina todos los días. Si tuviera una oficina a la que ir, claro—. Supongo que vale la pena intentarlo —termino.

Asiente de nuevo con la cabeza. Como si estuviera zanjado. Como si acabáramos de tomar una especie de decisión vital. Como si, de alguna manera, ya no estuviéramos… ¿Qué palabra había usado?

Como si ya no estuviéramos anclados.

Sin embargo, tomar decisiones trascendentales como estas, basadas en las tonterías que alguien (que no sabemos ni quién es) ha escrito a máquina de forma anónima como un asesino en serie en un trozo de papel viejo… Tenemos que ir a que nos examinen la cabeza, ¿verdad? Además, hay que tener en cuenta más cosas. No solo estamos hablando de nosotros, ¿no? Nunca es así cuando se trata de una familia.

—¿Y qué pasa con los niños? —pregunto.

—¿Cómo les va a afectar? Yo también me lo estaba preguntando.

Luego, hablamos. Sobre en qué punto están. Sobre que un gran cambio como este quizá no habría sido buena idea ni hace unas cuantas semanas. Sobre que Nelly se habría puesto hecha una furia por tenernos a Doodles y a mí en casa, en su zona de trabajo. Sobre que centrarnos en nuestras nuevas aventuras podría hacernos perder de vista a Liam demasiado, dejando que se pudriera en su dormitorio, pero ahora ya está saliendo un poco y parece que sí tiene un plan para su nuevo grupo con Max.

—Bueno, ¿y qué hay en el otro folio? —pregunto.

Lo saca y lo deja sobre la mesa.

En ese, leo:

SED SINCEROS. SED AMABLES.
Jules – cuéntale a Adam lo de Darius
Adam – cuéntale a Jules lo de Meredith

¡Guau! ¿¡Qué cojones!?

Se me acelera el corazón.

—Muy bien, quienquiera que sea solo quiere remover mierda —digo.

Quizá demasiado deprisa. Jules me mira a los ojos.

—Lo digo en serio —le aseguro—. No tengo nada con Meredith. —Y no lo tengo. No lo he tenido. ¿Verdad?

—Te creo —replica Jules, pero solo después de una pausa.

—¿De verdad? —Una vez más, no consigo ocultar la sorpresa de mi voz—. ¿Qué? —pregunto.

—Sabes leer, ¿no?

«Sed sinceros…», eso es lo que dice. Está ahí, en letras bien claras. Quienquiera que escribiese la nota sabía que tal vez no lo somos.

—¿La verdad? —Siento que se me seca la boca.

—La verdad. —Clava sus penetrantes ojos azules en los míos.

—Pero ni siquiera sabemos quién ha escrito esto ni de dónde viene —insisto.

—¿Eso importa?

—No, supongo que no.

—Bueno, ¿y qué?

No parpadea. Siento una horrible tensión crecer en mi interior. Luego, suspiro, y es como si sintiera que me quitan un peso enorme de los hombros. El secreto con el que he cargado durante demasiado tiempo.

—Lo he pensado —admito.

Ella asiente despacio con la cabeza.

—Sigue.

—En Meredith… y, a veces, cuando tú y yo… no pasábamos por un buen momento… me he preguntado qué pasaría, porque ella y yo, la verdad es que sí…

Espero que Jules se ponga hecha una furia. Me preparo. Porque me lo merezco, ¿verdad? Sin embargo, la explosión nuclear que me espero no llega y, con la mirada fija en esa frase, «SED AMABLES»,

me pregunto si eso es lo único que la retiene.

Todavía no soy capaz de mirarla a la cara.

Luego dice:

—Porque no hemos pasado un buen momento, ¿verdad? Y ya se alarga demasiado. Hemos pasado demasiado tiempo sin intentar arreglar las cosas.

—Sí, supongo…

—¿Sigues queriendo que estemos juntos, tú y yo? —me pregunta.

—Sí —contesto sin titubear. Que hablemos como lo estamos haciendo ahora… Esta carta y lo que nos dice que hagamos… De repente, es como si pudiera ver de nuevo un camino para avanzar. Todavía tenemos muchas cosas por las que luchar, ¿no? Por nosotros y por todo lo que hemos construido juntos. Por nuestros hijos—. ¿Y tú? ¿Esto es…? ¿También quieres que sigamos juntos? —Tengo la sensación de que estoy sobre una finísima capa de hielo. Como si bastase una palabra equivocada para caer al gélido vacío. Ahora sí la miro. Asiente con la cabeza. ¡Menos mal! Sin parpadear. Como si me estuviese mirando el alma—. Te echo de menos —confieso.

—Yo también te echo de menos.

Y es muy raro, porque aquí «echar de menos» se parece mucho a «te quiero».

—¿Y Darius? —pregunto, porque aunque este rarísimo trozo de papel lo podría haber escrito cualquiera, incluso él, tengo que saberlo. Basta con hacer la pregunta para que se me revuelva el estómago.

Solo entonces veo las lágrimas en sus ojos.

—Tenías razón —contesta—, intentó besarme la otra noche en el coche. —Traga saliva con fuerza—. Y no fue la primera vez. Antes de irse a San Francisco. Entonces también lo intentó.

No.

No me lo creo. No quiero creerlo.

—Debería habértelo dicho entonces —sigue Jules mientras una lágrima cae por su preciosa cara— y hace dos noches. Y lo siento, siento mucho no habértelo dicho. Pero es la verdad. Estoy siendo sincera contigo ahora, como tú has sido sincero conmigo.

—Darius… —Es lo único que atino a decir. Tengo la sensación de que me alejo, dando vueltas.

Pasos que se acercan.

Nelly entra.

Me mira y luego mira a Jules antes de mirarme de nuevo. Está claro que ve algo en nuestras caras.

—¿Qué pasa con el tío Darius? —pregunta.

—Es un imbécil. Acaba de despedir a tu padre —contesta Jules, pero sigue mirándome, con esa lágrima todavía reluciente.

—¿Es broma? —pregunta Nelly.

—No —responde Jules—, y dice que él no ha tenido nada que ver. Pero es mentira. Es un mentiroso. —Sigue mirándome.

Después, con un don de la oportunidad perfecto, el inconfundible sonido del Ferrari de Darius se oye en nuestro camino de entrada.

Jules me tiende una mano. La miro, pero solo durante un segundo. Luego la acepto.

—Vamos —dice al tiempo que me da un apretón en la mano, transmitiéndome mucha fuerza.

Se lo devuelvo y le seco la lágrima con la mano libre.

—¿Qué pasa? —pregunta Liam mientras baja la escalera a paso vivo, rascándose la mano izquierda como hace a veces cuando le molesta, alertado por las voces de Nelly o por el coche de Darius.

—El tío Darius ha despedido a papá. Es un imbécil —le contesta

Nelly, y Liam se queda boquiabierto.

Jules y yo abrimos la puerta principal juntos y salimos mientras Darius aparca marcha atrás con cuidado entre la torcida pared de ladrillos de mi padre y el Škoda de mi madre, que dejó tirada a Jules en el aparcamiento de Quark Studios y tuvo que traerlo la grúa.

—Chicos, chicos, chicos —dice al tiempo que extiende las manos —. He tenido que venir porque siento muchísimo lo que ha pasado, de verdad. Pero, tal como dije, no puedo hacer na…

—Vete a la mierda —le dice Nelly, que nos ha seguido—. Sabandija.

—¡Guau! —exclama Liam.

—Sí, cálmate un poco… —me veo diciendo de forma automática, porque sigue siendo Darius, ¿no? Nuestro amigo. Aunque…

—No —me corta Jules—. Tiene razón. Te ha traicionado.

—Solo son asuntos corporativos —le dice Darius a Jules con voz firme.

Ella todavía no me ha soltado la mano.

—Los mejores amigos no hacen eso. Nada de eso. No lo hacen.

—Jules… —replica Darius, y es imposible no captar la advertencia en su voz, porque él sabe de lo que también está hablando.

—¡Lárgate! —le ordeno mientras la rabia cobra vida en mi interior —. Ahora mismo.

Parece que Darius va a decir algo más, pero Jules se le adelanta.

—No —dice—. No antes de que le diga algo primero. —Se planta delante de él—. Lo que dijiste en tu fiesta sobre Adam y sobre mí, y sobre lo que tenemos y los niños, sobre que hemos tenido mucha suerte…

—¿Qué? —La mira como si se hubiera vuelto loca.

—Pues que nunca fue cosa de suerte —dice—. Ha sido esfuerzo, a

cada paso, y seguiremos esforzándonos. Pero también ha valido la pena y siempre la valdrá. Puedes comportarte como si lo tuvieras todo, pero no eres nada y no tienes nada en comparación. —Me señala—. Ha conservado durante años un trabajo que ni siquiera le gusta para pagar la hipoteca. Ha criado a dos hijos, y puede que no sea un millonario, pero es un héroe.

—Yo no diría tanto —tercia Nelly, pero entonces lo veo. Tiene la expresión de su madre en la cara. La que avisa de que no le toques las narices—. Pero ¿sabes qué? —Fulmina a Darius con la mirada—. Métete el trabajo por el culo.

—Y tus putos contactos musicales —añade Liam, que se pone junto a su hermana y también lo fulmina con la mirada.

La fuerza que sentí cuando Jules me dio el apretón en la mano se duplica ahora con la mirada que me dirige mi hija. De solidaridad total.

—¿Qué trabajo? —pregunto.

—¡Ah, sí! —Nelly resopla—. Quería que trabajara para él en Quark Studios. Para él y para Meredith. Me dijo que ella iba a formarme.

Jules regresa a mi lado. Me toma de la mano de nuevo. Darius abre la boca para hablar, pero luego la cierra. Por una vez, se queda sin palabras. Pese a todo lo que ha hecho, siento una oleada de compasión por él, mi mejor amigo. No puedo evitarlo. Porque Jules tiene razón. Él no tiene esto, no tiene lo que yo tengo. No tiene ninguna de las cosas que importan de verdad.

—Lárgate de aquí, Darius —digo, mirando a mi antiguo mejor amigo a los ojos—. ¿O no me has oído la primera vez, colega?

Colorado como un tomate, se vuelve a su coche, y los cuatro nos quedamos ahí, en formación, mientras él se va de nuestras vidas.

Tardamos una hora en calmarnos. Preparo té y unos sándwiches de beicon, lechuga y tomate para todos, que nos comemos al sol, al final del jardín, junto al cobertizo.

Después, Liam se va a casa de Max para ensayar y Nelly se va al centro, donde ha quedado con Eva. Porque lo que acaba de pasar con Darius ha hecho que se decida a usar parte del dinero que ha estado ahorrando meticulosamente con la idea de comprarse una casa para, en cambio, viajar por Centroamérica y Sudamérica con Eva.

—Me ha gustado eso, decirle lo que pienso de verdad a alguien como Darius —dice justo antes de irse—. Tanto que también le he dicho a mi jefe que se meta el trabajo por el culo.

No es algo que hubiera apoyado hace unas semanas. Pero, por su forma de hablar sobre buscar trabajo con alguna organización benéfica en el extranjero mientras viaja y ver que ha recuperado ese brillo en los ojos, como cuando hablaba de salvar el mundo de niña, ¿quién podría negarse? O por su forma de pronunciar el nombre de Eva. Con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me recuerda a nosotros —dice Jules después de que se vaya—, cuando éramos jóvenes.

Está pensando en Australia y, luego, en San Francisco, claro. Pero es como si todavía no pudiéramos decirlo en voz alta.

—Yo también quería ir —le digo. «Sed sinceros», ¿no?—. Lo que te dije después de la fiesta de Darius, no sabes cuánto lo siento todavía. Yo quería ir a Australia tanto como tú. Quería ir contigo a todas partes. Todavía quiero.

Asiente con la cabeza, pero no como si ya lo supiera. Sino, más bien, como si necesitara oírlo. Los ojos le brillan a la luz del sol, pero luego bebe otro sorbo de té y sonríe.

A continuación, empezamos a hablar de Liam. De que voy a

acorralar a Rory, que organiza el festival Great Escape y a KP de los Troubs para hablarles del grupo de Liam y preguntarles si pueden echarles una mano. Algo que, de repente, me parece bien, porque por fin veo que Liam solo está haciendo lo mismo que Nelly. Está siguiendo los dictados de su corazón.

Además, ¿qué otra cosa puedo hacer por él como adulto, salvo estar ahí para apoyarlo en todo lo que pueda?

Al final, hablamos de nosotros y de la carta tan rara que tenemos delante, en la mesa. De nuestro futuro.

—Muy bien, además de las empresas tan geniales que vamos a montar, ¿qué más vamos a cambiar? —pregunta Jules.

Es un desafío. Pero tiene razón. Es nuestra oportunidad para trazar una línea. Para pasar página.

—Muy bien —digo, siguiéndole el juego—. Mi cuerpo. Para empezar. A ver, que me gustaría estar un poco más… —Estoy a punto de decir «musculoso»—. Un poco más sano —acabo por decantarme—. Solo para estar más activo. Para que, a ver, tú y yo podamos seguir haciendo cosas juntos a medida que envejezcamos…

Porque hemos dejado de hacer muchas cosas juntos, ¿verdad? Incluso cosas tan cotidianas como sacar al perro a pasear.

—Esa es muy buena —replica con una sonrisa.

—¿Qué me dices de ti?

—Economía doméstica. Me gustaría controlarla mejor.

—Ya, en fin, ahí la he cagado, ¿no? —replico.

—No. No solo me refiero a tu trabajo. Me refiero a mí. Como lo de mi tarjeta de crédito.

—¿Qué tarjeta de crédito?

Esboza una sonrisa exagerada.

—La tarjeta de la que no te he hablado nunca. La tarjeta con la que debo tres mil libras. —Su sonrisa pasa a ser una mueca.

—¡Ay, Jules…! —exclamo. No puedo disimular el temor de mi voz ni impedir que el miedo crezca en mi interior.

—Lo sé, lo siento mucho. Siento mucho haber mentido… y haberme endeudado, porque sé lo mucho que eso te asusta —dice—. Creo que por eso tenemos que hacerle caso a la carta y conseguir que nuestros proyectos funcionen.

Está en lo cierto. Tenemos que hacerlo.

Y lo conseguiremos.

Unos meses después...

Los Troubs dejan su mejor canción para el final.

Aunque la pista delante del escenario del Concorde 2 está abarrotada de gente, Jules y yo conseguimos, con algunos codazos mediante, hacernos un huequito para bailar «All the Daze» hasta su final estruendoso.

Y, sí, bailamos fatal. Entre risas. Los movimientos típicos de cincuentones. Una locura. Pero nos da igual, porque es nuestra canción y nos hace sentir que tenemos de nuevo veintiún años, como aquella noche que los oímos tocar en directo por primera vez fuera del Fortune of War… La primera noche que nos besamos.

Tengo mala memoria para un montón de cosas. Muchos de aquellos primeros años y de los momentos que pasamos juntos solo son un borrón. Pero un beso como aquel… ¡Joder! Eso no se olvida. Se queda contigo para siempre. Con suerte, hasta el día de tu muerte.

Nos besamos de nuevo ahora, mientras se desvanecen los últimos acordes. Pero con rapidez. Avergonzados. Porque, en el fondo,

sabemos que quizá ya no somos tan jóvenes como antes, o como lo que fuera que cantase Bruce Springsteen. Aun así, Doodles y Ngozi nos pescan.

—Buscaos una habitación —bromea Doodles mientras la multitud del festival empieza a dispersarse, dirigiéndose hacia las salidas y de vuelta a la barra principal.

—Venga, déjalos en paz. Es su aniversario de boda. Es muy tierno —lo reprende Ngozi antes de besarlo también en los labios.

Todavía es un poco chocante, la verdad. Que estén juntos. Ngozi me dijo hace unas semanas que todo se debía a nosotros. A que seguimos juntos después de todos estos años. Dado que ellos también se conocen desde hace casi el mismo tiempo. Lo que los llevó a hablar de una vez por todas de lo mucho que significa tener a alguien en tu vida durante tanto tiempo. De lo mucho que te tiene que importar para no irse cada uno por su lado. También admitieron que siempre se han gustado. Así que, sí, eso seguramente también ayudó.

—Bueno, ¿te veo en el estudio el lunes a primera hora? —me pregunta Doodles.

—Ajá, el trayecto al trabajo más corto del mundo. —Mi réplica habitual, una que se ha convertido en una especie de muletilla con nuestra creciente legión de suscriptores.

Porque… ¡ah, sí! Lo hicimos. Justo después de leer aquella carta, Jules y yo nos lanzamos a lo que nos sugería: los Cincuentones Molones y Chez Jules.

Doodles y yo juntamos nuestros finiquitos y reconvertimos el viejo cobertizo de mi padre en un estudio, parecido al sótano de *Wayne's World*, pero nuestro. Es donde ahora hacemos *streaming* mientras jugamos a juegos antiguos una vez a la semana, y donde Kylie, e

incluso el gruñón de Greg, de Quark Studios, a quienes les hemos dado participación, se unen a nosotros los martes y los jueves para ayudarnos a promocionar la marca.

Ya tenemos un montón de suscriptores y las visualizaciones y las promociones también crecen con fuerza. ¡Ah! Y estamos trabajando en el guion de un nuevo juego llamado *Tierra Gemela*, con vistas a desarrollarlo, e incluso Liam trabaja en él una vez a la semana. Tiene ideas que se remontan a aquel largo verano que pasamos en casa y que quedó ensombrecido por su accidente.

—¡Oye, papá! —grita al verme entre la multitud. Está con Max y Kai, todavía con el subidón por hacer de teloneros de los Troubs—. ¿Qué te ha parecido? —me pregunta.

—Han estado alucinantes. Y vosotros tampoco lo habéis hecho muy mal —contesto, orgulloso. La verdad es que nunca se me va a olvidar haberlo visto en el escenario, tocando ese increíble y doloroso solo de bajo que hay a mitad de «Ventura Highway», la canción de America que me vio escuchando en la cocina hace unos meses y que su flamante grupo, Grass Stain, versionó. Una versión que yo le pasé a KP, de los Troubs, sin que ellos se enterasen.

Ni tampoco olvidaré el rugido de aprobación de los más jóvenes que, sin duda, deseaban haberse aprendido más de tres canciones.

Y, luego, veo la luz, y comprendo que he estado considerando a los grupos mal todos estos años. Porque no solo consiste en el éxito, ¿no? También consiste en intentarlo. En ver a alguien despegar hasta su potencial, hasta ese punto donde podría hacer y ser cualquier cosa, y animarlo a continuar.

Ese mismo momento que tenemos todos a cada minuto de nuestras vidas, aunque no podamos verlo.

—Lo siento —le digo, inclinándome hacia él para susurrarle al

oído—. Nunca fue una afición. Es tu futuro. Es que confundí las cosas.

Me abraza. Con fuerza. Ahora me doy cuenta de que es más alto que yo. O, a lo mejor, solo son las ridículas botas de vaquero que se ha puesto. Luego, Max, Kai y él se van para ayudar a sacar las cosas de los Troubs, y Ngozi y Doodles se acercan a la barra.

—Todavía estoy preocupada por él —dice Jules.

—Yo también —le aseguro—. Pero supongo que son los gajes del oficio de la paternidad. Siempre nos preocuparemos. —Y lo digo en serio. Incluso ha venido a darnos permiso para hacerlo ahora que nos ha dejado entrar de nuevo en su vida.

Jules se lleva una mano al bolsillo y saca el teléfono, que le está vibrando. Es Nelly, que llama desde México.

—Sí, sí, ha estado increíble —le dice Jules, que acepta la videollamada.

Nuestra hija nos saluda desde lo que parece un bar en una playa, con Eva sonriendo a su lado, tomada de su mano. Nos dicen que se están pensando quedarse un par de meses más.

—Hacedlo —les dice Jules.

—Sí, hazlo, cariño —le digo yo.

Después de despedirnos, Jules se pone en la cola para el baño, de modo que yo me quedo apoyado en una de las columnas junto a la barra.

Entonces veo a Meredith, que sale por la puerta del escenario. Lleva el pelo rubio un poco más largo, pero tiene el mismo brillo en los ojos grises mientras me mira de arriba abajo. No la he visto desde que me despidieron. Intentó hablar conmigo un par de veces, pero nunca acepté la llamada. Mentiría si dijera que ahora no siento nada, pero ese aguijonazo es tan débil que casi ni lo noto.

—Adam —dice mientras se acerca—. Cuánto tiempo sin vernos.

—Hola, Meredith.

Me da un abrazo titubeante, incómodo, de compañero de trabajo, y también parece un poco avergonzada. Debe de saber que lo sé. ¿Quién en Silicon Valley no lo sabe? Darius y ella ahora son pareja.

—Esperaba encontrarme contigo esta noche, Koala —dice—. Que sepas que echo mucho de menos nuestras conversaciones.

¿De verdad? En fin, puede que yo también. Pero lo pasado, pasado está, ¿no? El mundo ha seguido adelante. Darius se acerca y le rodea la cintura con un brazo mientras levanta su Amex negra para llamar la atención del camarero que atiende la barra.

—Deberías haberlo visto desde bastidores —dice él, sin hablarle a alguien en particular—. Son increíbles. Y Liam, claro —añade—. Aunque no hemos tenido tiempo de ponernos al día.

—Hola, Adam. —El batería de los Troubs, KP, aparece entre la gente, que se va dispersando, con una gorra de béisbol bien calada —. ¿Quieres tomarte una cerveza luego? Nos vamos todos al Heart and Hand.

—Me encantaría, pero esta noche no puedo —replico.

—Sin problema, para la próxima. —Se escabulle por la salida de incendios hacia la noche.

Darius asiente con la cabeza. Impresionado de que lo conozca. Sorprendido.

—En ese caso, a lo mejor deberíamos tomarnos algo juntos nosotros —sugiere Meredith al tiempo que le da un codazo en las costillas a Darius muy poco sutil—. Nos sentimos muy mal por lo que pasó, ¿a que sí, Dar? Por todo el malentendido.

¿Se refiere a mi trabajo? Es imposible saberlo y no pienso preguntar, vamos.

—Pues… —Y, por una vez, Darius no sabe qué decir mientras Jules se acerca y se pone a mi lado.

—Meredith acaba de decir que deberíamos tomarnos algo juntos —le explico—. Porque ha pasado mucho tiempo, ya sabes.

—Claro —dice Meredith con una sonrisa. Como si yo sí hubiera entendido lo que había que hacer, por lo menos.

Luego, todos me miran, como si la decisión tuviera que tomarla yo por algún motivo. Me froto la larga barba durante un buen rato.

—Lo siento —le digo a Meredith—, es que… tenemos planes.

—Muchísimos —añade Jules al tiempo que me toma de la mano y me lleva hacia la multitud.



Volvemos dando un paseo junto al mar. La noche es fría y está iluminada por la luna, y nos abrazamos con fuerza, con el ruido amortiguado de las discotecas de la ciudad y los graznidos de las gaviotas resonando en nuestros oídos.

—¿Es que no duermen nunca? —Jules se echa a reír.

Bajamos a la playa y paseamos sobre las piedras, que crujen bajo nuestros pies, mirando el mar hasta que nos detenemos, sin que ninguno de los dos diga nada, justo delante del Fortune of War, donde nos besamos por primera vez hace tanto tiempo.

—Precioso, ¿verdad? —pregunta ella.

Lo es. No podría ser más bonito. Un rayo de luna se refleja en la tranquila superficie de mar. No sopla nada de viento ni se ve una sola ola. Incluso se pueden ver las estrellas reflejadas en el agua. Todo un universo de ellas. Como si fueran infinitas.

—De verdad que quiero pasar todo el tiempo contigo y compartir todo lo que este enorme universo tiene que ofrecer —confieso. Y es

raro, porque, aunque tengo muy mala memoria, creo que recuerdo haber dicho esto mismo, o algo muy parecido, antes. Sí, quizá en la azotea de nuestro primer hogar. La noche que nos prometimos.

—Lo mismo digo —replica, y le brillan los ojos, mucho más que las estrellas—. Y aprovecharlo al máximo. Todos los días. Hacer que cada segundo cuente.

Ella también se acuerda.

Doy un paso hacia ella y le coloco un mechón de pelo detrás de una oreja. Ese precioso pelo rubio que ya está salpicado de gris. Esta vez, cuando nos besamos, lo hacemos bien. Es real. No hay nadie mirando, y el beso se alarga y se alarga mientras los miles y millones de estrellas refulgen.

—Bueno, A-Hole. Eso es lo que yo llamo un buen morreo —dice cuando por fin nos separamos en busca de aire.

—Sí. Podría ser un récord.

Me toca la cara con los dedos y me acaricia la barba.

—Aunque haya tenido que esperar un cuarto de siglo para otro beso como este, pero tengo que decirte que sigues teniendo lo que hay que tener, oso gruñón. —Me da un tirón de la barba y nos sonreímos, delirantes de felicidad.

—¿Qué pasa?

—Estaba pensando que sería divertido verte bien afeitado para variar después de tantos años.

—¿Sí? —Me lo pienso. A lo mejor, un nuevo *look* para esta nueva etapa de mi vida no sería tan mala idea—. ¿Por qué no? Porque el cambio es bueno, ¿verdad?

Sonríe.

—Porque el cambio es bueno.

La rodeo con un brazo y volvemos a casa pasando por delante del

Peregrine y del cartel de «Chez Jules», que ya lleva dos meses colgado. Para empezar, el restaurante solo abre sábados alternos, pero ya se está corriendo la voz y se está convirtiendo en todo un éxito. Sobre todo, con los increíbles platos nuevos que se le ocurren gracias al nuevo curso de gastronomía francesa que ha estado haciendo *online*.

No es lo único que nos detenemos a mirar.

Ahí está Rose, vestida con un peto rosa, con su larga melena gris suelta hasta la cintura, bailando con su «amigo» el abogado, Eddy, que la hace girar mientras la gramola del bar Peregrine los baña con una luz rosada.

Todavía no sabemos quién escribió la carta que Eddy entregó. «¿Eso importa?». Esa fue la pregunta que Jules me hizo cuando leímos por primera vez esas hojas. ¿Importa? ¿Si nos ha ayudado a ser tan felices de nuevo? ¿Si nos ha ayudado a recordar que somos mucho mejores juntos que por separado?

—¿No hacen una bonita pareja? —pregunta Jules.

—Estupenda.

—Ojalá nosotros sigamos bailando cuando seamos tan mayores.

—Lo mismo digo —replico.

—Es gracioso pensar en que envejezcamos, ¿no?

—En fin, es que no podemos hacer nada al respecto.

—Solo aceptarlo.

—Y morir luchando.

—Adam y Jules contra el mundo —dice al tiempo que me da un apretón en la mano.



Llegamos a casa diez minutos después.

El viejo Škoda de mi madre tiene un brillo inquietante a la luz de la luna, aunque lo único sobrenatural es que ha pasado la ITV… otra vez.

Aun así, tengo en mente un compañero para él. Un poco más rojo. Mucho más elegante. Un coche que hará sonreír a Jules. Claro que todavía tengo que ahorrar el dinero.

—Vamos —dice Jules mientras me toma de la mano y cierra la puerta a nuestra espalda. Rasco a Groucho detrás de la oreja mientras la sigo a la cocina iluminada por la luna.

Suena la BBC Radio 6 Music en el altavoz, porque se me debió de olvidar apagarlo antes. «Love Will Tear Us Apart», de Joy Division, nada más y nada menos.

Experimento la misma ternura de siempre cuando Jules baja del estante la antigua caja decorada con espejos de mi madre y la abre. Nuestra cápsula del tiempo con todos los buenos momentos. Dentro están las entradas de los cientos de conciertos a los que hemos ido a lo largo de los años. Mientras añade las últimas (quizá el concierto más preciado, por eso de que lleva el nombre del grupo de Liam), de repente, la luz de la luna que entra por la ventana es tan brillante que juraría que esas entradas casi parecen relucir…

Cuando Joy Division se apaga, un solo de piano rompe el hechizo y el familiar ritmo del tango de «Mi confesión», de Gotan Project, empieza a sonar ruidosamente por el altavoz. Jules y yo nos miramos sonriendo, porque es una de nuestras canciones preferidas de todos los tiempos.

Nos lanzamos a bailar un tango con torpeza y, dos minutos después, hago una mueca por sus carcajadas y por el hecho de que le he pisado los pies de nuevo.

—Siempre había albergado la esperanza de que, a estas alturas de

nuestro matrimonio, ya habría dominado la complejidad del tango argentino —digo.

—¿Cómo? ¿Tan bien como bailas al estilo cuarentón? —bromea al tiempo que se aparta mientras hace unos cuantos movimientos exagerados típicos del pop británico de mediados de los noventa.

—Oiga, señora Hole, que conocía muy bien mis movimientos en la pista de baile antes de que se casara conmigo —replico mientras la estrecho entre mis brazos y la beso.

Sin embargo, nos inclinamos un poco hacia la izquierda y casi nos caemos mientras intento copiar la inclinación esa del uno hacia el otro que tan bien se le da a Fred Astaire y Ginger Rogers.

—Será mejor que te lleve a la cama antes de que se me fastidie la espalda y Liam vuelva a casa —le digo entre risas.

—Mmm… Creo que estamos un pelín achispados para hacer algo romántico —se lamenta ella—. Y hechos polvo —admite con una sonrisa soñolienta.

—¡Oh! —Estoy decepcionado, pero quizá tenga razón. Llevamos tres horas bebiendo y bailando al son de la música.

La sigo hasta el salón, donde se tumba en el apolillado sofá. Me mira fijamente mientras se quita las Doc Martens y las medias.

—Yyyyyy ahora que tengo tu atención —dice con una sonrisa—, ¿puedes decirme lo que quiero, lo que quiero de verdad? —canturrea, parafraseando a las Spice Girls.

—¿Un *zigzagig ah*? —sugiero, porque así continuaba la canción de «Wannabe», aunque yo sigo sin saber qué querían decir con eso.

—Pues no. Un masaje en los pies.

—¿En serio?

—¡Vamos! —Menea los dedos de los pies en mi dirección—. Me están matando, ¡joder!

Suspiro, derrotado. ¿Por qué cuesta tanto resistirse a ella? Me dejo caer en el sofá a su lado y le agarro los pies.

—Mmm —murmura.

—Pon algo. —Señalo el mando a distancia de la tele, que tiene al lado.

—¿Por qué? ¿No soy suficiente distracción para ti?

—La verdad es que intento distraerme de tus pies. Que sepas que no soy Tarantino.

Pone Netflix.

—Mientras no sea *Secretos de los neandertales.*

—Pero…

—Pero nada. Además, seguro que sus supuestos secretos son una porquería. Como el árbol en el que Kevin el neandertal escondía sus grosellas. O a quién se tiró Karen la neandertal.

—¿Kevin y Karen?

—A ver, que no sé. —Se pasa a Prime—. ¿Qué me dices de *Cuando Harry encontró a Sally?*

Sin embargo, ahora me apetece más música. Le quito el mando y cambio a Spotify.

Pongo la lista de reproducción *Tú y yo* que hicimos juntos esta mañana y que abarca todas nuestras canciones preferidas a lo largo de los últimos veinticinco años.

«Lonely Planet», de The The, empieza a sonar.

—Saca los Maltesers, anda —digo.

—¿Qué Maltesers?

—Los que tienes escondidos debajo del cojín en tu lado.

Hace un puchero. Molesta conmigo, pero también impresionada. A regañadientes, me lanza uno a la boca, y yo dejo que se derrita mientras ella mastica dos.

—Qué bien se está, ¿no? —pregunta—. Solos tú y yo. A ver, que quiero muchísimo a los niños, pero, a veces, es agradable estar solos.

—Muy agradable, desde luego.

—En nuestro mierdoso sofá.

—En nuestra mierdosa casa.

—Con todo un brillante futuro por delante —añade.

Nos acurrucamos el uno contra el otro mientras Matt Johnson canta algo sobre cambiarte a ti mismo si no puedes cambiar el mundo o, quizá, sea al revés, y Jules y yo cantamos acompañando la canción.

—¡Joder, cómo la quiero, señora Hole! —exclamo.

—Menos mal —replica—, porque vas a tener que aguantarme durante toda la eternidad. ¿O todavía no te habías dado cuenta?

Agradecimientos

Hay muchísimas personas a las que darles las gracias, pero, sobre todo, gracias a ti por leer este libro. Por favor, dinos qué te ha parecido.

Gracias al fabuloso equipo de agentes que han ayudado a hacer realidad este libro con sus increíbles consejos y paciencia: Felicity Blunt y Rosie Pierce, de Curtis Brown, y Phil Patterson, de Marjacq. ¡Sois increíbles! Gracias también a Tanja Goossens y a Katie Harrison por vender nuestros derechos en el extranjero, así como a Addison Duffy, a Jason Richman de UTA, a Jazz Adamson de CB y a Leah Middleton de Marjacq por hacer magia para llevar esta historia a la pantalla.

Muchas gracias a nuestra extraordinaria editora Liz Foley, y a Christopher Sturtivant, a Sam Rees-Williams, a Chloe Healy, a Mia Quibell-Smith, a Nat Breakwell, a Justin Ward-Turner y a Hannah Telfer por su excepcional atención a los detalles y por ser unas personas maravillosas con las que trabajar. Los dos somos unos pingüinos muy felices.

Pertenecemos a un grupo de escritura de Brighton y, cuando sugerimos escribir un libro sobre viajes en el tiempo, nos dijeron que nos volveríamos locos, pero sus valiosos consejos nos mantuvieron en el buen camino. Gracias a Will Jewell, a Tom Grieves, a Lucy Moore y a Daisy Wesson. Gracias también a todos nuestros

compañeros escritores de novelas que nos han ayudado a lo largo del camino, así como a los blogueros de libros, a los críticos y a las librerías que nos han apoyado.

Gracias a toda nuestra familia y a nuestros amigos, en especial a nuestras hermanas, Catherine y Kirsti. Gracias también a Wim Bertram por sugerirnos algunas recetas francesas muy elaboradas para Jules. Gracias a Mo y a Romee van Moek por presentárnoslo, así como a Liza por las canciones.

Por último, gracias a nuestras hijas, Tallulah, Roxie y Minty, por aguantarnos, y gracias a nuestro paciente sabueso, Ziggy, por ser un Groucho Guarx mucho mejor educado.



#SíSoyRomántica